
Ella le teme,
él la desea
SEAN
Límites prohibidos I
Alba Gil Cabrera

SEAN

LÍMITES PROHIBIDOS I

ALBA GIL CABRERA

Primera edición 2025
Derecho de edición reservado.
Alba Gil Cabrera
Depósito Legal: PM 00986-2025
Maquetación: Ainhoa Madrid Markova
Diseño de cubierta e ilustración:
Ainhoa Madrid Markova (@markovart_)
@arii_ilust

Corrección: Virginia de Novoa
Lectoras cero:
Nerea Bustos (@neree_books)
Bárbara Manzano (@bronte_rochester)
Esther Navarro (@estela_reading)
Rebeca Quintela (bookish.sora)
Sara Estepa (@saralu_world)

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ADVERTENCIAS

- Familiar enfermo de cáncer.
- Depresión.
- Ansiedad.
- Mención de drogas.
- Escenas de sexo explícito.
- Violencia.
- Lenguaje vulgar.
- Maltrato psicológico.
- Violencia doméstica.
- Chantaje emocional.
- Bulimia.
- Trastornos con la alimentación.
- Drogas.

Para más información sobre el contenido sensible del libro, puedes escribirme directamente a mi correo: albagil1315@hotmail.com

PLAYLIST

Entre las sombras — Shé
Tal vez — Paulo Londra
Radar — Britney Spears
Baby One More Time — Britney Spears
Criminal — Britney Spears
The Road — Origo
Not Afraid — Eminem
Sufrir es crecer — SHÉ
Agua pasá — Sfdk ft. Kaze
Nosotros — Natos, Waor, Recycled J
Un pobre con dinero — Sfdk
Fallen— Gert Taberner
These Memories— Hollow Coves
Daylight — David Kushner
Sign of the times — Harry Styles
All I want — Kodaline
You Found Me — The Fray
Beast — Mia Martina feat. Waka Flocka
For ever young — Alphaville

Sufrir es crecer.
-Shé

PRÓLOGO
SEAN



—Tete, quiero una galleta. —Unas pequeñas manos comenzaron a balancear mi cuerpo en la cama, estaba empastillado de la hostia—. Tete, ¡tete! Tete…, ¡galleta!

Escuchaba a mi hermana llamarme y por ella haría cualquier cosa, incluso vencer el efecto de los tres calmantes que me acababa de meter entre pecho y espalda.

—Mamá está durmiendo, quiero una galleta.

—No molestes a mamá —balbuceé llevándome la mano al pecho; la angustia seguía ahí, no se iba, era como una puñalada que me desangraba lentamente—. Ya voy.

Ver al bicho de poco más de un metro que me observaba con ojos saltones y cabellos llenos de caracoles dorados, hizo que sintiese ganas de destrozarlo todo. No era justo que esta niña fuese a perder a su madre.

Llegamos hace dos horas del médico; el cáncer de mamá estaba empeorando, le quedaban seis meses de vida.

Y ya.

Ya estaba.

El médico nos dijo eso y se quedó ahí, tan tranquilo.

Bueno, el muy gilipollas añadió: «Es lo que pasa cuando fumas, tomas alcohol y no te cuidas».

Mi madre tuvo una vida dura de cojones, no se merecía que le hablasen así. Sentí ganas de levantarme de la silla y pegarle un puñetazo, pero me buscaría problemas por ello porque ya tenía los dieciocho, los cumplí justamente ayer.

Más me valía controlar mi temperamento.

No supe ni de qué forma logré conducir de vuelta a casa con mi madre y mi hermana, a la cual mantuve todo el tiempo con la *tablet* y los auriculares puestos para que no se enterase de nada. Veníamos de fuera, éramos rusos y no teníamos familia aquí, absolutamente a nadie.

Mi padre llevaba bastante tiempo desaparecido en combate, así que estábamos solos.

Por otro lado, Lucy fue el fruto de una relación que duró poco. Mi madre tenía la manía de conocer a los hombres en el bar y nunca logré convencerla de que en los bares no se conocía a los buenos.

Yo, que era uno, lo sabía mejor que nadie. Odiaba la ingenuidad de las mujeres. No se podía confiar en nosotros, nunca.

Puse los pies descalzos sobre el suelo, levantándome a duras penas; seguía mareado por las pastillas, quizá tres fueron demasiado, mierda… ¿Y si me moría? ¿Qué iba a ser de Lucy? ¿Cómo podía ser tan gilipollas?

Pero es que…

Seis meses…

Que te den una fecha de caducidad para tu propia madre es muy fuerte.

Lo único que han hecho es recetarle morfina para aliviar su dolor hasta que el momento llegue, y seguramente tendrá que ser ingresada en la última fase.

Solo de pensarlo me explotaba la cabeza; no quería tener que pasar por eso, no quería perderla en tan poco tiempo. Mi madre era

demasiado buena, peleó por nosotros como nadie, hasta quedarse sin fuerzas y terminar enferma.

—Vamos, renacuaja. —Agarré a mi hermana para subirla en mi espalda; le gustaba ir siempre así, al fin y al cabo, tenía ocho años —. El tete te dará galletas.

—Eres el mejor —balbuceó, apoyando su mejilla entre los omóplatos de mi espalda, sobre la camiseta negra que llevaba puesta.

Cuando bajamos las escaleras, mamá estaba ahí, recostada en el sofá, y se me partía el corazón al imaginar lo que debería estar pasando dentro de su cabeza.

Vas al médico y, ala, en seis meses te mueres, y es tu culpa por fumar. ¿Siguiente?

Lo iba a perseguir y le iba a quemar el maldito coche.

Me giré un poco para que mi hermana abriese la alacena y agarrase las galletas. Cuando estaba a punto de cogerlas flexioné las rodillas, agachándome, y esto hizo que no pudiese atraparlas. Acabé soltando una carcajada.

Estuve un buen rato haciendo el gilipollas para que no consiguiese cogerlas, la risa de mi hermana era una medicina para ambos, tanto para mi madre como para mí.

Pronto yo sería lo único que ella tendría.

¿Cómo le daría la noticia? Ya era bastante complicado crecer sin un padre.

Aunque yo me esforzaba todo lo que podía por cubrir todas sus carencias y vacíos. Mi hermana se convertiría en una mujer fuerte y segura de sí misma, vaya que sí. Por mis santos cojones que sí.

Al final dejé que Lucy cogiese las galletas, antes de que mi madre se despertase.

—Venga, volvamos a la habitación —dije en voz baja.

La dejé de pie en el suelo, frente a la puerta de su cuarto, dispuesto a volver a la mía, necesitaba fumarme un porro cargado

de marihuana que me quitara esta agonía del pecho.

—Tete, ¿puedo ir contigo?

Mierda.

No iba a emporrarme delante de la niña.

—¿No prefieres que te ponga una peli o algo?

—Sí, pero en tu habitación.

Rodé los ojos.

—Tete… —Empezó a hacer pucheros, sus ojos estaban algo aguados y sabía que no era de llorar por cosas así. Lo que pasaba es que era una manipuladora de cuidado y yo un blando de cojones.

—Va… —Le hice un gesto para que fuese a mi habitación y corrió como un oso panda a tirarse sobre mi cama y enrollarse debajo de la manta, mordisqueando las galletas. ¿Qué iba a hacer con ella?

Cerré tras nosotros y me quedé sentado con los hombros caídos en el borde de la cama. Me sentía a punto de resbalar por el precipicio.

—Tete, feliz cumpleaños. —Lucy se abrazó a mi espalda, restregando su mejilla por todas partes como si fuese un gato—. Cumpleaaaaaños feliiiiiiiz, cumpleaaaños feliiiiiiz…

Me había cantado cumpleaños como quinientas veces desde ayer, y yo fingía emocionarme como si fuese la primera vez que lo hacía en cada una de ellas.

Uno nunca sabía hasta cuándo tendría a las personas que más quería cerca, la vida acababa de demostrármelo hoy.

Saqué el mechero del bolsillo, encendiendo la llama, y cuando ella terminó de cantar, soplamos juntos.

—¡¡Bieeeeeen!! —exclamó, y comenzó a dar saltos por toda la cama.

—Oye, ¿tú no ibas a comer galletas? ¿O era solo una excusa para despertarme y fastidiar un rato?

Lucy se sentó en la cama con el ceño fruncido, llevándose una de las galletas a la boca y dándole un mordisco feroz, propio de un dinosaurio supercabreado.

Vaya tela con la niña.

Encendí la tele, buscando algún canal de dibujos. Tenía la mano algo temblorosa, no sabía ni como logré conducir de vuelta a casa. Al final, le puse un capítulo de los niños esos con nariz en forma de triángulo, ¿cómo era? Ah sí, *Phineas y Ferb.*

Yo me quedé entretenido con el móvil al ver que tenía algunos mensajes de Josh, mi mejor amigo.

Quería quedar para salir a tomar algo en el parque de abajo, y también sabía de unos tíos que necesitaban pillar. Nosotros teníamos cosillas para vender y sacar pasta, pero, aun así, después de la noticia que se llevó mi madre, no me sentía capaz de dejarla sola. No esta noche, al menos.

Yo: Colega, otro día será.

Josh: ¿Cómo que otro día? ¿Y nuestro dinero?

El dinero…

Nos hacía falta. Ya casi no quedaba comida, mamá estaba sin trabajo desde hacía unos meses, se le agotaron las prestaciones y yo trabajaba en un taller especializado en motos para ganar un dinerillo.

Aunque eso nos ayudaba, lo que nos estaba salvando el culo era lo otro.

Yo: Tío, hoy ha sido un día muy duro.

Josh: No jodas, Sean, ¿qué ha pasado?

Tragué saliva, mirando de reojo a mi hermana. Si se lo contaba, lloraría, y no quería llorar delante de ella.

Me senté dándole aún más la espalda, aprovechando que estaba entretenida con los dibujos.

Yo: Nada, un mal día y ya.

Josh: ¿Es por Naomi?

Naomi…

Pensé en ella, porque también perdió a su madre de una forma bastante trágica, en un accidente de tráfico.

Ni siquiera tuvo tiempo de despedirse o decirle adiós; aunque, en parte, prefería algo así que no estar agonizando durante seis meses, lamentando la pérdida cada día.

Mierda, no sabía ni qué estaba diciendo ya.

Yo: No, qué va, antes le dije que viniese a ver una peli a casa, pero está castigada, su padre es un gilipollas de cuidado.

Josh leyó el mensaje y no dijo nada.

Mmm…

Raro.

Yo: Oye, ¿pasa algo?

Josh: ¿De verdad te ha soltado que está castigada?

El nudo en mi pecho se hizo aún más profundo.

Yo: Sí, ¿por?

No quería salir, aunque tampoco quería estar solo. Necesitaba a mi chica, así que la llamé para que viniese un rato. Me aseguró que no podía, que su padre se cabreó por no sé qué historia y que me llamaría más tarde.

Fue después de eso que decidí tomarme una pastilla, y como el malestar no se iba me tomé la segunda y, bueno, como seguía sin hacer efecto fui a por la tercera y caí zombi sobre la cama. Supuestamente, eran de esas naturales para relajar el cuerpo así que pensé que mi amargura era tan alta que necesitaba una dosis mayor.

Josh: Tío, te llamo.

Mierda, ¿tan malo era?

Miré de reojo a Lucy, le sonreí y ella me devolvió la sonrisa.

—Voy al baño, moco con pelos, ahora vengo.

Asintió, acurrucándose confortablemente sobre mi almohada.

Una vez cerré la puerta, marqué el teléfono de mi colega, llevándome el móvil a la oreja.

—Escupe.

Le escuché soltar un escupitajo y deseé pegarle un puñetazo en la boca.

—Vale, ahora en serio —insistí, tratando de tener paciencia, hoy no era el día para las estupideces de Josh.

—Charlie la vio antes. Salió de su casa y se subió al coche de Derek.

Los músculos se me tensaron tanto que sentí que me iba a explotar una vena.

—No hablas en serio.

Derek y ella tenían demasiado buen rollo, era el niño rico de la escuela. Ni el más guapo ni el mejor deportista, ni siquiera el mejor en nada, solo era rico, podrida y asquerosamente rico. Con un coche que valía más que todas las casas de mi barrio juntas, las tías se pegaban por ir con él. Aun así, Naomi siempre me juraba que solo era amistad y yo confiaba en ella. Pero que me mintiese de esta manera, era algo que no le perdonaría. Yo no merecía eso.

—¿A dónde han ido? —cuestioné, sintiendo que no me estaba cabreando tanto como debería.

¿Por qué?

—Charlie me llamó antes de llamarte a ti, estaba nervioso, sabe cómo eres. Pero tampoco iba a traicionarte, le dije que les siguiera y, eh…, están en su casa.

—¡¿Qué?! —Sentí ganas de pegarle un puñetazo a algo, el problema era que lo que fuese que alcanzara mi puño terminaría roto y no valía la pena romper nada por una tía como ella—. ¿En su puta casa? ¿En su puta mansión de pijo de mierda?

—Sí, ahí.

—¿Y no pensabas contármelo?

—Por eso te he escrito, imbécil. Quería emborracharte antes y cuidar de ti para que no hicieras ninguna idiotez.

Mierda…

Mi amigo soltó un bufido y añadió:

—Es una zorra, Sean. No se merece a un tío como tú.

Me dejé caer sobre la taza del váter.

¿Y a quién merecía yo?

Estaba acabado.

Con un padre desaparecido, una madre a punto de morirse y una hermana pequeña a cargo. Sin apenas tiempo para estudiar, abandonando la posibilidad de sacarme una carrera y cada vez metido en más mierdas con las drogas para poder traer dinero a casa. Cualquier día acabaría preso y Lucy en un centro.

¿Pero qué podía hacer? Pensé en dejar el instituto, aunque me quedaban seis meses para terminar el bachiller y entrar en la universidad. Quería estudiar Medicina, quería ser médico, joder.

Quería salvar vidas. Arreglar familias como la mía. Impedir que las personas importantes y necesarias para el mundo se muriesen.

Podría ir a la universidad más tarde, trabajar a tiempo completo para criar a Lucy y postergar mi sueño o incluso abandonarlo, pero… debía acabar al menos el bachiller.

Me quedaba el mismo tiempo para terminar el curso que a mi madre para morir. Qué cosas, ¿eh?

Esto dolía tanto que la traición de Naomi me estaba resbalando por la polla como si nada. Aun así, me iba a escuchar, quería gritarle a la cara que era una sinvergüenza. Estaba harto de recibir palos y tener que aguantar como un perro.

—Voy a ir —dije, levantándome de la taza del váter. Me quedé contemplando mi cabello negro, corto por los lados y algo más largo

en la parte de arriba. Las ojeras estaban tan marcadas que parecía incluso enfermo.

—¿Qué dices? ¿Te vas a presentar en la casa de Derek? ¿Derek Stephan?

—Sí, ¿algún problema? Soy más alto que él, más fuerte que él y mil veces más hijo de la gran puta que él. Ese tío sin su dinero jamás hubiese logrado la atención de Naomi.

—Voy contigo, tronco.

—No —respondí tajante—. Tú vas a cuidar a mi hermana, ahora mismo la subo al coche y te la llevo a casa.

—¡¿Qué?! Pero, tío…, ¿qué hago yo con tu hermana? ¡No se me dan bien los niños! ¡Mucho menos las niñas!

—Tú solo procura que la *tablet* no se quede sin batería y tenga conexión a internet, mientras esas dos cosas vayan bien, tu vida no correrá peligro.

—¿Y la tuya?

Entré en la habitación, haciéndole un gesto a Lucy para que moviese el culo, le coloqué su gorrito de lana y su bufanda mientras me miraba confundida.

Sabía que estaba actuando mal, pero no podía más, necesitaba pagar esta frustración con alguien y hoy le iba a tocar a Derek Stephan.

—Estaré bien.

—Ya has cumplido dieciocho, puedes ir a la cárcel.

—Él también los cumplió el mes pasado, ¿o ya no lo recuerdas? Además, ¿a la cárcel por pegarle una paliza por follarse a mi novia? No lo creo, hay gente peor por ahí.

Colgué la llamada, no quería seguir hablando de gilipolleces, iba a poner punto final a esto.

Lucy me miró con los ojos abiertos como platos.

—Tete, ¿qué es follar?

—Dar masajes en los pies —le aseguré, y la cogí en brazos para bajar las escaleras en silencio.

—¿La tata le está dando masajes en los pies a un chico? Puaj, qué asco.

—Sí, cielo, qué asco —repuse, evitando parecer demasiado enfadado, y la subí a la parte trasera del coche en su silla—. Por cierto, Naomi ya no es la tata, hemos terminado.

—¿Qué? ¿Por qué? —quiso saber, con esa cara de cachorro apaleado, mientras yo me peleaba con su cinturón de seguridad.

—Porque sí, porque se acabó y punto —gruñí, y me instalé por fin en mi asiento, arranqué el coche y moví el volante—. Por cierto, vas a ir a casa de Joshi.

—¡Bieeeeeen! —gritó, alzando los brazos como si acabase de tocarle la lotería.

Mi hermana adoraba torturar a Josh, literalmente, lo maltrataba.

En un semáforo rojo, aproveché para enviarle un mensaje de texto.

Yo: Esconde la droga, y nada de fumar delante de Lucy o te corto los huevos, cabrón.

Josh: Tranquilo, estoy peinando a las muñecas y haciendo té, lo pasaremos genial.

Una débil sonrisa se me dibujó en la cara. Al menos, le seguíamos teniendo a él.

Yo: Gracias, Josh, te debo una.

Josh: No hay de qué, yo te debo mil.

CAPÍTULO 1
BRITTANY



Como cualquier adolescente de diecisiete años, creía que el pasado una vez se enterraba, nunca volvía. Desgraciadamente, estaba totalmente equivocada. El pasado siempre te persigue, sobre todo las cosas que te hacen daño.

Tras cansarme de escuchar aquella *playlist* de canciones tristes y deshacerme en llanto como si no hubiese un mañana, decidí que necesitaba beber algo para volver a hidratarme. Abrí la puerta de mi habitación y vi que la de Derek también estaba abierta. Claro, por eso su música se escuchaba incluso más fuerte que la mía.

Cuando Johan, mi padrastro, estaba por casa, Derek se comportaba, pero en cuanto este salía de viaje, su hijo hacía lo que le daba la gana y más. Era como si estuviese solo en casa. No nos respetaba ni a mí ni a mi madre.

Aunque, la verdad, no era malo del todo, tan solo idiota. Y le entendía en parte, tal vez si yo tuviese un padre multimillonario y un futuro brillante, no me agradaría tener que compartirlo todo con dos intrusas. Por suerte para él, yo no quería absolutamente nada, y en cuanto cumpliese la mayoría de edad, desaparecería. Y tanto que iba a desaparecer…

El problema era mi madre, se empeñaba en comportarse como si también fuese la madre de Derek, metiéndose hasta en la sopa y gastando dinero por un tubo, lo cual a él no parecía hacerle ni pizca de gracia, aunque no comentaba nada al respecto.

Bajé las escaleras hacia la primera planta, tragando saliva al ver que no estábamos solos, una chica se encontraba en la sala principal junto a Derek y mi madre.

Aquel cabello castaño, la forma de su cuerpo, su altura, incluso su olor, me trajeron malos recuerdos.

Por no hablar de la sonrisa torcida y falsa que mi madre tenía pintada en la cara, a ella tampoco le agradaba estar pasando por este momento pues le había contado a Johan que él fue el primer hombre con el que estuvo tras su divorcio, omitiendo a todos los tíos que pasaron por su vida y por su cama; omitiendo también, por supuesto, al padre de esa chica.

—Esta es Naomi, estamos empezando a salir. Va a comenzar en Hallow este año, porque donde estaba le hacían un *bullying* horrible y ha tenido que cambiarse.

—Vaya, que lástima —se horrorizó mi madre. Yo arqueé una ceja, escondida tras una de las imponentes columnas de la sala principal —. Es terrible, solo faltan seis meses para terminar el bachiller, es una pena que no puedas graduarte con tus amigas.

—Sí, me han fastidiado mucho, está siendo duro soportarlo —explicó y al escuchar su voz, la cual no había cambiado en absoluto en estos cuatro años, el estómago se me cerró mientras agradecía no tener un cuchillo a mano porque ocurriría una desgracia.

Quise volver a la habitación, encerrarme y maldecir mi suerte; aunque, tal vez, ahora tuviese una oportunidad para devolvérselas todas y fastidiarle la vida como ella me la fastidió a mí.

—Lo ha pasado fatal, está yendo incluso a psicólogos. —Las palabras de Derek se clavaron en mi nuca en cuanto me giré.

¿Y si el karma hizo su trabajo? ¿Y si la venganza ya no tenía sentido? Puede que ahora fuese una buena chica y estuviese

arrepentida de todo lo que me hizo.

Quizá pudiese ser su amiga.

Me mantuve en vilo, sin saber qué hacer, si ir y saludar o si volver a encerrarme en mi jaula dorada y esconderme. Deduje que la segunda opción era lo mejor.

Estaba subiendo el primer peldaño para regresar cuando alguien tocó al timbre, no esperábamos visita. Nadie venía si no era acompañando a Derek. Solían ser sus amigos o alguna chica que traía para echar un polvo y, después, nunca más volvíamos a saber de ella.

Naomi era a la primera a la que presentaba como novia. Bueno, era la primera a la que presentaba directamente.

—¿Esperas a alguien, Lois? —le preguntó a mi madre, quien jugueteaba con su moño alto y rubio, vestida aún con un traje de *tweed*. Nunca andaba en pijama por la casa.

—En absoluto, ¿y vosotros?

—No —dijo, yendo hacia la puerta para observar por la mirilla—. Mierda. —Su tono sonó como el de un perro con rabia y asesinó visualmente a Naomi—. Es él, ¿le has dicho que estás aquí?

La cara de Naomi palideció tanto como el blanco nacarado de las paredes y maldije no tener unas palomitas para disfrutar del drama que se avecinaba; era la primera vez que sucedía algo realmente emocionante en esta casa en la que solo se hablaba de dinero y cosas superficiales.

Me escondí un poco más, asegurándome de que no me pillaran, pero también en la posición perfecta para verlo y oírlo todo, hasta el último detalle. Y luego llamaría a Anastasia por teléfono y le contaría con pelos y señales el chisme completo.

Dios, si pudiera le haría videollamada para que lo viese en directo. Ella también odiaba con toda su alma a esta bruja.

La persona que estaba al otro lado siguió tocando la puerta, al principio con educación, aunque al final parecía ser capaz de echarla

abajo.

—¿Llamo a la policía? —dijo mi madre.

—¡No! —Derek se acobardó. Vaya, ¿mi hermanastro teniendo miedo de alguien? Esto sí que era nuevo—. Voy a abrir. Alejaos, por favor, y pase lo que pase, nada de llamar a la policía, ¿entendido?

—¡Que me abras la puerta de una vez, imbécil!

Solté una carcajada, la forma tan maleducada, chulesca y autoritaria en la que ese chico le estaba hablando al gran Derek Stephan se ganó toda mi admiración.

«Por favor, que le pegue, que le dé "de hostias"», deseé, sin sentirme nada mal por mis pensamientos; se merecía una dosis de humildad y ese chico parecía ser el indicado para ello.

La puerta se abrió y mis ojos también lo hicieron, quedándome muerta, clavada como una estaca en el suelo, creo que incluso palidecí al ver de quién se trataba.

¿Cómo no le reconocí por la voz? Seguramente porque nunca me hablaba, solo gruñía o respondía con algún monosílabo.

Sean Kiev.

El tío más guapo, impertinente, y malhumorado de Hallow. Su mala fama superaba a Satanás, con eso lo decía todo.

Aunque nunca le vi abusar de nadie ni hacer *bullying*, a mí me odiaba con toda su alma, y nunca supe por qué.

Primero creí que eran imaginaciones mías, luego intenté ser amable con él un par de veces con algún «hola, ¿qué tal?» cuando me lo cruzaba por los pasillos, o un «disculpa» si me tropezaba sin querer con él en alguna ocasión.

Y nada, solo gruñidos, como si fuese un perro y le diese asco.

También recuerdo otro encuentro en la cafetería, estaba llena de gente y él parecía tener prisa por volver a casa, maldijo al entrar y ver la cola, con intención de irse. Fui una idiota. No sé qué me hizo tomar aquella decisión, si sus tatuajes, su cuerpo musculoso, su altura de metro noventa o esos profundos ojos azules, o si tal vez

fue la mandíbula cuadrada, sus rasgos masculinos y angulares o aquel cabello negro azabache tan poco común en Hallow. Fuese lo que fuese, algo me empujó a presionar su bíceps con la yema de mi dedo y decirle: «Hola, Sean, no tengo hambre y soy la siguiente, si quieres te cambio el sitio en la cola».

Primero me miró como si fuese una mosca apoyada en su hombro, luego me hizo la peineta y se largó.

Todo un caballero.

Nunca entendí por qué le desagradaba tanto, después me dijeron que sus padres eran rusos y que los rusos tenían esa personalidad fría, ingrata y desagradable.

Así que lo di por perdido, nunca sería amiga de Sean, el chico más guapo y atractivo de Hallow.

Porque, sí, no os lo voy a negar, al principio fantaseé con él, con subir a su increíble moto, con que un día de lluvia me pusiese su cazadora de cuero negra, la cual llevaba puesta en este momento, o con que me sonriera. Sean nunca sonreía, pero si algún día lo hacía, todas las chicas de Hallow se desmayarían al mismo tiempo. Ahora estaba totalmente segura de que antes de dejarme subir a su moto, preferiría atropellarme con ella y luego tirarme por un precipicio. Vaya que sí.

—Tío, ¿qué haces aquí? —Derek parecía querer intimidarle.

Esto estaba siendo maravilloso.

—Vengo a ver a mi novia, que supuestamente estaba en casa castigada por su padre.

Sean se coló dentro del salón, buscando con la mirada a Naomi. Sufrí una arcada. ¿Ella era la novia de Sean? ¿En serio? ¿Cómo? ¿Cuándo? Ahora entendía su odio gratuito hacia mí, seguro que se lo contó absolutamente todo, ¡TODO! Y a su manera, claro.

Yo debía ser la reina de las furcias para Sean.

Ay, Dios, me iba a desmayar.

Pero, ¡un momento!, si Naomi era la novia de Sean, ¿por qué Derek se la estaba presentando ahora mismo a mi madre como su novia? Dios, este chisme estaba siendo demasiado intenso, por lo que yo no podía desmayarme en un momento como este, por nada del mundo.

Traté de prestar atención a la conversación y a la cara de pavor que tenía Naomi, aunque el cuerpo de Sean no me dejaba concentrarme demasiado. El desgraciado era enigmático y atractivo a más no poder. Odiaba cómo caían esos mechones de pelo negro sobre su piel pálida. Su mirada tenía la expresión de un ser cruel y malvado que podría ser capaz de reducir a Derek a cenizas solo con rozarle.

Llevaba una camiseta negra debajo de la chaqueta de cuero, una cruz plateada colgaba de su cuello a la altura de su marcado pecho, con unos vaqueros desgatados y unas botas negras masculinas. Aquí siempre llovía, así que era muy habitual que las usasen.

—Espera, chico, no sé quién eres, pero creo que te equivocas. —Mi madre hizo un intento de defender a su «no hijo» como nunca me había defendido a mí, y Sean la fulminó con la mirada con la misma rapidez e intensidad que un rayo.

—No he venido aquí a montar un numerito, no soy un maleducado. Naomi, sal fuera, quiero hablar contigo.

—No, no pienso ir. —Naomi empezó a llorar y el dolor rompió la expresión dura de Sean, fue como si acabase de llevarse una de las mayores decepciones de su vida.

—Naomi, por favor…

O sea, ¿la acababa de encontrar en casa de otro, le había mentido en su cara y le estaba rogando «por favor»? Sean no parecía ser tan malo.

Al menos no con ella.

Sin embargo, cuando Derek volvió a abrir la boca, la amabilidad de Sean fue como una estrella fugaz que desaparecía en el firmamento.

—Tío, te tiene miedo, déjala en paz.

—¿Miedo? ¿A mí? ¿En serio, Naomi? Dime, ¿te he hablado alguna vez mal? ¿Te he hecho algo malo? Nena, joder…

Nena.

Nena.

Sean diciendo nena.

¡Estaba que chillaba y ni siquiera me lo había dicho a mí!

Naomi miró con incomodidad a Derek, el cual solo se encogió de hombros.

—Eh —prosiguió—. Solo quiero que vayamos al coche un segundo, ni siquiera te subas, pero explícame y déjame todo esto claro. Si me dices que se acabó, entonces se acabó; odio que jueguen conmigo, ya lo sabes.

Ella tomó aire, volviendo a mirar a Derek como si estuviese pidiéndole permiso, aunque este seguía acobardado. Por algún motivo, temía a Sean. Nunca los vi juntos, nunca le escuché hablar sobre él, no tenía ni idea de que hubiese una posible enemistad entre ellos o algo parecido.

¿Por qué tenía tanto poder sobre mi hermanastro? Me moría de la intriga por saberlo.

Naomi finalmente se disculpó con Derek y con mi madre, diciendo que en seguida volvería, y salió junto a Sean al exterior, cerrando la puerta. Así que subí rápidamente por las escaleras, yendo hacia el pasillo superior, me encerré en el baño, eché el pestillo y abrí la ventanilla, los tenía justo debajo.

Tenía que enterarme de todo.

—Nena, ¿por qué has hecho esto? —A pesar de su postura rígida y amenazante, apoyado sobre el coche, mantenía las distancias y le hablaba de forma calmada y prudente—. Sé clara conmigo.

Este chico era encantador, ¿de verdad le estaba cambiando por el idiota de Derek? Era más estúpida de lo que siempre creí.

—Sean…, yo… —Negó con la cabeza, llevándose las manos al rostro, y empezó a llorar—. Te quiero. Mucho.

No, no le quieres, deja de mentirle.

—Joder, nena, ven… —Sean la abrazó y ella se acurrucó en su pecho. Abrí la boca en una perfecta o. Menuda zorra, o sea, estaba en la puerta de nuestra casa, acababa de ser presentada como la novia de Derek y se estaba abrazando a Sean…—. Cuéntamelo todo, suéltalo, te escucho. ¿Es mi culpa? ¿Hice algo mal? Dime que solo es un amigo, por favor, dímelo.

—No, pero…, bueno, son las circunstancias. —Se apartó de él y volvió a respirar con fuerza para ponerse rígida con el mentón alzado. Yo tenía el corazón en un puño. Sean me caía como un grano en el culo, pero no estaba preparada para ver cómo le rompían el corazón, pues yo, que era mujer, sabía cuándo otra mujer estaba a punto de hacer algo así—. Mira, las cosas en casa van mal, ¿vale? Y ya no puedo seguir en mi instituto; además, Derek se ha ofrecido a pagarme los estudios.

—¿Qué dices? ¿Por qué no me comentaste nada? Yo podría…

—No, no puedes. Estás endeudado hasta arriba, trabajas más de lo que vives, tienes que encargarte de tu hermana…, ¿y yo cuándo? Nunca hay tiempo para mí, hace una semana fue mi cumpleaños y no me regalaste nada.

—Te llevé a cenar…

—Al puto McDonald’s, Sean.

—Tenía que comprar ropa nueva para mi hermana, está creciendo, joder…

—Sean —continuó, colocando sus manos alzadas entre ellos—. No quiero esta vida, ¿vale? Mi madre fue una desgraciada con mi padre, hasta que aquel accidente acabó con ella. Elegir al hombre de tu vida por amor es un error, te juro que… te juro que eres increíble, el mejor tío que he conocido nunca, pero no puedes darme la vida que yo necesito.

Sean se mantenía rígido, con los brazos cruzados; parecía que nada de aquello le dolía, pero estaba segura de que era por su superpoder de ruso. Sí, los rusos tenían esas cualidades de aparentar que todo les daba igual.

Tan solo enarcó una de sus cejas negras y preguntó:

—¿Y Derek, sí?

—Sí, Derek sí.

Silencio.

Se hizo un abismal silencio en el que solamente escuchaba mi respiración y el latido de mi corazón, subida a la tapa del váter y asomada a la ventanilla.

—Pues ya está —dijo finalmente—. Se acabó, ¿no?

—Sí, se acabó.

—Genial, tía, que seas muy feliz, disfruta de la pasta de Derek. —Le guiñó un ojo, quitándose una pulsera que llevaba puesta para entregársela—. Dame la que yo te regalé, no quiero que tengas nada mío.

—No la tengo.

—No la tienes —afirmó, sonaba amenazante.

—Me la quité y no sé dónde está. Lo siento, me hacía sentir mal verla mientras…

—Mientras te follabas a Derek, claro. Esa pulsera me costó casi la mitad del sueldo de un mes de trabajo.

—Lo siento muchísimo —sollozó, con la mirada en sus pies.

—Desparece de mi vista, no quiero volver a verte, jamás.

—Tendrás que verme en Hallow, y lo he pasado muy mal en mi otro instituto, así que espero que no me hagas la vida imposible.

La cara de Sean era un auténtico cuadro, daba miedo mirarle.

—¿Hacerte la vida imposible? Por Dios, yo no soy como la escoria de… —Se fijó en la casa y soltó la bomba—: Como la hermana de

ese cretino.

¡PUM! ¡PUÑALADA JUSTO EN MI CORAZÓN!

¿La muy desgraciada había tergiversado los hechos? ¿Le dijo que era yo quien le hacía *bullying* a ella?

—No son hermanos de sangre. Él no es como ella, no se parecen en nada.

Sean se encogió de hombros.

—¿Estás segura? A mí los dos me parecen unos pijos insoportables, ambos apestan a superioridad y dinero. De hecho, esa cría es aún peor. Un día me ofreció su sitio en la cafetería, sin conocerme de nada. Joder, ¿qué pensaba?, ¿que por ser pobre necesitaba su estúpida caridad? Solo le faltó tirarme una moneda para un puto bocata.

¿De verdad pensó eso? ¿De verdad malinterpretó mi débil muestra de amistad de esa manera?

¡¿Cómo se podía ser tan malpensado?!

—Mira, yo ya te avisé sobre Brittany. Es despreciable y una zorra de cuidado, solo tienes que ver cómo es su madre…, pero, en fin, no lo hagamos más complicado, ahora estoy con Derek.

Sean rodó los ojos.

—Pues de lujo. Aunque la próxima vez, ten la decencia de decírmelo y no inventarte excusas, ya eres mayor de edad, eres una jodida mujer.

Naomi era mayor que yo, y repetidora, siempre fue muy pero que muy mala estudiante.

—Mira, no quiero seguir hablando, vuelvo dentro.

—Adelante, corre con tu nueva familia, corre a comportarte como Brittany y su madre, eres igualita a ellas —ladró, y se largó subiéndose al coche.

Naomi entró en casa y cerró la puerta con fuerza, rompiendo a llorar como una magdalena. Derek y mi madre fueron corriendo a

consolarla, llevándosela a la habitación de mi hermanastro.

Volví a mirar por la ventanilla, Sean estaba dentro del coche fumándose un cigarro. Se le veía nervioso, tal vez intentaba calmarse antes de conducir.

Así que pensaba todas esas cosas horribles de mí, ¿eh? Si algo aprendí durante estos años, es que cuando la gente te critica, debe hacerlo con motivos.

Así que se los daría.

Bajé las escaleras rápidamente, con mi cartera en la mano, abrí la puerta de casa y salí al exterior, colocándome con los brazos cruzados y las piernas ligeramente abiertas delante de su coche. Los faros me alumbraban y el viento removía mi cabello rubio. Una vez se fijó en mí, le regalé mi mejor cara de asco.

—¡¿Y A TI QUÉ COÑO TE PASA?! —rugió, y yo abrí mi cartera, rebusqué entre las monedas y saqué una moneda de una libra que le lancé sobre el capó del coche—. ¡¿Qué?! ¡MALDITA SEA! ¡PUTA BRITNEY! ¿Qué acabas de hacer?

—¡No es Britney! ¡Es Brittany! —Ahora era yo la que ladraba como un *chihuahua* con rabia y sin vacunar—. ¡Y esa moneda es para que te compres un bocata, gilipollas!

—¡ME CAGO EN MI PUTA VIDA YA! —siguió gritando, luego tiró el cigarro y bajó del coche. Vino a por mí. Quise echarme a correr pese a los tacones bajos que calzaba, aún llevaba el uniforme escolar, no me lo había quitado; no obstante, no pensaba parecer una cobarde, así que me mantuve con las piernas firmes y los brazos cruzados—. ¿Pero tú de qué vas, pija de mierda? ¿Qué haces escuchando conversaciones ajenas?

—Disculpa, si te pones a discutir con tu ex debajo de la ventana de mi habitación, es inevitable. —Le miré de arriba abajo. Mierda, era la primera vez que le tenía tan cerca, mi nariz llegaba al nivel de sus pectorales.

—Ni se te ocurra hacerle daño, *barbie* ridícula —me insultó, señalándome con el dedo—. Te voy a tener vigilada, ¿me estás

escuchando?

—¿Tan vigilada como a ella? Porque te la ha estado pegando con Derek y ni te has dado cuenta.

Se desquició, sus ojos parecían estar a punto de salirse de su cara mientras apretaba los puños y buscaba algo que golpear.

—Joder, si es que ya sabía que eras una zorra de cuidado.

—Y tú un idiota que flipas.

Fui dando pasos hacia él con cada insulto, dejándole totalmente atónito, ahora que le vi comportarse de esa forma con Naomi, sabía que esa imagen de tío duro era una fachada, tal vez los hombres sí tuviesen motivos para temerle, pero las mujeres, no.

«Tenía que comprar ropa nueva para mi hermana, está creciendo».

Venga ya, si era un amor…

Miedo iba a tener él de mí.

—Pero, bueno, ¿y yo qué te he hecho a ti si se puede saber?

—Insultarme sin tener pruebas de nada. Has dicho que soy una pija sin sentimientos, que apesto a dinero y que te traté como a una obra de caridad, cuando eso no es cierto.

Se agachó un poco para mirarme directamente a los ojos.

Me iba a caer de los tacones.

Ay, madre.

—Ah, ¿no? ¿Y a qué vino eso de ofrecerme tu sitio?

Su voz sonó más suave, pero sin abandonar ese tono de chulería y prepotencia que tanto caracterizaba a Sean Kiev.

Mordí mi labio inferior sin decir palabra, él siguió hablando:

—Vamos, *barbie*, ¿puedes contestar o tu cerebro de plástico no te lo permite?

—No soy una *barbie*.

—Oh, ya lo creo que lo eres.

Por algún motivo noté cosquillas en el estómago. Las *barbies* eran bonitas. Sean me estaba comparando con algo bonito.

—Sentía que me odiabas, no soporto que las personas me odien. Cuando llegué a Hallow quise empezar con buen pie.

—Claro, porque te expulsaron por ser una hija de puta que acosa a otras tías, ¿no?

Mi cara se incendió tanto como un semáforo en rojo, quería agarrarle del cuello y estrangularle.

—¿Sabes qué? Eres igual que todos, un chismoso que habla sin saber. Me das asco, tío —recriminé y le di la espalda para volver al interior de casa.

—¡No soy yo el que escucha conversaciones ajenas! —bramó detrás de mí, subiendo de nuevo a su coche—. ¡Y gracias por la moneda! ¡Me compraré un chicle y lo masticaré como si fuese tu cabeza!

Hizo rugir el motor, sonaba como una porquería barata. Giré sobre los tacones, regalándole una sonrisa atrevida.

—Mejor ahorra para un coche nuevo, nene.

Se le caló.

—¿Cómo me has llamado? ¡¿Qué has dicho?!

Cerré la puerta en sus narices.

Nene.

Empecé a reírme a carcajadas.

Tenía que llamar inmediatamente a Anastasia y contarle esto. Acababa de vacilarle en la cara a Sean Kiev. Y le había llamado nene.

CAPÍTULO 2
SEAN



El coche por fin arrancó y no es que estuviese mal, joder, le hice el cambio de aceite y filtro hace nada, estaba bien de todo. Viejo, pero bien.

Lo que pasa es que esa estúpida de Britney me puso de los nervios.

«¡No es Britney! ¡Es Brittany!».

—¡Ni is Britnii! ¡Is Brittini! —la imité mientras conducía.

La desgraciaba escuchó toda mi conversación con mi ex, me vio arrastrarme y ahora sabía cosas. Cosas que no tenía por qué saber. Si se dedicaba a contarlo por Hallow iba a ser el puto hazmerreír.

«Sean Kiev va con el coche viejo de su madre a la gran mansión de Derek Stephan para que su novia le deje como si fuese una mierda».

Genial, Sean, la acabas de cagar hasta el fondo. ¿Pero qué iba a hacer? ¿Decirle lo que de verdad pensaba? ¿Ofenderla? No.

No era un cretino, las mujeres se respetaban. Y era cierto que escupía tacos como una metralleta, pero no faltaba al respeto, o al menos lo intentaba.

Sobre todo, con las personas que me importaban.

Y Naomi era importante para mí.

Exacto, era, porque desde este momento debería dejar de serlo. Posiblemente estaría en la habitación de Derek, comiéndole la polla mientras este le prometía una vida de lujos. De ensueño todo, una preciosidad, claro que sí.

Me dolía el pecho, notaba una fuerte punzada en el corazón. Aunque no tan intensa como cuando me enteré de lo de mi madre, algo que era aún difícil de digerir y que todavía no estaba interiorizado. De hecho, lo estaba evitando, no aceptaba que en seis meses se fuese a morir. No, ni de coña.

Solo quería quedar con mi novia para acurrucarnos en la cama, ver pelis, cocinarle algo y oler su cabello; sentirme un poco menos solo en este infierno al que se supone que debemos llamar vida.

Pero resultaba que mi novia, la que estaba castigada por su padre, ya no era mi novia, sino la novia de otro, y que encima iba a tener que verla todos los días en Hallow. ¡Un aplauso, señoras y señores! ¡Las cosas no pueden empeorar!

Y para colmo, la maldita Britney Spears adolescente de los huevos se me planta junto al coche y me tira una moneda para que me compre un bocata.

¡Será hija de…!

Basta, Sean, es una chica, y no se insulta a las chicas, controla tu lengua.

Cuando entró en el instituto, me fijé en ella porque todos hablaban de Brittany, de lo buena que estaba.

Como hombre que soy es normal que alguna vez le echase un vistazo, tenía un cuerpecito de infarto. No mentía al llamarla *barbie*.

El problema es que era una cría, una niña, aunque demasiado desarrollada para su edad, eso sí.

Demasiado avispada también.

Nada más llegar ella, Naomi me contó toda la historia del *bullying*, del acoso y no sé cuántas cosas más.

Nosotros estábamos empezando la relación y la creí en todo. Pero una de las cosas que dijo no era cierta.

«Se cree guapa, cree que es el puto centro de atención y no lo es, no es para tanto».

Se creía guapa, sí, podía ser, pero es que lo era.

Para tanto y más.

Era como una actriz de esas que salen por la tele.

Los tíos babeaban por su cuerpo y las tías querían acercarse a ella solo para que ellos quisiesen follárselas. Claro, como nadie lograba meterle la polla a la Britney, pues entonces a las amigas.

Aun así, nunca la vi en ninguna fiesta ni arrimarse demasiado a ningún tío. Se llevaba bien con todos y con nadie a la vez. Parecía estar siempre rodeada de personas y, al mismo tiempo, se veía jodidamente sola.

Era extraña, la verdad.

Pero, como decía, yo estaba con Naomi, y nunca he tenido ojos para otra. Podría echar algún vistazo a alguna tía guapa, reconocer su belleza y nada más. No era infiel, nunca lo he sido y jamás lo seré. Mucho menos con una chica de la que me contaron cientos de barbaridades. No iría detrás de su culo, jamás.

Aunque, ahora que pensaba tanto en el tema, Naomi se estaba comportando de la misma forma que criticó por años. Tal vez lo que tenía era celos, y solo esperaba su oportunidad para hacer lo mismo.

Cómo me has decepcionado.

Encima tiró la pulsera, era de plata, de la buena. Y tuve que echar un montón de horas extras para poder pagarla.

Decidí abrir la ventanilla y dejar que el aire frío me despejase la puñetera cabeza, me dolían las sienes. Qué decía doler, me hervían, como si estuviese a punto de salirme sangre por la cabeza.

Marqué el número de Josh, tenía que avisarle de que ya iba a por Lucy.

—Tío, dime que no te ha detenido la policía ni nada por el estilo.

—Qué va, sabes que tengo cabeza.

No iba a dejarme llevar, no cuando en casa me necesitaban para salir adelante.

—¿Y bien?

—¿Está mi hermana delante?

—Está abajo con mi madre jugando a las muñecas. Yo lo intenté, pero mi madre acaparó toda la atención. Ya sabes, siempre quiso una niña.

Sonreí, la señora Halimton era un sol.

—Vale, pues nada, que según ella es novia de Derek y lo nuestro se acabó.

Silencio.

—Venga ya, Sean.

—Josh, va en serio.

—¡Qué pedazo de puta! —bramó y quise reprenderle por hablar así de ella. A Josh nunca le gustó Naomi, pero yo le mantenía la lengua a raya—. Tío, qué asco.

—Tiene dinero, le puede ofrecer una vida mejor. Ya está, no se habla más del tema.

—Ajá, ya veremos cómo van las cosas cuando empiece a darle palizas.

Arrugué el ceño.

—¿Por qué dices eso?

Seguí pisando el acelerador, me sabía todos los radares, así que frenaba de forma estratégica cuando tocaba.

—¿No lo sabes? Johan Stephan fue denunciado por su exmujer, la madre de Derek. Era un maltratador y además se iba de putas. Le iban las jovencitas, lo peor de lo peor, y su hijo será igual, de tal palo tal astilla.

«Le iban las jovencitas».

Al escuchar esa palabra me acordé de esa rubia idiota. No había una «jovencita» más rica y tentadora que ella, era una jodida delicia con faldita y zapatitos de tacón.

¿Sería ese viejo capaz de…?

¡Bah! Ni hablar, era su hijastra. Además, ¿qué me importaba? Bastante tenía yo con mis problemas.

—Si me entero de que le hacen algo a mi ex, los mato —rugí, jurándolo de verdad.

—Sean, espabila de una vez, que se ha reído en tu cara. Si le hacen la vida imposible, nos alegramos, ¿vale? Porque se lo merece.

Torcí el gesto frunciendo los labios, yo era de todo o nada, y cuando me entregaba, lo hacía de verdad.

Era cierto que Naomi nunca fue perfecta. Tenía mil defectos, le faltaba muchísimo para ser la mujer de mis sueños, aunque, joder, yo la acepté así y me comprometí con ella. Fueron años a su lado, no podía tirar todo eso por la borda.

—¿De verdad estabas enamorado?

Me quedé pensativo, sin saber demasiado bien qué contestar.

—A ver, enamorado… No la amo, ¿vale? Pero le tengo cariño, afecto. La quiero, creo.

—¿Pues sabes qué pienso yo? Que ha sido tu refugio. Te has esforzado en que funcionase porque necesitabas tener a alguien que te ayudara a llevar toda esa mierda que cargas sobre los hombros, y cuando te diste cuenta de que no era para ti, te costó asimilarlo y decidiste engañarte.

Empecé a agobiarme y tuve que abrir las otras ventanillas. De verdad, Josh era inoportuno de la hostia con sus mierdas de comentarios.

—Mira, colega, sea lo que sea, se acabó. Hay que seguir adelante.

—Exacto, así que déjate de idioteces tipo «si le hacen algo los mato», porque ya no es tu problema, ¿entendido, Kiev?

Apreté los dedos sobre el volante, con tanta fuerza que se quedaron blancos.

—No me gusta que abusen de nadie, lo haría por ella y por cualquiera.

—Pues desde este momento di que lo harías por cualquiera menos por esa.

Rodé los ojos, no iba a parar, Josh era cansino hasta el aburrimiento.

—Entendido, Halimton.

—Grande, Kiev, ese es mi chico.

—Cómemela.

—Cuando quieras, cielo.

Hice una muesca de asco.

—No me hagas potar —supliqué.

Escuché a mi hermana de lejos, preguntándole a Josh si estaba hablando conmigo, este le dijo que sí y se puso al teléfono.

—Hola, tete.

—Hola, *printsessa*.

Se me dibujó una sonrisa instantánea con solo escucharla. No necesitaba a Naomi para nada, tenía lo más bonito del mundo, Lucy.

Y por supuesto que comprarle ropa a mi hermana era mucho más importante que su regalo de cumpleaños; si lo hubiese sabido, ni siquiera la habría invitado a esa maldita hamburguesa.

—¿Ya vienes?

—Sí, tesoro, perdona que me haya retrasado.

—¿Me compras una piruleta?

El estómago se me encogió aún más, no sabía hasta cuándo seguiría aguantando esta angustia.

—Cariño, es que… no… no tengo… —La moneda de Britney Spears brilló sobre el asiento de al lado. Mira por dónde…—. Ah, sí, espera. Sí que tengo, te la compraré.

—Gracias, tete, te quiero. Vuelve pronto.

—Yo también te quiero. En cinco minutos estoy ahí.

Colgué la llamada, y en seguida recibí una de mi madre.

—Má, ¿qué tal?

Ahora, no solo me ardía el estómago, también el pecho, la garganta, los ojos, todo.

—Cariño, ¿dónde estáis? Acabo de despertarme, es tarde y…

Mi madre era como mi mejor amiga, siempre se lo contaba todo. Era la madre más comprensible, abierta y cariñosa que existía.

—Nada, Naomi y yo teníamos que hablar, así que para que pudieses descansar dejé a Lucy en casa de Josh, estoy de camino a recogerla y ya vamos.

—Oh…, cielo, ¿y qué tal con Naomi? ¿Se queda a dormir?

—No, mamá, no se volverá a quedar. Nunca.

Noté la preocupación en ella al otro lado del teléfono.

—¿Habéis discutido, cariño?

—Hemos roto.

—Pero, Sean…

—Nada de peros, mamá, estoy bien. Tú descansa, ahora vamos y hago unos perritos calientes para cenar, me muero de hambre.

—¿De veras estás bien? Sean, si es porque te gusta alguna niña de ese instituto pijo al que vas, déjame decirte que no es correcto. —Su voz sonó dura, aun con tan pocas fuerzas seguía siendo una mujer ejemplar que siempre hacía lo posible por inculcarme buenos valores.

Sonreí, dolorido.

—No, mamá, es ella la que me ha dejado por otro. Uno con pasta y un coche deportivo, así que ya está, se acabó.

—Sean…

—Estoy bien, nos vemos luego. Te quiero.

Colgué la llamada, tratando de controlar las emociones. No sabía qué iba a hacer con mi vida sin ella. Si mi madre se iba, se iría todo al carajo. Tenía que buscar otros médicos, otras opiniones, no me iba a rendir así porque sí, ni de coña.

Paré en el kiosco de la plaza que estaba justo al lado del portal de Josh. Compré la piruleta, toqué al timbre y me abrieron.

La casa de Josh era bonita, de clase media, él y su familia estaban bien, aunque Josh tenía hambre de más. Por eso estábamos metidos en esta mierda de las drogas: yo, por necesidad y él, por ambición.

Fuese como fuese, nos cubríamos el uno al otro y si caíamos, caeríamos los dos. Eso fue lo que nos prometimos, aunque yo nunca le dejaría caer, lo tenía claro.

—¡Pero qué chico tan guapo! —La señora Halimton, Zahra, me apretujó entre sus enormes pechos—. ¡Vaya! ¡Tienes las mejillas rojas por el frío!

Zahra conoció al padre de Josh en Egipto, y él decidió traérsela a Londres cuando eran superjóvenes.

—Eh…, sí, hace un frío de la hostia.

Josh se descojonaba la polla detrás de mí.

—Te gustan, ¿eh? —murmuró en cuanto pasé por su lado, y no pude hacer otra cosa que pegarle un codazo en el estómago sin que su madre se diese cuenta.

Entre gimoteos de dolor, me fue persiguiendo.

—Tío, nos bebemos unas cervezas y jugamos a la *Play*, ¿te hace?

—No, mi madre está sola y se encuentra mal. Además, mi hermana debe cenar, ducharse y dormir —respondí de inmediato, mientras Zahra comenzaba a meter cosas dentro de una bolsa de

plástico. Lucy vino corriendo a engancharse de mi cuello como un koala, metiéndose la piruleta en la boca—. Sabes que me encantaría, pero…

—Lo sé, tronco. —Me dio una palmada en el hombro—. Pero cuando lo hagas todo, llámame y nos echamos un vicio al *Counter*, te vendrá bien pegar unos disparos.

Suspiré. Sí, me vendría bien.

No teníamos internet en casa, aunque me sabía la contraseña del wifi del taller en el que trabajaba, estaba justo en nuestro edificio, así que de lujo.

—Eso está hecho, luego te llamo.

Zahra vino corriendo detrás de mí y me dio una bolsa llena de comida.

—Toma, cielo. Por favor, no digas nada, solo acéptalo.

Ahora sí que estaba rojo de verdad y no era ni por el frío ni por sus enormes tetas.

—No, señora Halimton. Ni hablar.

—Es para ella, por favor. —Sus ojos se desviaron ligeramente hacia mi hermana y luego me miró—. Sean… —comenzó, aunque se le rompió la voz—. Sé que tu mamá está… y tú…

Tragué saliva, dejando a Lucy en el suelo.

—*Lyusiya.* —Cuando decía su nombre en ruso, sabía que no estaba para tonterías—. Ve a lavarte las manos antes de subir al coche.

Ella me miró con una expresión tosca.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo —contesté autoritario, con los brazos en jarra.

Josh la cogió como si fuese un avión, llevándola hasta el baño y haciéndola reír.

¿Qué haría yo sin este tío?

Morirme.

—Señora, estamos bien —mentí en voz baja—. Se lo agradezco, pero no es necesario.

—Sean, cariño, tu madre no tiene trabajo y tú te partes el lomo estudiando y currando en ese taller; no puedes con todo solo, es imposible. Tengo la nevera a rebosar de comida, a veces incluso se me pone mala, acepta esta pequeña ayuda.

Otra vez, ese puto dolor de estómago.

—No tengo cómo pagárselo, señora.

—Ya me lo pagas siendo el mejor amigo de Joshi, él te adora y ha cambiado mucho desde que se junta contigo; para bien, te estoy eternamente agradecida.

Josh de pequeño era un niño con sobrepeso. Tenía problemas de ansiedad y se pasaba el día jugando a videojuegos, encerrado en su habitación. Nos conocimos mi primer día de clases en Hallow, y desde ese momento, fuimos inseparables. Le cambié de la cabeza a los pies: me lo llevé a que le hicieran un buen corte de pelo; se tatuó conmigo; nos hicimos *piercings* juntos e íbamos al *gym* todos los días. Cuando mi madre trabajaba, podía gastar mi sueldo en cosas que me gustaban, como el deporte.

Josh no solo se quedó flaco y con un cuerpazo de la hostia, el tío ligaba y era guapo de cojones; ahora tenía una autoestima más alta que la torre Eiffel y era feliz, jodidamente feliz.

—Él también es importante para mí, me hace mucho bien.

—Pues no hay más que hablar, acepta esto. —Abrió la bolsa, enseñándome lo que había dentro—. Mira, hay fresas.

La boca se me hizo agua.

—Me pirran las fresas, señora Halimton.

—Lo sé, mi vida, por eso te las he comprado.

—¡A mí nunca me compras fresas! —gritó Josh desde la parte de arriba.

Maldito cretino.

—¡A ti no te gustan las fresas, imbécil!

—¡Ya lo sé!

Zahra suspiró de agobio, pude ver en su cara las ganas de darle una colleja.

Acepté la bolsa de comida con el nudo del pecho cada vez más grande. Me costaba respirar.

—Algún día… ¿la vida me irá bien? —pregunté, mirándola fijamente a los ojos.

Tal vez era una de las cosas más idiotas que había hecho, pero lo necesitaba, necesitaba que alguien me mirase y me dijese con toda convicción: «Sean, las cosas van a ir bien», y creerle.

Ella agarró mi antebrazo, apretándolo. Sentí la calidez de su mano y el frío de sus anillos de oro.

—Como decís vosotros los chavales, va a ir de puta madre —prometió, y por algún motivo, me aferré a ello—. No todo es malo: has tenido la suerte de estudiar en Hallow, sacas unas notas increíbles, irás a la universidad, serás médico y tu vida cambiará. La tuya y la de Lucy, porque sé que nunca la abandonarás.

—Nunca.

—Claro que no.

—Jamás —dije para finalizar la conversación.

—Aunque vayas a Hallow porque tu tío es el director y te ayuda, cuando te toque ir a la universidad, nosotros la pagaremos, ¿entendido? Tú sigue así, trabajando y cuidando de tu familia.

Mi tío paterno era el director y dueño de Hallow, forradísimo hasta arriba, rico de cojones.

Suponía que mi padre también estaba forrado, viviendo la vida por ahí con su otra familia y sin pasar la pensión alimenticia para ayudarnos. Mi madre nunca quiso denunciarle, decía que no necesitábamos nada suyo.

Así que, como «obra de caridad», mi tío se puso en contacto con mi madre diciéndole que podíamos estudiar allí, gratis, sin gastos escolares de ningún tipo, ni uniformes ni libros, nada. Él se encargaría de todo. Vladimir ya hacía más que mi padre, sin tener por qué hacerlo, y se lo agradecía, mucho.

Mi hermana iba a un colegio cerca de casa porque a mi madre le hacía bien llevarla y hablar con las otras madres. Cuando fuese más adulta ingresaría en Hallow.

Estudiar en aquel centro te abría el acceso a cualquier universidad, su influencia era abrumadora.

—Ni hablar —negué de inmediato—. Yo me pagaré mi carrera. Me da igual si acabo los estudios a los treinta o a los cuarenta, iré poco a poco, porque lo importante será sacar adelante a Lucy y trabajar, lo demás irá después.

Los ojos de Zahra se entristecieron, Josh apareció con mi hermana que ya tenía una profunda cara de sueño.

—Oh, bebé, ven aquí. —La acurruqué entre mis brazos y cerró los ojos en cuanto su mejilla se apoyó sobre mi regazo—. Gracias por todo, cuidaos —me despedí, Zahra asintió y Josh vino conmigo hasta el coche.

—¿De veras estás bien, tío?

—Sí, joder. —Dejé a Lucy en su silla, amarrándole bien el cinturón —. En serio, luego nos echamos un *Counter* y ya.

—Birras y *Counter*, suena que te cagas —me animó, sacándose de debajo de la sudadera tres latas de cerveza—. Toma, bébetelas luego.

Quise ponerme de rodillas y besarle los putos pies.

—¿Sabes que te quiero, pequeño cabroncete?

—Lo sé, gilipollas. Y yo a ti.

CAPÍTULO 3
BRITTANY



Estaba comiendo una sopa de fideos instantáneos en mi habitación, mirando cosas aleatorias por internet: chicas bailando en TikTok, los *trends* de moda, maquillaje, etc.

Quería distraerme y dejar de pensar en la cagada que hice poniéndome delante del coche de Sean, tirándole una moneda al capó del auto y diciéndole que debía ahorrar para comprarse un vehículo nuevo.

Yo no era así, ¿por qué dije eso?

Solo estaba cabreada y no pensaba callarme. No podía, era imposible para mí, no después de todo lo que pasé. Prometí que siempre tendría la última palabra, juré defenderme hasta lo indefendible. Siempre.

Aun así, me sentía fatal.

Ese chico estaba mal. Naomi le dejó de una forma asquerosa. Encima, ahora tenía que estar escuchando sus malditos gemidos con Derek. Los auriculares me ayudaban, pero, solo de saber lo que sucedía al otro lado, mi estómago quería potar.

Dios, qué asco.

La puerta de mi habitación se abrió. Era Lois, mi madre.

—Brittany, ¿podemos hablar?

Dijese sí o dijese no, íbamos a hablar sí o sí, por tanto, saqué los auriculares de mis oídos y le hice un gesto para que se sentase en la cama. Ella cerró con cuidado, como si no quisiera que Derek supiese que estábamos aquí reunidas, cuchicheando. Le tenía un miedo atroz a ese niñato.

Los golpes del cabecero contra la pared eran un claro insulto hacia nosotras. Por Dios, qué horror.

—Te escucho. —Quería finalizar aquella conversación antes de que empezara.

—Es ella, Naomi, la hija de Emmanuel.

Pestañeé lentamente, como si me diese igual y dije:

—Sí, mamá, lo es.

—¿Estarás bien? En Hallow, después de todo lo que te hizo, maldita sea.

Oh, vaya. Mi madre parecía tener empatía conmigo, qué… ¿bien?

Pero no, no era yo lo que le importaba a Lois, la tenía calada hasta el fondo. Era ella misma, tenía miedo de que Naomi soltase la lengua y le contase a Derek, o al mismo Johan, que estuvo saliendo con su padre poco después de que este enviudara.

—Estaré perfectamente, ya no soy la de antes, ahora sé pegar un puñetazo.

Mi madre bufó de la molestia, odiaba que tuviese carácter; ella quería a la niña asustadiza y dócil del pasado, a la mascota obediente que daba la patita.

—No puedes cabrearla, tienes que hacer todo lo posible por que se sienta a gusto con nosotras.

Ay, no, esto sí que no.

—No vas a obligarme a hacer algo así.

—¿Ah, no? ¿Y qué piensas hacer? —Su cabello empezó a volverse encrespado, como siempre que se alteraba—. ¿A dónde vas a ir?

¿Con tu padre? ¿De nuevo?

Una vez, mi madre y yo discutimos muy fuerte a causa de uno de sus novios. No me gustaba. A veces, ella se iba a trabajar y me quedaba con él a solas, me ponía nerviosa, me sentía incómoda.

Tenía problemas con la bebida, bebía muchísimo. Nunca me hablaba estando ella delante, pero cuando se iba, era un puto loro.

«Cielo, tráeme agua».

«Cariño, haz algo de comer».

«Preciosa, ve al kiosco y cómprame tabaco».

Odiaba que me llamase de esa forma y odiaba cada uno de sus apodos «cariñosos» porque sentía que, con tan solo trece años, me estaba tratando como si fuese su rollete o algo por el estilo.

Yo siempre aparenté más edad, a mis trece ya parecía tener quince. Me desarrollé rápido y pronto.

Mamá y yo tuvimos una conversación y le conté lo que sucedía. No me creyó. Tras una acalorada discusión, me pegó un bofetón.

Mi madre me pegó por un tío.

Por un puto tío.

El golpe fue doloroso, pero el motivo me rompió como nada.

Recuerdo mirarla a los ojos y gritarle un: «quiero irme a vivir con mi padre, ahora mismo». Ella logró ponerse en contacto con él, le explicó que pasaba algo grave conmigo y accedió a vernos.

Me llevó a su casa en autobús, fuimos en silencio todo el trayecto, las dos solas, mientras sollozaba con la mejilla ardiendo.

Una vez llegamos al apartamento de papá, el cual estaba en el pueblo de al lado, cerró la puerta en mis narices al entrar para hablar con él. Yo esperé fuera, muerta miedo, sin saber si estaba haciendo lo correcto o no.

Cuando mi padre me recibió, estaba acompañado por un hombre mucho más joven con él, jodidamente disgustado.

«Este es Niko».

Nos presentó, quise ser amable y caerle bien, aunque, evidentemente, no le agradé ni un poco.

Niko se marchó, dejando a mi padre confuso y cabizbajo. No hablamos de nada, ni de mis estudios ni de cómo me iba la vida. Niko parecía ser más importante. De nuevo, las parejas de mis padres ganaban terreno sobre su única hija.

¡¿Para qué demonios me tuvieron?!

Me puso una película, *El espantatiburones*, y fue la película infantil más amarga de mi vida. Todavía recuerdo cómo me bebía las lágrimas en silencio mientras la veía.

Al día siguiente, me llevó al instituto, se levantó como si todo fuese perfecto, como si nuestra vida fuese de maravilla.

Confundida, creí que estaba contento de tenerme con él, de que viviésemos juntos, y durante las ocho horas de clases pensé que al menos mi madre ahora sería feliz haciendo lo que ella quisiese sin que yo fuese un estorbo.

Mi padre siempre fue más relajado, él no gritaba, él no pegaba.

Cuando el timbre de salida sonó, fui a la parada de autobuses a esperar, dijo que vendría a por mí, así que dejé marcharse el autobús. Pasaron horas y horas. Empezó a oscurecer. Le llamé varias veces, no contestó.

Finalmente, a las siete y media recibí un mensaje de texto: «No puedes quedarte conmigo, lo siento mucho, te quiero».

Ese «te quiero», dolía.

No, a mí no me quería nadie.

«No tengo a dónde ir, ¿qué hago?».

Tenía trece años, ¡TRECE!, no podían deshacerse de mí y dejarme fuera sin más.

«No lo sé, habla con tu abuela».

Ese fue su último mensaje, el último de todos, para siempre.

Emprendí el camino de vuelta a casa, tardé una hora y media.

Pensé que si me tiraba por el borde de la carretera hacia el río y me escoñaba nadie me echaría de menos. No quería morirme, ni de coña, pero sí pensaba que, si algo malo me sucedía, les daría totalmente igual.

«Algún día seréis viejos y os haré falta. Necesitaréis que os cuide y os abandonaré como me habéis abandonado a mí, lo juro».

Ese pensamiento de odio y venganza hacia mis padres fue lo que me dio fuerzas para, con la mochila cargada de libros, caminar más de una hora, plantarme en casa de mi abuela y decirle: «Por favor, no tengo a dónde ir, déjame vivir contigo».

Ella me aceptó sin rechistar, ya tenía una habitación para quedarme cuando mi madre invitaba a sus ligues fugaces de una noche, antes de que pasasen a vivir de forma permanente con nosotras durante algunos meses. Me acurruqué en esa cama y también me pasé la maldita noche llorando.

Finalmente, Lois decidió aceptarme de nuevo en su vida, y yo volví porque era menor y no podía soltarle un «no quiero vivir contigo, púdrete».

—No, mamá, no me voy a ir con mi padre. Pero tampoco voy a ser buena persona con esa zorra.

—Esa boca, Brittany —maldijo—. Yo no te he educado así.

No me has educado, directamente.

Con la cara torcida, añadió:

—No te queda otra, te portarás bien o te quitaré de Hallow y volverás a ese instituto en el que te hacían la vida imposible. Dime, ¿qué quieres?

No abandonaría Hallow por esa idiota.

—Pasaré de su cara y ya, será como siempre, como si no existiese, nunca os molesto y seguiré sin molestar. —La vi respirar aliviada—. Aunque —puntualicé—, Naomi es mala, mala de verdad, y seguro que Derek ya está al tanto de todo. —Traté de disimular la sonrisa

que se me quería dibujar en la cara—. Será cuestión de tiempo que Johan lo sepa.

Las manos le temblaban, mientras fruncía los labios y casi se le salían los ojos fuera de órbita.

¿Te duele, mamá?

—¿De verdad crees que será capaz?

—Totalmente. Pero, bueno, si eso sucede, solo tienes que negarlo.

—¿Me apoyarás? —quiso saber—. ¿Dirás que es mentira? Por favor…

—Claro. —Me encogí de hombros—. Quiero que seas feliz.

Quiero que estés bien, que me dejes en paz y cumplir la mayoría de edad para largarme y no volver a verte, Lois.

—Oh, cielo, gracias. —Vino hacia mí y me abrazó. Me quedé rígida como una barra de acero sin ser capaz de corresponder—. Bueno, seremos un equipo. Además, no creo que Derek dure demasiado con ella, es un mujeriego.

Como su padre.

—Claro, seguro que duran poco y pronto la perdemos de vista.

Mi madre se colocó bien el traje, diciendo que se iba a dormir. Salió con sus tacones y su andar de señora millonaria. Cerré la puerta en cuanto desapareció de mi habitación, y me tiré en la cama. Ya estaba duchada, con el pelo mojado, en bragas y un top corto. Subí un poco más la temperatura de la calefacción.

El calor subió por mi vientre al recordar a Sean; su cabello negro, sus oscuros tatuajes, la forma en la que decía esos tacos sin pudor, su carácter agresivo…

Y luego esa forma de ser con ella, con Naomi.

«Nena...»

Ese tío debía de follar increíble y no era ningún borrego, sus notas siempre sobresalían de la media, no era un pijo de mierda ni un niño de papá. Era interesante, muchísimo. Pero jodidamente insoportable.

Seguro que si pasara algo entre nosotros me destrozaría la vida, todos los tíos eran iguales.

¿Cuántos no se inventaron cosas horribles sobre mí en el otro instituto? Juraban haber estado conmigo cuando era más virgen que una monja.

Decidí encender el televisor y ver un partido de fútbol. Me quedé embobada viendo aquellos músculos moverse, esas piernas tan fuertes corriendo a toda velocidad… La violencia con la que se golpeaban a veces unos a otros…

Suspiré, sabiendo que necesitaba algún lío, pero ¿con quién? Desgraciadamente, no había nadie.

El móvil comenzó a sonar y, al ver que se trataba de Anastasia, pegué un grito, horrorizada, como si acabasen de pillarme fantaseando con los futbolistas del televisor. Lo apagué de inmediato.

Me tumbé boca arriba, al revés en la cama, con los pies en la almohada y la cabeza colgando del final.

—Tía, casi me da un infarto.

—¿Por qué? Si siempre te llamo a esta hora.

—Ya… —Me reí—. Oye, Ana, ¿tú no echas de menos el sexo?

Ana se atragantó con lo que fuese que estaba comiendo.

—Pues, Brit, nunca lo he probado, ¿cómo voy a echarlo de menos?

—¿Pero no te gustaría?

—Mmm…, no… No sé, no lo necesito, es algo en lo que ni pienso.

Me mordí el labio, tal vez algo estaba mal conmigo.

Mi amiga siguió hablando.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Tú quieres tener sexo?

—Joder, sí —juré—. Quiero un novio que me haga las cosas que Derek les hace a las chicas que trae a casa.

Volvió a atragantarse.

—Tía, la cantidad de hombres con los que ha salido tu madre te está haciendo desvariar, ¿eh?

—¿Perdona? Conozco muchas chicas en el insti que dejaron de ser vírgenes a los quince, y yo tengo casi dieciocho.

—Ya, Brittany, pero no se trata de la edad. Bueno, sí, para mí antes de los dieciséis es impensable, aunque…, vamos, que quiero decir… —Ya se estaba haciendo un lío—. Lo importante es con quién, en plan, que sea el correcto, ¿sabes?

Escucharla masticar un chicle me dio ganas de hacer lo mismo. Lo hice.

—¿Y tú? ¿No conoces a nadie en ese insti que te mole? ¿Que te ponga tanto que te duela?

—¿Que me duela el qué, Brit?

—El qué va a ser, el conejo.

—Ay, por Dios. —Empezó a carcajearse, yo rodé los ojos.

¿Tan bruta soy?

—¿A ti hay alguien que te guste tanto como para que te duela el conejo? —logró preguntar a duras penas, mientras aullaba de la risa.

Lo pensé.

No, no había nadie que me gustara tanto.

Porque tampoco me permití que alguien me llegase a gustar hasta ese extremo. Estaba metida en mi mundo, concienciándome de que los hombres eran malos, una jodida basura.

Y ahora mi cuerpo me pedía atención masculina a gritos y ya no sabía de qué forma negársela. En cuanto olía el sexo, aunque fuese en personas ajenas, mis hormonas explotaban.

—¿Crees que algún día tendremos novio? —susurré, dejando la vista perdida en el techo.

Me sentía sola, mucho.

Un novio atento parecía algo tan… ¿imposible?, ¿irreal? No quería a alguien como mi padre, ni como Johan o como Derek.

Realmente, no sabía lo que quería.

—Claro, sobre todo tú. Eres preciosa, Brit.

—Tú también, Ana. Eres la amiga más guapa que tengo.

—Porque soy tu única amiga, idiota.

Ella empezó a reírse de nuevo y yo rugí como un animal enfadado.

—Eres la única amiga «verdadera» que tengo. Porque en Hallow hay muchas que se creen mis amigas, pero tú eres la más guapa.

—Ay, no, en ese instituto de pijos debe haber verdaderos bellezones.

—Bah, tías maquilladas hasta las cejas, poco más.

Ana era preciosa, no solo por fuera, era preciosa en todos los sentidos. Su corazón brillaba como un diamante en bruto y, aunque tuviese unos kilos de más, se veía increíble. Si yo fuese un hombre estaría loco por ella y me pasaría el día detrás de su culo.

—Ana.

—Dime, Brit.

—¿Qué harías tú si tu novio no pudiese regalarte nada por tu cumpleaños porque no tiene dinero y solo te invitase a una hamburguesa?

—Tía, ¿qué importa eso? Lo importante es que quiera pasar ese día conmigo y al menos me lleve a comer. Como si cenamos un huevo frito en su casa, ¿sabes?

Sonreí, sintiéndome orgullosa de ella. Yo pensaba igual.

—¿Recuerdas a Sean?

—¿El ruso malhumorado?

Reí de nuevo.

—Sí, el que me mira como si desease estrangularme por los pasillos.

—Por Dios, está que te cagas, pero vaya carácter de mierda…

Le había hecho fotos a Sean. A escondidas. Y se las había mandado a Anastasia.

Sí, eso hice.

Pero en mi defensa diré que fue hace tiempo, cuando entré en Hallow y la belleza de ese imbécil me descolocó por completo.

No se ve a un chico como Sean todos los días.

—Pues, Ana, agárrate a la cama porque con lo que te voy a contar, te vas a morir.

—Ay, madre, ¿qué ha pasado ahora?

CAPÍTULO 4
SEAN



Aquel porro me estaba entrando de maravilla.

Josh se cargaba a los imbéciles del equipo contrario. Nos tocó jugar contra rusos, y era divertido porque siempre insultaban en su idioma, pero yo podía entenderles y devolverles el insulto. Mi acento era más londinense, por haberme criado y crecido aquí, así que no se lo esperaban.

Incluso Josh sabía decir algunos tacos para hacerles rabiar.

—¡Tu madre tiene unas tetas enormes, cabrón! ¡Y me la estoy follando ahora mismo! —les gritaba Josh, desde el otro lado del auricular, mientras corríamos detrás de ellos para dispararles.

Yo me reía a carcajadas, hoy no estaba tan agresivo como otras noches, solo bebía, fumaba y dejaba que el espectáculo de Josh me divirtiera.

—¡*Saw*, tío! —me llamó uno de los chicos ingleses por mi alias en el juego—. Dile al idiota de tu colega que pare, vamos a perder la partida por su culpa.

¿Idiota? ¿Ha llamado idiota a Josh?

Giré el personaje y le pegué un tiro directamente en la frente.

Matar a tu compañero de equipo era motivo de expulsión y baneo de la cuenta durante veinticuatro horas. Así que se me cerró la partida, con el aviso en rojo parpadeando en la pantalla.

Tenía veinte cuentas más. Entré con otra y nos apuntamos a una nueva ronda. Me sentía cansado y me escocían los ojos.

Al menos, mañana era domingo, así que no habría que madrugar para ir a clases, aunque yo entraba a trabajar a las doce del mediodía.

Los domingos el taller cerraba, y en teoría nadie curraba excepto yo. Como el fin de semana no tenía clases, podía hacer más horas y ganar más dinero. El dueño confiaba en mí —no imaginando jamás que le estaba robando el wifi—, así que me dejaba las llaves para que entrase y adelantase los arreglos de las motos.

Esto era bueno para mí, y bueno para él, ya que cuantas más motos arreglaba, más pasta ganaba él. Y más ganaba yo.

Su forma de pagarme era semanal, a razón de las horas que iba echando. Ocho libras la hora era algo decente, echaba seis horas por las tardes, lo que equivalía a cuarenta y ocho libras al día.

Eso daba como sueldo unas mil cuatrocientas cuarenta libras. Podría parecer bastante dinero para un estudiante, pero no lo es cuando hay que pagar alquiler, luz, agua y alimentar a tres bocas.

Íbamos justos, joder.

Aunque no me pesaba, en absoluto. Mi única crispación era no poder darles una vida mejor a mi madre y a mi hermana.

—Oye, y mañana, después de currar, ¿qué hacemos? ¿Vamos a por la pasta o qué? —Josh me sacó de mi ensoñamiento.

—Deberíamos, ¿tú qué vas a hacer mientras curro?

—Pueeeees… —divagó—. Yo qué sé, la verdad. Iré a casa de Charlie, me fumaré un porro con él, le contaré que te plantaste en la mansión de Derek Stephan… —Empezó a reírse.

—No, cabrón, no habléis de eso, fue humillante.

—¿Entonces no le pegaste? ¿Ni una colleja? Chaval, pensaba que lo ibas a destrozar.

—Estaba su madre delante.

Fruncí los labios, dándole una última calada al porro antes de apagarlo. No me gustaba hacer pasar un mal rato a una mujer, a ninguna, nunca. No se lo merecían.

—No es su madre, y con lo gilipollas que es Derek, a lo mejor incluso se alegraría de que le pegaras.

Josh tenía una lengua larga.

—No creo, seguro que le aprecia, son una familia…, no sé, se veían… ¿unidos?

—Unidos por los billetes.

Reí.

—La que me dejó flipando fue la hermana, Josh —comenté, ahora que estaba emporrado y me daba menos corte—. No me la esperaba así para nada, ¿sabes?

—Para nada, ¿cómo?

—Que se me plantara delante del coche y se pusiese tan chula, tío.

Ni que me llamara nene.

«Nene».

Naomi nunca me puso ningún apodo cariñoso, alguna vez me decía «guapo» y poco más.

Pero ¿nene?

¿Un nene? ¿Yo?

Me encantaría enseñarle la polla para que viese lo que tengo de nene.

—Es guapa esa Brittany, pero guapa, ¿eh? Aunque para mi gusto, demasiado delgada.

—¿Demasiado delgada? —De la nada, me ofendí—. ¿Qué dices, loco? Si tiene un culazo y unas tetas…

—Sí, Kiev, pero nada de chicha, no tiene mofletes ni carne en la barriga, es un palo con culo y tetas, ya está.

—Pero es guapa, acabas de admitirlo —insistí, y fruncí el ceño al decirlo.

—Lo es, tío, lo es.

Josh tenía un gusto diferente al mío en cuanto a mujeres. A él le gustaban con carne, eso le ponía una barbaridad.

De hecho, su musa era Barbie Ferreira. Se tragó aquella serie que hizo solo por verla a ella, incluso la seguía en Instagram y le daba *like* a todas sus publicaciones.

Me apostaba las pelotas a que le mandaba mensajes privados con fotos de sus abdominales.

Empecé a descojonarme solo.

—Tronco, ¿de qué te estás riendo ahora? ¿Es por el porro o ya perdiste la cabeza?

—Nada, que no dejo de pensar cuántos *nudes* de tu cuerpo tendrá Barbie Ferreira en su mensajería.

Ahora era Josh el que se descojonaba.

—Hostia, esa tía qué buena está, la de pajas que me he hecho pensando en ella. Mierda, creo que voy a hacerme una ahora.

—Joder, no, quieto —supliqué.

—Estoy harto, Sean.

—¿De qué?

—De que no haya tías como las que me gustan en Hallow, ni en las fiestas a las que vamos, bueno, en ningún sitio.

—Chicas así hay por todas partes, yo las veo a diario.

—Sí, pero no puedo cazar a ninguna porque no las conozco de nada, quiero decir, no veo oportunidad de llegar a una de ellas,

¿sabes? Y me jode, porque quiero follar.

—Follaste antes de ayer, imbécil.

—Pero no era mi prototipo.

Rodé los ojos.

—Pues tendrás que esforzarte más por conocerlas.

—¿Iremos de fiesta el próximo finde? A ti también te vendrá bien follar, últimamente con Naomi estabas a cero…

¿Me vendría bien follar?

Sí, claro que sí.

—Iremos. —Di algunos golpecitos con la yema de los dedos sobre el ratón del ordenador—. Y hablando de fiesta, Derek todavía no ha pagado, si el lunes no me suelta la pasta, le pegaré una paliza que no olvidará en su puta vida.

Josh volvió a reírse.

—Claro, colega, y tú supertriste por tener que pegarle, ¿no?

Una sonrisa macabra se me dibujó en la cara.

—Tristísimo.

—¿Cuánto nos debe?

—Tres mil.

—Pues ya puede ir soltándolos, si no, le partimos la cabeza.

Nosotros trabajábamos para Anthony, un pavo que era dueño del peor barrio de todos. Había dos: por un lado, estaba Camden, donde yo vivía, un sitio malo de cojones, y después estaba el suyo, Westminster. Ahí no entraba ni la policía.

Se me acercó un día porque me vio pegarle a un gilipollas que se atrevió a tirarme la moto al aparcar su coche. Era un tío mayor que yo, aun así, lo reventé. Dijo que me denunciaría, pero lo intimidé tanto que solo quiso desaparecer y nunca volví a saber de él.

Entonces Anthony me ofreció curro. Dinero a cambio de llevar «regalitos» y darles palizas a cabrones que lo merecían. No parecía

un mal trabajo y me hacía falta la pasta, obviamente.

Le dije que quería ser médico, que no iba a estar metido en esa mierda para siempre. Anthony contestó que no había problema siempre que cometiera delitos menores, es decir, sin que la sangre corriera, ya sabéis.

No me presionaba, era libre de ir a su casa y pedirle trabajo cuando quería. A veces tenía, a veces no. Por suerte, los chavales ya me conocían y me llamaban cuando necesitaban drogas, así que solo debía ir a Anthony, pedir la mercancía y moverla.

De los tres mil pavos que me debía Derek, dos mil eran de Anthony y los otros mil los repartía entre Josh y yo.

Mi colega no le conocía, no estaba metido en el ajo, pero siempre me acompañaba y le pagaba a medias, aunque me hiciera más falta, aunque yo estuviese jugándome el cuello y el ir a la cárcel más que él.

No importaba, era como mi hermano.

—¿Sabes qué? El lunes en el insti voy a pillar a Derek por banda para que me pague, le voy a hacer pasar el ridículo de su vida.

Josh aulló.

—Nunca he tenido tantas ganas de ir al instituto, Kiev.

—Yo tampoco, Halimton.

Tras berrear otro rato sobre tonterías varías, me fui a la cama. Una vez allí tirado, viendo el humo ondear por el techo de la habitación, empecé a pensar en el desastre que era mi vida.

Me sentía triste de la hostia.

Este era el momento que más miedo me daba, cuando se hacía de noche, cuando me quedaba solo con mis pensamientos, con mis demonios.

La idea de perder a mi madre rondaba por mi cabeza, no podía evitar ser empático, pensar en cómo se sentiría ella ahora, sabiendo que le quedaba tan poco tiempo de vida y no pudiendo ni ver crecer a Lucy.

Cenó aquellos perritos calientes sin hambre y con culpa, dolida por no poder trabajar, dolida por tener que dejarnos tan pronto.

Yo solo la miraba y le sonreía, intentaba hacerle sentir bien. Quería gritarle que era la mejor madre del mundo, la mujer de mi vida, de la que siempre estaría orgulloso. Mi madre era la mejor.

Y me iba a quedar solo, tan solo como la mierda.

Tenía miedo de echarme a perder, de que la mala vida me tragase por completo y Lucy quedase desprotegida. Si iba a la cárcel por cualquier movida, ¿entonces qué? Pero no podía sacarla adelante solo con mi trabajo, era imposible.

Dejar de estudiar y buscar dos trabajos fue algo que se me pasó por la cabeza en varias ocasiones, aun así, me quedaban solo seis meses para acabar el bachiller, ¿iba a tener tan mala suerte de que me pillasen? Merecía la pena arriesgarme, después de tanto esfuerzo con los estudios.

Nunca fui mal estudiante, se me daban bien todas las asignaturas. El problema era que no tenía tiempo ni de mear tranquilo, me costaba centrarme, tenía el foco perdido.

En realidad, todo en mí estaba perdido, al cien por cien.

Las tripas me volvieron a sonar y decidí ir a la nevera; hacía tiempo que me quité la costumbre de hacer doble cena después de jugar hasta las tantas de la madrugada, para que así la comida durase más. Pero los porros daban un hambre bestial y hoy lo necesitaba. Necesitaba fumar más que nunca.

También dejé la marihuana y el tabaco, todo era dinero, y ese dinero prefería invertirlo en galletas y cereales para mi hermana. Por suerte o por desgracia, Josh siempre me pasaba algo; él me cuidaba a su manera.

Abrí la puerta del frigorífico y vi las fresas. Sonreí al coger una y llevármela a la boca, aún quedaban personas buenas en el mundo, aunque me avergonzara de tener que estar recibiendo limosnas.

Como esa estúpida moneda.

Me cabreó tanto el gesto de Brittany.

Aunque gracias a ella pude comprarle la piruleta a Lucy.

El lunes en el instituto le devolvería esa maldita libra, si pensaba que esto iba a quedar así, la llevaba clara. Acababa de empezar una guerra que no se iba a acabar. Sobre todo, ahora que no tenía novia, necesitaba distraerme con algo. Y joder a la pija podría estar bien. Oh, sí, ya lo creo.

Aunque fuese solo un poquito.

Mi madre carraspeó desde el sofá y pegué un brinco porque no esperaba a nadie, estaba todo a oscuras. Con el corazón disparado, la fresa en la boca y la mano en el pecho, vi que se incorporaba y cogía unas servilletas para sonarse.

Mierda, estaba llorando.

—Eh, má. —Fui corriendo a su lado—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

Y ahora era cuando me merecía el aplauso y el premio al tío más idiota del planeta.

¿Por qué iba a estar llorando, joder? Su vida se acababa.

—No es nada, Sean —negó, tratando de cerrar una pestaña abierta en su teléfono, yo no era de invadir la privacidad de otras personas, pero sentí que debía hacerlo—. Sean, no…

Era un *mail* de la clínica a la que fuimos.

Le decían que justamente había entrado en vigor una inyección con células madre muy eficiente contra todo tipo de cáncer. Y, para que hiciera efecto, debía inyectarse una al mes.

Cada inyección valía 1500 libras.

Y ella, en su estado tan grave, necesitaría muchísimas inyecciones.

Observé sus ojos sin pestañas, el pañuelo envolviendo su cabeza para ocultar la ausencia de cabello y las lágrimas que caían por sus demacradas mejillas.

—Esto es genial, mamá. —Un brillo de ilusión se formó en mi corazón. Por fin buenas noticias.

—Hijo… —Ella acarició mi mandíbula, apoyé mi mano contra la suya para hacer la caricia más profunda, sintiendo el calor casi efímero de su cuerpo—. No tenemos ese dinero, pero, tranquilo, no pasa nada.

—Sí lo tenemos.

—No, Sean, no…

—Lo tenemos —mentí. Lo conseguiría, como sea—. Mañana vamos a que te pongan la primera.

—Pero, Sean…

—Venderé la moto, mamá. —Conocía a chavales que estaban locos por mi moto, era demasiado buena para alguien tan pobre como yo, la compré con mis primeros ingresos, cuando éramos clase media y no pobre.

—No vas a perder tu moto, Sean —contestó, firme y autoritaria.

—Lo que no voy a perder es a mi madre —dije con un tono más firme que el suyo, dejándole claro que aquí estaba fuera de juego. Ahora mandaba yo. Yo la cuidaba, yo la protegía, yo haría cualquier cosa por ella, y era lo que había, hostia.

Mamá se deshizo en lágrimas, apretando mis manos entre las suyas, sosteniéndolas contra sus labios. Me rompía verla así, esto era cruel, demasiado. ¿Por qué a las personas más buenas les tenían que pasar las cosas más malas? ¿Dónde mierda estaba Dios?

—¿Y de qué servirá, hijo? El próximo mes no habrá nada que vender, ni el otro. Solo me dará un mes más de vida, solo alargará esta angustia por treinta días más.

—No, te pondrás cada inyección hasta estar recuperada del todo —prometí—. Mamá, yo no soy mi padre, yo no voy a abandonarte, ¿vale? Estamos juntos en esto, hasta el final.

—Cielo… —Estaba totalmente rota—. Solo eres un niño, no mereces pasar por esto.

—Ya soy mayor de edad. Soy un hombre, dame la oportunidad de demostrarlo.

La abracé, y dejé que llorase todo lo que necesitaba, notando como la fresa en mi estómago producía demasiado ácido a causa de la amargura del momento; me arrepentía de haberla comido.

Acaricié el pañuelo de su cabeza y le di besos en la frente sintiendo que mis ojos también estaban empapados. Nuestros corazones latían juntos, y mientras el silencio reinaba entre nosotros, yo me repetía una y otra vez que mi madre no iba a morir.

Hablaría con Anthony. Estaba dispuesto a hacer trabajos chungos, tan chungos que nunca pudiese ser libre ni tener una vida normal. Ya me daba igual acabar en la cárcel, no poder estudiar Medicina y echar mi vida a perder por completo, pero mi madre seguiría viva.

—No voy a fallarte, mamá, de la misma forma que tú tampoco me has fallado nunca a mí.

CAPÍTULO 5
BRITTANY



Mi domingo fue como casi todos. Derek solía llevarme al centro para que pudiese hacer allí lo que me diese la gana y luego me recogía. Nadie me imponía horarios ni cuestionaba mis salidas. Mientras no molestase, todo bien.

Aunque Derek estaba últimamente más pesado que de costumbre.

—¿No crees que llevas una falda muy corta? —preguntó, mirándome de reojo. Yo me retocaba los labios en el espejo de su coche.

Había quedado con Anastasia para dar un paseo, mirar escaparates y tiendas que, por estar en el centro, abrían incluso en domingo y luego tomar algún helado o unos gofres calientes.

—Preocúpate por cómo se pone la falda tu novia y a mí déjame en paz. —Junté los labios y los separé, viendo que estaban perfectos, pero cuando le miré a los ojos sentí cómo se estremecía.

A veces, Derek me hacía pensar que le gustaba, lo cual me incomodaba demasiado.

Al principio, me emocionó muchísimo tener un hermano mayor e intenté ganarme su amistad, afecto y confianza; le hacía la merienda y le llevaba tortitas con sirope a su habitación. Creía que me

defendería de todos los que pudiesen hacerme daño en Hallow, que cuidaría de mí y taparía esas carencias tan notables que tenía.

Pero no.

Al menos, no le necesitaba para mucho más que ir al instituto o que me dejase de camino al centro cuando él salía los domingos.

En cuanto vi que las cosas no iban por donde deberían ir, corté el rollo con él de inmediato.

Derek no me gustaba, en absoluto, era el reflejo de su padre.

Guapo y rico, pero aborrecible e imbécil como el que más.

—Te cae mal, ¿verdad? —dijo tras llevar un rato conduciendo.

—No voy a opinar nada sobre ella, para mí es como si no existiera.

—Sé que es la que te hacía *bullying* y te jodía la vida antes de Hallow.

Alcé las cejas, mirándole sorprendida, ¿él no se creía la versión de su propia novia?

—Como he dicho —volví a perfilarme los labios—, me da lo mismo lo que diga ella y lo que pienses tú.

—La han expulsado de su instituto por acosar a otras chicas, aunque nadie lo sabe y hemos contado que la acosada fue ella.

Abrí la boca como si me acabase de caer un jarrón de agua fría por encima.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque por su expediente no la querían en Hallow y he tenido que hablar personalmente con el director para que le diesen una oportunidad.

Me dejé caer sobre el asiento. Esto era un circo, vaya mentirosa. ¿Cómo se sentiría Sean al saber esto? Bueno, después de todas las mentiras y cosas crueles que le dijo, suponía que algo así le daría igual.

Aunque me encantaría limpiar mi imagen, ya que él me tenía por un demonio.

Bah, ¿y a mí qué?

—¿Y aun así estás con ella? —Le miré con pesar, sintiéndome todavía más decepcionada.

Derek se encogió de hombros, dejando que la mano pasara del cambio de marchas a mi muslo. Lo retiré en seguida, sintiéndome incómoda, era la primera vez que hacía algo así. Alguna vez me soltó algún comentario fuera de lugar, pero nunca me tocó.

—Solo soy tu hermano, tranquila. —Sonrió y asentí, tragando saliva.

Volvió a poner la mano en mi pierna con una fuerza bruta que no esperaba y dejó los dedos ahí clavados. El corazón me fue a mil por hora durante unos interminables veinte minutos, preguntándome a qué venía esto y qué podía hacer para que no volviese a suceder.

Ya tenía edad para sacarme el carné de conducir, pero no dinero, y no iba a usar la pasta de Johan para nada que tuviese que ver conmigo. Bastante hacía con alimentarme y pagarme el instituto cuando no debía, yo no era como mi madre. Hasta que no tuviese trabajo no me podría sacar el carné ni tener mi propio vehículo.

—Mira, cielo, Naomi no me gusta, ¿vale? Quiero decir, está buena, aunque es del montón —me explicó, sin que nadie se lo hubiese pedido—. Tengo ganas de tener novia, todos mis colegas tienen. Es como un polvo seguro, alguien con quien sí o sí vas a follar.

Esa era la definición de «novia» para Derek. Si en alguna de sus fiestas no caía ninguna, entonces, podría llamar a Naomi y hacerlo con ella.

Romantiquísimo todo.

—No me parece bien, pero allá tú —dije, mirando cosas en el móvil al azar. Traté de retirar de nuevo la pierna y sus dedos se clavaron aún más en mi piel. Deseé pegarle un puñetazo y salir corriendo, pero entonces, por desgracia, las cosas se pondrían feas en casa.

Mierda, ¿qué debería hacer en esta situación?

—¿Has quedado con algún chico hoy? —me interrogó. Cabeceé de un lado para otro, negando—. Te has arreglado más de lo habitual.

—Bueno, necesito llamar la atención, ya tengo diecisiete y en seis meses seré mayor de edad, algún día yo también tendré que…

Dio un frenazo en mitad de un callejón sin salida.

Su brazo se deslizó por detrás de mi asiento y su frente quedó demasiado cerca de la mía.

—Derek… —jadeé del miedo, con los ojos muy abiertos—. No me hagas esto, tú no, confío en ti.

Mis palabras parecieron hacerle dudar de algo.

—No quiero que tengas novio, Brit —afirmó con la voz ronca y un tono demasiado hostil—. Me pone celoso, bastante.

¿Qué?

—Derek, ¿te estás escuchando? Somos hermanastros.

—Mientras tu madre esté casada con mi padre, pero ¿y si no lo estuvieran? Nada nos une, Brit. Puedes gustarme, no pasa nada, no estás prohibida para mí.

Tragué saliva una vez más, inspirando profundo.

Quería decirle que él no me gustaba, que se bajara de esa nube, que estaba loco. Aun así, tenía miedo, estábamos a solas en un callejón oscuro, con su mano agarrando de forma violenta mi pierna.

—Tienes novia, no sé a qué viene esto.

—Ya te lo he dicho, ella solo es un polvo seguro, nada más, aunque nosotros…

—¿Nosotros qué? Despierta, nosotros somos familia, no podemos tener nada. Derek, ¿te has drogado? ¿Qué diablos te pasa?

Me soltó un bofetón.

Y a mí nadie me pegaba, nadie desde que mi madre me pegó aquella única vez por uno de sus novios. No lo hizo con tanta fuerza como para dejarme marcas, pero sí con la suficiente como para romperme el corazón de nuevo.

—Derek… —Me llevé la mano a la mejilla.

—Sé cosas, ¿vale? Sé que tu madre estuvo con el padre de Naomi, me ha enseñado fotos de ellos juntos.

El estómago se me encogió de forma angustiosa.

—Vives en mi casa, te gastas mi dinero, te comes mi comida, vas a mi instituto… —comenzó a decir con rabia, la mandíbula tensa y la vena del cuello marcada—. No vas a estar con otro tío, ¿entiendes? No voy a violarte ni obligarte a estar conmigo, pero ya eres una mujer y no pienso dejar que ningún cabrón te meta mano ni te folle. Si necesitas sexo, te lo daré yo, porque para eso vives en mi casa y disfrutas de mi fortuna.

¿Me estaba…?

—¿Me estás llamando puta? —espeté, notaba la ira contenida en el pecho—. ¿Me estás diciendo que como el dinero de tu padre me mantiene, entonces tienes derecho a gobernar sobre mi cuerpo?

Sus ojos se oscurecieron.

—Sí, exactamente eso.

Carraspeé para reunir saliva y soltarle un escupitajo en la cara. Tras aquello, forcejeé rápidamente con el cinturón de seguridad, intentando salir de aquel coche.

Esto era una locura, no podía ser verdad. ¿Es que nunca irían las cosas bien?

—¡Brit! ¡Brit, espera! ¡No quería decirlo así! ¡Escúchame un momento!

Me giré, dándole un bofetón ahora yo a él y dejando mi mano completamente marcada en su mejilla blanca.

—¡Escúchame tú a mí! —vociferé—. Vuelve a decirme algo así y te denunciaré. Soy menor, ¿te enteras? ¡No puedes hablarme así!

Se cagó, juro que se cagó en los pantalones. Supongo que él no esperaba esa reacción, seguramente se enteró de todo el *bullying* que me hicieron y ahora pensaba que yo era débil y manipulable. Estaba equivocado.

Mi mano agarró su sudadera tirando hacia mí para tenerle más cerca.

—Me importa una mierda que le enseñes esas fotos a Johan. Solo destruirás la vida de mi madre porque la mía ya está rota, así que haz lo que quieras. Si me tocas, vas a la cárcel.

De repente, una reja gris pintada con un montón de grafitis se levantó con un estruendoso sonido. Vi salir a Sean, vestido con un mono de trabajo, una llave inglesa en una de sus manos y todos los tatuajes de sus musculosos brazos al aire, algunos de ellos manchados de grasa.

Su ceja derecha se arqueó al vernos a los dos dentro del auto, con mi puño cerrado alrededor del cuello de la ropa de Derek, como si le estuviese amenazando de muerte.

—¿Qué diablos hacéis vosotros aquí? ¡Me habéis desconcentrado, joder!

—Lo que me faltaba. —Derek se apartó de mí, alisándose la ropa. Intentaba encender el coche justo cuando abrí la puerta para bajarme—. Espera, Brit. Hostias, no puedes bajarte aquí.

—¡Pues ya me he bajado! —le chillé, pegándole un portazo a su deportivo de mierda—. Y no te molestes en venir a recogerme.

Derek se deslizó un poco hacia mi asiento para mirarme por la ventanilla.

—Sube al coche, esta zona es peligrosa. Ahora mismo.

No más peligrosa que tú, gilipollas.

Lo pensé, sin embargo, no dije nada. Me crucé de brazos y le ignoré.

—Brit…

—Adiós. —Agité la mano caminando en dirección contraria al taller, tampoco estaba tan lejos de la plaza en la que había quedado con Anastasia, y si no había autobuses para volver, pues me quedaría en su casa a dormir y regresaría al día siguiente.

Aunque era lunes y tenía clases…

—Brittany, estaba bromeando, ¿vale? Era una broma, olvídalo —mintió Derek, conduciendo el coche a la misma velocidad que yo caminaba. Le hice la peineta y me metí dentro de una tienda, esperando a que se fuese. Finalmente, tras un rato, le vi negar con la cabeza agachada e irse.

Recibí un mensaje suyo de texto que no abrí.

Empecé a dar vueltas por la tienda, mirando qué comprar. Me daba vergüenza estar aquí e irme con las manos vacías, así que intenté decantarme por alguna chocolatina. Si las encontraba, claro.

En la misma estantería había desde productos de limpieza a plátanos y latas de conservas. Todo amontonado y mezclado.

La campanita de la puerta sonó. Solo con sentir su aura y su olor supe quién era. Sean Kiev. Y seguía con el mono de trabajo.

—¡Guapetón! —le saludó la señora del mostrador, parecía ser extranjera—. Ya está aquí el chico más sexi del barrio.

—Fátima, está mal mentir —contestó, educado y a la vez socarrón.

Él sabía que era sexi y guapo.

Creído.

—¿Lo de siempre, cariño?

—Sí.

Cogí un paquete de galletas, derrotada por no encontrar los chocolates, y me coloqué tras él para cotillear su compra. Era una lata de refresco de marca blanca con un bocadillo de nada. Quiero decir, un pedazo de pan seco, sin más. Aunque a lo mejor iba a subir a casa para hacerse la merienda, nadie se comía el pan solo, ¿no?

—¿Hoy no le ponemos nada al bocata, Sean?

—No, hoy no.

La señora se quedó muda, igual que yo.

—No te preocupes por…, cielo, hay confianza.

—Me gusta así —respondió cortante.

Me estaba empezando a sentir bastante mal, quería comprarle algo, lo que fuese, aunque conociéndole —que le conocía poco pero ya le veía venir—, se lo tomaría como un insulto.

Y yo no quería insultarle, no era así.

Sean pagó y se hizo a un lado, quedándose por allí. Hacía como que miraba el móvil, pero me miraba a mí.

¿Por qué no se iba?

—Señorita, ¿es nueva en el barrio?

Me rasqué la nuca sin saber muy bien qué decir.

—Solo estoy de paso —murmuré. La mujer asintió y me pasó la cuenta

Saqué la tarjeta de crédito del monedero y ella me miró con incomodidad, mordiéndose el labio.

—No tenemos para cobrar con tarjeta, cielo.

¿Qué? Ay, qué vergüenza.

No llevaba dinero en efectivo.

Tierra trágame.

No me quedó más remedio que dejar las galletas que ni siquiera quería y estaba comprando por cortesía. Pero antes de que las terminase de poner sobre el mostrador, Sean pagó con un billete de cinco libras.

—Cóbrate, guapa —le pidió guiñándole un ojo.

Fátima tomó el billete, con cara de estar sintiendo mariposas en el estómago.

¿En serio, señora?

—No hace falta —dije de inmediato, totalmente abochornada por la situación, esto cada vez era más humillante—. De verdad que no… —Sean se llevó el cambio al bolsillo del mono, empujando las galletas hacia mí—. Bueno, gracias —cedí, y mordí mi labio sin saber cómo había acabado en una situación así.

—Ya estamos en paz —afirmó. Entendí que se refería a la libra de anoche. Me hizo un gesto con la cabeza para que le siguiese, y no me preguntéis por qué, le seguí—. ¿Qué coño haces aquí?

¿Perdona? Ni que el barrio fuese suyo.

De lo más indignada, empecé a caminar sin hacerle el más mínimo caso, con la cabeza agachada y los brazos cruzados. Los tíos de las terrazas de los bares me aullaban como perros.

—¡Britney! —Sean me persiguió, llamándome—. ¡Britney, joder! ¡Ven un momento!

¿Pero qué diablos quería?

Me detuve, girándome sobre mis zapatos de tacón bajo y chocándome con él de bruces.

—Ay, mierda.

—Joder, perdón —se disculpó—. Tía, en serio, ¿qué haces aquí?

—No te importa, Sean. Son cosas privadas.

Él sacudió la cabeza, como si no fuese capaz de asimilar mi respuesta.

—Déjate de idioteces, esto es Camden, Britney. Es un barrio peligroso. Mucho. Y más para una chica como tú.

Ya lo sabía, no necesitaba ser demasiado lista para darme cuenta, quería pirarme de allí cuanto antes. Las calles se veían sucias, olían mal. La gente era poco aseada, con miradas crueles y desconfiables. Además, se oían gritos, bullicio y a personas soltar tacos de forma grosera. Era… un horror.

—¿Tú vives aquí? —quise saber.

—Sí.

Mi vientre hizo un ademán de fastidiarme más el día, provocándome unas intensas ganas de hacer pis.

No, por favor.

—¿Por qué tu hermano te ha dejado en un sitio como este? ¿Es idiota o qué le pasa?

—No me ha dejado aquí aposta, me bajé yo. Estábamos discutiendo y…—Me froté la frente, no sabía cómo seguir. «¿Qué haces, Brit? No puedes contarle esto, cállate la puta boca», me espabilé mentalmente—. He quedado con mi amiga en la plaza de Hyde Park, debo darme prisa antes de que anochezca.

Su rostro se crispó.

—Tienes que pasar por Westminster para llegar hasta allí desde aquí.

Ahora, aparte de mearme, estaba a punto de cagarme encima.

Nunca fui a ese lugar, pero escuché cosas terribles, como que personas inocentes perdían la vida en mitad de tiroteos que se formaban de la nada, de un momento para otro.

Quise ponerme a llorar.

—Mierda, ¿y qué hago? —Revisé mi teléfono, buscando el número de un taxi.

—Ningún taxi querrá pasar por esa zona, Brittany —La forma tan seria en la que se esforzó en pronunciar mi nombre correctamente, me hizo saber que no bromeaba.

Tragué saliva.

—Está bien, gracias por avisar, intentaré… intentaré llegar viva a casa.

Hice una mueca de disgusto, tenía los ojos llorosos. Mi día no podía ir a peor, solo quería pasar un buen domingo con mi mejor amiga. La echaba de menos y quería verla, maldita sea.

Sean negó varias veces con la cabeza.

—¿Por qué te mueves así?

—¿Así cómo?

—Balanceándote de un pie a otro.

¿Por qué tenía que ser tan observador?

—Me estoy meando, ¿vale? Pero no pienso entrar en ninguno de esos bares.

—No, no deberías. No llevando esa falda tan corta.

Otro igual.

Me mordí el labio en señal de impaciencia y desvié la mirada.

Estaba guapo, el condenado; despeinado y con ese mono de trabajo, sus brazos se veían jodidamente fuertes.

—Pues haré pis en alguna esquina, en fin, gracias por las galletas. Me piro.

Estaba a punto de irme, sin saber qué hacer ni cómo iba a salir de esta. Ya era demasiado tarde para llamar a Derek y, tras lo sucedido, sentía pánico de volver a subir al coche con él, cuando…

—Espera, Britney. Joder.

Otra vez, con lo de Britney…

—¿Qué? —chillé cerca ya de perder los nervios.

—Te llevo.

Mis cejas se alzaron hasta el nacimiento del pelo. Mi cara era un cuadro. ¿Se estaba ofreciendo a ayudarme? ¿Esto era un sueño? O tal vez, ¿una pesadilla?

—Sean, sé que no te gusto, no tienes por qué hacerlo.

—Yo tampoco te gusto a ti, pero esto es cuestión de seguridad. Podrían… Mira, si mañana no aparecieras en el instituto, no me lo perdonaría, ¿vale? Esta gente no es para tomarla a la ligera.

Tragué saliva. ¿Tan malo era lo que podía pasarme?

—Sé que posiblemente a una pija como tú le dé vergüenza ir en mi moto en vez de en un coche deportivo, pero…

—No me da vergüenza —contesté rápidamente, caminando algunos pasos hacia él. Sus ojos afilados repasaron mi figura y sentí escalofríos—. Me gustan las motos. —Agaché la vista, sintiéndome de nuevo avergonzada—. Aunque tengo que mear, Sean.

Mi forma de hablar parecía divertirle.

—Mear… Nunca imaginé que las *barbies* dijesen ese tipo de palabras.

—Porque las barbies no mean, imbécil. No soy una muñeca de plástico, soy una mujer.

En el momento en el que dije la palabra «mujer», sus ojos volvieron a clavarse en mí de una forma peligrosa.

Y desde luego no era como Derek, era distinto. No me incomodaba. De hecho, resultaba… agradable.

—Te diría de mear en el taller, pero es un asco, y ninguna señorita debería entrar ahí. Puedes pillar… —su mirada fue hacia mi sexo— algo chungo.

Algo chungo. Lo entendía.

Y sin dejar de mirarme esa zona, añadió:

—Ven. Subimos a mi casa, meas y te llevo a Hyde Park.

Abrí la boca, aspirando una bocanada de aire que llenó mis pulmones de oxígeno, la ansiedad me estaba ahogando.

—¿A tu casa? Me da cosa.

—Cosa te va a dar si te lo haces encima, *barbie*.

Cierto. Cuando el gilipollas tenía razón, la tenía.

—Vale. Gracias, Sean.

—De nada, pero no vuelvas a tirarme monedas, por favor.

Mis mejillas se incendiaron y me sentí culpable.

—Solo estaba cabreada.

—Mmm… —gruñó a modo de respuesta, conduciéndome hacia un portal cuya puerta tenía los cristales rajados—. Cuidado de no cortarte.

Entré y me sorprendí al ver que el lugar, a pesar de su estado, se encontraba muy limpio, olía a friegasuelos de pino. El de color verde. Las paredes del interior del edificio tenían algunos grafitis mal hechos y garabatos, pero poco más.

Subimos tres plantas, no había ascensor, mi cara estaba a la altura del culo de Sean.

Menudo culazo; apretado y bien formado.

Una vez metió las llaves en la cerradura, un delicioso olor a una comida superextraña y desconocida, hizo que mis tripas rugiesen feroces.

—¿Má? ¿Estás cocinando? —preguntó algo enfadado, ¿por qué se enfadaba?— Sabes que no debes…

—Me encuentro mejor, tesoro.

Cuando vi a la madre de Sean ahogué un gemido, no hacía falta hacer preguntas para darse cuenta de la enfermedad que padecía la mujer. Esta familia estaba pasando por algo terrible.

Sus ojos claros se posaron sobre mí, y algo de ilusión se pintó en su cara.

— ¿Y esta chica tan guapa, cielo?

—Ah, esta—dijo, y quise escupirle: «¿Cómo que "esta"?»— es la hermana del gilipollas por el que me ha dejado mi ex. —¿Se lo contaba todo a su madre? ¿Así? ¿Tan abiertamente?—. Me la he encontrado abajo sola, imagina lo que le pueden hacer en un barrio así.

Ella negó una y otra vez, mirándome de arriba abajo, seguramente también pensaba que la falda era demasiado corta.

Me acerqué unos pasos, tendiendo la mano.

—Mi nombre es Brittany, la hermana del gilipollas —saludé, y sonreí ampliamente.

Ella copió mi saludo.

—¡Eh! ¡Me gusta! —exclamó, moviendo su mano junto a la mía—. Tiene carácter y sentido del humor, parece rusa.

¿Los rusos tenían sentido del humor? ¿En qué galaxia?

Sean se hizo a un lado, mostrándome el baño.

La casa era de lo más pequeña, pero confortable. Se respiraba un ambiente hogareño y olía a comida casera, comida de verdad, hecha con amor. Y la envidia que sentí fue indescriptible. Deseé la vida de Sean.

Aunque deseé al mismo tiempo que su madre se pusiese mejor y pudiese seguir llenando su hogar de amor, cariño y comida deliciosa.

—¿Te gustan los filetes rusos, bonita?

—¡Mamá! —le riñó Sean antes de que pudiese decir que no tenía ni idea de lo que era, aunque olía de muerte—. Va a usar el baño y nos piramos, tengo que trabajar.

—Tú sí, pero ella no.

—Tiene cosas que hacer —replicó, empujándome dentro del aseo y cerrando la puerta.

¡Qué chico tan bruto!

No pude evitar fijarme en el pequeño baño blanco, abarrotado de cosas, tanto de la madre de Sean, como de él y también de una niña pequeña.

«Tenía que comprar ropa nueva para mi hermana, está creciendo».

Olía fresco y limpio, y sin criadas, era fascinante.

Terminé de hacer pis, no pudiendo creer que estuviese usando el baño de Sean Kiev: el chico inalcanzable, el amor platónico de todas las adolescentes de Hallow. Me subí las bragas, me bajé la falda, lavé mis manos y salí de ahí.

—¿Estás lista?

Sean llevaba una sudadera negra sobre el mono de trabajo y el casco de la moto colgando del antebrazo.

—Sí.

—Pues vamos —afirmó, y me hizo un gesto para que nos largásemos.

Parecía ser bastante impaciente.

Una niña pequeña, de lo más guapa, con el cabello rubio y lleno de tirabuzones, estaba agarrada al vestido de su madre, mirándome con curiosidad.

—Adiós —se despidió, sacudiendo la mano.

Me detuve para agacharme frente a ella. Le ofrecí el paquete de galletas y lo aceptó.

Sean chasqueó la lengua, al parecer, no quería nada de mí; ni para él ni para su familia.

—Gracias, cielo —agradeció su madre. Se llamaba Mary.

—Gracias a vosotros por dejarme usar el baño. —Incliné la cabeza con respeto, saliendo de la casa y bajando las escaleras torpemente porque sabía que él me estaba mirando.

Estar allí me hizo echar de menos mi antigua casa, antes de que llegasen los hombres, y antes de que llegase Johan Stephan. Yo también quería un hogar pequeño, cálido y acogedor. Quería el amor de una familia.

Sean se detuvo frente a mí antes de que saliésemos del edificio, apuntándome con el dedo.

—Ni se te ocurra contar algo de la enfermedad de mi madre en Hallow, ni de mi casa ni de mi familia ni de nada, ¿queda claro?

El tono de su voz sonó demasiado duro, tanto que me ofendí de inmediato, ¿qué clase de persona se pensaba que era?

—Sean, deja de ser un cretino, yo nunca haría algo así.

—No te conozco —ladró.

—Yo a ti tampoco.

Guau, era alto, mucho. De cerca imponía un montón, y tenía que levantar la cabeza para poder mirarle a los ojos a pesar de llevar tacones. Su mirada me hacía temblar. Y olía bien, demasiado bien.

—Y no tienes por qué llevarme a ningún sitio, sé que no te agrado.

—Esto no se trata de que me agrades, *barbie*, se trata de que eres una chica en un sitio peligroso, y no va a recaer en mi conciencia

que algo malo te pase. Haría esto por cualquiera que estuviese en tu lugar, no te sientas especial.

Oh, claro.

Saber que era educado y atento con las tías solo me produjo molestia, no entendía el porqué, pero una parte de mí estaba ilusionada por haber conocido su casa y estar a punto de subirme a su moto. Aunque, al parecer, era algo que cualquiera tendría disponible, solo tenía que verse en mi situación.

Qué ridícula me sentí.

—Bueno, acabemos con esto ya, ¿dónde está tu moto?

Empezó a andar de nuevo, dándome la espalda, pero se giraba de vez en cuando para comprobar que le seguía.

Llegamos al taller de antes y ahí estaba aparcada.

Era negra, con detalles verde alien, reluciente y bonita. Preciosa. Y parecía tener muchísima potencia.

—¿Alguna vez has subido en moto? —cuestionó dándome el casco.

—No.

—Vale, primero, tienes que abrocharte bien esto. —Sus dedos me alzaron la barbilla y mi vientre ardió como nunca antes. Una vez sentí el clic, dejó de tocarme—. Y luego, en las motos hace frío, mucho.

Se quitó la sudadera y me la echó por los hombros. Yo solo obedecía, atónita por el momento, sin tener palabras ni para discutir. Deslicé mis brazos por las mangas. Me quedaban holgadas y enormes, así que doblé los puños hacia arriba para poder sacar las manos.

Dios, el olor era una bendita locura.

Él sacó otro casco de debajo del asiento y se lo puso. Ambos cascos eran negros con detalles verdes.

—Y tercero, agárrate bien.

—¿A dónde? —murmuré, y él soltó una carcajada subiendo a la moto con una agilidad y flexibilidad que me dejó loquísima. La arrastró hacia mí con los pies sin arrancarla.

—A donde puedas, Britney.

—Que no es… —resoplé, sin saber cómo rayos subir—. Mira, da igual.

Intenté hacerlo sin tocarle, sin apoyarme en él, pero fue imposible.

Tras unos largos dos minutos de fracasos, me vi obligada a tener que poner las manos sobre sus hombros para auparme y, finalmente, conseguí subir. Agradecí que permaneciera en silencio durante el tiempo que hice el ridículo.

Noté como trataba de equilibrarse y sentí algo de miedo, aquella moto parecía ser un bicharraco potente y peligroso.

Dios, ¿y si nos estrellábamos? La adrenalina me estaba poniendo el corazón a mil por hora.

—Agárrate —repitió y no supe a dónde—. A mí, abrázame.

—¡¿Qué?!

—¿Te quieres matar?

Dio un pequeño acelerón y el instinto hizo que mi cuerpo se pegase al suyo como una lapa; mis brazos rodearon su cintura y mis manos se aferraron como si me fuese la vida en ello a su mono de trabajo.

Técnicamente, me iba la vida en ello.

—Respira, *barbie*, no pasa nada.

—Tengo miedo, Sean, es la primera vez.

—Ah, ¿sí? —contestó juguetón—. ¿Soy tu primera vez?

Rayos, eso sonó terrible.

—Hazme el favor de arrancar de una maldita vez, me estoy arrepintiendo.

El teléfono empezó a sonar, debía ser Anastasia que ya me estaba esperando, pero ni de coña me bajaría para contestar, y si me soltaba, sentía que iría al suelo de un porrazo enorme.

—Si te mareas, si te sientes mal o lo que sea, dímelo y pararé.

Asentí, agradeciendo su amabilidad.

—Intenta no arrancarme la ropa y dejarme desnudo, por favor. —Fue todo lo que dijo antes de que volviese a cagarme en su maldita vida y acelerase.

Salimos del callejón, incorporándonos a la carretera. Pensé que iría como los locos, pero no. Iba tranquilo, a una velocidad prudente, sin acercarse demasiado a los demás vehículos. Mi corazón empezó a latir con normalidad.

Una vez salimos a la vía principal, lo de ir tranquilos se fue al traste, íbamos a toda pastilla, tan rápido que pasábamos los coches como si solo fuesen sombras.

Tuve que cerrar los ojos para no mirar porque pensé que en cualquier momento colisionaríamos y moriríamos.

—¡¿Estás bien?!

—¡¡NO!!

—¡¿Por qué?!

—¡¡VAS DEMASIADO RÁPIDO!!

—¡¡Vamos a la mínima permitida!!

¿Qué? ¿En serio?

Me asomé tras su espalda para ver el velocímetro, tenía razón. La velocidad en una moto se sentía muy distinta a un coche.

—¡Nunca haría el imbécil con una chica detrás! —añadió, logrando calmar mis nervios.

El casco me pesaba tanto que sentía que se me iba a caer la cabeza al suelo, aun así, estar dentro de su sudadera, abrazada a su cintura y sintiendo su olor, fue una sensación que volvería a vivir mil veces.

Era extraño, porque Sean y yo ni siquiera éramos amigos. Pero en un mar de vacío y soledad, en un día terrible en el que todo pintaba ir a peor, él me estaba salvando.

CAPÍTULO 6
SEAN



Esto era incómodo.

Iba lo más despacio que podía, pero Brittany estaba acojonada a más no poder. Aunque entendía que las personas no acostumbradas a subirse a una moto se impresionaran las primeras veces, sobre todo en una moto grande.

Brit estaba tan asustada, que podía sentir sus uñas clavadas en el mono de trabajo. Notaba incluso cómo me arañaban el abdomen por encima de la ropa.

Además, a pesar de llevar mi sudadera puesta, la chica estaba bien dotada, por lo que, al llevarla pegada a mi espalda como una lapa, sentía unos enormes pechos apretándose por debajo de mis omóplatos.

La polla se me empezó a poner dura.

Gruñí de la rabia, esto era lo último que quería. Llevaba mucho sin hacerlo con Naomi, porque estábamos un poco distantes; el trabajo, el instituto, mi familia…, todo me absorbía dejándome casi sin tiempo para nada.

Ella y yo lo dejamos y volvimos muchas veces, pero nunca esperé una traición así. Esta era otra chica, como si no la conociese de

absolutamente nada.

Aunque la olvidaría, porque no era el amor de mi vida. Solo fue una tía con la que empecé siendo un crío, hace tres años, y con la que me encariñé. La muerte de su madre, lo mal que le iba en las clases, el acoso que sufrió por parte de Brittany, los problemas económicos… Todas esas cosas me hicieron compadecerme de ella, aguantándole mierdas que posiblemente a otra no le aguantaría.

Y ahora estaba aquí, con su acosadora en la moto, apoyando sus tetas contra mi espalda y poniéndome cachondo.

Había que joderse.

Por fin vi la plaza de Hyde Park, y con ello también el cielo abierto. Podría deshacerme de la rubia pija y volver al taller para comerme el bocadillo y terminar algún que otro coche.

—¡Es ahí! ¡Esa es Anastasia! —Señaló hacia una chica de cabello moreno, liso y largo hasta el final de la espalda. Ni demasiado alta, ni demasiado baja, estatura media.

Iba muy mona vestida, tenía unos kilos de más, pero todo bien repartido.

¿Estaba acaso conociendo a la futura madre de los hijos de mi colega Josh? Reí sin poder evitarlo.

—¿Esa es tu amiga? —grazné juguetón.

Parecía buena chica. Y Brit parecía enfadada.

—Sí, ¿por? ¿Te gusta?

Me gustaba, aunque no para mí precisamente.

—Quizá —me burlé, dándole una dosis de humildad.

Esta idiota se creía el culo del mundo y Miss Universo. Y, aunque lo era, yo la quería hundir.

Porque sí. Porque no estaba bien acosar a otras chicas.

—Es demasiado buena para ti. —Fue todo lo que dijo.

Detuve la moto a pocos metros de la tal Anastasia, pasando de contestar a sus tonterías.

—¿Puedes bajarte de la moto o te ayudo?

—Puedo, no quiero tu ayuda —replicó.

Empecé a reírme con el casco puesto, ella casi no podía quitarse el suyo mientras luchaba a vida o muerte con él.

—¿Y tampoco quieres que te ayude a quitarte el casco? ¿Dormirás con él toda la noche?

Tras forcejear un poco más como si fuese un gato con la cabeza atrapada dentro de un jarrón, se encogió de hombros y me hizo un gesto para que la ayudase.

Bajé y me acerqué a ella, le alcé el mentón y su olor a perfume caro y dulce invadió mi nariz. Era un aroma demasiado llamativo, demasiado femenino, demasiado… pijo.

No me gustaba, pero a mi polla, sí.

Cuando la tuve con el mentón alzado hacia mí, mirándome a través de la visera con esos ojazos enormes y castaños, me fijé en el lunar que tenía debajo de uno de ellos y aquella naricita perfilada y perfecta. Sentí que no podía ser tan mala.

«No te dejes engañar por las apariencias, Sean. Es una víbora».

Le quité la correa del casco y tiré hacia arriba.

—Ya estás a salvo, *barbie*.

—Gracias —resopló, tratando de colocarse bien el pelo.

Mis ojos se fijaban en ella como si fuese un poseso, como si estuviese volviéndome loco.

¿Desde cuándo Brittany tenía esos labios carnosos? Nunca me había parado a fijarme en sus rasgos con tanto detenimiento. Y ese cabello rubio despeinado, ¿así es como se vería después de follarla de forma salvaje? ¿Le gustaría a la pija que le diesen duro y desde atrás? ¿O sería más de polvos vainilla?

Mmm…

—¿Sean?

—¿Ah? —Arqueé una de mis cejas, aún frente a ella, a unos tres centímetros de su cara.

—Gracias, puedes irte —afirmó, y sacudió la mano.

—Eh… —Volví a repasar su modelito. Esa falda, definitivamente era demasiado corta, le quedaba de infarto—. Mi casco —ordené, tendiendo la mano hacia ella.

—Oh, claro. —Sus mejillas se ruborizaron—. Bueno, pues… ¿te debo algo? ¿Te doy dinero por la gasolina? Puedo llevártelo en efectivo mañana al instituto.

¿Dinero? Venga ya.

—No más muestras de caridad. —Mi voz sonó ronca y aguda, tanto que se asustó, pese a que no fuera mi intención. O tal vez sí—. Todo bien, aunque… —Hacía frío, y ella se veía confortable y caliente dentro de mi sudadera, de hecho, creía firmemente que ni se había dado cuenta de que aún la tenía puesta. Maldita sea, no quería regalarle mi sudadera a la pija, pero tampoco podía dejar a una chica pasando frío por ahí—. Nada, me piro —me despedí, decidí que era lo mejor, pues estar ahí mirándola como un idiota no era bueno para mí. Ni para ella.

Brittany asintió, su amiga nos miraba como si quisiese grabarse hasta el último detalle en la memoria.

—Adiós, gracias por tu amabilidad. —Me regaló una sonrisa triste y algo crujió dentro de mí.

No era idiota, vi la tensión en el coche, vi su mejilla algo rosada y no quise pensar que fuese porque él se atrevió a pegarle, aunque la cara de Derek sí que tenía la mano de Brit marcada, algo que me complació bastante.

—¿Tienes quien te lleve a casa luego?

—Sí —mintió fugazmente, conocía muy bien a las mentirosas, las pillaba al vuelo.

Rodé los ojos, resoplando, maldita sea.

—¿A qué hora estoy aquí? —Me crucé de brazos.

Estaba a punto de darse la vuelta cuando se detuvo y volvió a girarse.

—¿Qué?

—No tienes cómo volver a casa, dime a qué hora vengo a por ti.

Sean, idiota, ¿por qué haces esto? No es una buena chica, te va a traer problemas. Demasiados. Además, tú tampoco eres un buen chico, estás metido en líos chungos. No deberías acercarte a ninguna, de hecho, lo mejor ha sido que Naomi te deje.

Mi subconsciente disparaba pensamientos de mierda todo el rato mientras mi cuerpo no hacía más que anclarse en medio de Hyde Park, rígido como una jodida estatua.

La vi dudar, noté un brillo extraño en sus ojos, cerró la boca antes de decir algo, tragó saliva y finalmente contestó con una voz más suave:

—Voy a quedarme en casa de Anastasia, gracias por preocuparte.

Quería preguntarle por Derek, quería saber qué era lo que estaba pasando en ese coche, pero sabía que no debía meterme. No nos conocíamos de nada, y tal y como yo le pedí que no metiera las narices ni en mi familia ni en mi vida, haría lo mismo.

—Bien. Aquí ya está todo vendido. Cuídate, Britney, nos vemos.

Le di la espalda, y sacudí la cabeza con el casco puesto, queriendo creerme que iba a dormir con su amiga y que no le pasaría nada. O peor aún, queriendo convencerme de que si algo le pasaba no era mi problema.

Bastante tenía ya.

—Cuídate tú también, Sean.

No dije nada, levanté el sillín de la moto y metí el casco que ella había llevado puesto dentro. Subí a la moto, aceleré y pité para despedirme, saliendo disparado por la carretera para perderla de vista cuanto antes. Tuve que dar varias vueltas y conducir por un tiempo largo para quitarme de la cabeza lo que acababa de pasar.

Brittany era una niñata guapa, tela de guapa, pero no era solo eso. Tener novia siempre me hizo ignorar a todas las chicas sin importarme el grado de belleza de cada una.

¿No se supone que cuando a uno le deja su novia debe estar triste y deprimido? ¿Guardarle un tiempo de duelo tal vez? ¿Por qué me sentía como si acabase de quitarme un peso de encima? ¿Por qué estaba deseando meter la polla en algún sitio y volver a buscar algo de calor femenino?

Oh, mierda, definitivamente esto solo tenía una respuesta: Naomi no era para mí, y estaba metido en tanta mierda —en la que aún seguía—, que no pude verlo. O no quise verlo, más bien.

Llegué a Camden, riéndome sobre la moto al pensar en Brittany caminando por estas calles, era como una muñequita perdida en un campo de batalla. Maldita sea, ¿cómo iba a dejarla aquí sola? Sería el tío más capullo del mundo si no me hubiese ofrecido a ayudarla.

Nada más quitarme el casco, vi que Josh me esperaba en la puerta del taller de brazos cruzados, mirándome con cara de pocos amigos.

—¿Me explicas con quién me estabas siendo infiel? —Su tono sonaba realmente ofendido—. Me dices que no podemos quedar porque tienes curro, vengo a visitarte al trabajo y no estás aquí. Me siento como una esposa a la que acaban de engañar, Kiev.

Oh, Dios, Josh era peor que tener una novia embarazada y ser padre adolescente.

—Por favor, dime que tú también vas a dejarme por otro con más dinero.

Él se mojó la yema de los dedos para perfilarse las cejas.

—Por mucho dinero que tengan, ninguno tendrá una polla como la tuya, cielo.

—Aparta de mi camino. —Le hice un gesto para que se hiciera a un lado, levantando la reja gris llena de grafitis, Josh se coló

conmigo dentro, la bajé y se encendió un cigarro—. Nada de encender cigarros aquí, mi jefe se da cuenta.

—¡Pero si él también fuma! ¿Qué me estás contando?

—Él es el jefe, puede hacer lo que quiera.

—Joder, tío —se quejó, pero apagó la colilla y la lanzó en una papelera—. Bueno, ¿qué? —No se iba a callar, nunca.

Cogí una llave inglesa para seguir con la Kawasaki que dejé a medias.

—¿Qué de qué? —disimulé, ensimismado en mi labor.

—Que dónde coño estabas, infiel.

No quería decirle nada, aunque me costaba callarme las cosas cuando se trataba de Josh, él era mi refugio, mi lugar seguro.

Me aclaré la garganta justo cuando noté que me sonaban las tripas, y fui a por el pan de antes, dándole rápidamente un mordisco.

—Tío, no. No te vas a comer eso tan seco, no delante de mí. —Me arrebató el pan mientras yo aún masticaba un pedazo con los brazos abiertos sin entender qué coño hacía—. Sean, esto es más triste que la película de *Titanic*, joder.

—¿Pero de qué hablas? Simplemente estoy comiendo pan, deja de ser tan dramas, macho.

—Voy a por mortadela de pavo a la tienda de Fátima, no sé por qué coño a los rusos os gusta tanto la mortadela, sois raros de cojones.

—Que no, tío, que así está bien —resoplé, arrancándole mi pan de las manos para volver a darle otro bocado.

—¿Con aceitunas? —Empezó a mover las cejas, como si quisiera seducirme.

Joder, me flipaba la mortadela con aceitunas.

—No, me acabas de quitar el hambre, tarugo.

—Colega, un bocata para cada uno, yo tampoco he merendado.

Tiré la llave inglesa dentro de la caja de herramientas, era imposible concentrarse con este hombre que no cerraba la boca.

—Haz lo que quieras, Josh, pero en silencio, ¿mmm?

—Sí, señor —bromeó haciendo un saludo militar—. En seguida vuelvo con unos bocatas más grandes que nuestras dos pollas juntas.

—Nuestras pollas nunca estarán juntas, Josh.

—Es una metáfora, Kiev —replicó en tono de burla, levantando la reja—. Los putos rusos siempre os lo tomáis todo literal, macho.

Agradecí el silencio en cuanto mi colega desapareció, pero también volví a sentirme vacío. Recostándome en la silla que tenía junto a la moto que estaba arreglando, cerré los ojos por unos minutos, me notaba cansado.

Con la llave inglesa en la mano, pensé en la suavidad de la piel de Brit, en aquellos ojos grandes y expresivos, podía ver su alma a través de ellos. ¿Podía o fue una alucinación? Esperaba que lo fuese porque, lo que vi no me gustó ni un pelo.

Había dolor. Sufrimiento. Y un sentimiento de vacío que reconocí al instante como propio.

Nunca vi una mirada tan triste, ni siquiera en la peor etapa de Naomi.

Pero, maldita sea, Brittany era perfecta, su vida era perfecta. Ella no tenía problemas, ¿por qué vi eso entonces? ¿No le querían dar dinero para comprarse un bolso de trescientas libras? ¿Se le había acabado el maquillaje?

Reí a carcajadas en medio del silencio y la oscuridad del garaje. Seguro que sus problemas serían un chiste.

Josh volvió, llevándose la paz del momento, aunque también la soledad y el vacío. Él era como un sol que amanecía con su sola presencia.

—Ya estoy aquí, ruso de los cojones —gruñó con un cigarro entre los labios.

De verdad, ¿qué iba a hacer con él?

—Te he dicho que no te puedes encender un cigarro aquí, idiota.

—Ya, por eso me lo he encendido fuera. —Se sacó el cigarro de la boca y me lo pasó. Buf, a la mierda. Lo acepté, dándole una calada —. Fátima me ha hecho dos bocatas que flipas. —Los agitó cada uno en una mano—. Y traigo birras, colega.

No dije nada, solo me quedé en silencio, me costaba mostrar mis emociones, pero el agradecimiento y aprecio que sentía hacia este chaval era algo de otro mundo.

Nos sentamos en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared del garaje. Olía a gasolina y pintura. Empezamos a dar bocados como bestias, tragando casi sin masticar, mientras bebíamos cerveza.

—Entonces —habló finalmente—. ¿Dónde estabas?

—No he ido a hacer ningún trabajo sin ti. Ni a ver a Anthony, si eso es lo que te preocupa.

Asintió.

—Sé que no irías a pillar pasta sin mí, estamos juntos en esto, aunque sí me preocupaba que te metieses en algún lío.

—Ya estoy en muchos líos, Josh.

Negó, dando un trago bastante largo.

—Mira, cuando hayas ahorrado suficiente, te largarás de este barrio con tu madre y tu hermana, y Anthony no volverá a verte. Además, no estás atado a él, dijo que mientras fuesen delitos menores… —Al ver que tenía la mirada perdida en la nada, se quedó en silencio—. Sean, ¿hay algo que no me hayas contado?

—Voy a vender la moto.

—¿Qué?

—La moto, Josh, que la vendo.

Mi colega me miraba perplejo, abriendo y cerrando los ojos, casi sin ser capaz de gesticular.

—Te he oído perfectamente, pero… ¿por qué? —Cabeceó de inmediato—. No puedes perder tu moto, es lo que más quieres en el mundo, después de tu familia y de mí, claro —bromeó, y le miré fijamente—. Vale, quieres a tu moto más que a mí, me he venido arriba.

—Sí, te has venido arriba —reí, chocando mi cerveza con la suya para volver a beber—. No tengo elección. Mi madre se muere, han dicho que no hay cura.

—¡¿QUÉ COJONES, SEAN?! ¿CÓMO QUE…? PERO… ¿Y LA QUIMIO? Y… Y… —Sus ojos se cristalizaron, él le tenía cariño a mi madre. Mucho—. Hostia puta, no sé qué decir…

Dejé la cerveza reposar en el suelo, a mi lado, y coloqué una mano sobre su hombro derecho.

—Déjalo, no hace falta que digas nada, ¿vale? Estás aquí, eso es todo lo que necesito. —Los dos nos quedamos cabizbajos, con las miradas perdidas—. Pero tengo una oportunidad de salvarla, Josh. Una inyección nueva. El problema es que vale mil quinientas libras cada dosis, se debe poner una al mes y va a necesitar muchas.

Josh se llevó las manos a la cara, aplastando sus mejillas con ellas.

—Mierda, qué caras, pero… ¡Vale! Son buenas noticias, por lo menos podemos hacer algo.

—¿Podemos? —pregunté—. Dirás puedo.

Negó una y otra vez.

—Tío, si yo estuviese en tu lugar, querría que estuvieras en esto conmigo.

—No, colega. —Ni hablar, por ahí sí que no pasaba—. No te lo cuento para que te hagas cargo de nada.

—Tú te hiciste cargo de mí cuando era una montaña de mierda —susurró en voz baja.

—Me da igual, tío. No me debes nada.

—Sean. —Ahora era su mano la que estaba sobre mi hombro—. No necesito el dinero, solamente soy avaricioso, y me gasto la mitad de lo que gano en maría y cerveza…

—Pues sigue haciéndolo, es tu puto dinero.

—Te seguiré acompañando, aunque todo lo que ganemos a partir de ahora será para tu madre, ¿vale? No vendas la moto.

No sabía si era por ser ruso, como decía Josh, o porque simplemente la vida no me había tratado demasiado bien, o tal vez porque era un gilipollas y ya, pero nunca solía mostrar lo que sentía.

Aun así, en aquel momento, la necesidad de abrazar a mi mejor amigo fue superior al orgullo, a mi personalidad fría y a mi ego. Cuando sus manos apretaron mi espalda, golpeándola suavemente, noté que me iba a derrumbar tanto que no podría volver a levantarme jamás.

Resistí.

Aguanté.

Porque los rusos no lloran.

Ni se acobardan.

Yo era duro y frío, como un iceberg.

—Colega. —Su voz sonó suave y tranquila—. Ahora empieza una nueva etapa, ¿vale? Vamos a conseguir pasta, vamos a hacer que tu madre salga de esa mierda y le vamos a pegar una paliza a Derek para que nos pague.

Asentí, deshaciéndome del abrazo.

—Ni se te ocurra contarle a nadie lo que acaba de pasar —le advertí.

—Tranqui, aunque me haré una prueba de embarazo por si acaso —bromeó, y su puño golpeó mi hombro—. Entonces…

Resoplé. No se iba a rendir.

—¿A dónde fui? —Asintió como un animalito ansioso—. Pues mira, hablando de Derek: me lo encontré aparcado en la puerta del garaje

con la pija de la hermana, estaban discutiendo, ella se bajó y él se largó.

Josh estaba flipando.

—No jodas, ¿la dejó tirada? ¿Aquí?

—Sí, al parecer no se llevan bien.

Seguí comiéndome los últimos pedazos del bocadillo. Sin embargo, la imagen de su mejilla rosada logró que el estómago se me cerrara un poco.

No lo pienses, Sean, no es tu problema.

—Obvio, ¿quién coño se lleva bien con Derek?

Hice una mueca de disgusto.

—Al parecer, mi exnovia.

—Porque es una mierda igual que él. —La cara de pocos amigos que le puse le hizo cerrar la boca—. ¿Qué? Solo digo lo que pienso.

—La llevé en la moto.

Volvió a abrir la boca y le avisé de que era mejor no decir lo que fuese que pensaba. Pero se lo pasó por el forro.

—¿A su casa? Dime que te abrazó y te estrujó esas enormes tetas en la espalda.

Sí, sí que lo hizo.

Pero no se lo iba a contar.

—No, a Hyde Park. Allí quedó con una amiga, que por cierto… —le dediqué mi mejor sonrisa de perro rastrero—, te fliparía.

—¡¿Qué cojones?! ¿Tenía carne?

—Sí.

—Oh, tío, cuéntame más, ¿tenía la cara bonita?

—Sí.

—¿El pelo largo?

—Ajá.

—¿Morena?

—Sí, chaval.

—¿Y no me has conseguido su número de teléfono? —Le miré como si estuviese loco—. Dime que se lo pediste, no me jodas, Sean…

—Claro, imbécil. Y quedo como un psicópata, ¿no?

Josh hizo un gesto de desesperación. Miré el reloj, ya eran las siete y media y estaba oscuro fuera.

La imagen de Brittany yendo sola por ahí volvió a mi cabeza, causándome incomodidad. ¿Debería coger la moto y volver a buscarla? No. Ahí sí que parecería un loco. Dijo que se quedaría con Ana, y aunque estaba claro que mentía, era su problema.

—¿Cómo suele ir al insti? —pregunté sin darme cuenta.

—¿Quién?

—La pija.

—Ah, ¿Brit? Con Derek. Hay un autobús que viene desde su urbanización, pero es tan señorita que supongo que prefiere ir en el deportivo de su hermano. Aunque, claro, si están enfadados…

Tragué el último bocado del bocata antes de decidirme. Mañana me quedaría en la puerta del instituto y no entraría hasta verla llegar.

Menuda mierda, Sean, eres gilipollas.

CAPÍTULO 7
BRITTANY



—¿Estás bien?

Ana se pasó el cabello tras las orejas, mirándome con preocupación. Nos encontrábamos sentadas en una cafetería a unos veinte minutos de Hyde Park. Estuvimos paseando por las tiendas hasta decidir hacer una «merienda-cena» que constaba de chocolate caliente y gofres con helado.

—Sí —mentí con una mueca torcida.

Aún tenía el mensaje de Derek sin abrir en el móvil y seguía sin saber cómo regresar a casa. ¿Volver a subirme con él en su coche tras lo que me dijo? Se atrevió a tocarme la pierna y hacerme daño, se atrevió a decir que era una puta.

Estos seis meses que me quedaban para cumplir la mayoría de edad parecían prometer convertirse en un infierno.

—Tía, no me engañes. —Alargó la mano hasta la mía sosteniéndola en un apretón que transmitía confianza—. Sabes que puedes desahogarte conmigo, tonta.

—¿Y qué quieres que te cuente?

Fruncí el ceño. Anastasia era maravillosa, la quería muchísimo, tanto como a la hermana que siempre deseé tener, pero esto me resultaba demasiado incluso para alguien como ella.

No sabría cómo solucionarlo, me miraría con lástima y solo diría aquellas palabras vacías que no necesitaba escuchar.

«Todo estará bien» o «tranquila».

De verdad, alguien que está en la mierda no quiere escuchar eso, porque solo hace que te sientas peor.

—Podrías empezar por explicarme qué hacías en la moto con Sean, porque era él, ¿verdad? Coincide con las fotos que me enseñaste. Y, también, decirme cuál es el motivo de que sigas con su sudadera puesta. —Sus labios se curvaron en el preciso momento en que mis mejillas comenzaron a irradiar calor—. Es guapísimo, ¿eh?

«¿Esa es tu amiga?».

«Sí, ¿te gusta?».

«Puede».

«Es demasiado buena para ti».

Una oleada de malestar mayor a lo que ya sentía, invadió mi cuerpo, haciéndome estar celosa de mi mejor amiga, por primera vez.

Aunque siempre coincidíamos en gustos con los chicos, al ir a escuelas diferentes, no solíamos chocar en esto. Además, ninguna había ido más allá de simples palabras y cuchicheos y tampoco habíamos tenido novio, aún.

A lo mejor, él prefería que fuese ella quien llevase su sudadera puesta.

Incómoda, desvié la mirada.

—¿Brit?

—Creo que le has gustado.

Ella se encendió como una bombilla.

—¡¿Qué dices?! Si ni siquiera me ha mirado.

—Sí que lo ha hecho, lo que pasa es que llevaba el casco puesto —ladré—. Dios, perdona mi tono irritante, reconozco que estoy algo celosa —bufé, y liberé un poco del peso que llevaba sobre los hombros, era agotador tragarse tanta basura—. No te lo tomes a mal, te quiero mucho, pero llevo tantos años intentando que ese imbécil me haga caso y de repente… te ve y dice: «¿Esa es tu amiga?» —solté imitándolo con cara de asco. Anastasia se desternillaba de la risa.

—Brit, ¿de verdad eres tan torpe como para no darte cuenta de que solo quiere picarte?

Arqueé una de mis cejas.

No di por válida esa opción, ya que Anastasia era preciosa y si yo fuese hombre estaría loco por ella. Cabeceé de un lado para otro, negando su idea.

Ella dio un último sorbo a su chocolate caliente, se limpió los labios en una servilleta y después añadió:

—Os veíais tan bien juntos…

—¿En serio? —murmuré sin quererlo, dándome cuenta de lo ridículo que sonaba.

Sean y yo, ¿juntos?

Tenía el carácter de un perro con la rabia. Era antipático, frío y distante.

Yo, sin embargo, era un día cálido de verano, llena de amor por dar y necesitaba recibir ese mismo sentimiento.

Estar con un chico como Sean me generaría muchas dudas, nunca sabría si estábamos bien, mal o lo que fuese.

Mis inseguridades reclamaban a un hombre que tapase cada vacío de mi triste y abandonada alma. Alguien que hiciese el trabajo de papá, de Derek y tal vez incluso el de mamá. Alguien que aparte de todo eso fuese mi amigo, que fuese mi novio. Era demasiado dolor y demasiado vacío para un solo ser humano. Ningún chico aguantaría jamás ser mi novio, porque en cuanto alguien se acercase un poco a mí, yo le pediría demasiado.

Aun sin querer hacerlo.

Porque lo necesitaba, estaba hambrienta de atención y afecto.

Por eso me maquillaba hasta para ir a comprar el pan.

Por eso llevaba el perfume más caro e intenso de todos los perfumes femeninos.

Por eso me ponía la falda tan corta.

Por eso me portaba mal.

Por eso mentía una y otra vez.

Porque quería atención.

Una atención cálida y protectora que me hiciese sentir que era importante para, al menos, una persona en este planeta.

Cada noche pensaba en mi padre y me preguntaba si él pensaría en mí, si se sentiría culpable por haberme abandonado, si no echaría de menos mi voz… Pero luego recordaba que me dejó tirada a mis trece años y la respuesta a mi pregunta aparecía con un claro «NO».

—Y tan en serio, sois igual de guapos, igual de… sexis —puntualizó, retirándose de la mesa—. Voy un segundo al baño, ya vuelvo, Brit.

—Claro —sonreí, y aproveché para leer el mensaje de Derek.

Derek: *Avísame para ir a por ti. No volverá a pasar, lo siento.*

Suspiré, no tenía otra opción.

Yo: *Recógeme en veinte minutos. Donde siempre.*

Volví a suspirar, notándome temblar debajo de la mesa.

¿Y si se repetía? ¿Y si mentía?

La sudadera de Sean y su olor me hacían sentir una falsa sensación de seguridad, como si él fuese a aparecer de la nada y destruir a mi hermanastro de un simple pisotón.

El móvil vibró, haciéndome sentir otra punzada dolorosa en el centro del pecho.

Derek: *Ahí estaré.*

Las palmas de las manos me comenzaron a sudar y tuve que abrir la boca para poder respirar mejor, pues sentía que, a pesar de estar dando grandes inspiraciones, el oxígeno no llegaba a los pulmones. Ana no tardaría en llegar.

Pero cuando la camarera empezó a recoger la mesa que estaba a nuestro lado, mis ojos fueron hacia el cuchillo lleno de chocolate que reposaba sobre mi plato.

Necesitaba algo para poder defenderme si a Derek se le ocurría abusar de mí.

Lo cogí disimuladamente, limpiándolo con una servilleta, en cuanto la camarera se dio la vuelta para amontonarlo todo sobre una sola bandeja, miré hacia un lado y a otro antes de meterlo dentro del enorme bolsillo de la sudadera de Sean.

Mañana se la devolvería en el insti.

Volví a pensar en Naomi, con la mente perdida en las musarañas. La manera tan cálida en la que Sean le hablaba, aquella forma de

decirle «nena», era tan… caliente. Yo quería lo mismo para mí, y no a ese idiota frío y distante que era conmigo.

¿Qué tenía que hacer para llamar la atención de alguien así?

Odiaba no poder ser como Anastasia; feliz conmigo misma, feliz en mi casa, feliz con el cobijo de mis padres, feliz, simplemente.

—Y bueno, ¿no vas a contarme cómo pasaste del coche de Derek a la moto de Sean? —Ana volvía a estar sentada delante de mí, haciendo aspavientos con su mano derecha frente a mis ojos.

—Ah… Eh… Derek tenía que ir a otra parte con prisa, así que me dejó un poco lejos y me encontré a Sean.

Ella frunció el ceño.

—¿Y a pesar de detestaros se paró y te dijo: «Eh, guapetona, sube en mi sensual moto que te llevo»?

—Algo así.

—¿Algo así?

Me encogí de hombros. Sí, era consciente de lo ridículo que sonaba todo esto.

—En realidad, coincidimos en una tienda de chuches, yo necesitaba ir urgentemente al baño y…, bueno, me dijo que podía subir a su casa, de ahí vino todo.

Otra vez, me puse roja.

Anastasia tenía la boca abierta en una perfecta o. Sentí deseos de lanzarle algo dentro para que la cerrase.

—Tíaaaaaaa…

—Lo sé.

—Pero, Brit, en plan, tíaaaaaaa.

—Tía, no.

—Tía, sí.

Me estaba poniendo de los nervios.

—¡Que no, Ana!

—Va, ¡no me digas que no, tía!

—Anaaa, ya está.

—Tía…

—Tía, ya.

—Joder, tíaaaaa.

Coloqué un mechón de pelo tras mi oreja, ¿por qué tenía las mejillas tan calientes?

—Solo se ofreció porque el chaval es bastante amable y atento. A pesar de esa fachada que lleva…, parece todo un caballero, la verdad.

Anastasia alzó las cejas.

—Y tanto, oye, ¿y qué tal su casa?

Un sueño. Un lugar en el que quisiera esconderme y no salir.

—Rara —me reí—. Su madre estaba cocinando, y parecía feliz de hacerlo, no como la mía.

Comenzamos a soltar carcajadas.

—Tu madre es un caso perdido, Brit…

—A veces, siento que la adolescente es ella.

—Cuando seas más adulta, serás tú quien la cuide, créeme.

Fruncí los labios. No me gustaba escuchar eso. ¿Cómo iba a cuidar de mi madre si no sabía ni cuidar de mí misma?

La chica de antes, que seguía recogiendo las mesas, vino a limpiar la nuestra. Habíamos pagado la cuenta nada más pedir la comida, teníamos esa manía, así que decidimos marcharnos. El teléfono de

Anastasia comenzó a sonar entonces. Era su madre, cuando anochecía siempre la llamaba para que volviese a casa, aunque vivía a diez minutos andando de aquí.

—¿Mamá? Sí, ya nos estamos levantando… ¿Qué? ¿En serio? ¡¿Has hecho roast beef?! ¡Que me acabo de comer un gofre! ¿La tía Ava está en casa? ¿Me ha traído un regalo? ¡Ay, que me muero!

Anastasia, que era toda ilusiones y felicidad, me miró sonriente para abrazarme y darme un beso en la mejilla antes de volver a su cálido y feliz hogar.

A mí no me preguntaban dónde estaba.

Ni tenía tías que me trajesen regalos.

Ni me preparaban *roast beef*.

Yo estaba sola, muy sola.

—Nos vemos, Ana, cuéntame luego qué es ese regalo .—Sonreí, alegrándome por ella.

Volvimos a abrazarnos, tuve cuidado de que no notase el cuchillo de los gofres dentro de la sudadera.

Una vez la vi alejarse, me di la vuelta con los hombros caídos, casi arrastrando los pies, acercándome al lado de la carretera en el que Derek solía aparcar para recogerme.

De vuelta a mi cárcel de oro.

El deportivo blanco apareció casi al instante, alguien iba sentado a su lado. Suspiré de alivio y aflojé el agarre por dentro de la sudadera sobre el cuchillo.

Me di cuenta de que era Naomi.

Vaya.

Sin decir ni una sola palabra, subí en la parte de atrás, justo tras el asiento de Derek, manteniendo la vista por fuera de la ventanilla y

un perfil bajo.

Ella buscó mi mirada un par de veces. La ignoré.

A pesar de ello, siguió mirándome de reojo, una y otra vez.

—¿Y esa sudadera?

Mierda.

Me senté justo detrás de Derek para que no se fijara demasiado en mí, era despistado, pero últimamente parecía estar muy atento.

—Es del novio de Ana. —Últimamente mentía demasiado—. Hacía frío y me la prestó.

—¿Ana tiene novio? —cuestionó mi hermanastro—. Eso es nuevo.

—No, qué va —repliqué. Me sentí realmente culpable por estar echándole este muerto a mi mejor amiga—. Lo que pasa es que nunca preguntas por ella…

Mis dedos se aferraban con tanta fuerza al cuchillo que debía de tenerlos blancos.

Naomi volvió a mirarme, y esta vez nuestros ojos chocaron de forma eléctrica. Pude sentir la tensión recorrerme de pies a cabeza y estaba segura de que ella sintió exactamente lo mismo. Sabía lo que estaba pensando: reconocía la sudadera. Claro que sabía de quién era, del que fue su novio hasta hacía dos días. Como también debería estar reconociendo su olor.

Tal vez, incluso ella la hubiese llevado puesta alguna vez.

—El novio de tu amiga Ana tiene buen gusto. —La voz de esa arpía sonó sádica y venenosa—. Huele bien.

Quizá no debería decir aquello, pero iba en contra de quien yo era. No volvería a tragarme las palabras y agachar la cabeza, jamás.

—Sí, huele bien —afirmé, pasándome la lengua por los labios—. Y, además, está buenísimo.

Derek clavó sus ojos en mí a través del espejo retrovisor.

—Cielo, es precioso tu coche. —Naomi dejó que el aire perdiera tensión, y agradecí que cambiase de tema—. ¿Me dejarás conducirlo alguna vez?

—Ni hablar —respondió mi hermanastro, en un tono grosero cargado de superioridad—. Esto vale un pastizal.

La cara de idiota que se le quedó era la misma que se le quedaba a mi madre cuando Johan le daba sus típicas contestaciones, tan similares a las de su hijo.

—Si quieres —añadió—, más adelante, te compramos uno de segunda mano.

Reí entre dientes, disfrutando del espectáculo. Ella fingió ilusión.

Yo me acurruqué aún más en aquella enorme prenda de vestir, caliente y de color negro. Un color que me recordaba a Sean Kiev, porque siempre que le tenía cerca sentía que me envolvía una densa oscuridad. Era algo extraño, difícil de explicar.

Pero no me daba miedo. En absoluto. Solo curiosidad.

El resto del trayecto fue en silencio, con algunas canciones aleatorias que iban sonando en el coche.

Cuando Derek apagó el motor, bajé agradecida de estar a salvo del enemigo.

—¡Un momento, Brittany! —La voz de mi hermanastro se clavó en mi espalda.

No, no iba a detenerme.

—¡Me estoy meando, lo siento!

Abrí la puerta de casa con tanta ansiedad, que casi se me cayeron las llaves al suelo. Una vez entré, con los ojos fuera de órbita y el

corazón palpitando desbocado en el interior del pecho, mi madre me miró como si estuviese loca.

—¿Todo bien, hija?

—Sí.

No olía a comida.

No había *roast beef*.

Todo estaba vacío, brillante, impoluto y limpio.

—Hay espaguetis en la nevera, los hizo la criada a mediodía, si quieres comer puedes calentar…

—No tengo hambre —le aseguré, corriendo escaleras arriba.

Cuando estaba a punto de cerrar la puerta de la habitación, un cuerpo enorme se coló detrás de mí. Sabía de sobra que se trataba de él. Nos quedamos a solas.

Di varios pasos hacia atrás, con las manos dentro de los bolsillos, dispuesta a gritar o a defenderme como hiciese falta.

—¿Qué diablos haces, Derek?

—¿De quién es la sudadera?

—Ya te lo he dicho.

—Naomi dice que es de Sean.

Chivata.

Tragué saliva.

—Es que Sean es el novio de Ana —le informé, con un hilo de voz tan roto que incluso yo misma me sorprendí.

¿De verdad acababa de decir algo así? Anastasia me iba a matar.

Sean y Derek se veían en el instituto, descubriría mi mentira.

Aunque, milagrosamente, la postura de mi hermanastro se calmó de forma inmediata.

—¿En serio? ¿Sean está con «esa»?

—¿Esa? —inquirí—. No te refieras a ella en ese tono, es guapísima y muy buena chica.

—Está gorda —escupió, como si aquello fuese horrible.

Y tú no tienes cerebro, maldito gilipollas.

—Te prohíbo hablar así de mi amiga, Derek —rugí entre dientes, dando otro paso atrás.

Él avanzó un poco más, agarrándome violentamente por el cuello de la prenda negra y tirando de esta hacia él.

—No voy a hacerte daño, Brit, pero como me entere de que tienes algo con alguien…, me voy a volver muy loco.

—¿Ahora resulta que estás enamorado de mí? ¿De tu hermanastra?

Sus pestañas bajaron hasta mis labios, deteniéndose en ellos demasiado tiempo.

—¿Y si te digo que sí?

—Es ridículo, soy tu herm…

—No nos une nada —gruñó, y me soltó de forma violenta haciendo que mi espalda golpeara el escritorio, gemí de dolor—. Mi padre me cortará la cabeza si se entera de que me gustas, de que me llevas gustando mucho tiempo, pero ya no puedo aguantarme más, ¿sabes?

—¿Y te echas novia? Tus actos son…

—¿Incoherentes? —Se cruzó de brazos, torciendo el cuello—. Necesito hacerle a alguien lo que quiero hacerte a ti. —Volvió a repasarme lentamente con la mirada—. Cuando la escuches gemir esta noche piensa que podrías ser ella. Y quítate esa maldita sudadera, me queman los putos ojos.

Sus palabras me caían sobre la cabeza como si fuesen ráfagas venenosas que herían gravemente mi mente. Me obligaba a odiarle.

—Nunca voy a tener nada contigo, Derek. No porque seamos hermanastros, sino porque te detesto, detesto la persona que eres.

Su mano se detuvo sobre el pomo de la puerta, mirándome por encima del hombro.

—No tienes dinero, no eres nadie, eres una muerta de hambre. Cuando la dureza de la vida te golpee, vendrás a mí suplicando que te ayude, igual que tu querida amiga Naomi.

Y con un portazo, las paredes de mi habitación retumbaron, cayéndose uno de los cuadros al suelo.

Con el corazón caliente y la sangre hirviendo, eché rápidamente el pestillo para quitarme toda la ropa y darme una ducha en el baño en *suite* de mi habitación. Traté de no pensar, de tararear alguna canción, incluso me puse música con el móvil, nada me sirvió, todo fue… peor.

Quería irme, quería escapar por la ventana y perderme lejos, quería desaparecer. De mi madre, de Derek, de Hallow, del mundo entero.

Envuelta en la toalla me senté en la cama, dejándome abrazar por mi soledad. Me llevé las manos al rostro y dejé escapar un lamento que silencié con mis propios dedos.

Sentía ganas de comer, comer muchísimo, quería atiborrarme a porquerías. Aunque eso no era bueno para mí, siempre acababa de la misma manera.

¡Pero lo necesitaba, maldita sea!

Sin poder controlarme, abrí el último cajón del ropero, repleto de chocolates y comida basura.

Como si fuese un animal descontrolado, comencé a rasgar envoltorios, masticando y tragando sin casi saborear el dulce, mientras más lágrimas caían por mis mejillas, goteando sobre la colcha de la cama.

Siempre hacía esto, siempre comía hasta que el estómago ardía y la acidez subía por la garganta, luego tocaba vomitar y sentirme culpable. Era un círculo vicioso del que no podía escapar. Y nadie vendría a interrumpirlo.

Mi madre no tocaría a la puerta para preguntarme qué tal había ido el día.

Mi padre no me llamaría por teléfono para darme las buenas noches.

Estaba sola.

Jodidamente sola.

Cayendo en picado.

El móvil sonó y pensé que sería Anastasia enseñándome el regalo de su tía.

No estaba en condiciones de hablar con ella en este momento, pero el tener notificaciones en la pantalla del móvil era algo que simplemente no soportaba. Así que decidí desbloquearlo para quitarla, llevándome una increíble sorpresa al ver que la notificación era de Instagram.

No nos seguíamos, pero aun así me estaba hablando. Sean.

Repasé su nombre con la yema del dedo. Temblorosa, respirando por la boca y, con el corazón en la garganta, abrí su mensaje.

Sean Kiev: *Oye, esto es raro de cojones, lo sé, no es que esté loco ni sea un psicópata, ¿vale? Bueno, tal vez sí lo soy, pero no quiero matarte ni nada de eso. No a ti.*

Arrugué la frente.

Seguía escribiendo.

«No quiero matarte ni nada de eso. No a ti».

¿Qué?

Sean Kiev: *Solo dime si has llegado a casa.*

«Dime si has llegado a casa».

«Dime si has llegado a casa».

«Dime si has llegado a casa». Esta vez lo leí en voz alta.

Sabía que estaba mal de la cabeza, pero ese mensaje fue como subirme a un bote salvavidas.

Miré todos los envoltorios de chocolates vacíos, los recogí haciendo una bola enorme y los metí en el fondo de la papelera, escondidos bajo algunos dibujos rotos y otras cosas.

Corrí al baño, me puse de rodillas e introduje los dedos hasta donde sabía que hacía el efecto buscado. Esto era horrible, asqueroso y vergonzoso. E inevitable. Puse mi canción favorita en el móvil, a todo volumen, para que nadie pudiese escuchar las arcadas.

Tras conseguir el objetivo, con los ojos llenos de lágrimas, la cara ardiendo y un sabor a mierda en la boca, tiré de la cisterna y fui a lavarme los dientes.

El móvil volvió a vibrar. Y el corazón me pegó otro fuerte latido en el pecho.

Sean Kiev: *¿Me dejas en visto? ¿Conque esas tenemos?*

Sonreí, no solo era atento, también insistente. Pero ¿por qué?

Terminé de enjuagarme la boca, volví a la cama, colocándome su sudadera y haciéndome una bola debajo de la colcha.

Yo: *Estaba lavándome los dientes. No te pongas histérico tan pronto, ni que fuese tu novia.*

No me contestó, pasó como una hora en la que yo también me quedé en visto.

Los ojos se me iban cerrando mientras miraba publicaciones al azar en TikTok: bailes de chicas y vídeos de maquillaje.

Me calmaba.

Entonces, antes de que finalmente el sueño pudiese conmigo, pareció que el orgullo de Sean perdía la batalla, pues otro mensaje de él brilló en mi pantalla.

Sean Kiev: *Mi novia nunca hubiese terminado sola en un barrio como ese.*

Sean Kiev: *PD: solo quería saber si aún tenías mi sudadera, es mi favorita.*

Respiré profundo, entristecida por tener que devolvérsela.

Me gustaba, podría dormir con ella cada noche, era cálida y suave, y olía de maravilla.

Yo: *Te la compro, ¿cuánto quieres por ella?*

Sean Kiev: *No hago negocios con niñas de papá.*

Niña de papá.

Si supiese lo equivocado que estaba…

Ya no tenía ni fuerzas para discutir con él.

No supe que más decir y me quedé atontada leyendo su mensaje una y otra vez.

Al ver que no decía nada, pero seguía en línea, Sean volvió a escribir.

Sean Kiev: *Buenas noches, barbie.*

Bloqueé el teléfono, cerré mis ojos cansados y dejé que los párpados cayesen por su propio peso.

«Buenas noches, Sean», susurré para mí misma.

CAPÍTULO 8
BRITTANY



Aquella mañana desperté de una forma diferente, seguía siendo la misma chica vacía y sin alma, pero algo en mí era distinto.

¿Más negro? ¿Más vacío? ¿Más qué?

No lo entendía; en cambio, era como si mi cuerpo fuese más ligero, como si el dolor doliese menos, como si los problemas del pasado pesasen menos.

¿Por qué?

Puse una de mis canciones favoritas: *The road* de Origo, y empecé a bailar por toda la habitación con aquella sudadera negra todavía puesta y su olor mezclado con el mío.

¿Así olería mi cuerpo después de follar con él toda la noche? Quién sabe. Quizá podría preguntarle a Naomi. Estaría bien.

Sonreí, perversa, alzando los brazos para quitarme la prenda y dejando mi cuerpo desnudo moverse por el cuarto mientras buscaba el uniforme de Hallow.

Falda azul marino, camisa blanca, chaqueta del mismo color que la falda y corbata roja.

Una vez estuve lista fui al baño y terminé de acicalarme.

Mi *eyeliner* nunca faltaba, tampoco el *gloss* ni el perfume. Desde que salí de aquel infernal instituto en el que me repitieron hasta el cansancio que era una zorra, me aseguré de que pareciese cierto. Aunque no tenía con quién acostarme, me comportaba y me veía como una.

Las personas que hacían *bullying*, siempre funcionaban con un patrón repetitivo. Primero, buscaban puntos débiles y luego atacaban en ellos. Entonces, tú tenías dos opciones: reaccionar bien o reaccionar mal.

Dejarte apalear o atacar.

Era lo suficientemente inteligente como para saber que la llegada de Naomi a Hallow me traería problemas. Pero, esta vez, yo no me dejaría apalear. Iba a atacar, con uñas y dientes.

Y tal vez, empezase por tirarme a su ex.

Oh, lo entendí. Cuando me vio con aquella sudadera en el coche. El dolor en su mirada fue como un elixir de felicidad corto y fugaz. No me bastó, necesitaba más.

Seguía pillada de Sean y no me extrañaba, estaba buenísimo y no solo por fuera, al parecer, también era una bella persona por dentro. Pero seguramente mi hermanastro le prometió cosas que la idiota creyó y pronto los castillitos en el aire se le derrumbarían.

Aunque quizá solo dejó a Sean para poder entrar en Hallow gracias a Derek. Y llegar cada mañana en su deportivo blanco, acompañada del gran Stephan.

Vigilando que mis labios estuviesen lo suficiente jugosos y apetecibles en el espejo, bajé las escaleras tras apagar la música, con la mochila colgada en uno de los hombros.

Llevaba la melena suelta con una diadema negra sobre la cabeza, toda una princesita, toda una niña buena, lista para corromper.

¿Supondría una tentación para él? Esperaba volverle loco.

Mi mochila pesaba más de lo normal a causa de llevar la sudadera y los libros junto con el estuche, el móvil, la agenda, mi neceser de

maquillaje y unas cuántas cosas más.

Luego llamaría a Anastasia para preguntarle qué tal estaba y cómo fue la cena con su familia.

Mi madre se encontraba sentada en la mesa principal, tomando un té verde. Por las mañanas hacía ayuno intermitente. Derek y Naomi disfrutaban de un desayuno de huevos con bacon que habría preparado Lina. Yo me limité a tomar un vaso de agua fría, no tenía apetito, me pasaba cada vez que hacía lo de… anoche.

—¿No desayunas? —Lois me miraba con cara de «haz el favor de sentarte a desayunar con ellos».

—No. —Dejé el vaso vacío en su lugar después de fregarlo—. Y veo que tú tampoco.

Naomi tenía la mirada puesta en mí, ella llevaba el mismo uniforme, aunque iba más maquillada que yo, porque era más fea y lo necesitaba. Sus ojos estaban delineados de una forma exagerada. Con al menos dos capas de rímel y un rojo intenso que no pegaba en absoluto en una escuela de gente rica y educada.

No pude evitar reírme en su cara al verla, esto le crispó los nervios y acabó retirando el plato a un lado.

¿Te he quitado las ganas de comer? Cuánto lo siento.

—Me voy, se me va a escapar el bus —informé, aunque sabía que nadie me había pedido explicaciones.

Aun así, como siempre iba acompañada de Derek y no pensaba volver a montarme en su coche, prefería dejar las cosas claras.

Tal y como sospeché, mi hermanastro no dejó las cosas tranquilas, carraspeando tras mi espalda.

—Espera cinco minutos y vienes con nosotros.

Sonreí con acidez, notando como el estómago se me llenaba de bilis, y torcí el cuello para mirarle.

—Prefiero dejaros intimidad, ya tengo casi dieciocho años y puedo coger un autobús sin morir en el intento.

Mi tono molesto les dejó claro que no estaba para jueguecitos ni tonterías. Derek endureció su mirada, entendió la advertencia de que yo no obedecería ni de broma.

No sabía cómo acabaría esto, pero lo peor que podía pasar era que me pusiese una mano encima y le denunciase. Entonces, la relación de mi madre con Johan se iría a la mierda y… adiós a mi sueño de irme sola tras cumplir los dieciocho. No podría dejar a mi madre tirada y tendría que seguir viviendo este infierno, con ella.

No, no quería eso. Debía esforzarme por ser amable y aguantar. Mi madre debía ser feliz, quedarse con Johan, olvidarse de mí. Y yo debería poder irme sin culpa.

—Pero gracias, Derek —añadí en un tono más dulce que logró suavizar su expresión de enfado.

El rubio de ojos grises no apartó su vista de mí hasta que abrí la puerta y me perdí de aquella casa.

Que yo le gustaba, decía. Maldita sea, ¿estaba loco o qué?

Aunque, por otro lado, a Derek le gustaban todas. Y él no me gustaba a mí, ni un poquito.

Cuando llegué a la parada, los alumnos de nuestra urbanización que iban a Hallow me miraron extrañados.

Cindy Steifold, una chica rubia y también bastante agraciada, sacudió su mano delante de mí, entusiasmada por verme aparecer. Esta chica se dejaba el pellejo intentando ser mi amiga, y yo solo le regalaba sonrisas de boca cerrada casi ignorándola. No lo hacía aposta, pero estaba tan desolada y desértica que no tenía nada mejor que ofrecer.

Anastasia era la única que conseguía ganarse mi confianza. Tal vez, por conocerla en una situación que nos unió desde aquel día.

Le devolví el saludo, subiendo en primer lugar, pues todos se hicieron a un lado como si fuese alguien de la realeza.

Al mirar al fondo, vi a los chicos de cuarto. Niñatos hormonados hasta la punta del flequillo, que me observaban como si me

quisiesen comer.

Los de bachiller, como yo, solían ir en sus coches o motos. Y yo debería estar yendo en mi propio coche.

A los dieciocho, Brit, ya queda poco, te irás de casa y todo irá bien…

Encontrarás trabajo y dejarás de estudiar. Abandonarás la posibilidad de sacarte una carrera porque solo vivirás para pagar el alquiler y las facturas. Porque, sin estudios, aquí no eres nadie.

Y olvida poder comprarte un maldito coche.

Deja de soñar.

Joder, mi cabeza me la estaba jugando fuerte.

Tener diecisiete años y medio y sentir que tu vida ya estaba condenada al fracaso era una sensación de lo más asfixiante.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó Cindy.

Iba también con el cabello suelto, aunque su tono de rubio era más dorado que el mío. Con esos profundos ojos azulados y una sonrisa aniñada, logró darme lástima.

—Claro, siéntate. —Tiré de mi pesada mochila. Parecía llevar un cadáver mutilado en el interior.

Suspiré y, mientras el pecho me subía y bajaba bajo la camisa ajustada y la corbata, miré mi perfil en el cristal del bus, nos estábamos alejando de la urbanización. El coche de Derek pasó por nuestro lado a toda velocidad.

—No sabía que vivíamos tan cerca. —Cindy logró captar mi atención, ¿estaba nerviosa? Me miraba como si quisiese comprarme y hacerme suya, o secuestrarme tal vez—. Podrías venir un día a casa.

La forma en la que sonreía todo el rato y el brillo especial de sus ojos me daba para pensar que esta chica estaba tan triste como yo. Y tan sola como yo. Necesitaba una amiga, urgentemente.

Yo tenía a Anastasia, pero quizá, ella no tuviese a nadie.

Sabía que mi dificultad para socializar era importante, aunque podría esforzarme. Además, Cindy no parecía ser de las que juzgaban.

—Claro, podemos hacer algo algún día.

Su mirada se iluminó como si acabase de sucederle algo precioso, y ese algo era yo diciéndole que iría a su casa algún día. Un dolor se me incrustó en lo más profundo del estómago.

—¿Vas a venir siempre en bus a partir de ahora?

—Por supuesto —asentí rápidamente. Sería lo mejor, pues no pensaba volver a montarme en el coche de Derek, aunque aquello significase tener menos libertad o moverme con más dificultad. Fruncí el ceño—. ¿Sabes si hay alguna forma de ir a Hyde Park desde aquí? Siempre voy con Derek y no estoy muy al día.

Ella se dio unos golpecitos en su pálida barbilla, era tan blanca que se le veían las venas azuladas a través de la piel. Olía como a flores primaverales. Frescas, suaves y alegres.

—¡Sí! Hay una estación cerca, ahí tienes un tranvía que sale cada veinte minutos hacia Hyde Park, el problema es que hay que caminar media hora para llegar a la estación… —Se quedó pensativa —. Claro, quería decir cerca en coche.

Empezó a reírse, incómoda, como si sintiese que acababa de decir una tontería. Mi gesto de agradecimiento la calmó.

—Hola. —Ese «hola» sonó en un tono de voz femenino de lo más provocador. Cindy se encogió de hombros haciéndose una bola pequeña en el asiento, como si desease desaparecer, musitando un débil «hola» casi inaudible—. ¿Qué pasa, Cindy? ¿No me presentas a tu amiga? —La pelirroja que se asomaba por encima de nuestros asientos, masticando un chicle de forma asquerosa y molesta, posó sus ojos en mí—. Si esta pirada te está molestando, avísame y te la quito de en medio rápido.

Oh…, ya veo.

Una abusona.

Me encantaban las abusonas.

Sobre todo, cuando tenía el estómago vacío y estaba sin desayunar.

Cindy me miraba de reojo, temblando, casi podía oler su sudor y oír el latido frenético de su corazón. Sabía lo que sentía, sabía lo que significaba su mirada de socorro, porque yo también fui como ella.

Dejé la mochila en la zona de los pies y me coloqué de rodillas en el asiento, mirando a la pelirroja de frente.

—Me llamo Brittany, ¿y tú?

Su sonrisa se ensanchó ampliamente, seguía masticando el chicle.

—Nadia.

—¿Cómo has dicho? ¿Nadie?

Su cara de simpatía se borró por unos segundos, pero, tras tomarlo como un error, volvió a repetir:

—Nadia.

—Nadie —murmuré, con el mismo tono de puta en que ella dijo ese «hola».

Mi mano fue hacia su corbata, envolviéndola en mi puño y arrastrándola hasta el reposacabezas de mi sillón.

Un revuelo se formó rápidamente en el autobús, todo el mundo silbaba y nos miraba. Acabaron sacando el teléfono para grabarnos.

—Escúchame, «Nadie», como vuelvas a llamar a mi amiga Cindy pirada… —desvié mis ojos hacia dentro, poniéndome bizca a propósito—, te voy a dejar la cara así para el resto de tu vida —la amenacé, y volví a mirarla fijamente—. ¿Entendido?

—Tía —rugió, escupiéndome algo de saliva por ese asqueroso chicle—. ¿A ti qué coño te pasa?

—Créeme, no quieres saberlo.

La empujé contra su asiento y volví a sentarme en el mío. Sabía lo que iba a hacer. Iba a levantarse y me iba a agarrar del pelo.

Tres…

Dos…

Uno…

Me giré rápidamente, pegándole un puñetazo en la nariz que la hizo sangrar y gritar mientras aullaba de dolor.

El autobús se detuvo dos metros antes de la parada. El chófer, un señor de unos cuarenta años, bastante guapo y del que no me importaría quedarme embarazada si tuviese ya los treinta, empezó a echarnos la bronca.

—¡¿Qué diablos ha pasado aquí?! ¡Pero! ¿Por qué sangra por la nariz?

—Ha intentado tirarme del pelo —me defendí. Nadia lloraba como si se fuese a morir en cinco minutos.

El hombre guapo y sexi nos agarró a cada una del brazo, bajándonos a trompicones del bus, y nos llevó delante de toda la multitud de Hallow a rastras hacia el despacho del director, como si fuésemos unas delincuentes.

La escena era la siguiente: aquella pelirroja con la que nunca compartí palabra sangrando por la nariz sobre la camisa blanca del uniforme, y yo, riéndome a carcajadas.

Cuando pasé junto al coche de Derek, este comenzó a pedir explicaciones, caminando a grandes pasos detrás de nosotros.

Sin embargo, al pasar al lado de la moto de Sean, el ruso me miró con una expresión de intriga. Estaba jodidamente guapo. Su pelo negro lucía húmedo, parecía haberse acabado de duchar, llevaba el casco en uno de los brazos. El uniforme le quedaba de infarto.

No le recordaba tan fuerte ni tan grande.

—¿Otra vez en apuros, *barbie*? —se burló, con una sonrisa pecadora dibujada en esa cara de diablo.

—¿Vendrás a visitarme a la cárcel, nene? —murmuré antes de que nuestros ojos dejasen de mirarse, porque el chófer aún tiraba de mí.

Sabía lo que debería estar pensando. Que era una loca. Y estaba en lo cierto. Lo era.

CAPÍTULO 9
BRITTANY



—¡Mi hermana nunca haría algo así! —Derek parecía querer ganar el premio al mejor hermano del mundo, pero para eso tendría que hacer algo más que montar un numerito que ni él mismo se creía.

Seguramente hacía esto para chantajearme después.

—¡Todo el mundo lo grabó! Solo la saludé y…

Yo no decía nada, estaba sentada en la silla, con aquella actitud pasota que me invadía cada vez que me veía envuelta en algún problema, dejando que todos hablasen por mí.

¿Para qué decir nada? Si mi voz no tenía valor.

—Señor Kiev, por favor. —Derek se refirió al director por su apellido, logrando sacarme de mi ensimismamiento de forma instantánea.

¿Kiev?

¿Vladimir Kiev?

¿Tenía algo que ver este tío podrido de dinero y rico hasta el cansancio con Sean Kiev?

El director, también de cabello negro y espeso, sin ninguna calva visible a pesar de sus casi cuarenta y tantos bastante bien llevados,

se ajustó la corbata y nos hizo un gesto para que mantuviésemos la calma.

Claro que eran familia, se parecían muchísimo.

—Es la primera vez que sucede algo así, pero en Hallow no están permitidas las agresiones. La próxima vez, señorita Stephan…

—Saphire —le corregí.

—¿Qué? —Me miró consternado, volviendo a ajustarse la corbata.

—Señorita Saphire.

—Ah, bueno, señorita Saphire. Su expediente es brillante y nunca ha dado problemas, los profesores la adoran, así que le daré un voto de confianza.

Le dediqué una expresión angelical mientras Nadia bufaba un «vaya mierda», sujetándose una servilleta contra la nariz.

—Y usted, señorita Nelhay, controle esa lengua, no es la primera queja que me llega.

La puerta sonó con unos leves golpecitos, Vladimir Kiev hizo caso omiso, siguiendo con su regañina, aunque, al ver la insistencia de quien estuviese llamando, resopló de impaciencia y abrió.

Cindy estaba ahí, con la cabeza agachada y el cuerpo tan encogido por el miedo que podría caber dentro de mi mochila.

—Señor Kiev… —habló con una vocecilla lastimosa—. ¿Puedo pasar?

—Ahora estoy ocupado con…

—Es que Brittany me estaba defendiendo, Nadia lleva mucho tiempo metiéndose conmigo. —Con coraje, fue alzando la mirada hasta su acosadora.

Noté el pecho crujir de orgullo. Había que ser realmente valiente para hacer algo así, pero una vez que se daba ese paso, no había vuelta atrás.

Muy bien, Cindy, me siento orgullosa de ti.

—¿Es eso cierto? —Vladimir frunció el ceño hacia Nadia que negaba aterrorizada.

Cindy tenía el aura de un ángel caído del cielo, era difícil no creerla o pensar que estaba mintiendo, casi se podían oír pajarillos tras sus pasos de lo princesita que se veía.

—¡Pues ya está! ¡Asunto zanjado! —graznó Derek, con ganas de que todo este jaleo se acabara. Por una vez, estábamos de acuerdo en algo—. Nadia se ha metido con Cindy y mi hermana la ha defendido, ella no tolera el *bullying*, y mucho menos después del infierno que pasó en su antiguo instituto. Usted lo sabe, ha visto su expediente.

Vladimir se frotó la oscura barba y tuve que abanicarme. ¿Sean sería así de mayor? Ay, madre.

—En fin, todos fuera de mi despacho. —Chasqueó los dedos, ordenándonos desaparecer.

No tardé ni dos segundos en estar en la puerta tirando del pomo para perderme de vista.

—¡Eh! ¡Brit! ¡Brittany, ven aquí! ¡Soy tu hermano mayor, deja de ignorarme!

Su mano agarró mi codo, la campana empezó a sonar y los pasillos estaban cada vez más vacíos.

—¡Joder, Derek! —Di un tirón con fuerza, para zafarme de él—. ¿Qué te pasa últimamente? Me asfixias.

Nos quedamos en silencio, él dio algunos pasos en mi dirección. Retrocedí.

—¿No vas a darme las gracias?

—Sí, gracias —espeté, con sequedad—. Gracias por hacer de hermano mayor por primera vez en tres años, te estoy eternamente agradecida, ¿contento?

Alguien se colocó detrás de mí, su sombra eclipsó mi figura y sombreó la expresión de Derek.

—Vete a clases, Brit —ordenó, con un tono de disgusto y rabia.

Si mi hermanastro estaba así, la persona que tenía detrás solamente podía ser…

—Tenemos que hablar, Stephan, me debes algo.

Sean.

Giré sobre mis zapatos, sintiéndome pequeña ante su presencia, por lo que abandoné mi humor de chihuahua valiente para convertirme en un adorable caniche.

Él era un precioso dóberman.

—Kiev, ahora no.

Derek tenía cara de pocos amigos. Pero si la cara de mi hermanastro era hostil, la de Sean era otro nivel. Tenía las venas del cuello y del puño hinchadas, mientras la mandíbula se le veía más tensa de lo normal.

—Tú no mandas, colega. Te di un plazo y no has cumplido, o me das lo que me debes antes de las ocho de la tarde o estás muerto.

Y ya.

Lo amenazó de muerte.

Ahí mismo.

En mitad del pasillo del instituto en el que estaba prohibida la violencia.

En el mismo en que casi me expulsan por hacer sangrar un pelín a una idiota que iba de chula.

—Sean, hoy imposible.

—Pues ve pensando cómo volver a casa porque te quedas sin coche. —Sean pasó por mi lado como si fuese un rayo, tan rápido que no le vi venir, haciendo una especie de llave con la que dejó a Derek amarrado a sus brazos, metiéndole la pierna por detrás para tirarle al suelo. Tres segundos más tarde, agitó las llaves del deportivo entre sus largos dedos—. Es mío hasta que me des lo que me debes.

Yo seguía ahí en medio, con la boca abierta, sin entender qué diablos estaba pasando.

Por eso Derek le tenía tanto miedo a Sean, le debía algo.

—¡Mi padre me dará la pasta mañana, joder! —rugió—. Te pagaré, tío. Con intereses, pero no me dejes sin coche.

Sean se encendió un cigarro. En Hallow estaba expresamente prohibido fumar.

Sí, definitivamente Vladimir Kiev era familiar de este cabronazo.

—Me lo voy a pensar… —aseguró, e hizo ademán de entregarle las llaves. En cuanto Derek fue a cogerlas, le hizo la zancadilla y acabó tirándole al suelo una vez más—. Creo que no.

—Tío…

Derek intentó erguirse. Me aparté unos pasos, el ambiente se sentía de lo más cargado y yo estaba cada vez más nerviosa y confundida. ¿Qué debería hacer? ¿Dejar que terminase con esto? ¿Permitir que humillase así a Derek? ¿Pedir ayuda?

Odiaba a mi hermanastro, pero vivía en su casa, bajo su techo, comía su comida, mis cosas se pagaban con su dinero…

—Sean, déjale en paz —grazné con una voz tan débil que me sentí ridícula.

Su puño fue hacia mi cara, di un pequeño chillido encogiéndome porque pensaba que me iba a golpear.

Sentí sus nudillos huesudos y helados acariciar mi mejilla.

—Calladita estás más bonita, *barbie*.

—Deja en paz a Derek. —Traté de parecer más amenazante, pero esto tan solo le produjo diversión—. Va en serio.

—Tú también me debes algo, nena.

Nena…

Nena.

NENA.

—¿Quién te ha dado permiso para llamarme nena, idiota?

—Si tú me llamas nene, yo puedo llamarte nena.

—¡NO LA TOQUES, PEDAZO DE MIERDA! —reaccionó Derek, abalanzándose sobre él. Pero Sean le colocó la mano en la cabeza, empujando contra el suelo y mirándole fijamente.

Estaba…

¿Estaba… obligándole a ponerse de rodillas?

—Abre la boca —ordenó. Derek le miraba consternado, con un profundo odio, pero no hacía nada, ¿por qué no hacía nada? ¿Por qué tenía tanto poder sobre él?—. Que abras la puta boca, pijo de mierda.

A regañadientes, cuando ya nadie más estaba en el pasillo y yo seguía debatiéndome sobre qué hacer, mi hermanastro abrió la boca, temblando de la ira y la rabia contenida.

Sean le metió las llaves dentro y le pegó un puñetazo que lo dejó tirado en el suelo, sangrando.

—Te doy hasta mañana para que pagues lo que debes. —Su cara de asco, sus ojos fríos y su expresión gélida se apoyaron en mí—. A ti te haré una visita luego, nena.

CAPÍTULO 10
BRITTANY



Mi cuerpo, el físico, el que estaba formado por átomos y moléculas como todos ya sabemos, estaba aquí, sentado en el aula.

Pero mi mente, cuerpo astral o alma, como se llamase, se encontraba aún en aquel pasillo, viendo como Sean agarraba de la cabeza a Derek, obligándole a arrodillarse para meterle las llaves del coche en la boca y luego pegarle un puñetazo que le hizo sangrar de lo lindo.

Maldita sea, cuánto me equivocaba con él.

Ese era el Sean que yo conocía: el frío, el peligroso, del que valía más la pena estar lejos que cerca. El que olía a «problemas» y «violencia» a kilómetros.

No obstante, tras escuchar su conversación con su ex bajo la ventana del baño, creí que todo era una simple fachada.

Parecía... protector, cálido. Y yo ansié probar un poco de esa calidez.

Joder, ¿y ayer qué?

Me regaló el paquete de galletas, me dejó usar su baño, me prestó su sudadera y además me llevó en su moto a Hyde Park. Y luego me mandó un mensaje para ver si estaba bien.

Maldita sea, ¿cómo podía haber un contraste tan radical en una misma persona?

El chico que vi en el pasillo hacía unas pocas horas, no parecía en absoluto el mismo que me subió a su moto. El que iba a mínima velocidad porque no hacía tonterías cuando llevaba a una chica.

¿Quién diablos era Sean? Me estaba taladrando el cerebro tratando de descifrarle.

Al recordar cómo Derek temblaba, castañeándole incluso los dientes, me estremecí; sentí un escalofrío que recorrió toda mi columna, desde el cuello hasta el final de la espalda.

«Tú también me debes algo, nena».

Su voz grave y profunda, autoritaria, cargada de un aire malicioso, logró que el escalofrío volviese, saliendo de entre mis labios en forma de jadeo.

Cindy me miraba desde dos mesas más a la izquierda, con cara de perrito apaleado. Creía que la palidez de mi rostro y mi rigidez tenían que ver algo con ella. Estaba totalmente equivocada.

La campana de fin de clase sonó y decidí esconderme en el baño durante la hora de la comida, mirando videos de TikTok en el móvil, sin comer absolutamente nada.

Evitándole.

No era mi estilo, pero de verdad que me sentía consternada.

Aun así, le debía algo y lo mejor sería dárselo antes de marcharme a casa y olvidar para siempre lo sucedido. Tenía que seguir con mi vida y tenía que hacerle caso a Derek en que estar cerca de Sean era un error.

No era capaz de imaginar lo que mi hermanastro tenía que pagar, pero parecía bastante turbio.

Agarré la mochila y la coloqué sobre la mesa, rebusqué la sudadera y, tras colgarme la bolsa en uno de los hombros, enrollé la prenda negra entre mis brazos.

Cindy seguía en mitad del aula, mirándome.

—Gracias. —Pronuncié aquella palabra con la intención de aliviar su malestar—. Por decirle al señor Kiev la verdad.

Algo de paz pintó su expresión blanca. Realmente pensaba que había sido muy valiente al entrar al despacho y contar lo que sucedió.

—Gracias a ti por defenderme, es la primera vez que alguien lo hace. —Sus mejillas se tiznaron de un rosa pálido—. ¿Qui… quieres que vayamos juntas en el bus de vuelta?

Miré la sudadera entre mis brazos, tenía intención de subir al bus, aunque no sabía si se me escaparía. Si no llegaba, me tocaría ir andando hasta Hyde Park y coger el tren para volver a la urbanización.

Resoplé.

—Me encantaría, pero tengo algo de lío; aun así, mañana vendremos juntas si te parece bien.

—Oh —lamentó, y se abrazó a una carpeta que llevaba contra el pecho—. Claro, me parece genial.

Caminamos juntas sin hablar. Hacernos compañía la una a la otra resultaba agradable, era la primera vez que no iba sola por los pasillos.

A veces, me gustaba mi soledad, otras, la odiaba. Dependía del día.

—¡Mierda! —Cindy empalideció aún más. Miré hacia el frente alzando una ceja por encima de mis gafas negras de pasta, las llevaba siempre en las horas de estudio—. Ahí viene.

Nadia venía acompañada de Naomi, las dos juntas, charlando y riéndose a carcajadas, me di por satisfecha al ver que su nariz se mostraba roja.

Naomi reparó en la sudadera de su ex entre mis brazos, y no pudo contener una mueca de hastío. La ignoré, ignorando su mirada.

Empezaba a armar su grupito de víboras y no tardarían en venir a por mí. El pasado siempre volvía, así era la vida. Te traía los mismos

obstáculos una y otra vez hasta que les plantabas cara. De nada servía huir, te perseguían. Siempre.

Y esta vez, no iba a ir a ninguna parte. Porque era ella la entrometida en Hallow, en mi territorio.

—Vamos, no tiembles como un perrito —mascullé en el oído de Cindy, agarrándola del brazo, tirando de su cuerpo petrificado—. Tienes que mostrarte más segura de ti misma, para que no te vean como una presa.

Y hablando de presas…

Un cuerpo enorme de casi dos metros, todo músculos y tatuajes no visibles a causa del uniforme, con los primeros botones de la camisa desabrochados y la corbata anudada de cualquier manera, se apoyó sobre la pared, cortándome el paso.

—Ve al bus, si no llego, nos vemos mañana. —Empujé suavemente a Cindy para que siguiese su camino sin mí.

—Pero… yo… te quiero esperar…

—No —insté, arrepintiéndome de parecer demasiado dura—. Mañana te veo, te lo prometo.

Ella se mordió el labio, echando una rápida ojeada a Sean, tembló y salió corriendo.

Suspiré, al menos solo seremos una víctima y no dos.

—Vengo a por lo que es mío —aseguró, con una sonrisa lobuna pintada en la cara. Me fijé en los hoyuelos que se le formaban en las mejillas, ahora no parecía tan malo, estaba aturdida.

Empujé la prenda contra él, de una forma demasiado ruda, todo producto de la vergüenza. Me intimidaba. Al notar su duro y bien formado pecho, retiré la mano rápidamente, entonces la sudadera cayó al suelo y un sonido metálico hizo eco en el silencio del pasillo.

Mierda.

El cuchillo, seguía ahí. ¿Dormí con él toda la noche? Al parecer, sí.

Con el cuchillo, digo, no con Sean.

Me empezó a dar tos.

Sean, con el ceño fruncido y cara de desconfianza, se agachó a coger la sudadera, sin dejar de mirarme fijamente.

—Tengo algunas preguntas —afirmó inclinando el cuello—. La primera es: ¿por qué hay un arma blanca dentro de mi ropa? Y la segunda: ¿por qué cojones huele a gel de baño de coco? ¿Te has duchado con ella puesta?

Rodé los ojos.

A ver… No, pero… casi.

Le miré por encima de las gafas y noté que algo se crispaba en su rostro, las arrastré con la yema del dedo por el puente de mi nariz y alcé el mentón.

—Me pido el comodín para la primera pregunta y a la segunda… —Tosí fingidamente, haciendo lo posible por ganar tiempo—. Me duché y luego me la puse para dormir.

Tenía la cara hecha un cuadro y ahora no sabía si era el Sean bueno y adorable, o el Sean malísimo y terrorífico.

¿Me iba a invitar a dar un paseo en su moto o me iba a poner la mano en la cabeza para obligarme a ponerme de rodillas?

—¿Has dormido con mi sudadera? Pero… ¿por qué?

—Estaba desnuda. —Me encogí de hombros—. Tenía frío y es calentita.

Dejó los brazos caer con resignación, con la prenda entre sus manos, echándome un vistazo de arriba abajo. Tal vez, me estuviese imaginando sin ropa. Yo podría ayudar a su imaginación, no me importaría quitármelo todo y dejarle un bonito recuerdo.

Brittany, recapacita, que le tenemos miedo, joder.

—Y el cuchillo.

—Eso no te importa, Kiev —gruñí, dispuesta a largarme, pasando por su lado con el mentón todavía alzado.

Me cazó, agarrándome del codo y estampando mi espalda contra la pared, acorralándome con una mano a cada extremo de mi cabeza, para formar una especie de cárcel con su enorme y perfecto torso.

—No vas a ninguna parte hasta que me lo cuentes, *barbie*.

—Que no te importa, he dicho —insistí, y recalqué cada palabra.

Él agachó un poco más el cuello, escudriñando en el fondo de mis ojos, como si pudiese leerme. El azul aguamarina de sus iris me dejó hipnotizada por algunos segundos.

—Hay un arma blanca en mi ropa, claro que me importa.

—Soy menor de edad, no puedes intimidarme así.

—Oooh. —Su cara mostró una fingida lástima—. Eres pequeñita, eres un bebé —siguió burlándose, haciendo pucheritos—. Los bebés no juegan con armas, Britney.

¡Que no es Britney!

La sangre se me subió a la cabeza, era pegarle una patada en la entrepierna o empujarle para quitarle de en medio y salir corriendo.

Valoraba mi vida así que lo primero iba a ser que no, opté por lo segundo. Empujé con todas mis fuerzas y… ahí seguía, clavado como si fuese un muro de piedra, sin moverse un solo centímetro.

—Habla, joder —ordenó con esa severidad suya.

—¿Todos los rusos sois así?

Metí la mano en su bolsillo del pantalón, logrando que diese un salto hacia atrás.

—¿Qué haces?

Sacudí su paquete de tabaco entre mis dedos, sacando uno para ponérmelo en la boca, volví a mirarle por encima de las gafas y pregunté:

—¿Tienes fuego? —Traté de jugar al despiste para pirarme, pero no funcionó. Antes de que pudiese buscar una ruta de escape, volvía a tenerle encima. Su sombra, su cuerpo, su fortaleza, su irresistible

olor, otra vez apresándome—. Si quieres que te cuente cosas personales y profundas de mi vida, invítame a un cigarro al menos.

Su expresión se endureció y creí que me iba a matar.

—No pienso invitarte a nada, ayer te presté mi sudadera y mira cómo me lo pagas: revolcando tus tetas y tu culo en ella y devolviéndomela con un cuchillo.

¿Revolcando mis… tetas y mi… culo…?

Parecía ofendido por ello y a mí me estaba ofendiendo que le ofendiera.

—Deberías estar cachondo y agradecido.

Sean me arrancó las gafas de la cara, levantando el brazo para que no pudiese alcanzarlas.

Negué resoplando, volviendo a meter la mano en su pantalón para sacarle el mechero, lo prendí y le eché el humo en la cara.

—Vivo en una familia millonaria; si no me devuelves las gafas, en menos de una hora tendré unas nuevas, así que puedes quedártelas si quieres.

—Te hacen cara de empollona. —Las miró con detenimiento, como si fuesen algo que le causaba curiosidad—. ¿Son para ver de cerca o de lejos?

—Son para verte la polla, porque la debes tener de un centímetro. —Se atragantó con su propia saliva, y di otra calada—. Y gracias por lo de empollona, al menos a mí no me para la policía por la calle.

Y mientras creía que el mundo se me iba a derrumbar sobre la cabeza, impulsado por la ira irracional del terrible monstruo ruso, tan solo soltó una risa divertida, arrancándome el cigarro de la boca para darle una calada y echarme el humo en la cara él a mí.

—Eres una pija graciosilla. —¿Me estaba halagando o insultando? —. No te pareces a tu hermanastro.

—Estamos de acuerdo en algo.

—El cuchillo —repitió, moviéndolo frente a mi cara—. Suéltalo ya o buscaré la forma de joderte el día y te arrepentirás de no habérmelo contado.

Mordí mi labio inferior, ni de coña le iba a confesar lo que había pasado en el coche con Derek. No teníamos ese grado de confianza, de hecho, no teníamos nada de confianza.

Decidí erguir la espalda y ponerme lo más seria posible.

—Sean, son cosas personales, ¿vale? —hablé, tranquila pero a la vez autoritaria—. Siento mucho que estuviese ahí, ha sido un descuido, y también siento haber restregado mi culo y mis tetas por tu sudadera.

—¿También fue un descuido? —Miré consternada cómo se guardaba el cuchillo en el bolsillo del pantalón, ¿para qué lo quería? —. Bueno, te perdono, pero…

Silencio, ya no dijo absolutamente nada más. Durante unos instantes, fue como si un frío del polo ártico lo hubiese congelado de golpe.

—No te metas en líos, *barbie*. Tienes una vida demasiado valiosa como para joderla, ¿vale? —Volvió a mirarme de arriba abajo con perversión, como si pudiese ver a través de mi ajustada camisa blanca y mi falda corta. Noté un cosquilleo en cada zona en la que se posaban sus ojos—. Eres demasiado bonita para verte envuelta en esas mierdas.

Bonita, ha dicho que soy bonita.

Al menos tenía buen gusto.

—¿De qué mierdas hablas?

—No lo sé, aunque tú sí que lo sabes; nadie lleva un cuchillo en la ropa porque sí.

La última campana sonó, en cinco minutos se irían los autobuses.

—Tengo que marcharme, gracias por… —Dejé flotar las palabras, no sabía ni qué decirle, me ponía de los nervios—. Por el cigarro,

supongo. —Sin decir más, le di la espalda, escapando por el hueco que había bajo su brazo.

No hizo nada por retenerme y, de algún modo, eso me decepcionó.

¿Estaba loca o qué? ¿Por qué quería que me acorralase de nuevo?

—Britney, espera.

Mi cuerpo estalló en sensaciones contradictorias y extrañas.

No me dejes irme, no quiero irme.

No quiero volver a mi vida vacía y aburrida.

Por favor.

—¿Qué sucede? —grazné fingiendo molestia.

Él vino hasta mí, acercando sus manos a mi rostro. Me costó un poco darme cuenta de lo que estaba haciendo.

Colocó mis gafas con cuidado, ajustándolas, asegurándose de que lo hacía bien.

—Ya está, puedes irte.

Tragué saliva, notaba la garganta seca. Era la primera vez que me trataban con esa delicadeza. Un simple gesto, un gesto muy tonto, tan tonto que no era ni siquiera importante quizá.

Pero a mí me caló hondo, y me jodía que algo tan simple significase tanto para mí.

—Sí, gracias. —Intenté parecer fría y reacia ante su acción, como si no me estuviesen temblando las piernas ahora mismo—. Adiós, Sean.

—Adiós.

CAPÍTULO 11
SEAN



Estaba enojado y furioso, pero no sabía si más conmigo mismo o con Brittany.

La vaga esperanza de que todo lo que me contó Naomi sobre ella no fuese cierto era como una pequeña vela encendida en mitad de un pasillo oscuro. Pero tras lo de esta mañana, la vela se apagó de inmediato.

Brit no me pareció mala persona, se veía adorable, joder; como la presa perfecta para cualquier cazador, era una ratoncita asustada y falta de cariño que hacía idioteces solo por llamar la atención.

Como el día que me tiró aquella moneda al capó del coche. Tuve que observarla un poco más para pillar de lo que iba. No era mala, simplemente quería que alguien le hiciese caso.

Pensé que tal vez las cosas de las que mi ex me hablaba solo eran tonterías de niñas de doce años, inmaduras y en la edad del pavo. Vi la posibilidad de que estuviese exagerando o incluso mintiendo. Quería justificar que me pareciese atractiva y que por algún motivo me preocupase por ella. Yo nunca haría algo así por una víbora.

Una víbora de la que yo no veía rastro alguno. Solo era un perrito enfadado que ladraba para hacerse respetar, pero, en realidad, se moría de miedo.

No obstante, toda esa imagen se desvaneció al verla bajar del autobús, riéndose a carcajadas mientras a Nadia le sangraba la nariz. Y encima, le encontré un cuchillo en la sudadera.

¿Para qué diablos quería ese cuchillo? ¿Por qué lo trajo a Hallow? ¿Planeaba atacar a Naomi? ¿Quería volver a hacerle daño?

Ella ya no era mi problema, aunque tampoco iba a permitir que la agrediese o la avasallara.

Miré de nuevo el cuchillo, no parecía el cuchillo de una casa, sino más bien el de una cafetería. ¿Qué cojones? Esta tía estaba pirada de verdad.

Seguí fumándome el cigarro mientras esperaba a que saliese Josh, que estaba en los viejos almacenes echando un polvo con Paula, su *follamiga* preferida.

Seguí divagando por mis pensamientos. Estos iban desde el dinero para pagar las inyecciones de mi madre hasta la idiota de Brit.

Ayer no pude resistirme a mandarle aquel mensaje. Me odié por hacerlo, parecía un imbécil y no quería ser otro de los imbéciles que babeaban por su bonito culo.

Aun así, sus fotos no me dejaron pasar de ella. Era tan… pura, inocente y, a la vez, sexi.

Su figura parecía la de un ángel, su rostro el de una niña buena, pero su mirada estaba vacía, sedienta, pedía algo a gritos, algo que cualquier hombre indecente estaría dispuesto a darle. Y no era mi puto problema, no debería importarme lo más mínimo cómo se sintiera ni cómo fuese su vida, ella no era para mí. Además, odiaba a su hermano, se la tenía jurada.

—Sean. —Aquella familiar voz me sacó de mi viaje astral, encontrándome a mi ex junto a Nadia—. Tengo que hablar contigo.

Levanté una ceja, iba más maquillada que de costumbre, llevaba la línea de los ojos demasiado marcada y un pintalabios rojo que no pintaba nada en un lugar como Hallow. ¿Se maquillaba también así para ir a su antiguo instituto?

—Pues habla. —Di otra calada a mi cigarro, disfrutando del sabor de la nicotina; aunque con un poco de *maría* hubiera estado mejor.

—¿Por qué tenía Brittany tu sudadera?

Nadia se quedó unos pasos atrás, mientras Naomi se acercaba a mí, tanto que nuestros cuerpos se rozaron.

—No es tu problema, Naomi—hablé con tranquilidad, llamándola por su nombre diminutivo—. Tú te acuestas con su hermano, y no pasa nada, así que tampoco será el apocalipsis porque le haya prestado mi sudadera.

Sus ojos se volvieron rojizos, como si estuviese a punto de llorar. Antiguamente me sentía responsable de ello, era mi deber evitar que llorase y hacerla feliz como fuese. Ahora, solo era una chica más.

—No me hagas esto. No te líes con ella, no lo soportaría.

Su voz sonaba dura, trágica, llena de un espeso sabor amargo, tanto que parecía ser mi novia y estar montándome un numerito de celos.

La cantidad de noches y momentos que vivimos juntos pasó frente a mí a una velocidad ilusoria. No sentí nada.

Sin embargo, tampoco iba a humillarla. Ninguna mujer que estuviese o hubiera estado en mi vida, sería humillada, porque todas las mujeres que permitía acercarse a mí valían la pena. No me gustaba la chusma.

¿Podía prometerle a Naomi que no me iba a liar con Brittany? Lo cierto era que las ganas que le tenía a esa rubia iban mucho más allá de liarme con ella, quería probarla de todas las formas posibles y quería tenerla en situaciones realmente vergonzosas para ella, pero siendo solamente mía, disfrutándolo únicamente yo. Aun así, no iría detrás de su culo, no cuando era una niñata inmadura.

Pese a eso, tampoco podía prometerle nada a, simplemente porque no se lo merecía.

—Las promesas entre nosotros ya no tienen sentido, preocúpate de lo que haga tu novio y déjame en paz, ¿quieres?

Me fijé en Nadia, quien no dejaba de mirarme, aunque en cuanto mis ojos se posaron en su nariz herida, agachó la mirada.

La verdad es que le tuvo que dar con ganas para dejarla así.

—¿Por qué te hizo eso? —cuestioné y ella volvió a levantar el mentón, mirándome sorprendida. Nunca solía hablarle, aunque fueron muchas las veces que trató de llamar mi atención.

Colocó uno de sus mechones pelirrojos de forma coqueta detrás de su oreja y sentí como movía su cuerpo de forma acaramelada hacia mí; quería que la devorase, pero ella no entraba en el menú. En mi mente solo tenía a esa muñequita, fijada como un objetivo en rojo parpadeante.

—Me presenté y me atacó, creo que es por ser su amiga. —aseguró, y señaló a Naomi, quien ya estaba mosqueada por la forma en la que Nadia coqueteaba conmigo.

Sonreí, atrayéndola hacia mí para darle un abrazo.

—Oh, pobrecita —ronroneé, sin dejar de mirar a Nai fijamente a los ojos; sus mejillas se estaban encendiendo y vi en ella el deseo de quemarme vivo.

Seguía loca por mí. Todo esto era por dinero, por el puto dinero. Pues tenía malas noticias para ella: yo ya no sentía nada.

Nadia rodeó mi cintura en un intento de abrazo más íntimo y la aparté de un semiempujón, dejándola confundida.

Suficiente teatro por hoy.

Josh apareció por el pasillo, subiéndose la bragueta del pantalón con expresión de felicidad.

—Te lo juro, tío, correrse es lo mejor del mundo, deberías probar tú también. —Golpeó mi hombro, mirando con desprecio a mis dos acompañantes femeninas—. Pero no con esta —recalcó, refiriéndose a Nai—. ¿Nos piramos?

—Nos teníamos que haber ido para ayer, has tardado un huevo —rugí, caminando a su lado, mientras Naomi y Nadia se quedaban en mitad del pasillo, cuchicheando sobre a saber qué.

—Si llego a saber que tu ex intentaba chuparte el cerebro, hubiese soltado la lefa antes.

Rodé los ojos. Josh y su mundo.

—¡Sean! —La voz de mi tío retumbó en mitad del pasillo antes de que saliésemos al exterior para ir a por las motos—. ¿Tienes un momento?

No estaba para mierdas. No hoy, de verdad que no.

—Tengo que llegar pronto al curro —mentí. Me quedaban algunas horas de margen—. Mañana hablamos.

Él inclinó la cabeza sin dejar de mirarme con recelo, ¿qué le pasaba?

—A primera hora, te quiero en mi despacho.

—Claro. —Nuestras miradas chocaban como si fuesen armas disparándose la una a la otra—. Así será, señor Kiev.

Odiaba que tratasen de intimidarme. Si era por pegarle a Derek, él ya sabía lo que había. Me pilló metido en la mierda y le tuve que contar que hacía estas cosas para Anthony por necesidad.

Aún recuerdo lo que dijo: «No es necesario que te arriesgues de esa manera, me siento orgulloso de que estés dispuesto a hacer lo que sea por tu familia. Yo puedo ayudarte, solo avísame la próxima vez que necesites dinero».

Palabras vacías de consuelo para sentirse mejor consigo mismo. Yo no valía una mierda, ni para él ni para mi padre.

Estaba cabreado con el mundo y con ganas de liarme a hostias con todo, de destruir, de romper, de dejarme llevar por esa ira irracional que a veces me recorría las venas, inflándolas y proporcionándome una fuerza que ningún chaval mal de la cabeza debería tener.

—Veo que te ha devuelto la sudadera —habló Josh tras un rato en silencio. Cada uno subió a su moto. La mía era negra con detalles verde alien, la suya era negra con toques de rojo—. ¿Estás bien, colega?

—No —contesté.

—Escupe.

Me aclaré la garganta, queriendo devolverle lo que siempre me hacía, pero esquivó el escupitajo riéndose como un maníaco.

—Me llegas a dar y te la lío, te lo juro.

—Si tienes ganas de morir hoy… —Volví a bufar.

Derek salió del instituto, con el labio partido y la camisa del uniforme manchada de sangre. Naomi y Nadia le seguían, junto a Deivid Brandon, su coleguita.

Le miré fijamente hasta que se subió al coche, preguntándome qué conexión había en todo este cuadro.

Que él y Brit discutiesen frente a la puerta de mi garaje, que la dejase tirada en un barrio peligroso; la marca en su mejilla, el cuchillo en mi sudadera, el ataque a Nadia… ¿Eran todo casualidades o había un porqué que le daba sentido a cada acto de esa endiablada niña? ¿Eran simples llamadas de atención o era una señal de socorro?

—Tío, si lo sigues mirando así lo vas a terminar matando con rayos X —susurró Josh—. ¿Le pegamos para que nos pague?

—Ya le he pegado, eso se lo he hecho yo.

Derek subió al coche, evitándome, era un jodido cobarde. Pisó a fondo haciendo rugir su deportivo de mierda y pasó por nuestro lado a toda velocidad.

—¿Eso ha sido una provocación? —dijo Josh con una ceja enarcada.

Ya lo creo que sí…

—Se va a cagar. —Me puse el casco y bajé la visera.

—Tío, déjate de hostias. Eh, Sean… ¡SEAN, TÍO! — Salí disparado con la moto detrás del coche mientras Josh aceleraba para seguirme —. Mierda…

A mí nadie me desafiaba ni me humillaba, nadie me haría sentir inferior por tener un coche de alta gama ni por tener más dinero que yo. Si quería comprobar quién de los dos era mejor, entonces que viniese y nos daríamos de hostias hasta que alguno no pudiese levantarse del suelo.

Cuando se dio cuenta de que le seguía, cambió el rumbo, metiéndose por carriles muy concurridos y petados de tráfico, sabía que no haría nada con tanto público.

Reí entre dientes.

El semáforo se puso en rojo. Me colé entre su coche y el que tenía al lado. Estuvo a punto de subir la ventanilla cuando metí mi mano dentro de su auto y le agarré del cuello, atrayéndole hacia mí.

—Vuelve a hacer algo así y la factura de la droga que me debes se la mando directamente a tu padre, cabronazo. —No podía verme con el casco puesto, pero debía de tener la mirada de un puto loco—. Estoy deseando rajarte el cuello y aplastarte la cabeza, así que no me des motivos para hacerlo.

—Eres un pirado, te voy a denunciar como sigas así.

—Hazlo y mis colegas te matarán —le advertí—. Sabes para quién trabajo, y sabes lo que sucede con los bocazas que se hacen amiguitos de la poli.

Nadie era ignorante de eso: quien se iba de la lengua tras tratar con alguno de los hombres de Anthony, estaba acabado.

Aunque solo hiciese trabajos menores para él, estaba bajo su protección, era parte del trato.

Si la propia policía me pillaba por un error mío, podría acabar en la cárcel y él no haría nada por evitarlo. Pero si era por culpa de un chivato, pese a que no evitaría la cárcel, quien se hubiese ido de la lengua lo pagaría con sangre.

Como ya pasó otras veces.

—Mañana te pago —repitió varias veces como un loro—. Ven a mi casa a las ocho, no habrá nadie, solo mi hermana, te pagaré y ya

está, tío.

«No habrá nadie, solo mi hermana».

Me relamí los labios por dentro del casco, por algún motivo aquello se me antojó delicioso.

No sabía qué diablos me pasaba, pero desde que esa delicia se me puso delante del coche y se atrevió a desafiarme, las ganas de follármela me estaban haciendo perder la puta cabeza.

Sean, es una víbora, odiamos a las víboras, lo sabes.

Cabeceé de un lado para otro, tratando de apartar mis pensamientos. Que me nombrase a su hermana me la había puesto dura de cojones.

El semáforo se puso en verde.

—Ahí estaré —le solté, arrancando la moto y marchándome a toda velocidad, seguido de Josh, que le partió el espejo retrovisor de un puñetazo al pasar por su lado.

CAPÍTULO 12
SEAN



Cuando por fin salí del garaje, lleno de grasa hasta las cejas, saqué el móvil y vi que tenía unos cuarenta mensajes de Josh, casi todos eran vídeos, memes y tonterías.

Una parte de mí sentía fastidio al no ver en mi móvil absolutamente nada de ella, ni un mensaje, ni una notificación, nada. ¿Pero qué cojones esperaba recibir? Siempre fuimos un cero a la izquierda el uno para el otro, y que la subiese una vez en la moto no significaba nada.

Esquivé dos coches que iban haciendo el gilipollas, conducidos por dos borrachos, lo habitual de esta zona, y entré en la tienda de Fátima como cada vez que terminaba la jornada; era costumbre comprarle algo a Lucy y llevárselo al llegar a casa. Un rico olor a plátano maduro me golpeó el estómago, haciéndolo rugir.

—¿Qué tal la jornada de hoy, chico? —saludó Fátima, terminando de barrer el suelo para cerrar.

—Como siempre, he cambiado unos neumáticos, limpiado un par de carburadores y revisado algunas pastillas de freno. Ahora a comer algo y dormir la mona. —Sonreí mientras cogía la piruleta roja en forma de corazón de siempre.

Mi mano se quedó suspendida en el aire, queriendo coger una más.

¿Para ella? ¿Pero qué diablos? La aparté rápidamente, frotándola en el mono de trabajo. No iba a llevarle una piruleta al puto instituto.

Claro que no, podría llevársela esta noche a su casa directamente.

¡Joder tío, estás loquísimo, contrólate!

Me acordé de mi ex y sus reproches.

«No me regalaste nada por mi cumpleaños»

Si un McDonald's no era nada para una chica de clase media como Naomi, una piruleta sería un insulto para Brittany. Bah, desistí del intento, pagando la golosina que llevaría solo para mi hermana.

—¿Ibas a coger dos? Tengo oferta.

Maldita sea, Fátima, no me tientes.

—No…, bueno, eh… —Volví a mirarlas.

A la mierda. Agarré dos, las pagué y me las metí en el bolsillo.

Que comprase dos piruletas no quería decir que le fuese a dar una a Brittany, podían ser las dos para mi hermana.

Porque no estaba pensando en ducharme, subirme a la moto e ir a su casa. En absoluto.

Llegué al portal de los cristales rotos, pasé con cuidado de no cortarme y fui subiendo los escalones de dos en dos. El olor a sopa de pollo de fideos de mamá era inconfundible, me encantaba desde que era niño.

Nada más abrir la puerta, un torbellino de cabello acaracolado se tiró sobre mí, abrazándose a mi cintura con una fuerza que casi logró moverme. Era una niña sana y llena de energía, me sentía muy orgulloso de ella.

—¡Pequeñaja! —La alcé en mis brazos mientras ella me daba tirones de pelo.

—¡Tete! ¿Qué me has traído?

—Lo de siempre, *printsessa* —contesté sacando una piruleta.

Solo una. Porque no era capaz de deshacerme de la otra.

—¡Alaaaaaa! —chilló, con la misma sorpresa que chillaba todas las noches cuando llegaba a casa—. ¡Mamá, mira! ¡Mamá! ¡Me la quiero comer! ¿Me la puedo comer? Porfa, porfa, por favooooooor.

—Cuando cenes, como siempre. —Hizo énfasis mi madre en el «como siempre».

Cerré con pestillo, pero no eché la llave porque cabía la posibilidad de volver a salir. Necesitaba hablar con ella, zanjar el tema del cuchillo, saber por qué le hizo eso a Nadia. No soportaba tener motivos para odiarla, algo extraño en mí, pues me encantaba odiar a la gente.

Pero con ella estaba siendo distinto.

¿Por qué se tuvo que poner en mitad de mi camino? ¿Por qué se colocó frente al coche y me lanzó aquella moneda con tanta prepotencia y chulería?

Me miró como si fuese algo imposible para mí y ahora yo estaba empeñado en conseguirla.

—¿Cómo estás, preciosa? —saludé a mi madre, arropándola entre mis brazos para darle un beso en la frente—. ¿Cómo ha ido tu día?

—Bien, hijo. —Su expresión mostraba lo contrario. Con una sonrisa dolorida, señaló hacia el baño—. Me gustaría que después de ducharte y cenar hablásemos un poco…

Mamá no era de pedirme hablar.

Suspiré.

—Claro, no tardo.

—Tómate el tiempo que necesites, cielo.

Mi madre empezó a cenar con Lucy, sabía que estaba metiéndole prisa para acostarla a dormir y poder hablar conmigo de lo que fuese que estaba pasando.

Tras meterme en la bañera y deshacerme de toda la grasa de coche, me vestí con un pantalón de chándal negro común, una camiseta de manga corta ajustada y una sudadera similar a la que le presté a Brittany.

—¿Vas a salir? —cuestionó al ver que iba con ropa en vez del pijama.

—Quizá dé una vuelta con la moto, necesito aire. —Retiré la silla y empecé a comer. Sus platos estaban vacíos y Lucy ya se encontraba en su habitación viendo los dibujos animados. Seguramente estaría abrazada a ese peluche de elefante que le volvía loca.

Tras dar algunos sorbos a la sopa y ver la incomodidad silenciosa de mi madre, decidí decir la primera palabra.

—¿Y?

—Sean, no dejo de pensar en esas inyecciones.

Dejé la cuchara reposar en el plato.

—Te las vas a poner, sí o sí. De hecho, voy a pedir cita para que el lunes vayamos a pincharte la primera. —Derek tenía que pagarme mañana, sin falta, o le rompería todos los huesos y lo quemaría vivo.

—No quiero que vendas la moto, cielo, ¿de qué servirá? ¿Qué venderemos después?

—Mi jefe me ha subido el sueldo —mentí, y ella mostró una agradable sorpresa—. Así que podemos pagarlas.

—Pero, Sean, por mucho que te haya subido, son mil quinientas…

—También he encontrado un trabajo extra, llevando paquetes —anuncié rápidamente, ella arrugó el ceño—. Es una empresa de logística, ¿sabes? Me llaman, voy, recojo una caja y la dejo donde me piden.

—¿Pero qué tipo de mercancía es? A ver si te vas a meter en líos.

—¡Qué va, mamá! Solo son paquetes de… de cualquier cosa. —Me encogí de hombros, fingiendo comer con ánimo—. Tú solo confía en mí y trata de recuperarte, no podemos perderte, es impensable.

Ella agachó la mirada, cerrando los párpados con pesar, un sollozo pequeño y disimulado salió de sus finos labios.

—Estoy muy orgullosa de ti, Sean.

—Y yo de ti, má.

—Eres tan fuerte, tan protector, tan responsable, tan luchador. —Sus palabras palpitaban en mi corazón, ser el mejor para mi madre ya era suficiente. No importaba que mi ex no me valorara o que una chica como Brit nunca fuese a fijarse en mí… *Espera, ¿y por qué mierda quería que se fijase en mí, joder?*—. La mujer que se case contigo, está bendecida.

—No hay chicas buenas interesadas en chicos pobres como yo.

Ella chistó, pegándome una colleja.

—Sean, serás un médico increíble y llegarás lejos, muy lejos. —Su convicción era tanta que casi logró convencerme—. Y, bueno, ¿has visto lo guapo que eres? Madre mía. Además, ¿qué hay de esa tal…?

—¿Brittany? Nada, solo es una conocida.

—Se veía encantadora, y es mona.

Está tremenda, joder.

—Me da igual.

—¿Seguro?

—Sí.

Para nada.

—Bueno, te miraba como si le gustases mucho.

Me atraganté con la sopa y tuve que beberme medio vaso de agua de golpe, ella me dio unas cuantas palmadas en la espalda.

—¿Querías hablar de algo más? —deseé saber, antes de levantarme de la mesa.

—Sí, esa sudadera que trajiste del instituto olía a gel de baño de chica. —La mirada acusatoria que me estaba regalando era de otro planeta.

—Soy mayor de edad, puedo acostarme con mujeres y esas cosas —repliqué.

—Solo espero que no fuese Naomi quien la llevase puesta —amenazó—. Lo que te ha hecho es imperdonable y me da igual que tengas dieciocho años y seas mayor de edad, no quiero volver a verte cerca de esa malagradecida.

Resoplé mientras recogía la mesa para ir a lavar los cacharros.

—Cada uno sabe lo que más le conviene, má, y se ve que yo no le convengo a ella. Igualmente quédate tranquila, la sudadera no se la puso ella.

—¿Fue esa muchacha? —Me persiguió por la cocina, apoyándose a mi lado mientras enjabonaba los platos—. ¿La rubita mona?

—Hacía frío, se la presté y me la devolvió hoy, fin de la historia.

Mi madre dio por zanjada la conversación, asintiendo a modo de respuesta para acariciar mi cabello negro y después irse al sofá a ver una de sus series policíacas.

No sabía si ir a llevarle la piruleta o no, tampoco sabía si era buena idea asaltarle con más preguntas, pero lo que sí tenía claro era que necesitaba salir.

Tras dejar la cocina ordenada, siendo rápido y fácil por ser bastante pequeña —con las paredes de color amarillo, cuadros de fruteros colgados y una cortina blanca en la ventana que daba al patio comunitario—, me despedí y cerré al salir.

Respiré profundo mirando el móvil, tenía tres mensajes de Naomi.

Naomi: *Te echo de menos, Sean.*

Naomi: *Creo que cometí un error.*

Naomi: *Me gustaría que hablásemos.*

Ni siquiera los abrí, los deslicé a un lado para no hacerle el más mínimo caso.

Entré a Instagram, esas notificaciones las tenía silenciadas porque eran un auténtico coñazo.

Cientos de mensajes de chicas pidiéndome quedar y otras mandándome fotos de sus tetas directamente, colmaban mi bandeja de mensajes privados. Empecé a borrarlos sin abrirlos mientras caminaba hacia la moto.

El único mensaje que abrí fue el que pertenecía a la conversación con Brit. No volvimos a hablar desde aquella noche y me jodía. Me fastidiaba que las tías se muriesen por tener algo conmigo y ella pudiese ignorarme con tanta facilidad. No se lo pensaba permitir.

Estaba desquiciado.

Tenía que controlarme y dejar de hacer el gilipollas, así que arranqué la moto y me fui en dirección contraria a su casa. Aumenté la velocidad tanto como lo necesité para fugarme de esa tentación que me perseguía desde que se atrevió a desafiarme y yo me di el lujo de admirarla de más cerca.

Me permití subirla a la moto y sentir sus manos en mi abdomen. Sus tetas en mi espalda y su piel suave al quitarle el casco.

También me atreví a mirar en lo más profundo de sus ojos.

Y esas gafas, maldita sea.

Era única, era jodidamente única, pero era mucho más que un físico. Era mucho más que guapa. Escondía algo. Había algo oculto y yo necesitaba saber si era bueno o malo, si Naomi tenía razón o estaba totalmente equivocada.

Josh montó una fiesta en una nave vacía que era de sus padres. Celebraban el cumpleaños de Charlie.

Dije que no iría, que prefería dormir bien y rendir en las clases. Él me dio la tabarra hasta el cansancio, pero tras no verme de humor decidió desistir.

Iba a ir.

Era más prudente ir a una fiesta y emborracharme que terminar en casa de Brittany Saphire.

CAPÍTULO 13
BRITTANY



Llevaba todo el día encerrada en mi habitación. No sabía ni cuántas siestas dormí ni cuántas veces agarré y solté el mismo libro.

Un libro que tenía todo lo que me gustaba, pero al que no conseguía engancharme porque simplemente no estaba centrada.

Me levanté, me miré al espejo, pasándome los mechones rubios tras las orejas, para hacerme como veinte peinados distintos y con todos me veía fatal. Al final, decidí dejarme el pelo suelto.

Hoy era el cumpleaños de Charlie, primo segundo de mi mejor amiga Anastasia. No solía celebrarlo en plan a lo grande, tenía entendido que se iba por ahí con los amigos a cualquier sitio, pero este año cumplía dieciocho y al parecer iba a organizar algo en una nave de no sé qué otro amigo.

No tenía ánimos, aunque distraerme me vendría bien. Llevaba toda la tarde entrando a Instagram para ver si él me decía algo.

Era idiota. ¿Qué me iba a decir? No teníamos nada de que hablar.

Seguramente, el que golpeara a «Nadie» confirmó todo lo que la *putizorra* le debió de contar durante tres años sobre mí. De hecho, me extrañaba que incluso me mirase a la cara.

Horrible todo.

Miré hacia un lado del lavabo, mis gafas estaban ahí, recordé el cosquilleo intenso que invadió mi zona íntima y cómo me temblaron las rodillas cuando sus dedos rozaron mi cabello al colocármelas.

Fue como si fuese algo precioso y frágil que él deseaba cuidar.

Dios santo, me estaba volviendo loca, ¿qué me pasaba?

Desde que vi la forma en la que trató a Naomi, con tanto tacto y respeto, desde que se ofreció a ayudarme y me subió a su moto, desde que me dejó su sudadera y ese olor tan masculino, sexi y fresco me caló hasta lo más profundo, no he podido dejar de pensar en él.

Además, que desde que puse mi primer pie en Hallow y le vi, me ponía cachonda.

Pero ahora, jugábamos otra liga. El chico guapo, frío e inalcanzable para todas las adolescentes hormonadas de Hallow me prestó su atención.

A mí, a la más vacía y desesperada de todas.

Era como ofrecer un trago de agua a alguien sediento en mitad de un desierto. Necesitaba beber hasta sentir que mi vida ya no corría peligro.

Esto era complicado, porque me podría hacer caer en una dependencia bastante tóxica. La atención y el afecto también se consideraban drogas para las personas como yo. Obviamente, todos teníamos una debilidad y esa era la mía, sobre todo cuando venía de un dios llamado Sean Kiev.

No hablábamos de cualquier atención. Hablábamos de «su» atención. Era como comparar cobre con diamantes de la máxima calidad.

Tontamente, decidí vestirme como si fuese a verle en esa fiesta. Reí de histeria, más quisiera, a saber dónde estaría ahora…

Charlie iba a mi antiguo instituto, sabía cosas de mí. Muchas. Así que no me interesaba que conociese a Sean.

Elegí un vestido blanco ceñido al cuerpo que me llegaba justo por donde debía llegar para no considerar que estaba ofreciendo trabajitos a cambio de dinero. Me subí a unos tacones plateados y vertí un poco de perfume sobre mi clavícula.

Contemplé mis curvas pronunciadas, los pechos grandes, la cintura pequeña, las caderas anchas y las piernas largas. La melena rubia derramándose sobre mi espalda descubierta en delicadas y suaves hondas. ¿Por qué no estaba loco por mí? Era bonita, maldita sea. Y él estaba soltero y le habían dejado de una forma muy jodida.

Yo podría sanar sus heridas… mientras él sanaba las mías.

—No a todo —me dije en voz alta, recordándome que Sean era peligroso, que estaba metido en líos chungos y que la forma en la que usaba la violencia no era correcta.

Si todo el mundo le tenía miedo, incluso Derek —que de por sí ya era impulsivo y violento—, debía alejarme cuánto antes. Aunque me sintiese tan atraída hacia su aura oscura como un imán.

Porque Sean era oscuro, pero luminiscente cuando quería. Sabía pasar de una fase a otra, cambiaba según la persona con la que trataba y según su estado de ánimo.

Eso le hacía menos peligroso, ¿o más?

Mi móvil comenzó a sonar, era un número desconocido.

—¿Hola?

—Servicio de comida a domicilio, puede salir fuera.

Reí, era una voz masculina y divertida, pero a la misma vez gamberra. Me resultaba familiar, aunque no lograba reconocerle.

—No he pedido nada para comer.

—Claro, encanto, porque la comida eres tú.

¿Qué?

Fruncí el ceño.

—Disculpa, no sé quién eres ni cómo has conseguido mi número.

—Me ha mandado tu mejor amiga a recogerte, está ayudando a Charlie a prepararlo todo en la fiesta. Soy Josh, por cierto; para las novias de mis amigos, Joshi.

Ya sabía quién era. El mejor amigo de Sean.

Eran como mellizos.

—Hola, Josh —saludé, cogiendo el bolso—. Dame dos minutos y bajo.

—Para las novias de mis amigos, Joshi, he dicho. Y tranquila, tómate el tiempo que quieras.

—¡Yo no tengo novio, Josh!

—Oh, sí que lo tienes, pero aún no lo sabéis. Ni tú ni él.

«Aún no lo sabéis. Ni tú ni él».

¿Qué diablos?

Cerré la puerta de mi habitación, Derek estaba en la suya con Naomi y parecía que veían una película y cenaban comida china. Lo sabía porque olía a salsa de soja que apestaba.

Bajé las escaleras que llevaban a la puerta principal, mi madre se encontraba sentada en el comedor, mirando tranquilamente su Instagram en el móvil.

—Hola, mamá —le dije, pues no la había visto en todo el día.

—Hola, cielo. —No me miró.

—Le he pegado un puñetazo a una chica en el instituto. Se ha metido conmigo y me he defendido.

—Vale.

Suspiré.

—Pero estoy bien.

—Genial, cielo.

Seguía ensimismada en el móvil.

—Bueno, voy a salir. Me subiré en el coche de un extraño y me drogaré, no me esperes despierta, que a lo mejor no llego viva.

Enfadada, bufé y me dirigí hacia la puerta de casa para perderla de vista.

—¡Brit! —clamó antes de que cerrase de un portazo.

—¿Sí, Lois?

—¿Llevas condones? Sabes que un embarazo…

Rodé los ojos y cerré del tirón.

Caminé con los tacones por el sendero de piedrecitas, estaba resbaladizo por la humedad de la noche y rápidamente mis ojos vieron un coche negro a lo lejos. No era un cochazo como los que solía usar Derek, pero tampoco estaba mal.

Vi a Sean subir muchas veces con Josh a ese auto.

¿Iba a sentarme en el mismo sitio en el que él se solía sentar? ¿Estaría en el coche quizá? ¿Iría a esa fiesta? Ay, madre mía.

Un silbido hizo que mis mejillas se sonrojasen, era descarado y atrevido, me agradaba.

—Vaya tela, cómo cambias sin el uniforme, aunque debo reconocer que cuando lo llevas, pareces un pastelito recién horneado. —Josh esperaba apoyado sobre el capó, con un cigarro entre los dedos. Se hizo a un lado abriendo la puerta—. Las novias de mis amigos, primero.

No pude evitar reírme.

—¿De qué hablas?

Se subió al otro lado y empezó a calentar el motor. Llevaba unos vaqueros desgastados con unas zapatillas de deporte negras y una sudadera muy del estilo de Sean, eran bastantes similares, incluso se cortaban el pelo igual.

Tatuados y con algunos *piercings*, los dos tenían perforada la lengua y quién sabía si algo más.

Josh, poseía una mirada angelical, con cientos de pecas en la nariz y mejillas, era como si fuese un angelito con cuerpo de demonio, también llevaba un *piercing* en la oreja izquierda y otro en la ceja

derecha. Sean solo tenía dos en la misma oreja, uno que colgaba en forma de cruz y un aro plateado en la parte superior del cartílago.

Por otro lado, los ojos de Josh eran oscuros y su cabello castaño chocolate, mientras que los de Sean eran azul cielo y su cabello, negro noche.

Y en cuando a personalidad, Sean parecía ser el serio y el gruñón de la «relación». En cambio, a Josh Hamlinton se le veía más relajado con la vida, más desenfadado, más risueño.

—Tú sabes perfectamente de quién hablo. —Se sacó el cigarro de la boca ofreciéndome una calada, negué con la cabeza y se lo volvió a dejar en los labios—. Sean. Estáis como tontitos revoloteando el uno alrededor del otro.

Los nervios hicieron que no pudiese hacer otra cosa más que reír de nuevo.

—Llevo tres años en Hallow y nunca hemos cruzado media palabra, Josh.

—Tres años en los que ha tenido novia. Sean puede ser muchas cosas, pero ¿infiel?, jamás, y eso que no le gustaba esa idiota.

La forma de conducir de Josh era elegante y prudente, movía el volante con suavidad pareciendo controlar muy bien lo que hacía.

Oírle decir aquello hizo que mi ego celebrase una fiesta.

Pero ¿sería cierto?

—No lo creo, ¿por qué un chico como Sean aguantaría tres años con alguien que no le gusta? Puede tener a la que… —«Mierda, no debí decir eso, podría contárselo». En fin, qué más daba—. A la que quiera.

Él se encogió de hombros, sabía la respuesta, pero no le apetecía compartirla conmigo, o esa era la impresión que daba.

—Es cabezota —fue todo lo que dijo, rompiendo el incómodo silencio—. Le cuesta mucho decepcionar a una mujer, ya sabes, cosas de rusos.

«Le cuesta mucho decepcionar a una mujer…».

Oír eso no me ayudó en nada, en absoluto, solo hacía que me pusiese peor. Que siguiese alimentando mi obsesión por él.

—¿Ya has conocido a Anastasia? Mi mejor amiga, la prima de Charlie.

Intenté desviar la conversación, no me apetecía seguir temblando en el asiento mientras pensaba en Sean. Una parte de mí se moría por preguntarle si iba a ir la fiesta, aun así, decidí morderme la lengua y no ser tan obvia.

Josh me miraba mordiéndose el labio.

—Tía, vaya cañón de chica, está que te cagas de buena.

Me ruboricé como una bombilla y ni siquiera me lo estaba diciendo a mí. Que fuese tan explícito era algo a lo que no estaba acostumbrada. No solía hablar con chicos en general, solo con Derek, y obviamente nunca tuve conversaciones de ese tipo con él; no hasta que decidió empezar a volverse gilipollas.

—La verdad es que es muy guapa —afirmé felizmente con la cabeza—. Y es una buena chica, merece a alguien que la quiera y no le haga daño.

—¿Es virgen?

Mis ojos se abrieron como platos, ¿de verdad me acaba de preguntar algo así?

—¡Joder! ¡Josh! Si no estuvieses conduciendo te daría de hostias, ¡eso no se pregunta! —Mis chillidos salían tan agudos que se debían de estar escuchando desde fuera del coche.

—¿Y si no lo pregunto cómo coño voy a saberlo entonces?

—Pero… pero… ¡que eso no te importa!

Me miraba con las cejas tan arriba que parecía que le iban a salir disparadas.

—Cariñito, a todos los tíos nos importa el estado civil del conejo de la tía que nos interesa.

—¿Estado civil del conejo?

—Soltero, divorciado, viudo…

Mis manos fueron a mi cara que, seguía aumentando su tono de rojo por segundos, ¿de verdad este era el mejor amigo de Sean? Me estaba poniendo enferma solo de imaginar las conversaciones que debían tener.

—Por Dios…

—Amén, mi vida. Pero ¿es virgen o no? Venga, te cuento cómo es el pene de Sean si me lo dices.

Inmediatamente, me quité el cinturón de seguridad, tirando de la manivela para abrir la puerta del coche y salir corriendo; desgraciadamente estaba cerrada con seguro.

—¡SOCORRO! ¡AYUDA!

Maldita sea, era un pirado.

—Mira, ven, aquí tengo una foto. —Su codo golpeó el mío, chillé al pensar que de verdad me lo iba a enseñar. Por suerte, solo era la imagen de un pepino que buscó en *Google*—. Que es broma, tonta.

Llevándome una mano al corazón, traté de respirar profundo para calmarme, esto era otro nivel, lo juro, otro maldito nivel.

—Oye, relájate. No quiero que te dé un infarto, que Sean no está aquí para hacerte el boca a boca.

Le miré tratando de no mostrar la decepción que me acababa de invadir hasta lo más profundo.

Así que no estaba… ¿Por qué no querría ir a una fiesta a la que iba su mejor amigo?

—¿No le gustan las fiestas?

—Depende del día, ya sabes, curra después de clases y se hace cargo de todo en casa, está cansado. Es entendible.

La fantasía de llamarle por teléfono y acurrucarme con él en un sofá a ver una peli hizo que un montón de mariposas revoloteasen por mi estómago. Las mismas que se acababan de morir al mirar

hacia la puerta de la nave de la cual salía un sonido de música tecno y luces de neón.

No estaba.

Sabía que no estaría, pero al ver a Josh me ilusioné creyendo que nos veríamos y pasaríamos algo de tiempo juntos.

Bueno, igualmente, que viniese no quería decir que se acercase a mí para nada.

Tragué saliva y bajé del auto de Josh en cuanto este me abrió la puerta. Estos chicos tan macarras eran bastante caballerosos, todo había que decirlo.

Caminé tratando de no parecer tan cabizbaja, podía asegurar que si me miraba en un espejo tendría la cara propia de un funeral.

—¡Apartad! ¡Apartad! ¡Se mira, pero no se toca! ¡Qué cojones! ¡Ni se mira ni se toca! —iba diciendo Josh conforme nos adentrábamos en la nave, que parecía un pub de discoteca. Olía a alcohol y estaba abarrotado de gente bailando, bebiendo, y enrollándose. No sabía a dónde se suponía que me llevaba, pero le seguí.

—¿Dónde está Anastasia?

—Mi mujer está al fondo, sentada con dos chicas más.

«Mi mujer». Menudo personaje era este chaval.

Algunos chicos me silbaban, echándome miradas depravadas. Sabía que estaban muy borrachos, el aire olía a *maría*, tanto que sentía que me iba a colocar sin fumar una mierda.

—Eh, preciosa, ¿bailamos? —Uno de los que jugaba a fútbol con Derek me agarró del brazo, tiré de forma exagerada por el miedo. No estaba acostumbrada al contacto masculino, podría ser muy lanzada y muy suelta de boca, aunque luego a la hora de verdad, era una auténtica cobarde.

Otro chico que estaba detrás de mí me tocó el culo, disculpándose en cuanto me giré de forma acusatoria para pegarle. Alzó las manos pidiendo perdón.

Josh entrecerró los ojos haciendo el gesto de dispararle con el dedo.

No me sentía segura con ellos. Mi percepción de los hombres era caótica gracias a mi padre.

Te preñaban y te abandonaban.

Para siempre.

—La preciosa tiene dueño, colega. —Josh le hizo un gesto para que se esfumase al que me estaba pidiendo bailar y agradecí de verdad que, aunque estuviese diciendo algo incierto, me quitara a ese chico de encima—. ¡Y aquí está! —Se puso de rodillas frente a Anastasia, quien le regaló una cara de asco horripilante. Solo por ver aquello mereció la pena llegar hasta aquí—. ¿Necesita algo mi faraona? ¿Otra bebida? ¿La abanico? ¿Le construyo una pirámide?

—Tío, pírate.

—Eso no entra en las posibilidades que te he comentado, Cleopatra.

—¡Brit! ¿Quién cojones es este loco? —chilló desesperada mientras las otras dos chicas se morían de la risa.

Lydia y Mara. Iban también a mi antiguo insti.

Solo esperaba no encontrarme caras indeseadas. Pero ya me estaban mirando demasiado. Aunque no me hiciesen *bullying*, conocían mi historia y sabían lo que se decía de mí. Podía sentir cómo cuchicheaban a mis espaldas.

La piel se me erizó y pensé que, si no me emborrachaba pronto, sufriría una crisis de ansiedad.

Lydia, que siempre fue la rubia guapa de Salduva —mi antiguo centro de estudios—, miraba a Josh con un deseo que irradiaba calor, aunque este parecía no percatarse de su presencia.

—Si necesitas algo ya sabes, solo tienes que llamarme —se despidió de Ana, tirándole un beso. Me senté al lado de mi amiga, que se tapaba la cara, roja como un tomate.

—Tía, es muy guapo —la animé, nunca ningún chico coqueteó con ella. Anastasia siempre se sentía acomplejada con su cuerpo y pensaba que nadie la miraba.

—Sí, pero solo se comporta así porque está drogado, es imposible que… —Se señaló a sí misma—. Ya sabes, las chicas como yo no ligan en las fiestas.

Fruncí los labios, queriendo estrangularla.

—Lo que querías decir es que las chicas con pechos perfectos, curvas preciosas y caras divinas como tú no ligan, ¿no?

Ella ladeó su cabeza suspirando, sabía lo que significaba esa mirada porque ya me la había puesto un millón de veces, sobre todo cuando la halagaba.

«Te lo agradezco, pero no te creo»

—Pues yo creo que no estaba para nada drogado y que le pones, cuando un chico hace el payaso con una chica es claramente porque le gusta.

—Josh siempre hace el payaso —comentó Lydia. Parecía algo molesta ante la idea de que este pudiese estar interesado en Anastasia.

Ella siempre fue el ombligo del mundo en Salduva, y no es que solo lo fuese, necesitaba con creces serlo. Era como lo mío, pero más grave. Porque yo solo quería que alguien me hiciese caso, alguien que preferiblemente midiese casi dos metros, tuviese el cabello negro y los ojos azules, de raíces rusas y si se podía llamar Sean pues mejor.

Pero Lydia necesitaba la atención de TODO cuanto la rodeaba.

—Además, se folla a todas, las usa y no repite, ni se echa novia.

Al escuchar aquello por parte de Mara, supe que Anastasia descartaría cualquier opción con él. Ese era su mayor miedo: que jugasen con ella.

Lydia, para echar más salsa al tema, añadió:

—Bueno, con Paula ya van veinte veces… Hoy la última, en el insti.

Mi amiga pasó de estar roja como un tomate y risueña, a sentirse incómoda y mirarme con cara de «tierra trágame». Acaricié su pierna, llevaba unos pantalones de pitillo negros, con una blusa del mismo tono y unos tacones dorados, el cabello suelto y un maquillaje increíblemente natural y suave.

Acerqué mis labios a su oído para hablarle en voz baja, dándome cuenta de que Josh no dejaba de mirarnos desde donde estaba, con una copa en la mano, moviéndose de un lado a otro sin hacer mucho más.

—No les hagas caso, se ve que claramente están celosas, deben de llevar mucho aquí sentadas sin que ningún chico les invite a bailar.

Ella hizo un gesto de «no me importa».

—¡Oye! ¿Y qué te regaló tu tía al final? —Quise distraerla de aquellas dos víboras pesadas, que ahora no paraban de hablar de Josh.

Sus hombros se relajaron de inmediato, refugiándose en su conversación conmigo. Me contó, mientras me enseñaba sus manos, que le regaló un kit para hacer uñas de gel. Se le daba superbién, ella quería ser esteticista cuando terminase el instituto. Tal vez, yo también debería optar a algo así en vez de pensar en la universidad.

Si me iba a ir de casa cuanto antes, necesitaría estudiar algo que no me llevase demasiado tiempo para prepararme y poder vivir de ello.

Iba a estar bien, ¿verdad? Yo era fuerte, lo lograría. Conseguiría salir de casa y empezar una vida de cero. Mi vida, solamente mía.

—¡TÍAAAAAA! —gritó Lydia, palmeando las piernas de Mara con demasiada efusividad.

Las cuatro desviamos la mirada en la misma dirección, que era hacia donde miraba todo el mundo, parecía que alguien importante acababa de llegar.

Ah, cómo no.

Mi corazón dio tal salto que me obligó incluso a ponerme la mano en el pecho, asustada al pensar que se me iba a salir.

Un chico alto se abría paso entre la multitud, llevaba un chándal holgado y negro. Aun así, su gran masa muscular era notoria, como ese culo perfecto y esa espalda enorme. Su cabello despeinado y desenfadado en la parte de arriba y tan corto por abajo, aquella mirada azulada y provocadora, sus labios finos y maliciosos, preparados para cargarse a quien fuera con unas simples palabras.

La hombría, sensualidad y aura protectora y amenazante que derrochaba no era natural. ¿Solo yo podía verlo o lo estaban viendo todos? A juzgar por sus caras, todos.

Josh le chocó el puño, parecía contento de verle, se abrazaron y palmearon las espaldas, luego le señaló hacia aquí y su atención se posó en mí. Tragué saliva, rompiendo el contacto visual.

—¿Me sigue mirando? Avísame cuando deje de hacerlo —supliqué en voz baja.

—No te está mirando, te está follando con la mirada, que no es lo mismo.

Jadeé sin poder evitarlo. Notaba fuertes escalofríos recorrer toda mi espalda desnuda. Quería desaparecer, maldita sea.

—Oh, mierda, Brit. Parece que algo no pinta bien.

—¿El qué? ¿Qué pasa? —Estaba aterrada y congelada, no era capaz de girarme hacia él.

—Josh le está diciendo algo, señalando hacia un chico. Sean se ha crujido los nudillos y ahora… ahora…

—¿Ahora qué?

—Lo tienes detrás. *¡Holi!* —Anastasia sacudió la mano en el aire y apreté los párpados, implorando piedad.

¿Por qué tenía tanto miedo?

Brittany, espabila, no dejes que tu versión débil vuelva a salir.

Al girarme en el asiento que bordeaba aquella pequeña mesa, la cual solo era un montón de cajas apiladas, pero que cumplía la función, lo primero que me encontré frente a la cara fue su entrepierna.

Alcé la vista hacia arriba lentamente, deleitándome con sus brazos cruzados a la altura de su fornido pecho, este inclinó el cuello y se agachó hacia mí, acercándose tanto que creí que estaba soñando y me iba a besar.

Sus labios rozaron superficialmente el lóbulo de mi oreja.

—Me ha dicho Josh que el idiota que baila ahí detrás con una camiseta hawaiana te ha tocado el culo, ¿es cierto?

Tragué saliva.

Ay, madre mía. *Josh, eres idiota.*

—Ha sido sin querer —dije, tratando de hacer que la voz no me temblara demasiado. Él no se movía, seguía sintiendo su bendito olor y su respiración contra mi cuello. Que, hablando de cuellos, el suyo tenía las venas marcadas a reventar—. No necesito que me defiendas, gracias.

—No te he preguntado lo que necesitas, tampoco te he preguntado si ha sido sin querer, solo quiero saber si él te ha tocado el culo. —Volvió a respirar contra mi piel—. No sé qué me pasa contigo, nena, pero tengo ganas de matarlo, y voy a hacerlo.

Noté como un sudor frío me bajaba por el centro de la espalda; el corazón me latía desbocado, bombeando sangre como un jodido loco en el interior del pecho. Me costaba pensar, pero tenía claro que no me apetecía un numerito.

—Sean, déjalo estar, te lo pido por favor.

Yo no era suya, ¿qué más le daba? Ni siquiera éramos amigos.

¿Estaba drogado? ¿O solo tenía ganas de buscar una excusa para descargar un poco de esa violencia contenida que llevaba dentro de sí mismo?

—¿Me odiarás si le pego?

—Sí —respondí rápidamente.

—Bueno, también puedo hacer mucho daño sin llegar a pegar.

¿Qué? Pero ¿qué? ¿Estaba loco? ¿Qué diantres?

Se puso recto, dirigiéndose hacia él como una pantera al acecho, iba a destrozarlo, lo estaba viendo, lo llevaba escrito en la mirada. Si a mí me mirase así, me moriría del miedo.

No podía permitir que lo hiciera.

—¡Sean! ¡Sean, no!

Busqué a Josh para pedirle ayuda, se suponía que era su amigo y debía hacer algo, y por supuesto que lo estaba haciendo. Se encontraba detrás del chico señalándole con ambas manos.

¡MALDITO!

Antes de que pudiese llegar a él, Sean ya lo tenía de frente, agarrándole las mejillas con una mano, apretándoselas tanto que parecía estar a punto de hacerle explotar los mofletes.

—Escúchame bien, hijo de puta —rugió con voz autoritaria, grave y espesa. La gente se abrió en círculo alrededor de ambos, mirando la escena en silencio—. No se toca lo que no es tuyo, y menos sin permiso, ¿queda claro?

—S… Sean, lo si…siento, fue sin… que… querer.

Le soltó, dejándole las mejillas casi moradas, luego lo agarró del cuello de la camisa haciéndole arrodillarse en el suelo delante de mí.

—Pídele perdón o te juro que te reviento a hostias, y sabes que mis amenazas siempre las cumplo.

El chico me miraba con ojos lagrimosos, negando con la cabeza de forma rápida, las palabras casi no le salían.

—Perdón, chica, de verdad. Ni siquiera te conozco, fue un accidente.

—Todo bien, no te preocupes. —Sacudí mi mano, abochornada—. Sean, suéltale —le supliqué, notándome al borde del colapso.

Para mi sorpresa, obedeció.

Como si no pesase nada, tiró del cuello de la camisa colocándolo de pie y echándole fuera del círculo. La fiesta volvió a la normalidad, pero yo no.

Me quedé ahí en medio, con la música estallando en mis tímpanos y las luces moviéndose rápido sobre nosotros, mientras aquella pantera oscura me miraba de arriba abajo.

—Estás temblando. —Fue todo lo que dijo—. ¿Te has asustado por mi culpa?

Sí, joder.

—No, estoy bien, pero promete que no volverás a hacerlo, por favor.

Su expresión gélida se convirtió en una mueca divertida.

—Nunca hago promesas que no puedo cumplir. —Su cuerpo se acercó un poco más a mí, pensé que haría algo, pero solo mantuvo las manos dentro los bolsillos mientras inspiraba mi olor, llenándose de mí—. ¿Vas a contarme lo del cuchillo?

Oh, maldita sea, qué insistente.

—No —contesté de inmediato, sin moverme—. No es de tu incumbencia, al igual que tampoco lo es si un chico me mira o me toca. No soy tuya.

Noté su barbilla apoyarse sobre mi coronilla, la sensación de estar siendo atravesada por un rayo consiguió que todo mi ser explotara por la electricidad estática.

—Que no seas mía no quiere decir que no me moleste —replicó, y su voz sonó tan áspera como la hierba seca. Cuando levanté la vista para mirarle ya se estaba marchando, no necesitaba abrirse paso porque todos se encargan de apartarse ellos solitos.

Una vez llegó a Josh, tomó una copa y dio un trago, negándose a mirarme. Aunque igual no lo necesitaba porque ya lo hacía su colega por él, el cual no dejaba de contarle en voz baja con una sonrisa traviesa cada uno de mis movimientos, siguiéndome con la vista como si fuese un halcón.

Decidí volver junto a Anastasia, sentía que me iba a derrumbar. Al sentarme, intenté mantener la postura recta y la entereza en mi expresión.

No sabía a qué estaba jugando, pero me iba a volver loca.

CAPÍTULO 14
SEAN



La fiesta seguía su curso, la gente bailaba, se emborrachaba y se iba a la planta de arriba a follar.

Nosotros estábamos sentados al lado de la barra, mi copa seguía entre mis dedos con el hielo casi derretido. Miraba de vez en cuando a Brittany, asegurándome de que su pareja de baile siguiese siendo su mejor amiga.

Fumarme aquel porro antes de entrar no fue una buena idea, la *maría* me soltaba demasiado la lengua. Debí contenerme, tenía razón, ella no era mía.

Por supuesto, la niña pija y rica preferiría a cualquier niñato adinerado de aquí antes que a alguien como yo, por no hablar de todas las mierdas con las que cargaba.

Definitivamente éramos de mundos completamente distintos. Pero, aun así, deseaba llevármela a una de las habitaciones de arriba, arrancarle el vestido con los dientes y clavársela hasta las costillas.

Nunca una tía me había gustado hasta el punto de desquiciarme de esta manera, como ya dije, aprecié y quise a Nai, pero esta obsesión era algo nuevo para mí, totalmente.

Y no tenía ni puta idea de cómo gestionarlo.

Josh se dejó caer en una silla a mi lado después de estar bailando por ahí. A mí también me gustaba bailar, pero hoy tenía un humor de perros y no podía dejar de vigilar al idiota que se atrevió a ponerle las manos encima, era un niñato de papá con un cochazo aparcado en la puerta de la nave. ¿Y si le rajaba las cuatro ruedas? ¿Y si le partía la luna delantera?

—¿Sabes quién la ha traído a la fiesta? —Josh me golpeó el hombro para que le hiciese caso, hice un gesto de «me da igual» cuando claramente no me daba igual, y se señaló a sí mismo—. ¿Y sabes quién la va a llevar de vuelta?

Reí amargado, tanto que mi intento de risa sonó como un gruñido.

—Ni de coña.

—¿Por qué? Colega, te lo estoy poniendo en bandeja para que tengas un rato a solas con ella. De hecho, no sé por qué no te la llevas ya a una habitación.

La idea de tener esas curvas y ese cuerpo en un lugar cerrado, íntimo y oscuro me hizo desvariar.

—Que no, tío, que no es para mí, joder.

—Ni para ti ni para nadie, ¿no? —Movió las cejas de arriba abajo —. Sean, parecías un basilisco, te volviste loco.

Cierto, perdí el control demasiado rápido, y no sabía ni cómo me había contenido. Lo quería matar, le quería aplastar la cabeza contra el suelo y no parar hasta que le explotara el cerebro.

Odiaba que ellos la mereciesen más que yo.

—No lo entiendo, Josh. —Dejé la bebida a un lado, si iba a tener que conducir para llevarla a casa, sería mejor estar fresco—. He estado tres años con ella en Hallow y nunca me ha gustado. Y ahora, de repente, me vuelvo loco de un día para otro.

Josh respiró profundo, rascándose la nuca, mientras le echaba un vistazo rápido a Anastasia.

—Yo creo que siempre te ha gustado, Sean.

Esto sí que era una broma.

—Tío, tenía novia hasta hace una semana, ¿lo has olvidado?

—¿Y? Sean, que estuvieses encabezonado en no ser como tu padre porque sé que estás traumatizado de la hostia con eso, no quiere decir que Nai fuese el amor de tu vida.

Me quedé callado, por una vez, Josh había dado en el clavo.

Ser como mi padre era de lo que más me aterraba, nunca le haría a una chica lo que él le hizo a mi madre.

—Colega, siempre te has girado para mirarle el culo, siempre ha captado tu atención, siempre la has tenido en el punto de mira.

—Pero no la necesitaba, Josh, no era como ahora.

—Porque no te permitiste acercarte a ella, no le diste pie a que cruzase media palabra contigo, porque sabías que te tentaba y te sentías culpable por Naomi.

Alcé los brazos a modo de rendición.

—Joder, de repente eres supersabio, como un jodido abuelo.

Él pegó otro trago, dejándose escurrir aún más en la silla, cómo le envidiaba, yo también quería beber hasta olvidarme de mi nombre.

—¿Qué hago, Josh?

—Ya te lo he dicho, llévatela arriba y fóllatela, lo peor que puede pasar es que le guste y te vaya persiguiendo por todas partes. Ya sabes cómo son estas tías, se cuelan en seguida.

—¿A qué te refieres con estas tías? —inquirí.

—Vírgenes, las que se cuidan hasta casi la mayoría de edad es porque se guardan para alguien especial, si lo hacéis, creerá que eres ese alguien especial y no se despegará de tu culo.

¿Eso quería decir que si se acostaba con algún idiota ya solo tendría ojos para él? Por encima de mi cadáver.

Según mi ex, Brit ya se acostó con medio instituto Salduva, aunque, sinceramente, no podía imaginármela haciéndolo.

Era complicado verla en esa situación, complicado y jodidamente excitante.

—¿Habláis de Brittany Saphire? —Charlie se sentó entre nosotros con una cerveza en la mano—. No hagáis caso a los rumores, es mentira.

De repente, mi foco de visión se posicionó en él como objetivo, ¿sabía cosas de Brit? Maldita sea, le iba a hacer escupir hasta el último de los detalles, lo dejaría seco.

Y ahora que lo pensaba, era lógico que estuviese al tanto de ciertas movidas, pues iba a su mismo instituto, junto con Anastasia.

—Deléitanos con tu sabiduría. —Mis dedos golpearon levemente el cristal del vaso, estaba ansioso.

Volví a vigilarla de reojo, aquel vestido le quedaba que iba a provocarme un infarto. ¿Con qué intención se había vestido así para venir a una fiesta como esta? Definitivamente con la de matarnos a todos.

Estaba esperando a que llegase el fatídico momento en el que algún imbécil adinerado se le acercara y ella aceptara irse con él a alguna habitación. Para ese entonces yo me volvería muy loco y una de dos, o Brittany me odiaría para el resto de su vida, o esta noche dormiría en la cárcel.

Tal vez las dos cosas juntas.

—Nada, que esas gilipolleces que decían sobre ella no son ciertas, lo de que se tiró a ciertos chavales y tal. De hecho, fueron un grupito de pavas las que les pagaron a ellos para que fuesen diciendo eso.

Una de mis cejas se arqueó mientras se me quedaba la cara de un puto loco y la sangre me hervía a más de ciento cincuenta grados.

—¿Que hicieron qué?

—Lo que oyes, tío. Yo estaba en las taquillas cuando ellas les dieron la pasta y les dijeron lo que debían hacer. Me dio pena por la chica porque la verdad, era buena, no se metía con nadie.

Esto no cuadraba nada, pero nada, con lo que me contaba Naomi.

—¿Era cierto que iba maquillada como una puerta al insti? —Me llevé una mano a la boca, mordisqueando una de mis uñas, no quería beber más, tenía que llevarla de vuelta a casa e iba a venir conmigo quisiera o no.

No se iba a montar ni en la moto ni en el coche de nadie.

—¿Maquillada? —se mofó—. Se vestía con ropa de chico, siempre de colores oscuros y opacos, como tres tallas más grandes, iba con la cara lavada y el pelo recogido en una coleta, era la cosa menos femenina que podías echarte a la cara.

La boca se nos quedó abierta a Josh y a mí por igual.

Ni de puta coña.

—Colega, no te creo —grazné—. Júralo.

Charlie, con su melena larga recogida de forma irregular, piel morena y estilo *hippie*, se besó el dedo jurando por su abuela que estaba en el cielo.

—¿Por qué crees que todos la miran? Están que no se creen que sea ella, es una pasada lo que ha cambiado desde que entró en Hallow.

Volví a mirarla, no entendía por qué escondería esas caderas y ese culo tan bien puesto en ropa ancha y oscura.

—¿Y qué hay de lo otro? Lo de que era una abusona.

Nuestro colega hizo una mueca mientras se liaba un canuto.

—Sean, quien te haya pasado la información te la ha pasado fatal, Brit no mataba una mosca —aseguró, atreviéndose a repasarla con la mirada, y deseé dejarle ciego—. Pero, bueno, la gente cambia, todos lo hacemos. —Se puso en pie, dándole una palmada a Josh en el hombro—. Voy a ver si mojo, deberíais hacer lo mismo.

Josh se levantó de su asiento, le tiré del brazo antes de que hiciese ninguna gilipollez.

—¿Dónde crees que vas?

—Solo le voy a preguntar si quiere bailar.

Se refería a Anastasia.

—Si baila contigo, dejará de bailar con Brit —ladré, no estaba de acuerdo con su idea.

—Pues baila tú con Brit —respondió sin más—. ¡Bum! ¡Acabo de solucionarte la vida, chaval!

Imbécil…

No iba a bailar con ella.

No iba a tentarme más.

No iba a terminar perdiendo la cabeza.

No iba a seguir con este juego de mierda.

CAPÍTULO 15
BRITTANY



Alcé los brazos, moviendo la cintura de un lado para otro.

Me lo estaba pasando bien bailando con Anastasia y, para qué mentir, me gustaba tener la atención de Sean, aunque fuese desde lejos. No dejó de mirarme en toda la noche, lo cual estaba siendo más satisfactorio que cualquiera de las drogas que rondaban por aquí.

Seguía totalmente limpia, sin beber, sin fumar, nada.

Josh apareció por detrás de mi amiga, haciéndome un gesto para que guardase silencio, le dediqué una sonrisa porque me parecía un chico de lo más simpático.

Empezó a descender moviendo la cintura poco a poco, pegado a la espalda de Anastasia, esta pegó un grito y pareció querer huir al fin del mundo.

—¡Cariño! ¡Cuando lo hacemos en casa no te pones así!

—Pero ¿qué dices? ¡Pirado!

Josh comenzó a corretear tras ella por toda la nave y yo seguí bailando sola, mirándolos, riéndome sin poder evitarlo. Era divertido verlos.

Algo caliente y oscuro rodeó mi cuerpo, sentí como mi piel se reconfortaba por la agradable sensación.

Sean estaba a mi lado, con una camiseta negra ceñida a su musculoso cuerpo, era una locura verle con la sudadera, pero así mucho más. ¿Cuánto ejercicio hacía este chico? No era normal.

—Sigues con la piel de gallina, creo que tienes frío —comentó, mirándome con cierto recelo.

¿Qué le pasaba?

Dudé sobre si debería aceptar su ropa o devolvérsela, lo cierto era que me gustaba y olía de maravilla. Finalmente opté por quedármela abrochando la cremallera y subiéndola hasta arriba.

Se me pasó por la cabeza preguntarle si le apetecía bailar. Pero no fui capaz de hacerlo.

Solo nos mirábamos mutuamente.

—¿A qué hora tienes que volver a casa?

Aquella pregunta fue la más inesperada de todas.

—No tengo hora, ¿por?

Su cara mostró una gran sorpresa.

—¿Cómo que no tienes hora? Eres menor, joder.

—Bueno, llama a mi madre y cuéntaselo, a ver si le importa. —Me encogí de hombros.

Él resopló, acariciándose la frente, llevaba un vaso con un hielo más que derretido entre los dedos. Sentí curiosidad.

—¿Qué es?

—Vodka con Redbull.

—Vaya, suena fuerte.

—Lo es.

—¿No te lo bebes?

—No.

—¿Por qué?

Parecíamos dos idiotas ahí parados, tensos como barras de acero, comunicándonos con frases de tres palabras y monosílabos.

—Porque tengo que llevarte a casa.

—Puedo buscarme la vida, así podrás divertirte, no te preocupes.

—No me divierto bebiendo.

—¿Y por qué tienes una copa en la mano?

—Por tener algo —dijo, regalándome su vaso—. Toma, para ti, avísame cuando quieras volver. Estaré arriba, me duele la cabeza por la música.

Con su típica expresión de querer matar a alguien, pasó por mi lado para volver a darme la espalda e irse escaleras arriba.

Sabía lo que se hacía en ese lugar y las chicas empezaban a echarle el ojo. Si yo no subía, subiría alguna de ellas, era cuestión de tiempo.

Miré su vaso apenas empezado entre mis dedos. Lo probé, dándole un trago. La garganta me ardió y tuve que escupir dentro. Mierda, ¿cómo podía beber algo así?

Decidí ir hacia donde estaban sentados ellos al principio y tirar la bebida, me dio pena hacerlo porque era de él. Estuvo en su boca, en sus labios, en sus manos.

Joder.

Volví a mirar hacia la planta de arriba, un par de chicas subieron acompañadas también de dos chicos más, suspiré.

¿Y si había alguna chica sola y él…?

Era guapo, y más sin la sudadera, con esos bíceps, esos pectorales y esos malditos abdominales marcados bajo la tela de aquella camiseta negra.

Y una mierda, no iba a dejar que se liara con ninguna.

Vigilé que Anastasia estuviese bien, bailaba con Joshi y este la hacía reír.

Con las manos sudando y los labios resecos, me armé de valor para tomar la iniciativa de subir. Total, él dijo que cuando quisiera volver a casa le avisase, ¿no?

Si me quedaba sin argumentos, tenía una excusa.

Si lo pillaba magreándose con alguna, le exigiría de inmediato que me llevase a casa y le jodería el polvo. Y tanto que lo haría.

Cada peldaño que avanzaba, el estómago se me encogía de los nervios, algo me decía que iba a ver algo terrible.

Pero, ¿por qué terrible? Sean no era mío, tenía que repetírmelo hasta la saciedad para creérmelo de una vez.

Sean solo era mi…

Mi…

¿Amigo?

Incluso esa palabra nos quedaba grande.

Seguí avanzando, acariciando la barandilla de madera con la mano, dejándome llevar por los gemidos y ruidos que se oían en la segunda planta, era tan obsceno y sucio…

Y tan excitante…

Con la cara completamente roja, fui pasando de una habitación a otra, algunas estaban cerradas y otras no. Lo que vi, no se me olvidaría jamás, eso no era nada comparado a lo que solía escuchar en la habitación de Derek, maldita sea.

Tenía el corazón a cien por el miedo de pillar a Sean haciendo algo de esto, y las hormonas revolucionadas por el cargado ambiente sexual, llegué a la última de las habitaciones, la cual no era ni siquiera eso.

Más bien se trataba de un despacho, con un sillón descolorido y un escritorio al frente, lleno de cajas de cartón y montones de papeles viejos apilados.

Sean estaba sentado con la espalda reclinada hacia atrás, los brazos tras la nuca, un cigarro en la boca y los pies cruzados sobre

el escritorio. La forma en la que se marcaban sus músculos en esa postura era casi insultante para cualquier ser humano, y no pude evitar quedarme como una idiota ahí en medio, mirándole desde la entrada.

—No quiero follar, lárgate —gruñó al ver mi sombra en la pared. Viendo que no me iba y que no decía nada, se giró para mirarme—. Que te pi… Ah, eres tú.

Asentí, seguía roja, estaba sudando, los gemidos y las cosas tan obscenas que decían en la habitación de al lado eran demasiado para mí; no sabía cómo reaccionar, no sabía cómo Sean podía ignorarlos y hacer como si nada.

Pareció darse cuenta de mi bochorno, levantándose rápidamente del sillón.

—Mierda, esto es demasiado para ti, no deberías… —Sus manos se colocaron a cada lado de mi cara, tapándome los oídos como si fuese una niña pequeña, me arrastró al interior de aquella oficina y cerró la puerta a cal y canto—. Me termino el cigarro y nos piramos, es que en la moto no puedo fumar. —Se apoyó contra el escritorio, señalando hacia el sillón—. Siéntate, si quieres.

Suspiré, aún se escuchaban cosas, pero era mucho menos incómodo. Agradecí el gesto.

Sin decir nada al respecto, dejé el peso de mi cuerpo caer sobre aquel sillón polvoriento, esta nave debió ser el negocio de algo grande, porque era inmensa.

—¿Qué había aquí antiguamente?

—Una lavandería industrial —respondió sin dejar de mirarme, con su cuerpo ligeramente encorvado hacia delante, tenía los ojos entrecerrados, como si me estuviese analizando, o peor aún, juzgando.

Le vi hablar con Charlie. Posiblemente le contó cosas horribles sobre mí, aunque nada podía ser peor a lo que saldría de la boca de Naomi durante los tres años que tuvieron de relación.

—¿Cómo estás? —murmuré, mi pregunta pareció pillarle desprevenido—. Lo digo por Naomi, ¿cómo lo llevas? ¿La echas de menos?

Tal vez, me estaba columpiando con esa pregunta, pero necesitaba romper el silencio y hablar de algo; no se me ocurrió un tema mejor.

—No.

Alivio.

Profundo alivio.

—Bueno, mejor para ti entonces. —Asintió, escuchándome, sin dejar de mirarme de aquella forma acusatoria—. Gracias por defenderme de aquel chico. Pero no era necesario. Sean, no quiero que te metas en líos.

No soportaba el silencio a solas con él, necesitaba decir cosas todo el tiempo, aunque la cagase.

—No hay de qué, me encanta pelearme, así que cuenta conmigo cada vez que lo necesites.

Vaya, no esperaba esa respuesta.

Mis ojos volvieron a danzar por aquella forma masculina, sus brazos se veían tan jodidamente poderosos y letales. Y qué decir de esos hombros, maldita sea. Su ancho cuello seguía teniendo las venas marcadas.

—¿Haces mucho deporte?

Mi voz sonaba débil y apagada, como si estuviese muerta del miedo. Odiaba sentirme así de intimidada.

—Algo, sí, me gusta estar fuerte.

Asentí y el silencio volvió a tragarnos.

Piensa, Brit.

Maldita sea, piensa y di algo.

¿Por qué él no se esforzaba en decir nada? ¿Por qué solo me miraba como si me estuviese comiendo viva?

—¿Por qué te has vestido así?

Mierda, ¿qué?

—¿Vestirme cómo, Sean?

—Como si quisieses matarme.

Las palabras se volvieron agujas que se me clavaron en la garganta, me costaba mucho razonar y pensar rápido, era la primera vez que me pasaba esto con él. En Hallow, solía ser más avispada, ¿entonces? ¿Era por estar a solas en un ambiente tan «sucio»?

La chica de la habitación de al lado empezó a chillar como si la estuviesen asesinando, pero de placer.

Mis ojos se abrieron demasiado sin ser capaz de ignorarlo, y tuve que contraer los muslos involuntariamente, pues mi mente me jugó una mala pasada imaginando que Sean hiciese lo mismo conmigo.

—No lo sé, Sean, lo elegí porque me pareció bonito.

—¿Sabes a lo que se viene a estas fiestas, Brittany?

Le miré de reojo, parecía enfadado, mucho.

—¿A bailar y pasar un buen rato?

La carcajada que salió de sus crueles labios me hizo estremecerme.

—Se viene a follar, Brit.

De nuevo, necesité tragar saliva, arrepintiéndome de haber dejado el vaso abajo. Aunque fuese una bebida fuertísima, vendería mi alma al diablo por emborracharme un poco.

—¿Te pusiste ese vestido y viniste aquí para que uno de esos pijos de mierda te follara?

No podía creerlo, no era capaz de asimilar lo que acaba de escuchar.

—¡Sean! ¡Joder! ¿Por quién me tomas?

—Por una chica muy atractiva que me está volando la cabeza. —Su respuesta aplacó mi ira.

Mordí mi labio inferior, él se separó del escritorio y se colocó frente a mí, de nuevo tenía su entrepierna en la cara. Sus dedos acariciaron mi mentón como el día que me desabrochó el casco, y sin dejar de mirarme, me alzó la barbilla hacia arriba.

El corazón me latía como si se me fuese a salir del pecho, estaba a punto de sufrir un maldito infarto.

Los gemidos, los golpes.

Yo sentada, a solas con Sean, las luces semiapagadas, la puerta cerrada, su entrepierna en mi cara, sus dedos sosteniendo mi barbilla y sus ojos devorándome lentamente.

—No pretendo asustarte, pero quiero dejarte una cosa muy clara, Brittany.

—Habla.

Pum.

Pum.

Pum.

El corazón me iba a reventar.

—Soy un tío caprichoso y me estoy encaprichando de ti. ¿Sabes? Eso no es bueno, nena, para ninguno de los dos.

La cabeza me daba vueltas, esto parecía un sueño erótico. ¿Iba a hacerme lo mismo que le estaban haciendo a esas chicas? ¿Iba a desnudarme? ¿Iba a arrancarme la virginidad?

Y, sobre todo, ¿estaba yo dispuesta a dejarle que lo hiciera?

Sonaba horrible hacerlo en esta situación con un tío que ni siquiera era mi novio, pero cuando se trataba de él, entraba en una especie de trance del que me costaba salir.

¿Por qué? Tal vez, porque llevaba demasiado tiempo tentada de tenerlo a él y ahora que por fin me hacía caso era incapaz de recular.

—Eres tan bonita, demasiado. No voy a permitir que ninguno de esos cerdos ponga sus manos sobre ti. Me da igual que no seas mi

novia, me importa una mierda, no permitiré que eso suceda. Nadie te follará, no hasta que seas mayor de edad, ¿lo entiendes, Brit?

Asentí.

—Buena chica. —Sus dedos bajaron de mi mentón a mi cuello, acariciándolo, como si desease agarrarlo y estrangularme.

—Pero…

—¿Pero? —Las yemas ásperas de sus dedos se detuvieron a la altura de mi garganta.

—Has dicho hasta que sea mayor de edad, ¿qué pasará cuando tenga dieciocho años?

Sus ojos azules se oscurecieron, mezclándose con esa aura que destilaba maldad y oscuridad.

—Te follaré yo, nena. —Mi ropa interior se empapó de inmediato. Tuve que ahogar un gemido disimulándolo con una tos ridícula.

Si Joshi me parecía explícito, esto era otro puto nivel.

La mano que acariciaba mi cuello volvió a mi mentón, la otra sacó algo de su bolsillo. Una piruleta roja en forma de corazón.

—Para que veas que no todo en mí es malo. Vamos, te llevo a casa.

CAPÍTULO 16
BRITTANY



El momento en el que me abracé a él para subir a su moto, fue lo mejor de la noche, y del día.

No quería volver a casa, me quedaría en esa fiesta para siempre, mirándole, diciendo monosílabos y haciendo preguntas idiotas como una estúpida de verdad.

Aunque yo aún no le hubiese dicho que quería volver a casa, él decidió que era hora de marcharnos. Tal vez, porque no le apeteciera seguir pasando más tiempo conmigo o quizá, porque quería volver y follarse a alguna chica antes de que se terminase lo bueno. Pero si eso era lo que quería hacer, podría haberlo hecho aun estando yo allí. No estábamos comprometidos a nada ni tampoco se veía obligado a tener que llevarme de vuelta, sin embargo, por algún motivo, me extasiaba su responsabilidad con mi bienestar y esto era malo, porque resultaba adictivo.

La idea de que no bebiera alcohol para poder llevarme sin sentir que me ponía en peligro, me estaba volviendo loca. Eso era mucho más de lo que mi madre, mi padre o Derek hicieron por mí en toda mi vida.

Sabía que tal vez fuesen gestos normales de chicos amables y nada más. Pero Sean no era un chico amable.

En mis tres años en Hallow, nunca le vi subir a nadie en su moto, suponía que era porque tenía novia, parecía lo más probable. Lo cierto es que desde que lo dejaron, tampoco le vi hacerlo, siendo yo la única excepción. Y esto me creaba unas ilusiones de lo más peligrosas.

¿Se podía ser más cutre y patética?

Y de nuevo estaba aquí, con su sudadera, bañada en su delicioso olor masculino, sintiéndome suya cuando no lo era en absoluto, sintiéndome única y especial por llevar uno de sus cascos e ir sobre su moto; cuando, posiblemente, cualquier día aparecería en esta misma situación con otra chica por Hallow y el alma se me caería a los pies.

De todas formas, ahora solo quería disfrutarlo, porque nunca tuve la oportunidad de ser el centro de atención de nadie. Y, tal vez, este momento no volviese a repetirse jamás. Después de todo, me quedaban seis meses para terminar el curso y acabaría el instituto. ¿Y si después de Hallow nunca más volvíamos a vernos?

Dolía pensarlo.

Me resultaba difícil mantener la cordura viendo la camiseta negra y fina aferrada a su musculosa espalda, al igual que mis dedos, palpando esos abdominales tan bien pulidos. No quería tocar demasiado para no terminar enloqueciendo, pero tampoco quería caerme de la moto.

—¿Estás bien? —le oí preguntar en voz alta, cuando ya casi llegábamos a mi urbanización.

—Sí, conduces genial.

Era cierto, Josh manejaba el coche que daba gusto y Sean era hipnótico con las motos, parecía que se fundía con ella como si fuese una simple extensión más de su cuerpo.

—Gracias, Britney.

—Es Brittany —jadeé, e intenté no caerme al bajar.

Él colocó la pata de la moto y apoyó un pie, quitándose el casco. Cuando nos miramos, el blanco de sus ojos estaba teñido de un tono rojizo.

—Tienes los ojos un poco… ¿Estás bien, Sean?

—Es por el porro que me fumé antes de entrar a la fiesta, no debería haber conducido así, pero no quería dejar que otro te trajese a casa —reconoció—. Te pido disculpas.

¿Se estaba disculpando por tomarse las molestias de dejar la fiesta y traerme sana y salva a casa?

—Se te dan bien las motos, creo que hace falta más que un porro para nublar tus reflejos —afirmé, trataba de ser agradecida.

De nuevo, empecé mi pelea con el casco, aunque esta vez logré quitármelo antes de que se ofreciese a ayudarme. No quería hacerle pensar que era idiota.

Se lo entregué con aquella sonrisa tímida aún pintada en la cara.

El Sean fumado era mucho más intimidante y feroz que el normal, estaba sobre la moto encorvado hacia mí, mirándome con los ojos entrecerrados de forma amenazante, como si quisiese volver a subirme y llevarme a un lugar oscuro.

Después de repasarme tranquilamente con la mirada y volver a ponerme de los nervios, sus ojos fueron hacia mi casa, gruñó con molestia y dijo:

—Todas las luces están apagadas, ¿no te espera nadie despierto?

Negué con la cabeza.

—Vaya, qué asco de padres. —Su expresión se volvió molesta, y no supe si ese comentario fue para herirme como solía hacer a veces con sus pullas o porque de verdad lo pensaba—. Ni siquiera el gilipollas de tu hermanastro te ha llamado para ver si estabas bien.

Parecía querer competir con Derek, era extraño, pero daba la sensación de que le molestaba que él estuviese en mi vida.

—No te cae bien, ¿verdad? Supongo que es normal, después de lo de tu ex…

—No es por ella, es por ti.

Me tragué toda la saliva que tenía en la boca de golpe.

—¿Por mí?

Sin darme cuenta, volví a jadear.

Él arrancó la moto, parecía cada vez más cabreado con sus propias palabras.

—No deberíamos hablar cuando estoy fumado, me voy mucho de la lengua. —Tenía la mandíbula tensa y seguía en aquella postura, al acecho, peleándose con algo dentro de sí mismo—. Simplemente, no odio a Derek por follarse a mi ex, le odio por haberte abandonado en un barrio como el mío, y por ser un hermanastro de mierda, no te merece.

Otra vez, ese intenso cosquilleo haciéndome perder el equilibrio, logrando desestabilizarme. Tuve que cambiar mi peso de un pie al otro para poder disimular.

¿Me estaba confesando que yo estaba por encima de su ex en su escala de prioridades?

—No le odies, no merece la pena. —Fue todo lo que dije y él me hizo un gesto hacia la puerta de casa.

—Me quedo esperando hasta que entres.

Tal vez sí que tenía prisa porque me fuese y volver a la fiesta.

Las mariposas fueron asesinadas por un malestar lleno de acidez. Imaginar a Sean con una chica era cuanto menos doloroso. Y no debería serlo. Estaba perdiendo el control conmigo misma.

—Todo lo que me has dicho antes es porque… ¿estás drogado?

Quizá no era el mejor momento para hacerle esa pregunta, pero no podía irme así a la cama.

Como no decía nada, decidí insistir un poco más.

—Lo de que te estabas encaprichando conmigo, lo de que no dejarías que nadie se acercase a mí.

Lo de que me follarías cuando fuese mayor de edad.

Él sonrió, lobuno, con esa encantadora mueca que me arrancaba suspiros sin poder evitarlo, le odiaba por ser tan perfecto y tener tanto poder sobre mí; debería buscar algún motivo para detestarle y ofrecer resistencia, si no, estaría perdida.

—Tal vez, quién sabe.

No me iba a dejar las cosas claras, solo quería confundirme más.

Volvió a señalar hacia la puerta de casa.

—¿Vas tu solita o tengo que bajarme de la moto para llevarte en brazos a la cama y darte un besito de buenas noches?

La idea sonaba tentadora. Lástima que mi madre no lo permitiese.

—Voy sola —grazné, cansada de mis pensamientos intrusivos que no dejaban de gritarme que quería librarse de mí para volver a esa estúpida fiesta a follar—. ¿Tú qué harás?

Mi pregunta le pilló de imprevisto, como si no esperase que me importase lo que iba a hacer. Joder, claro que me importaba. Solo esperaba que no me soltase un «¿y a ti qué?» porque entonces me pondría a llorar de la rabia y lo mataría aquí mismo.

—¿Tú qué crees?

Negué.

—No lo sé, por eso pregunto. —Me sentí ridícula al estar pidiéndole explicaciones—. En realidad, no me importa lo que hagas. Es porque… me preocupa. Por el hecho de que estás un poco colocado, solo quiero saber que vayas a donde vayas, estarás bien.

En parte, no era mentira del todo.

Sabía que iba a llegar bien, aunque quería saber a dónde.

Sus ojos aguamarina centellearon a mi alrededor, como cientos de estrellitas danzando en una oscura noche. En mi oscura noche interna. ¿Cómo podía la oscuridad aportar luz a la oscuridad? No tenía el mínimo sentido.

—Ve a casa, Brit, y cuando llegue, te mandaré un mensaje diciéndote que estoy bien.

Suspiré de alivio.

—¿Me lo prometes?

—Dalo por hecho, nena.

Sin saber qué más hacer o decir, con él ahí, en medio de mi urbanización, viéndose tan peligroso, tan amenazante, tan… seductor, decidí que lo mejor era entrar a casa de una vez.

—Eh, espera. —Su voz me detuvo cuando creí que ya estaría por marcharse—. Si tú vas a dormir con mi sudadera, yo quiero dormir con algo tuyo.

Mierda, sí que estaba fumado, mucho.

Giré lentamente, volviendo a tenerle casi de frente, ¿qué diablos iba a darle? ¿Las bragas?

—Solo llevo el vestido y la ropa interior.

Ay, madre, no debí decir eso.

La mirada perversa que sacaba esos inocentes hoyuelos a relucir en una sonrisa de lo más maliciosa, me dejaba claro que tenerle cerca en una noche como esta era de lo más peligroso. No se iba a contener, y no iba a parar.

—Dame tu vestido.

Un jarro de agua fría me cayó sobre la cabeza, quedándome totalmente estática y anonadada ahí mismo, sobre la acera y bajo una farola.

—Sean, ¿qué mierda llevaba el porro que te fumaste? ¿Cómo diablos te voy a dar mi vestido?

—Fácil, llevas mi sudadera, te tapa por completo, sácatelo y dámelo.

—Pero, ¿por qué diablos quieres mi vestido?

—Porque me ha matado esta noche, y quiero asegurarme de que no te lo vuelves a poner.

Maldita sea.

Esto no era bueno, nada bueno, ese nivel de posesividad me ardía hasta en las entrañas, subiéndome la dopamina por las nubes y bombardeándome con esa atención tóxica. Sabía cómo eran estos chicos, te lo daban todo y luego desaparecían.

No iba a caer.

—Pues lo siento, pero no voy a dártelo, volveré a ponérmelo cada vez que quiera.

Me desabroché la sudadera y se la tiré encima, él la atrapó al vuelo soltándome un silbido en cuanto le di la espalda. Mis mejillas se tiñeron de rojo, pero seguí avanzando directa a casa, sin hacerle el mínimo caso.

—¡Me estás matando, nena! ¡Te lo juro!

No le hagas caso, no le escuches, no caigas en su maldita trampa.

Introduje las llaves de casa y cerré haciendo el menor ruido posible tras entrar, no fue hasta que la cerradura hizo clac que escuché como su moto se alejaba.

Todas las luces estaban apagadas, al menos agradecía no tener que dar veinte mil explicaciones nada más llegar a casa.

Bajé de los tacones, quedándome descalza para no hacer ruido, y, llevándolos en la mano, fui caminando despacio hasta mi habitación.

Allí dejé los zapatos en su sitio, me cogí una toalla y fui hacia el baño de puntillas para lavarme la cara y pegarme una ducha rápida.

Intenté no pensar demasiado en lo sucedido esta noche, seguramente mañana sin el efecto de la droga que se hubiese fumado, todo volvería a ser como siempre. Él en un extremo y yo en el otro, con una amabilidad fingida por educación.

Como aquella tarde en la que sacarme de aquel barrio era una necesidad. Realmente estaba en peligro en un lugar así.

Él mismo lo dijo claramente, lo hubiese hecho por cualquier chica en mi situación, no debía sentirme especial. Era majo cuando quería, y ya. No significaba nada.

Tras darme aquella rápida ducha para despejar mis ideas y porque me gustaba irme a dormir oliendo a gel de baño, envolví mi cuerpo desnudo en una toalla.

Maldije el no haber echado el pestillo de mi habitación, pues tuve que ahogar un grito al encontrarme a Derek sentado sobre la cama.

—¿Qué mierda haces aquí?

Me quedé a medio camino entre mi cuarto y el baño, por si tenía que huir y cerrarle la puerta en las narices.

—Solo vengo a advertirte de algo, Brittany.

—Déjalo ya, el papel de hermano protector no te pega nada.

—Me han llegado rumores de que el idiota de Sean le ha pegado a un colega mío por tocarte el culo.

Mierda, la gente era demasiado entrometida. Y ni siquiera le pegó en realidad.

—Déjame en paz, no te metas en mis cosas, ¿quieres?

Por Dios, solo quería que desapareciese de mi vista.

Pero no parecía estar por la labor.

—Sean es muy peligroso, Brit. No tienes ni idea de en lo que está metido.

No quería escucharle, porque en el fondo sabía que era cierto y me negaba a aceptarlo.

—Te puedes ver en líos muy chungos si te sigues acercando a él…

—No me he acercado a él, aquel idiota me tocó sin permiso. Sean lo vio e hizo algo por defenderme, fin de la historia.

Derek apretó los dientes, sin dejar de admirar mi figura envuelta en la toalla.

—¿Por qué te duchas a estas horas?

Negué con la cabeza en una señal de «¿a ti qué te importa?», pero no le bastó con eso que tuvo que añadir:

—¿Ha sido para quitarte sus restos de semen del cuerpo?

Los ojos casi se me salieron de órbita, esto era jodidamente incómodo y depravado. Deseaba pedir auxilio para que alguien se llevase de aquí a este maldito psicópata.

—No he hecho nada con él, lo juro. ¡Joder! ¡Ni siquiera tengo por qué darte explicaciones, Derek! Vuelve a tu habitación y duerme con tu novia, déjame en paz.

Derek se levantó, viniendo hacia mí; quise huir, pero fue más rápido. Su mano arrancó la toalla de mi cuerpo dejándome desnuda.

Si hubiese dado un solo paso más, habría gritado con todas mis fuerzas sin importarme las consecuencias. Sin embargo, solo me miró de arriba abajo, cerciorándose de que no tenía marcas ni chupetones por ninguna parte. Con desprecio, me lanzó la toalla a la cara.

—No vuelvas a salir vestida como una puta, que sea la última vez —rugió, antes de marcharse con un portazo seco.

Al borde del llanto, fui corriendo a echar el pestillo, apoyé mi espalda contra la robusta madera de la puerta y me dejé escurrir hasta el suelo, ahogando un sollozo.

Me sentía como una jodida mierda.

«Vestida como una puta». Las palabras de Derek resonaban en mi cabeza una y otra vez, haciéndome sentir fatal. Hasta que la voz de Sean se lo llevó todo por delante.

«Me estás matando, nena, te lo juro».

Derek podría estar podrido de dinero, pero la educación y clase que tenía Sean, él jamás la tendría.

Y eso que Sean era una metralleta de escupir tacos.

Ojalá tuviese su sudadera en este instante, necesitaba acurrucarme en la cama bañada en su olor.

La ansiedad volvió a golpearme de aquella forma desoladora. Sin ser capaz de pensar con claridad, fui de nuevo al cajón del ropero en el que tenía las porquerías, montones de chocolates y dulces repletos de azúcar. Me senté en la cama, con el cuerpo aún liado en

la toalla, y empecé a devorarlos de forma automática mientras unas lágrimas vacías iban cayéndome mejillas abajo.

Entonces, como la última vez que hice esto, como si fuese una especie de señal o aviso, la pantalla de mi móvil se iluminó, recibiendo una notificación de Instagram.

¿Era él? ¿A pesar de estar fumado cumplió su promesa de decirme que estaba bien?

Lo abrí, saboreando el chocolate entre mis labios.

Era una foto. Estaba en su cama, con su hermana durmiendo en su regazo.

Volvió a casa. Un sentimiento de calidez me inundó de forma profunda, tanto que dejé de llorar.

Junto a la foto, había un mensaje de texto: «Me he encontrado a este bicho en mi cama, hoy no duermo solo».

Estaba jodidamente guapo, también tenía el cabello húmedo, con una simple camiseta gris de mangas largas.

Que la llamase «bicho» se me hizo de lo más tierno. La tenía abrazada de una forma increíblemente paternal, algo que yo nunca recibí de mis progenitores. Quise preguntarle cuánto dinero aceptaría a cambio de abrazarme así, aunque fuesen cinco minutos.

Busqué su piruleta y me hice una foto, mandándosela en respuesta.

«Yo tampoco duermo sola, gracias por el dulce, Sean».

No me contestó y pensé que acababa de hacer el ridículo, incluso dudé sobre si borrar la foto.

Unos dos minutos después, otro mensaje suyo brilló en mi pantalla.

Sean: *Has llorado.*

Mierda, no se notaba tanto. Volví a mirar la fotografía y, sí, los ojos estaban algo húmedos y rojizos, pero tampoco era exagerado.

Yo: *¡Qué va! Ha sido por la ducha, me ha caído jabón en los ojos.*

Esperaba que se quedase tranquilo y no volviese a sacarme el tema.

Maldita sea, no debí mandarle esa foto.

Sean: *Pues dile a ese jabón que, si vuelvo a verte los ojos así, le partiré las piernas.*

Ay, era demasiado listo.

No sabía lo que se estaba imaginando, pero no se lo tragó.

Yo: *¿Eras así de peleón con Naomi? No sé cómo sigues vivo.*

Mordí mi labio, no sabía lo que estaba haciendo.

Me metí la piruleta en la boca, recogiendo el desastre de envoltorios vacíos y coloridos que tenía sobre la cama.

Sean: *Nunca me peleé con nadie por ella.*

¿En serio?

Lamí el caramelo un rato, con los ojos entrecerrados, no sabía ni qué contestar.

Está fumado, Brit. No te metas en un lío, dile adiós y ya.

Sí, era lo mejor.

Yo: *Buenas noches, Sean.*

Sentí parecer demasiado fría, no obstante, no quería que esta conversación me llevase a algún lugar del que después no supiese como salir.

Sean: *Buenas noches, barbie. No vuelvas a llorar.*

CAPÍTULO 17
SEAN



Desperté asfixiándome por una mata de pelo rizado.

Mi hermana era así, se iba pegando más y más hasta que terminaba durmiendo encima de mi cabeza, literalmente.

Era como tener un jodido gato. Comía, maullaba cuando quería atención, meaba, cagaba y rompía cosas cuando se aburría. Y por supuesto, era la número uno en invadir mi espacio personal.

Recordé lo que tocaba hoy: cobrar, llamar al médico y pedir cita para ponerle la primera inyección a mamá.

También tenía que ir a llevarle su parte del dinero a Anthony y preguntarle si tenía algo más. Pensé incluso en contarle lo de mi madre para que me diese prioridad en trabajos de este tipo. Necesitaba pasta, la salvaría, como fuese.

—Bola de pelo sucia y maloliente —rugí, sintiendo que me iba a morir de cosquillas cuando su nariz me rozó la axila—. ¡Quita de encima, joder!

—¡No digas palabrotas! ¡Soy una niña pequeña! —Me soltó un manotazo lleno de babas. Me dieron arcadas y sentí que iba a vomitar hasta el intestino grueso.

Me incorporé y me quité la camiseta, estirando el cuerpo. Estaba sobado de la hostia, aquel porro me hizo dormir de maravilla.

Espera.

El porro.

El porro que me fumé antes de ir a la fiesta.

De repente, como si acabase de recibir un disparo, lo recordé todo, absolutamente todo.

Ella, con aquel vestido blanco, era como un ángel que invitaba a pecar y caer directo en el infierno, toda una paradoja de lo más retorcida. Y yo estaba dispuesto incluso a matar a quien fuese para irme directo a ese infierno por ella. Ayer no había nada que me contuviese, salvo la propia Brittany.

Si me hubiese dado la más mínima señal, si en vez de mirarme como un conejito asustado cuando estábamos a solas, se me hubiese insinuado tan solo un poco…

Maldita sea, no quiero ni pensar lo que hubiese hecho con ella.

Me tenía loco, como si fuese por una carretera a toda velocidad sin frenos. Era la misma sensación de adrenalina. Me iba a matar, si seguía cerca de ella iba a acabar muerto de verdad y no me importaba, seguiría acelerando a fondo.

Resoplé de impaciencia, muerto de la vergüenza. Lo más normal sería que ahora ella pensara que estaba mal de la azotea y que no me volviese a dirigir la palabra. Joder, que le pedí que me diese su vestido, ¿se podía estar más enfermo?

Pero, mierda, cómo me moría por verla quitándoselo, aunque fuese por debajo de mi sudadera, era lo único en lo que pensaba todo el rato mientras estaba apoyado en la moto, justo en la puerta de su casa.

Quítatelo para mí, nena. Ya me has matado, ahora dame algo que me haga revivir. Porque te deseo tanto que me da miedo, cariño.

Mi hermana se colgó sobre mis hombros y yo fingí una sonrisa. Mi madre tocó en la puerta para ver si Lucy estaba conmigo, como de

costumbre cuando no la encontraba por la mañana en su habitación, y tras despeinarme como si aún fuese un crío, la cogió en brazos y se la llevó a desayunar.

Mamá seguía llevándola al colegio y encargándose de ella, a pesar de su enfermedad, era fuerte, jodidamente fuerte.

Agradecí los minutos de silencio en la oscuridad de mi habitación, con algunos rayos de sol colándose por entre las persianas.

Necesitaba reorganizar mis pensamientos e ideas y lo primero sería pedirle una disculpa por mi comportamiento de ayer. Me daba igual si era una abusona o una zorra impertinente, me importaba un cojón todo lo que Naomi decía de ella, esa no era la versión que yo estaba conociendo.

Y me dolía haberla ignorado con tanto ímpetu durante estos tres años, juzgándola sin darle el derecho de sacar mis propias conclusiones. Porque era cierto que ella hizo varios esfuerzos de acercarse a mí, no obstante, siempre los malinterpreté.

Creía que me veía como a una escoria, que sus pespuntes estaban cosidos con el mismo patrón que Derek, pero la forma en la que sus manos se aferraban a mi cuerpo mientras la llevaba a casa, el cómo se estremecía en el interior de mi sudadera y la manera asustada en la que me miraba en aquel despacho, a solas, a oscuras, rodeados de sexo y drogas, me dejaba clarísimo que estaba equivocado.

Era una chica buena en mitad del infierno, sentada con las piernas juntas y las manos reposando sobre el borde de su vestido blanco. Aquel cabello dorado cayéndole en delicadas hondas sobre los hombros, sus labios carnosos entreabiertos para poder controlar su respiración agitada y esos ojos color café enfocados en mí, temerosos y al mismo tiempo llenos de curiosidad.

¿Curiosidad por qué? ¿Qué quería o necesitaba de mí?

Y lo más importante, ¿qué quería o necesitaba yo de ella?

Era una locura, no saldría bien. Estaba de mierda hasta el cuello y ella merecía algo mejor que yo, infinitamente mejor.

Aunque ayer cometiese el error de tener la lengua suelta y le dijese aquella parafernalia de que no permitiría que nadie se la follase hasta ser mayor de edad —lo cual era cierto—, y que cuando lo fuese, lo haría yo mismo…, tenía que hacerme a un lado; por su bien, por el mío, por el bien de los dos.

¿Qué iba a hacer una niña como ella con un camello que vendía drogas y ya tenía la responsabilidad de una cría a las espaldas y jamás saldría de este barrio de mierda? Porque no podía seguir mintiéndome, la universidad cada vez se veía más imposible para mí.

Incluso si mi madre se recuperaba, pasarían años hasta que pudiese trabajar. Cuando terminase el curso en Hallow, la época estudiantil se acabaría, tocaría trabajar a tiempo completo y seguir metido en mierdas para resolver toda esta pesadilla. Para poder sacar a las mujeres de mi vida de este agujero en el que nos dejó abandonados mi padre.

Aunque Lucy no era su responsabilidad, mi madre sí y yo también.

Pero no importaba. Ahora ellas eran mías, y yo las protegería a cualquier precio.

Miré la pantalla del móvil, recordando la última conversación que tuve con Brittany, me pidió que le dijese si había llegado bien.

En tres años, Naomi nunca me pidió algo así.

¿Cómo me iba a negar? Se me deshizo el puto corazón al escucharla. La niña preciosa, rica y pija que vivía en una mansión de multimillonarios, necesitaba saber si el problema con piernas llegaba bien a casa.

Vaya tela, hostias.

Me quedé helado al ver la fotografía que me envió, ayer estaba tan cansado y aturdido por el efecto de la droga que no me di cuenta. Aunque vi claramente que había llorado, no vi la tristeza que desprendía su mirada. No estaba tan triste cuando la dejé en casa, no así.

Le hicieron algo.

El «jabón», mis putos cojones.

Apreté el móvil entre los dedos, con la furia clavada en aquellos enormes ojos tristes, saboreando con una sonrisa lastimera y fingida la piruleta que yo mismo le regalé.

«No sé quién te ha hecho eso, nena. Pero lo voy a enterrar vivo», prometí en voz alta, sabiendo que tendría que ser su padrastro, su madre, Derek o Naomi, pues eran las únicas personas que estaban dentro de esa casa.

Por mi propio bien esperaba que fuese su madre, o tal vez mi ex, porque como se tratase de uno de los otros dos, ya me podrían ir preparando una cama en la cárcel.

Sacudí la cabeza, dándome cuenta de por dónde se estaban yendo los hilos de mis pensamientos.

—¡Sean! ¡Cariño, a desayunar!

El olor a *beicon* y tostadas empezó a colarse en mi habitación, despertándome el apetito.

No podía.

De ninguna forma podía meterme en líos por ella, si se me iba la olla y hacía algo indebido, ¿qué sería de Lucy y mamá?

Tenía que controlar el temperamento.

Tenía que volver a crear un muro de hielo entre ella y yo.

Tenía que volver a ignorarla.

Tenía que volver a meterme en la cabeza que Brittany Saphire, no era para mí.

CAPÍTULO 18
SEAN



Y a pesar de todo lo que me prometí antes de ducharme, vestir el puñetero uniforme y llegar en moto a Hallow, estaba como un idiota en la parada de autobuses esperando a verla bajar.

Con el casco en la mano, un cigarro en la boca y apoyado contra el tronco de un árbol.

—¿Estás haciendo una especie de meditación de *reiki* o algo así? —Josh me miraba como si estuviese loco. Hacía bien—. ¿O solo quieres ver cómo le queda la faldita a tu novia?

Mi novia.

Joder, qué dolor.

—No vuelvas a decir eso ni de puta broma —le advertí con los ojos casi fuera de órbita, si el plan era sacármela de la cabeza, que Josh se refiriese a ella de aquella manera no iba a ayudar lo más mínimo, y estar aquí vigilando a que llegase tampoco—. Bah, me piro.

Tiré la colilla al suelo, y la pisé justo cuando la vi bajar del bus.

Ya está, estaba bien, estaba a salvo. No tenía los ojos llorosos ni nada por el estilo, se veía tan fuerte y decidida como siempre.

Mi primer plan era pedirle disculpas por mi comportamiento de ayer. Por entonces pensé que eso podría unirnos más, y era todo lo

contrario a lo que quería. Si pensaba que era un cretino, era mejor así. Además, si ahora pasaba de ella, tal vez lograse que incluso me odiase.

Solo rezaba para que no se le acercase ningún tío en estos seis meses que me quedaban en Hallow, porque ahí sí que perdería la cabeza como un jodido enfermo.

Después de Hallow, no volveríamos a vernos, nunca más le llevaría droga a su hermano y nunca más pisaría su barrio pijo de mierda.

—¿Qué pasó ayer? Te vi subir, y ella subió poco después, estuve toda la noche esperando a que me contaras novedades.

Por cómo sucedieron las cosas, se daba por hecho que Brittany y yo habíamos follado como animales, pero, no, en absoluto. Tal vez por eso todo el mundo me miraba hoy.

Alcé la vista por encima del hombro, viendo que también la miraban a ella.

Mierda, era justo lo que pensaban.

—No pasó nada, tío. Me dolía la cabeza por la música, subí a fumar, ella me dijo que la llevase a casa y eso hice, luego me fui a dormir la mona.

Josh negó de lo más decepcionado.

—Qué triste tu historia, colega.

En cuanto llegamos al pasillo principal de bachiller, mi tío estaba esperándome con los brazos cruzados, asegurándose de que no me escaqueaba.

Lo que me faltaba.

—Suerte. —La voz de Josh sonó somnolienta por lo poco que había dormido—. Te veo luego, ¿eh?

—Sí, luego nos vemos.

Volví a fijarme en ella, iba acompañada de esa chica rarita, Cindy Steifold, hablaban animadamente, aunque ahora parecía un poco decaída.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, vibraron rebosantes de energía, pero yo los aparté de inmediato y sentí que con aquel gesto le estaba haciendo daño. Y me odié por ello.

Lo siento nena, es lo mejor para ti, créeme.

Seguí caminando hacia el despacho, sin siquiera haberla saludado. Se quedó parada, detrás de mí. Lo supe por el dibujo de su sombra y porque sus tacones dejaron de sonar.

—¿Sean? ¿Estás bien?

No me hables, hostias.

Seguí, cabezota como era, ignorándola, porque, como me diese la vuelta, iría a por ella y entonces no me iba a separar de su lado ni Dios.

Entré en el despacho de mi tío, este cerró la puerta y noté el móvil vibrar en el bolsillo del pantalón, seguramente era algún vídeo guarro de Josh.

Me senté donde siempre, frente a su escritorio, esta no era la primera charla que me daba.

—Le pegué porque me debe pasta, y si la pasta no llega, Anthony me corta la cabeza, fin de la historia, ¿me puedo ir?

Mi tío aún no había terminado de sentarse en su asiento. Odiaba sus aires de «mi vida es perfecta, todo me va jodidamente bien».

No es que le odiase, el tío Vladimir era bueno con nosotros, aun así, injustamente proyectaba en él el odio que sentía hacia mi padre.

—No hablo de eso, sé en qué rollos te mueves y ya te dije lo que pensaba, Sean.

—Hago lo que puedo por sobrevivir, ya que mi padre nos ha abandonado.

Él cruzó los dedos sobre la mesa, inspirando profundo. Tras evaluarme tranquilamente en un silencio cortante y eléctrico, se encendió un cigarro ofreciéndome uno. Lo acepté, también me dio fuego.

Se reclinó hacia delante, sabía que quería decir algo sobre lo que dudaba, así que le hice un gesto para que hablase de una vez.

—¿Sabes, Sean? Ni los malos son tan malos, ni los buenos son tan buenos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tu padre no merece tu odio.

Cuando dijo aquello, sentí la bomba de relojería estallando dentro de mí.

Me levanté como si mi peso no fuese superior al de una pluma, agarré la silla y se la tiré a la puta cabeza, él la esquivó, pero yo no me detuve, tiré al suelo todo lo que tenía encima del escritorio, rompí sus figuras, su estúpida lámpara de diseño caro, volqué su escritorio entero de una patada y lo siguiente que se me ocurría era bañarlo en gasolina y quemarlo vivo.

—¡SEAN! MIERDA, SEAN… ¡SEAN, PARA! ¡SEAN! ¡MÍRAME, MALDITA SEA!

—¡MI MADRE SE MUERE, HIJO DE PUTA! ¡MI MADRE SE MUERE! ¡Y ESTAMOS SOLOS, JODER! ¡SOLOS!

—¡¿POR QUÉ DICES ESO?! ¡SEAN! ¡¿QUÉ ESTÁ PASANDO EN TU CASA, JODER?!

No le importaba, a nadie le importaba, estábamos solos en esto y solo yo podía arreglarlo.

La puerta del despacho de mi tío se abrió, una melena rubia se movió rápidamente hacia mí, arrollándome con una fuerza que no esperaba.

Finalmente, entre tanto caos, yo estaba de pie, estático, con los ojos tan abiertos que se me iban a salir de la cara, mientras las venas de mi cuello y los brazos iban a explotar, respirando como un animal salvaje que necesitaba despedazar a su presa.

Y ella estaba ahí, agarrada a mi cintura, con la mejilla apoyada en el centro de mi pecho.

Su corazón golpeaba junto al mío.

No se había ido, a pesar de ignorarla. Se quedó en el pasillo.

—Ya está, Sean, todo está bien —susurró con voz suave mientras mi tío se mantenía tras su escritorio destrozado con las manos en alto—. No sé por qué estás tan enfadado, pero sea lo que sea, se solucionará.

Ella no lo entendía, el mundo se me desmoronaba sobre los hombros y ya no podía sostenerlo, no había manera de aguantar todo lo que llevaba por dentro.

Estaba irracionalmente fuera de mí, tenía miedo de hacerle daño, y no de forma física, porque nunca la tocaría, eso lo tenía más claro que el agua. Pero no dejaba de mirar lo que había hecho a mi alrededor, la destrucción y la violencia que llevaba por dentro. Yo no era un lugar seguro para una chica como ella, nunca lo sería.

—Brittany, aléjate. Ahora está muy nervioso, no es buena idea —aconsejó mi tío, y ella me apretó aún más contra su pecho—. Brittany…, no me obligues a llamar a tu madre.

—*Barbie* —murmuré, y su barbilla se alzó hacia mí—. Hazle caso, vete.

Sus ojos se cristalizaron, y de nuevo tuve que apretar los puños para contener la impotencia de no poder ser lo suficientemente bueno para ella.

Estuvimos tres años ignorándonos. Tres años en los que solo compartimos alguna mirada y alguna palabra sin importancia. ¿Por qué ahora resultaba tan difícil?

¿Porque éramos más adultos? ¿Por las hormonas? ¿Porque no se podía tapar el sol con un dedo para siempre?

Definitivamente, si ella era el sol, yo ya no sabía cómo diablos taparla para que dejase de cegarme.

—Brittany, por favor. —Mi tío se acercó a ella con intención de separarla de mí, pero puse un brazo entre él y yo.

—No la toques —le pedí.

—Sean, dile que se vaya, tenemos cosas que arreglar tú y yo, esto no ha terminado aquí.

Agaché el rostro hacia ella, sus ojos volvían a estar tristes y rojizos como en aquella foto.

—Ve a clase, por favor.

Se resistió, aunque finalmente, accedió.

Sus brazos me fueron soltando lentamente, como si le costase demasiado hacerlo. Sorbiendo por la nariz, miró con preocupación a mi tío y, después, nos dejó a solas.

Vladimir cerró la puerta del despacho con seguro.

—Bueno, ahora vamos a tener una conversación seria, de hombre a hombre —Comenzó a quitarse la chaqueta del traje que siempre llevaba—. Y si tenemos que llegar a las manos, llegaremos.

CAPÍTULO 19
SEAN



Me sangraban el labio y la ceja. Mi tío tenía un ojo morado que pintaba mal y la ropa llena de sangre, al igual que mi uniforme.

Nos mirábamos cada uno desde un lado del despacho. Porque tras cerrar la puerta, quitarse la chaqueta y provocarme de aquella manera, reventé. Reventé descargando toda mi furia contra él.

Como si el cáncer de mi madre fuese por su culpa.

Como si el que papá me abandonase fuese su culpa.

Como si el que mi vida estuviese jodida con apenas dieciocho años también fuese su culpa.

Estaba siendo totalmente injusto, pero lo necesitaba, necesitaba que alguien pagase por todo, por obligarme a ser despreciable cuando yo solo quería ser un buen chico.

Cuando lo acorralé contra el suelo y pensé que iba a matarlo, lo dijo, dijo algo que me hizo tambalearme entre un pie y otro, perdiendo el enfoque. Entonces en ese momento me golpeó dos veces, una en la ceja y otra en el labio. Y ahora estábamos aquí, mirándonos, mientras la sangre me bajaba por la cara, manchando el blanco de la camisa.

—Lo siento, Sean, te juro que lo siento.

Siempre creí que, si algún día recibía esta noticia, no me importaría, lo más mínimo.

Aun así, dolía, ¿por qué dolía? No tenía el más mínimo sentido que doliese, y pese a todo, lo estaba haciendo. Notaba un dolor punzante en el pecho y sentía que me quemaba, como si el que estuviese bañado en gasolina y al que le hubiesen pegado fuego fuese a mí.

—Ven, por favor. —Mi tío abrió los brazos, dando un paso hacia mí. Las lágrimas me bajaban por las mejillas mezclándose con la sangre; estaba derrotado, hundido, no soportaba una mala noticia más—. Él te quería, Sean. Os quería, te lo juro.

—¿Y dónde estuvo? ¿Por qué se fue?

Mi tío me apretó entre sus brazos y yo dejé caer mi cabeza sobre su hombro más por cansancio que por otra cosa.

—Tu madre no te dijo la verdad, ¿cierto?

Volví a tensarme.

—¿Qué verdad?

—Tu padre no os abandonó, a tu padre se lo llevaron preso, Sean.

Mis ojos se abrieron de par en par, sintiendo que el fuego que rodeaba mi cuerpo seguía acrecentándose más y más.

¿Cuándo me iba a morir? ¿Cuánto tardaría en reducirme a cenizas? Debería de estar a punto, porque ya casi no podía soportarlo más.

Le aparté bruscamente de mí.

—¿Por qué, joder?

—Porque hacía lo mismo que tú, meterse en mierda para poder sacaros adelante. Ellos tenían buenas carreras, pero sus familias les estaban haciendo la vida imposible y…

Conocía la historia, sus familias, sobre todo la de mi madre, no querían que estuviesen juntos, así que emigraron y, una vez aquí, las carreras que habían estudiado no les servían de nada. La vida

era cara, eran jóvenes, sin ahorros, sin apoyo familiar, sin estudios válidos, así que las cosas se pusieron complicadas.

Luego mi madre quedó embarazada de mí y todo el peso económico recayó sobre mi padre.

Al poco de yo nacer se supone que fue cuando salió corriendo.

—Ya me han contado ese cuento, tío Vladimir.

—Pues en la parte en que te dicen que se fue, lo que pasó es que le pillaron e hirió a un poli intentando escapar. Tenía un temperamento fuerte, Sean, era igual que tú. Cuando te veo…, le veo a él.

Estuve a punto de agarrarle por el cuello y estrangularle, porque yo no era como él, yo no era una maldita basura traidora.

—¡Sean! ¡SEAN, JODER! —rugió tras otro forcejeo—. Ha estado encerrado hasta ahora, estaba amenazado de muerte porque nunca pudo entregar el dinero que debía. Pero no lo entregó porque se lo dio a tu madre para que pudiera salir adelante hasta que fueses lo suficiente grande como para ella buscarse un trabajo. Mintió y dijo que se lo quitó la policía. Y ¿sabes qué ha pasado?, que casi dieciocho años después, lo han matado. Dentro de la cárcel. Por ese puto dinero.

—No… —negué, me dolía horrores aceptar esa verdad. ¿Mi padre estuvo en la cárcel todos estos años? ¿No nos dejó tirados? ¿Y yo nunca hablé con él? ¿Nunca le hice una visita?—. Mi madre no me mentiría, no con algo tan gordo, Vladimir.

—Tu madre te ha protegido, Sean. Ha estado vigilado todo este tiempo, si te hubieses acercado, si hubiesen sabido que eres su hijo, habrían ido a por ti, y a por ella y a por Lucy, ¿no lo entiendes?

—¿Y por qué me lo cuentas ahora, maldita sea?

—Porque ya la deuda se ha pagado, la ha pagado con su vida, y quiero que le recuerdes como merece. Porque tal y como te dije antes, es injusto que le odies.

Miré a mi alrededor, estaba aturdido, mi cabeza iba a explotar. Sin saber por dónde empezar, me puse a recoger toda la mierda que había roto, era un jodido animal, nunca cambiaría.

De hecho, con los años solo iba a peor.

—No te preocupes, ve a clases que yo lo arreglo.

Solté una carcajada cínica, metiendo los restos de su ridícula lámpara en la papelera

—Me acabo de enterar que han asesinado a mi padre, ¿crees que estoy para ir a clases?

—No puedes rendirte, Sean, eres un Kiev.

—¿Y qué importa eso?

—Importa que tu padre ha dado la vida por ti. —Su voz se volvió aguda—. No dejes que sea en vano, chico.

Las manos me temblaban con aquellos trozos de cerámica rotos. La sangre seguía goteando sobre el suelo, me daba tan igual.

—¿Sabes quiénes han sido?

—No vas a buscar venganza, Sean, eso haría que tu padre se revolcase en la tumba. —instó, con un tono tan crudo que no parecía siquiera él, era la primera que me hablaba así. Su mano se apoyó sobre mi hombro, dándome unas leves palmadas—. Me encargaré de que me den sus cenizas y se las llevaré a tu madre, ¿vale? Y cuéntame, ¿qué es eso de que Mary se muere?

Bajé los brazos, notándome cada vez más ahogado en un charco de mierda.

—Tiene cáncer, lleva tiempo luchando con la enfermedad, pero ha perdido la batalla. Le quedan seis meses de vida.

La mano de mi tío se tensó alrededor de mi hombro.

Con la voz rota, acarició mi cabello negro e hizo algo que nunca antes había hecho, me dio un beso en la frente.

—Lo siento, de verdad. Cuando se vaya, podéis venir a vivir a mi casa, tu hermana y tú, me haré cargo de vosotros. No estáis solos,

Sean. Me tenéis a mí, tu madre es orgullosa, pero tú debes aceptar mi ayuda, por el bien de tu hermana.

Para su desgracia, yo era igual de orgulloso que mi madre. Aunque por el bien de Lucy haría cualquier cosa.

—Aún no está todo perdido, tío —murmuré, pensando que, ya puestos, era correcto decirle toda la verdad—. Ha salido una nueva inyección que ataca directamente a las células cancerígenas, son muy caras, aunque podrían curarla. Valen mil quinientas libras cada una.

Mi tío dejó resbalar su mano de mi hombro.

—¿Por eso vas por las calles vendiendo drogas?

—Por eso y para poder comer, con mi sueldo solo da para el alquiler, el agua y la luz. Lucy crece cada vez más rápido y necesita alimentarse en condiciones, todos lo necesitamos.

—Sean, ¿por qué no me has pedido ayuda? Pensé que…

—¿Que solo lo hacía porque era avaricioso? ¿Para comprarme ropa cara, coches y motos? Te aseguro que la avaricia es el último de mis pecados capitales.

Vladimir me agarró del codo para obligarme a mirarle, teniéndole de frente.

—Pagaré esas inyecciones, pagaré vuestro alquiler, pero sal de la calle.

El dolor que sentía en el pecho fue irradiando hasta otras partes de mi cuerpo.

—No queremos tu ayuda, no somos tu problema.

—Sean…

—Déjame en paz.

Abrí la puerta de un tirón, sin saber a dónde diablos ir, hoy no podría estar en las clases. Tal vez, lo mejor era coger la moto y perderme lejos, desaparecer por algún lugar en el que los rayos del sol calentasen el frío intenso de mi gélida alma.

O que me quemasen de una jodida vez.

—Sean, no puedes conseguir tanto dinero tú solo. —Vladimir me perseguía sin rendirse—. Déjame encargarme de tu madre, solo eso, sigue haciendo lo que haces, sigue pagando el alquiler y la comida, me parece perfecto, pero déjame lo otro a mí.

—¿Por qué?

—Porque quiero hacer algo por tu padre, y esto es lo mejor que puedo hacer, no olvides que Paul era mi único hermano.

Le miré, notando los ojos jodidamente rojos.

—Hazlo, aunque no esperes que te dé las gracias; se lo debes a mi padre, no a mí.

Él asintió, con el ceño fruncido.

—Hay otro tema del que tenemos que hablar, pero eso lo dejamos para otro día, se trata de la chica de antes, la señorita Saphire.

No, joder, no me la nombres.

—¿Qué pasa con ella?

—Otro día, Sean. Ahora tengo que arreglar mi zona de trabajo —masculló con cierto resentimiento—. Deberías ir a que te curen esas heridas, pasa mañana por mi despacho, hablaremos y te daré el cheque para la primera inyección.

—No quiero ningún cheque —rugí con la mandíbula tan apretada que me dolían los putos dientes—. Quiero que vayas a mi casa, le cuentes personalmente lo que ha pasado y te hagas responsable de ella, ¿quieres hacer algo por mí? Entonces esto es lo único que te pido, dale algo de afecto y cariño, hazle sentir que su vida merece la pena, que no está sola.

La expresión de mi tío se rompió al escuchar mis palabras, había sido un cobarde todo este tiempo mirando hacia otro lado. A lo mejor no éramos su problema, pero si de verdad quería ayudar a mi familia, entonces que se comportase como un hombre e hiciese las cosas bien, de una maldita vez.

—Solo de esa forma conseguirás que me sienta agradecido contigo —añadí, antes de darle la espalda e irme al baño para echarme agua en la cara y quitarme toda la sangre que tenía por el rostro.

Como mi día no podía ir peor, Naomi se cruzó conmigo por el pasillo y gritó al verme; la ignoré, metiéndome en el aseo de los tíos, la muy idiota entró.

—¡Sean! ¡Sean, joder! ¿Qué te ha pasado? ¿Qué te han hecho?

No quería hablar, no quería verla, solo quería estar solo.

Y solo había una persona con la que me apetecía compartir mi dolor, pero estaba prohibida para mí.

Cuánto más avanzaba mi día, más me daba cuenta de lo poco adecuado que era para ella. Ahora tenía que sumar un padre delincuente que estuvo casi dieciocho años en prisión, y al que acababan de matar por una deuda de dinero.

Todo se veía oscuro, turbio y poco entendible. Era tan… tan difícil atar los cabos.

Aunque una pregunta retumbaba en mi cabeza una y otra y otra vez:

¿Tendría Anthony algo que ver con ello? ¿Sería él quien mandó matar a mi propio padre? Lo dudaba, Anthony no era tan mayor. Solo tenía treinta y cuatro años, no podía llevar tanto en el negocio como para esperar casi dieciocho años a que mi padre saliese de la cárcel.

Tenía que ser otra banda, sin duda.

Los encontraría.

Ahora que mi tío había dicho que se haría cargo de Lucy y que pagaría las inyecciones de mamá, yo tenía libertad para dejar libre a la bestia que dormía dentro de mí. Era hora de empezar a poner las cosas en su sitio. Era hora de dejar que el mundo conociese al monstruo en el que ellos mismos me convirtieron.

—Sean, mírame, deja que te cure eso. —Naomi trató de agarrar mi barbilla, mi reacción fue de empujarla hacia atrás.

No fue como con Brit, que me estuve quieto notando como la ira se apagaba. Con ella la tormenta se desvanecía y los días se volvían soleados.

Pero con ella, no. Con mi ex seguía lloviendo y los rayos me caían encima todavía con más fuerza.

—Ya te lo he dicho, tía, preocúpate de tu puto novio, déjame en paz. —La oí jadear, asustada por verme en aquel estado. Nunca fui violento con ella, siempre la traté como a una princesa, cuando nunca fue «mi princesa»—. Pírate, ¿quieres?

—Pero estás sang…

—¡QUE TE PIRES, HOSTIAS! —Mi mano golpeó el cristal del aseo, haciéndolo trizas. Genial, ahora también me sangraba el puño, estaba bañado en ese líquido rojo y no me importaba lo más mínimo.

Se llevó las manos al rostro, mirándome como si no me conociese, como si acabase de decepcionarle. Ella me decepcionó a mí primero.

La campana volvió a sonar, era el tiempo de la comida.

Después de intentar calmarme, salí fuera, sin tener muy claro qué hacer, inquieto por los nervios. Todas las miradas seguían puestas en mí. Nadie decía ni hacía nada, solo se apartaban de mi camino, mirándome como si fuese lo último con lo que se quisiesen cruzar.

Incluso Derek se sorprendió al verme. A pesar de la situación, no me corté en señalarle directamente a la cara y rugirle, aún notando el sabor de la sangre en mi boca:

—A las ocho iré a tu casa a por mi puto dinero.

Y tras decir aquello, de detrás de su espalda, salieron unos ojos tristes que se fijaron en mí, volvían a estar llorosos y cristalinos.

Era la única que me miraba diferente a todos los demás. Pero yo no merecía sus miradas, no merecía su compasión ni su apoyo. No la merecía y punto.

Agaché la vista al suelo y salí al exterior, mientras mi colega Josh se iba abriendo paso para alcanzarme. Una vez sentí su brazo deslizarse sobre mis hombros, la tormenta dejó de tener tantos truenos y la lluvia torrencial se convirtió en un débil chisporroteo.

—Ya está, colega, ya estoy aquí; sea lo que sea, lo arreglaremos.

Mi brazo también se deslizó tras su espalda, porque, como ya dije en innumerables ocasiones, no sabía lo que haría sin este tío.

—Vamos a mi coche, nos saltamos las clases y fumamos hasta que no sepamos si lo que tenemos delante es la polla o el culo, ¿vale, tío?

—Vale.

—De puta madre, colega, todo está bien. Estás conmigo, nada va a hacer que te derrumbes, porque yo no te pienso soltar, Kiev, tenlo por seguro.

Caí en la parte trasera de su coche, sin fuerzas para seguir aparentando nada. Gracias a Dios que hoy se había traído el coche y no la moto.

Josh arrancó a toda hostia para perderse de Hallow mientras los sentimientos de dolor salían en forma de gritos desgarradores de mi pecho. Él conducía con una mano y con la otra apretaba mi antebrazo, para, tal y como había prometido, no dejarme caer.

—Se arreglará, Sean, se arreglará, joder, tranquilo.

—Lo han matado, Josh, se lo han cargado —logré decir, entre los aullidos de dolor que salían de mi garganta, eran tan profundos que no podía contenerlo.

—¿Qué dices? ¿A quién? ¿A quién han matado?

— A mi padre —murmuré con las últimas fuerzas que me quedaban.—. No nos abandonó, estaba en la cárcel, y se lo han cargado.

Josh dio un frenazo con el coche en medio del arcén, bajándose a toda leche para pasarse atrás conmigo. Me colocó una camiseta que tenía por ahí tirada sobre la ceja y el labio para detener la sangre y

me abrazó, apretándome con tanta fuerza que sentí que podría reconstruirme.

—Eres el tío más fuerte que conozco, puto ruso de mierda —gimió con la voz rota contra mi hombro—. Y pasar por esto hará que lo seas aún más, va a llegar un momento en el que seas indestructible.

—No quiero ser indestructible, Josh, quiero ser una persona normal.

—Lo siento, colega, pero solo los mediocres podemos ser normales, tú eres más grande y especial que eso.

CAPÍTULO 20
BRITTANY



UN MES DESPUÉS

No sabía cómo debía sentirme en un momento como este.

¿Fue mi culpa por estropearle la fiesta? Quizá no quería hacerse cargo de mí y se sintió obligado. ¿Había algo malo en la foto que le mandé?

Le di muchísimas vueltas a la cabeza, intentando buscar una respuesta lógica a lo que estaba sucediendo, la que más me convenció fue que se alejó por Derek. Le pegó muy duro en el pasillo de Hallow, un pasillo repleto de cámaras.

Luego tuvo una confrontación excesivamente violenta con el director, y después de aquello, le vi salir del aseo de los chicos lleno de sangre, con la ceja y el labio goteando ese espeso líquido rojo.

No entendí el motivo de tanta agresividad, nunca supe quién le hizo tanto daño, ¿el director? Un poco impropio, ¿no? ¿Derek? Imposible, estaba en la cafetería cuando esto pasó.

Aquella mañana, bajé del autobús con una ilusión diferente, la ilusión de volver a verle.

Estaba apoyado sobre un árbol frente a la parada de autobuses, tan guapo como solo él podía ser. Cientos de mariposas estallaron en mi vientre al creer que estaba ahí por mí, no obstante, parecía esperar cualquier cosa menos verme, pues en cuanto nuestras miradas se encontraron, él y Josh se dieron media vuelta para irse.

Era como si todo lo sucedido la noche anterior fuese un sueño.

Y no es que hubiésemos bailado y subido arriba para besarnos o incluso algo más, pero, maldita sea, volvió a hacerlo, volvió a ponerme su sudadera, volvió a cuidar de mí, volvió a hacerme sentir importante.

Y ya está, no hubo nada más, desapareció.

Cuando le llamé para ver si estaba bien, en mitad del pasillo, y pasó de mí, le escribí un mensaje que cuatro semanas después seguía sin respuesta.

«¿He hecho algo malo? ¿Estás enfadado conmigo?».

Ni siquiera se molestó en abrirlo para leerlo.

Esperé al lado de su moto y dejé que se fuese el autobús a propósito, no podía quedarme con la duda y el malestar de no saber qué le pasaba.

Le vi derrotado, destrozado, casi más muerto que vivo.

Pero no volvió, se hicieron las seis y media de la tarde y no regresó. La moto siguió allí aparcada, sola.

Sabía que en algún momento tendría que venir a por ella, pero estaba oscureciendo y el último autobús que iba hacia mi urbanización salía a las siete.

Lloré como una idiota en el regreso a casa. Pero fue peor cuando le escuché llegar y le oí hablar con Derek.

Cuando bajé las escaleras para poder decirle cualquier cosa, solo me miró por encima del hombro de mi hermanastro, tenía los ojos rojísimos, no sabía si era por llorar o fumar, o tal vez las dos cosas. Las heridas al menos parecían estar curadas y ya no lucía bañado en

sangre, eso me tranquilizó, aunque su indiferencia me dejó helada y fría, como un iceberg.

De repente, todo era como antes, como antes de aquella noche en la que se presentó aquí para hablar con Naomi y yo me atreví a ponerme frente a los faros de su coche.

Derek le entregó un sobre con dinero, dijo algo de un extra por los retrasos y Sean se lo llevó al bolsillo y se marchó.

El tiempo que me dedicó no fue superior ni a dos segundos.

Como tantas veces me repetí a mí misma, durante aquella semana en la que recibir la atención de Sean fue una fantasía, sus estímulos eran similares a una droga que disparaba la dopamina de mi cerebro, y ahora volvía a sentirme más deprimida incluso que antes.

Pues no se puede echar de menos lo que nunca se ha tenido.

Anastasia se quedaba hablando conmigo hasta las tantas de la noche para evitar que me diese atracones y luego vomitase como si no hubiese un mañana. Ver el pasotismo de mi madre y de todo mi alrededor, me hacía pensar que mi vida no tenía ningún tipo de sentido. Solo quería irme lejos, ¿pero a dónde? Al final, fuese donde fuese, seguiría estando sola.

Agradecía al menos tener a mi mejor amiga Ana, y también estar creando una relación cada vez más sólida con Cindy.

Unos golpecitos en la puerta me hicieron levantar la cabeza del libro que estaba «leyendo», y lo decía entre comillas porque solo pasaba páginas mientras me seguía comiendo la cabeza con todo.

—Cariño, ¿puedo pasar?

Vaya, ¿Lois recordó de repente que tenía una hija?

—Claro, mamá.

Ella entró con una sonrisa aprensiva en la cara, dando pasos rápidos hasta sentarse a mi lado.

—He estado hablando con tu padre. —Johan no era mi padre, pero ella le llamaba así—. Me ha preguntado por ti, le he comentado que llevas un mes muy… cabizbaja.

Alcé las cejas con sorpresa, no creí que nadie lo hubiese percibido.

—¿Te has dado cuenta?

—Claro, cielo.

—Oh.

No sabía qué más decir, la comunicación que yo tenía con mi madre solía ser entre nula y desastrosa, y la mayor parte de las veces terminábamos discutiendo, era agotador.

—Sabemos lo mucho que te gusta bailar, en tu antiguo instituto daban clases de baile, pero en Hallow no.

—Lo sé, sí, lo echo de menos.

—Así que hemos pensado que, para animarte, podrías retomarlo, ¿qué te parece? Hay un gimnasio en Hyde Park, nuevo, con todo tipo de actividades y de chicos guapos. —Me dio un codazo, guiñándome un ojo.

La verdad es que los chicos guapos ya me importaban poco menos que nada, todos eran iguales. Cortados con el mismo patrón.

Y el único que pareció ser distinto, me abandonó antes de que fuese algo suyo.

Era tan patética… Y tenía tantas ganas de vengarme por ello…

Pero eso de retomar las clases de baile sonaba maravilloso. Me ayudaría, mucho.

—Vamos, cariño. Anímate.

¿Esta era mi madre o me la habían cambiado por otra?

Puede que yo también hubiese cambiado, pues hice algo que no solía hacer, me lancé a sus brazos para estrecharla, susurrando un «gracias» de lo más profundo.

Ella me rodeó débilmente, dándome unas palmaditas, era delicada incluso para eso.

—Toma, Brittany. —Colocó dos billetes de cincuenta libras sobre mi mano—. Si no quieres ir con tu hermano porque no te llevas bien con su novia… —puso los ojos en blanco, dando por hecho que mi

comportamiento distante con él se debía a ese motivo—, coge el tranvía y ve a pagar la matrícula, así te distraes un poco.

Me hubiese gustado que mamá viniese conmigo, sobre todo cuando intentaba sobrevivir a una ruptura con un chico que ni siquiera fue mi novio.

¿Estaba siendo demasiado exagerada? ¿Me había vuelto loca? La dependencia emocional era jodida, bastante.

Pero pedir algo así a Lois Saphire era como pedir que lloviese kétchup. Así que al menos ahora tendría algo más que hacer que lamentarme de mis tragedias, me vendría de maravilla salir un poco y ver qué tal ese gimnasio en el que se daban clases de baile.

—Gracias, mamá, iré a dar una vuelta. —Con una energía que hace cinco minutos no tenía, me levanté de un salto de la cama, dejando el libro en su correspondiente lugar de la estantería. Ya estaba vestida, con unas mayas negras y un top blanco, decidí ponerme una sudadera gris por encima y unas zapatillas de deporte del mismo color.

Me até el cabello en una coleta, también me eché perfume, porque para mí oler bien era una necesidad y no un lujo, y cogí una pequeña mochila blanca con una cremallera plateada, saliendo animada hacia la parada de tranvías.

Derek estaba tumbado en el sofá con Naomi, se encontraban cada uno en una esquina con una peli puesta, pero ninguno la veía, los dos se mostraban enfrascados en sus teléfonos.

Qué asco de relación.

La verdad era que, para eso, prefería estar sola.

Tras una caminata de veinte minutos que se me pasó volando, vi que el tranvía recién llegaba y corrí hacia él, odiaba esperar, era una de las cosas que peor llevaba. Nací impaciente por naturaleza.

Una vez compré el *ticket*, me senté, saqué los auriculares y me quedé mirando por la ventanilla. El cielo parecía encapotado, llovería

en breves y esperaba que aguantase un poco hasta la vuelta o que al menos en Hyde Park estuviese más difuminado.

Aun así, amaba los días lluviosos.

El vehículo se puso en marcha, me recosté en el sillón, sin dejar de admirar el exterior, con la música puesta lo más alta posible. La idea de volver a bailar me estaba ayudando a dejar de pensar tanto en él.

Sean siempre estuvo vagando por mi mente, desde que puse un pie en Hallow, pero no de esta forma tan pronunciada, no con esta fuerza.

Él era como uno de esos cantantes o actores famosos a los que adorabas, pero al que sabías que nunca podrías acercarte.

El problema estaba en que él sí se acercó demasiado a mí y me dejó tocarle, olerle y envolverme en su oscuridad.

Una oscuridad que ahora se desvaneció por completo.

El trayecto en tranvía se me hizo más largo que la caminata, podría ser porque era una chica que amaba ser activa y dar paseos al aire libre entre otras cosas.

Decidí llamar a Anastasia por si quería acompañarme, lo de ella no era bailar, pero me gustaría verla, aunque fuese un ratito.

—¿Línea de chismes, dígame?

—Sí, tengo un chisme de lo más fresco, voy a apuntarme a un gimnasio que da clases de baile en Hyde Park y quiero que me acompañes, porque, ¿sabes qué?, la señora Lois dice que está lleno de chicos guapos.

—La señora Lois es sabia y le hacemos caso, así que me vestiré y en cinco minutos estaré en la cafetería de siempre esperando a la señorita Brittany.

—Perfecto, señorita Anastasia. Ponte guapa, es posible que liguemos.

Vamos, Brit, tienes que volver a ser tú misma, tienes que recuperar tu chispa.

—¿Y encontrar a ese chico que te guste tanto como para que el conejo te duela?

Las dos empezamos a reírnos a carcajadas, había olvidado aquella conversación.

Ay, madre. Definitivamente, Sean era de esos que podía lograr algo así.

De hecho, cuando estuvimos a solas en aquel despacho vacío, en la fiesta, me dolió y no solo dolió, ardió.

—Deja de pensar en él, vamos a ir en busca de carne fresca.

Anastasia tenía un don especial para leerme la mente.

—Estoy a una parada de bajarme, ¡ponte guapísima! Estoy deseando ver qué es lo que hay por allí.

Colgué la llamada. Me sentía llena de entusiasmo. El corazón me latía con fuerza y esta vez no era por ansiedad, sino por ilusión, por primera vez, en un maldito mes, volvía a estar ilusionada con algo.

Me coloqué delante de la puerta del tranvía, antes de que se detuviese por completo, y fui la primera en salir en cuanto fue posible.

Fui dando largos pasos hasta la cafetería de Hyde Park en la que siempre merendaba con Anastasia. Solo tuve que esperar dos cortos minutos a que ella apareciese, con un chándal también deportivo de color negro y una coleta alta, llevaba un poco de rímel y *gloss* transparente en los labios.

Esta chica siempre estaba monísima.

—¡Tía! —chilló, mirándome con la boca abierta—. ¡Menudo culazo te hacen esos pantalones!

—Bruta, ¡qué dices! —Me enganché a su brazo y fuimos juntas hacia el gimnasio nuevo, del que estuve cotilleando en el móvil durante el trayecto para así saber por dónde estaba e ir directamente sin perder demasiado tiempo—. Me hacen un culo normal.

En Hyde Park había un total de cuatro gimnasios, pero tres de ellos ya eran antiguos y ninguno daba clases de baile, así que solo quedaba uno como opción.

—¿Te imaginas que conoces al amor de tu vida ahí? Porque estás guapísima, no puede ser coincidencia que hoy estés tan radiante —iba cotorreando Anastasia, con las mejillas encendidas.

Era mi persona vitamina.

Cuando llegamos a la puerta metálica, nos encontramos con centro deportivo enorme. Desde fuera se apreciaba una piscina climatizada, pistas de tenis y otras muchas cosas más. La matrícula debería ser cara, pero valdría la pena.

—¡Vamos! ¡Entra! —me apremió Ana, ansiosa.

Ella no era de liarse con chicos y si alguno se le acercaba —como Josh el día de la fiesta—, salía corriendo como alma que lleva el diablo. Sin embargo, le encantaba mirarlos y hablar sobre ellos.

Para qué negarlo, a mí también.

Tiré de la puerta y me llegó un fuerte olor a cloro por la piscina que estaba justo a la derecha, llena de nadadores que hacían largos de un lado para otro. Era enorme.

Seguimos en línea recta, llegando a un mostrador donde me presenté de forma educada y pregunté por las clases de baile. Una chica de apariencia brasileña con un acento muy marcado, piel morena, cabello afro e increíblemente musculada, nos hizo una señal para que la siguiésemos.

Atravesamos un estrecho pasillo, dejando atrás una sala repleta de bicicletas en la que se daba una animada clase de *spinning*, otra en la que se practicaba capoeira, y otra más, llena de señoras de la edad de mi madre haciendo pilates.

Esto podría gustarle a Lois.

—Mira, cielo —La mujer brasileña me agarró del hombro con tanta fuerza que casi me tambaleé—. Esta es la sala de musculación.

Como ves, todos están entrenando, tú tienes que ir a esa aula de ahí. La chica que ves dentro es la profesora, habla con ella.

Esto no me gustaba, estaba repleto de tíos de entre dieciocho y veinticinco años dándolo todo en las máquinas, y la sala de baile se encontraba totalmente paralela a esa zona, con un cristal descubierto que les permitiría vernos.

—Dios, huele a testosterona por un tubo. —Anastasia se abanicaba a mi lado. Ciertamente, la temperatura acababa de subir de forma considerable.

Caminamos torpemente, disculpándonos con todos los chicos que nos íbamos cruzando, como si fuésemos una absoluta molestia.

—Oye —dijo Anastasia, aferrándose a mi brazo—. Yo entro contigo, no me quedo aquí fuera ni de coña.

—Por supuesto que entras conmigo.

Estábamos cerca, muy cerca de la puerta, cuando un tío de casi dos metros, con el cabello negro azabache, corto por abajo y algo más largo por arriba, sin camiseta, de espaldas y con unos pantalones sueltos de color negro que caían con gracia de sus caderas, dejando a la vista un culo redondo y bonito, se nos puso justo en medio.

Hablaba con otros dos chicos más, mostrándoles sus tatuajes, explicándoles dónde se hizo cada uno de ellos.

Yo solo podía visualizar la enorme calavera que tenía tatuada en la columna, mientras las piernas me flaqueaban y las hormonas se me disparaban al ver cómo los músculos de su espalda se movían con cada gesto suyo.

Colocándose de perfil un segundo, fortaleció el brazo dejando ver un potente e increíble bíceps, enorme y duro como una roca; Anastasia y yo doblamos el cuello a la vez, siguiendo el recorrido de su cuerpazo.

El que estaba sentado frente a él con unas pesas en la mano, también bastante fuerte y musculado, carraspeó y, entonces, las dos

gritamos a la vez.

Eran ellos.

Maldita sea.

El que se había aclaró la garganta no podía ser otro que Josh Halimton, con Charlie Howkings a su lado haciendo un ejercicio de lo más extraño que no teníamos ni idea de para qué servía.

Por supuesto, el dueño de aquella espalda, de aquella calavera y de aquel brazo propio de un competidor de lucha libre, era el mismo tío por el que estuve llorando por las esquinas todo un mes. Sean Kiev.

Nuestros ojos se cruzaron un miserable segundo, recibiendo los dos aquella descarga eléctrica a la vez. Se puso tan rígido como una barra de acero, dándome de nuevo la espalda, mientras Josh no dejaba de mirarnos.

—Ay, madre. —Anastasia seguía agarrada a mí, sin saber ni qué hacer—. Tía, ¿socorro?

De socorro nada.

Fruncí el ceño y di un paso adelante, tocándole, pulsando sobre uno de sus omóplatos como si fuese un botón.

Él me miró por encima de sus trabajados hombros, y en el momento en el que aquellos ojos azules y ese rostro empapado en sudor a causa del ejercicio se fijaron en mí, sentí que el conejo se me contraía hasta doler.

Maldita expresión de mierda que me iba a acompañar hasta la muerte.

—¿Qué? —Eso fue todo lo que salió de su boca, la nuez en su cuello se movió al dar un trago de agua, con el mayor pasotismo de la historia.

—Que estás en medio, ¡¿te puedes quitar para dejarme entrar o necesitas que te vuelva a tirar otra moneda?! —chillé para que me escuchase por encima de la música, con los brazos puestos en jarra.

Juraba por toda mi estirpe que, como se me pusiese chulo, me sacaría una maldita libra de la cartera y se la lanzaría delante de todo el mundo. Aunque eso le hiciera arder en llamas y me quemase viva con él a modo de castigo.

Sean se giró para estar frente a mí, aún en medio, interrumpiéndome el paso.

Cuando le tuve a vista completa, sin camiseta, me vi obligada a usar toda mi fuerza de voluntad para no desmayarme. Gracias a los cielos que Anastasia me estaba sujetando, aunque ella también se veía al borde del colapso.

QUÉ. TÍO. BUENO.

La forma en la que se le marcaban aquellos imponentes pectorales, su abdomen jodidamente trabajado, pulido y limpio, con la tableta de chocolate perfecta, un escorpión en el costado, por debajo de las costillas y esa maldita uve en la cinturilla de aquellos pantalones negros…

Las gotitas de sudor bajaban por todo su torso, algunas de ellas colándose en un precioso ombligo y entre las líneas perfectas que separaban los cuadraditos de su abdomen.

¿Por qué era tan atractivo? Imponía tanto que dolía.

Una venas gruesas y azules recorrían toda su anatomía.

—Pídelo con educación y quizá me mueva.

Ya empezábamos.

—No me hables de educación cuando llevas un mes haciéndome *ghosting*.

Sus cejas negras se alzaron de forma pretenciosa, tener esta conversación conmigo le estaba divirtiendo y lo que menos quería era seguir siendo su entretenimiento.

—La definición de *ghosting* es cuando un integrante de la relación deja de hacerle caso a la otra persona. Tú y yo nunca hemos tenido una relación.

Entreabrí los labios, notando como sus palabras se me clavaban en el pecho. Si creía que era yo la única que sangraría estaba realmente equivocado.

Di un paso más, poniéndome de puntillas para llegar a su oído. No llegué, pero estuve lo suficientemente cerca como para que pudiese oírme. Mis pechos rozaron el comienzo de su duro abdomen.

—Muy bien, espero que no llores cuando otro me folle.

Y tras decirle aquello, apoyé las palmas de las manos en su piel caliente, mientras que las suyas fueron a mis codos, noté la aspereza de los guantes negros que llevaba puestos para levantar pesas; empujé con fuerza, logrando moverlo un solo paso atrás, no era gran cosa, pero sí suficiente para colarme dentro de la clase junto a mi amiga y volver a respirar, porque me estaba quedando sin oxígeno.

Dios, qué intensidad.

Anastasia cerró la puerta para que nos sintiésemos más cómodas, la profesora de baile parecía una mujer de unos treinta y pocos, con una figura estilizada y bonita, propia de una bailarina. Se nos presentó como Sophie.

—Entonces, ¿quieres formar parte del grupo?

Sophie me explicó que no eran clases como tal, había que hacer una prueba primero para poder entrar, y si eras seleccionada, entonces progresabas junto al resto de bailarinas. Hacían espectáculos en el teatro principal de Hyde Park, a solo diez minutos de aquí a pie.

Estaba eufórica pues uno de mis sueños siempre fue subirme a un escenario y bailar.

—Me encantaría, ¿cuándo podría hacer la prueba?

Ella alzó los brazos, caminando hacia el equipo de música.

—Pues justamente nos falta una, así que si quieres… ahora.

—¿Ahora? —Me giré hacia el cristal. Estaban ahí, de brazos cruzados, mirándonos fijamente. Eran como tres malditos cuervos.

Acosadores de mierda.

Alcé el mentón, Sean no iba a entorpecer mi camino.

—Quiero. Ahora. Sí.

—¡Genial! Dime una canción y simplemente fluye.

Tenía muchísimas canciones en mi cabeza que podría bailar, aunque, ya que Sean se empeñaba en ser parte de mi público, elegiría una especialmente dedicada a él.

—*Radar* de Britney Spears.

—¡Uau! —Sophie aplaudió entusiasmada, buscando la canción en su teléfono conectado por Bluetooth al equipo de música—. Genial, solo necesito ver tu cintura, llevamos ropa…, ya sabes, llamativa para bailarinas, ¿eres pudorosa?

Solo llevaba un top blanco bastante minúsculo debajo de la sudadera.

—No sé, hay muchos chicos mirando.

Ella los fulminó con la mirada, haciéndoles un gesto para que se largasen.

—¡Que no la miramos a usted, señora!

Esa voz solo podía ser de Josh. Me enrojecí teniendo que disimular una carcajada.

Gamberro desvergonzado.

—Ya se irán cuando estén cachondos y les dé vergüenza. Vamos, quítate la sudadera, quiero ver ese abdomen.

Dudaba que estos cabrones supiesen lo que era la vergüenza.

Pero si ellos no la tenían, entonces yo tampoco. No hacía nada malo, solo quería acceder a un grupo de chicas para bailar.

Llevé las manos a mi sudadera y la canción de Britney empezó a sonar.

Me la saqué lentamente y me deshice de ella, dejando a la vista mis grandes pechos envueltos en aquel pequeño top blanco y mi

abdomen plano, con una cintura de avispa que se estrechaba a la mitad y luego sobresalía llegando a las caderas.

El *piercing* rosa de mi ombligo brilló cuando hice el primer movimiento de cintura y me pareció como si estuviese escuchando una manada de lobos aullar desde el otro lado del cristal.

—¡Estás muy buena, Brittany! —me halagó Sophie, aumentando mi confianza mientras le daba más volumen a la canción—. Vamos, cielo, quiero ver todo lo que puedes dar.

Para mí, bailar era algo relativamente fácil, sencillo, me hacía libre y llenaba todos los huecos vacíos de mi alma. Porque, cuando bailaba, simplemente sentía que era la mejor.

Girar, mover mi cuello, subir una pierna, agacharme, acariciarme el cuerpo mientras contoneaba las caderas y cantaba la letra la canción, con los ojos cerrados imaginando que estaba sola en mi habitación, fue lo que me llevó a poder dar lo mejor de mí.

El estribillo de la canción empezó a agitar mi corazón, haciendo que me sudara la piel y mi cabello empezase a volverse húmedo. Cuando me di cuenta, estaba junto al cristal, sacudiendo mi cuerpo de un lado a otro frente a él, quien me miraba como si me odiase lo suficiente como para matarme.

Sus ojos bajaron torturados y doloridos hasta mi *piercing*, entreabrió los labios, como si desease algo de esa zona de mi cuerpo. Así que me agaché lentamente sin dejar de mirarle, hasta que mis rodillas tocaron el suelo, arqueé mi espalda hacia atrás y pasé las manos desde el vientre hasta los pechos.

—¡Uaaaau! ¡ERES PURO FUEGO, MUÑECA! —Sophie aplaudía y silbaba junto a Anastasia, que me hacía de animadora.

—¡ERES LA MEJOR, BRIT! ¡DALO TODO!

Subí lentamente hasta estar de pie, enrollé mi coleta rubia entre mis dedos y la solté contra el cristal como si le pegase una bofetada con ella en la cara.

Su ceja derecha se alzó en un tic y justamente ahí terminó la canción.

—Estás más que aceptada, Brittany. Eres parte de esto.

Anastasia vino corriendo hacia mí, arrollándome con la fuerza de un huracán.

Josh abrió la puerta dando saltitos de alegría, abrazándonos a las dos a la vez.

—¡Yo también quiero celebrarlo, chicas!

—¡FUERA DE AQUÍ, MUGRE! —ladraba Anastasia—. ¡ESTÁS EMPAPADO EN SUDOR, QUÉ ASCO!

—Cielo, me quiero poner cachas para ti. —Empezó a hacer poses de las suyas, ahí mismo, en mitad del aula de baile—. Mira esto, ¿quieres tocar?

—No —le graznó a la cara, cogiéndome del brazo y sacándome de allí a rastras.

Cuando salimos del aula, Sean se mantuvo de brazos cruzados, de espaldas a mí. No parecía reaccionar, tal vez realmente yo no le gustaba y ya le daba igual. La desilusión empezó a jugarme una mala pasada, y sacudí la cabeza, pensando que este era un buen momento en mi vida y que nada me lo debería arruinar.

Sophie nos acompañó a la recepción, allí pagué la matrícula para inscribirme y rellené algunas fichas. Anastasia me miraba sonriente todo el tiempo, alegrándose por mí, su energía positiva me daba fuerzas para sobrellevar la situación de mejor forma.

Cuando salimos al exterior, nos volvió a golpear el intenso olor a cloro y nos dimos cuenta de que ellos ya no seguían dentro, estaban ahí, subidos a sus motos.

Creí que volvería a ser presa de su pasotismo, así que agaché la cabeza y seguí mi camino. El rugido del motor de una de las motos nos pasó de largo, era la de Sean, la reconocía por los colores negro y verde alien.

Bueno, qué importaba.

—Has estado increíble, Brit. Tenías que ver cómo te miraba, se le caía la maldita baba —comentaba todo el rato Ana con la vista perdida en la calle: se veía risueña, ¿tendría algo que ver con que Josh la hubiese abrazado y apretujado contra su torso desnudo? Me jugaba el cuello a que sí—. El otro, el amigo, es guapo, ¿verdad?

—Josh es monísimo —concordé. La verdad era que el chico resultaba encantador—. Haríais una pareja increíble, pensándolo bien.

—Qué va, ese tipo de tío no se fija en chicas como yo.

—Pues yo creo que se ha fijado y mucho. Y deja de decir eso, eres preciosa, por dentro y por fuera.

Ella no estaba tan segura, pero ya lo estaba yo por las dos.

Finalmente, Anastasia y yo nos despedimos en la plaza de Hyde Park, le agradecí infinito que me hubiese acompañado y fui hacia la estación del tranvía, ya estaba anocheciendo y hacía algo de frío. Me abracé a mí misma tras subirme la cremallera de la sudadera gris hasta la barbilla. De repente, volví a escuchar una moto que me resultaba familiar, sobresaltándome, giré sobre mis pies, pero me di cuenta de que era absurdo.

Cuando el tranvía llegó, pagué el ticket y subí.

Escogí el asiento de antes y la misma canción de Britney Spears.

En realidad, la bailé para él. Porque todavía no le había podido sacar de mi mente, y dudaba que fuese capaz de lograrlo.

Maldita sea, ¿por qué me obsesionaba tanto ese chico?

Algo negro, como una sombra, se colocó a mi lado, al otro extremo del cristal de la ventanilla, y el corazón me dio un vuelco al reconocer su moto, su cuerpo y su casco. Me miraba fijamente mientras conducía.

¿Qué hacía?

¿Qué quería?

No, no estaba para estos jueguecitos, ni de coña.

Carraspeando para calmar los nervios, busqué otro sitio libre. Levanté el culo para ir al otro extremo, allí no podría vigilarme

Volví a mirar a través del cristal, viendo mi propio reflejo en este, caí en que tenía una sonrisa idiota en la cara, ¿por qué sonreía así?

Para cuando finalizó el trayecto y bajé, daba por hecho que se habría cansado y dado la vuelta.

Aunque mi cerebro estaba a punto de explotar: primero me ignoraba durante un mes, luego se comportaba como un chulo arrogante y ahora me seguía. ¿De qué iba, joder?

Volví a ponerme los auriculares, dándome brío a la hora de caminar para volver a casa, ya era completamente de noche y no me gustaba ir sola a estas horas por ningún sitio.

Un escalofrío hizo que se me erizasen los pelitos de la nuca, me giré rápidamente, sintiéndome observada. Pero, no, no había nadie.

Joder. Jadeé, y decidí correr.

Me sentía paranoica.

El móvil me vibró dentro del bolsillo del pantalón y casi se me cayó al suelo cuando vi su nombre reflejado en mi pantalla.

Sean Kiev: *Tranquila, no tienes que correr, soy yo el que te está vigilando, estás a salvo.*

Miré hacia un lado y otro, con el corazón golpeando en la punta de la garganta. Finalmente, se me ocurrió mirar hacia una colina. Estaba ahí, subido a la moto, con el casco puesto y los brazos cruzados.

Maldito gilipollas.

Yo: *¿Ahora eres un acosador?*

Sean Kiev: *Llámalo como quieras, solo me aseguro de que las cosas vayan bien.*

Yo: *¿A qué te refieres con que las cosas vayan bien?*

Sean Kiev: *A que nadie te folle, nena.*

CAPÍTULO 21
SEAN



Iba a coger una puñetera pulmonía. Estábamos a ocho grados, eran las tres de la madrugada, llovía de cojones y yo me encontraba bajo la ducha con el chorro de agua helada cayéndome encima como si buscase morir de una hipotermia.

Pero, no, mi intención no era la de morir, era la de dejar de tener la polla tan dura como una jodida piedra. No había manera.

Desde que la vi bailando, sudando, moviéndose de esa manera, desde que mis ojos se fijaron en esa perfecta cintura de avispa de la cual la agarraría para empotrarla sin piedad hasta hacerla gritar mi jodido nombre y ese *piercing*…, madre de Dios el *piercing*.

Rosita, pequeño y brillante, quería bajar a ese ombligo y lamerlo, de la misma forma que lamería su coño.

Mierda.

Esta tía era una puñetera enfermedad, una muy dulce, pero una enfermedad.

La erección que tenía desde el gimnasio me dolía horrores, la miraba y estaba ahí, preparada para dárselo todo a aquella *barbie* con la que ya llevaba demasiado tiempo obsesionado. Recordé el

momento en el que sus manos se apoyaron en mi pecho y sentí un latigazo en los huevos que casi gemí de dolor.

No me iba a hacer una paja.

No me iba a masturbar pensando en la pija, por mi puta calavera que no.

Ella había provocado esto, era ella quien tenía que solucionarlo.

Maldita sea, ¿en qué diablos estaba pensando? ¿En tenerla en esta ducha de rodillas con esas maravillosas tetas desnudas y mi polla llenándole la boca mientras le pellizcaba los pezones?

Sí, tal vez pensaba en eso, pero no iba a pasar.

Cerré el grifo, frustrado de la hostia, estuve un mes entero evitándola, y pareció funcionar porque ella empezó a hacer lo mismo. Llegó un punto en el que ni nos cruzábamos por los pasillos. Era como si uno de los dos hubiese abandonado Hallow.

¿Me ayudó en algo eso? No, no dejé de pensar en ella ni un puñetero día, ni una puta noche, pero esperaba que ella al menos estuviese siguiendo con su vida sin más y, aunque la echaba de menos sin entender por qué, pues nunca llegamos a más de cuatro leves momentos de ridículo coqueteo, me caló hondo de la hostia.

Una parte de mí se reconfortaba al decirme que hacía lo correcto, alejándola de un tipo como yo. Pero la otra era como un demonio en mi cabeza, repitiéndome una y otra vez que esa chica no estaría demasiado tiempo soltera, y yo sabía muy bien que en el momento en que algún tío se le acercase, mi autocontrol se iría a la mierda. Y tanto que se iba a ir.

Podía negarme el tenerla, pero no podía dejarla libre para otro, eso era pedirme demasiado.

Y no me entendía, porque con Naomi fue relativamente fácil dejarla ir.

¿No me quieres? ¿No soy suficiente bueno para ti? De acuerdo, chao y no vuelvas a molestarme.

Joder, si parecía que mi novia por tres años fuera Brittany en vez de Naomi, ¿qué puta locura era esta?

Cuando me dijo que no llorase el día que otro la follase, quise contestarle que la que iba a llorar era la madre de ese chaval, por tener que ir a verle al cementerio; por suerte, me mordí la lengua para no fastidiar su momento.

En el fondo de mi cabreo y mal humor, me sentí jodidamente orgulloso de ella cuando pasó esa prueba de baile, y se me quemó el alma al no poder acercarme y mostrarle mi alegría. Solo me quedé ahí, tenso, como un idiota, sabiendo que, si por cualquier cosa nos abrazábamos, me la comería ahí mismo.

Además, ella estaba cabreadísima y no era para menos, casi quise pegarme un puñetazo a mí mismo cuando le solté aquello del *ghosting*. Tuve que decirle esa gilipollez para camuflar mis verdaderas palabras: «Nena, es que estoy loco por ti y tengo que dejarte ir antes de que pierda la puta cabeza».

Esas habrían sido las palabras correctas, pero ni de coña, ¿sabes? Ni de puta coña.

Sin aguantar más un segundo de aquella maldita erección dolorosa, tuve que tragarme el orgullo, poner el agua un poco más caliente y dejar toda la masa de músculo que era mi cuerpo apoyarse contra la pared de la ducha. Cerré los ojos, dejando que el chorro me pegase el pelo a la frente, entreabrí los labios y la agarré, notando como mi estómago se contraía.

Moví involuntariamente las caderas como si la tuviese delante, como si estuviese abierta de piernas y mojada solo para mí. Era vergonzoso tener que recurrir a ello, pero mis opciones después de intentarlo todo para que se me calmase la polla, solo eran hacerme una paja o ir a su casa y follármela.

Obviamente, no iba a hacer lo segundo.

Joder, era un puto cerdo. Bueno, todos los tíos lo éramos, dábamos un asco tremendo.

Agarré mi polla con más fuerza, pensando que era su coño apretado y «tal vez» virgen, eso aún estaba por descubrir.

Subí y bajé la mano, recordando su culo, sus tetas, el *piercing* del ombligo, su coleta rubia, aquellos ojazos, aquella boca.

—Joder, nena. —Mi nuca se apoyó contra las frías baldosas blancas de la ducha y maldiciendo ser tan duro para correrme, porque me costaba un cojón, tuve que seguir buscando en mi mente más y más imágenes de ella.

Tenía la polla a punto de reventar, con las venas más marcadas de lo habitual, dura e hinchada, reclamando un poco de atención femenina.

Finalmente, tras sacudirla bastante, retratando cada parte de su cuerpo en mi mente, como si fuese una obra maestra, un líquido más tibio que el agua, me manchó la mano.

Estuve un buen rato corriéndome, llevaba tiempo con eso ahí guardado y las ganas que le tenía a la pija de mierda no eran pocas. Me dio lástima desperdiciarlo en la ducha y no echárselo encima.

Um, qué pena.

Eres un guarro, tío, para ya, me regañó esa vocecita buena que a veces vivía dentro de mí.

Salí de la ducha después de limpiar el desastre que mi polla hizo ahí dentro, parecía que me había explotado un testículo.

Cogí una toalla y me la pasé por el pelo después de secarme el cuerpo. Vistiéndome solo con un bóxer negro y un pantalón de chándal viejo cualquiera, salí del baño y fui directo a mi habitación.

Mi madre seguía sentada en el sofá viendo la televisión a pesar de ser bastante tarde.

—Má —la llamé—. ¿No deberías ir a la cama? Te has puesto la primera inyección hace poco, tienes que descansar para que haga efecto y esas cosas.

Mary suspiró, desde lo que pasó con mi padre no me miraba igual, era como si se sintiese culpable.

—Es que…

Mis ojos se crisparon al ver lo que tenía entre los dedos. Un cigarro. Ni de puta coña.

—¡SUELTA ESO, JODER! —Se lo arranqué de las manos, furioso—. ¿Qué mierda tienes en la cabeza? ¿En serio te lo ibas a fumar? ¿No te importa tu hija? ¿No te importo yo?

—Sean…—dijo, y su voz sonaba cada vez más dolida. Me sentí culpable por gritarle, pero es que, maldita sea, ¡tenía cáncer en fase terminal! Mi tío se ofreció a pagar las inyecciones, pero tenía que poner de su maldita parte para que esto funcionase—. Perdóname.

Destrocé los tres cigarros que estaban sobre la mesa, haciéndolos pedacitos.

—Como te vuelva a ver con un cigarro, me voy de casa y no me ves más.

Por fin el sol parecía salir para nosotros, no era soleado del todo, pero sí como un pequeño amanecer. Era pronto para que mamá mostrase mejoría, sin embargo, teníamos esperanza. Derek pagó su deuda y Anthony me dio más trabajo. Y ahora solo tenía que pagar el alquiler y las facturas, junto con la comida y la ropa. Podría parecer mucho, pero habiéndome quitado el peso de la inyección de mil quinientas libras al mes, gracias al tío Vladimir, era como si fuésemos millonarios.

Tanto que incluso me permití volver al gimnasio.

Josh se empeñó en que fuésemos al nuevo ya que la chica que lo llevaba era novia de un primo suyo y nos hacía precio.

¡¿Y ahora se tenía que poner a fumar?! ¡Por encima de mi cadáver!

—Joder, mamá, dame un puto respiro —gemí, cansado, sentándome a su lado—. Si tú misma no haces nada por salvarte, es imposible que yo pueda hacer milagros.

Mary asentía una y otra vez, en silencio.

—Es que…—Se tragó un sollozo.

—Es por papá, ¿le echas de menos?

Levantó la cabeza, me miró con ojos aguados y asintió.

—Sobre todo, me siento culpable por no contarte la verdad, Sean. El problema es que sabía lo que harías, porque eres como él, sois dos gotas de agua. —La mano de mi madre fue directa a mi rostro, acariciándolo—. Haces lo que sea por proteger a tu familia, y si esa gente llegase a saber de ti…

—No te guardo ningún rencor, te prohíbo sentirte mal por todo esto, ¿vale? —la animé. Apreté su mano contra mis labios, dándole un beso—. Hiciste lo correcto, así que nada de culpabilidades, y nada de fumar, joder, ¡come fresas! Son dulces y saludables.

Mamá no pudo evitar echarse a reír. Luego me rodeó con sus brazos y, como si fuese un bebé, me apretujó contra su pecho diciendo:

—Cuando te cases, vas a ser el marido perfecto.

—Soy un desgraciado, má.

—De eso nada. —Ahora era ella quien tenía la intención de reñirme—. Eres guapo, fuerte…¡Por Dios! ¡Mira ese pecho! ¿Y esos abdominales? Sean, estás muy cañón.

Que mi madre me dijese esas cosas resultaba vergonzoso.

—Para, Mary. Deja de mirar mi cuerpo. —Puse un cojín del sillón por encima de mi torso desnudo—. Y… una cosa, má.

—¿Qué pasa, hijo?

—Los tíos para los que trabajaba pá…

—No —me advirtió, mirándome como si quisiese matarme, y desvié mi mirada de la suya—. Tu padre no iba por las fiestas vendiendo *maría*, Sean. Hacía cosas mucho peores, cosas muy turbias. Entró en ese mundo y la idea de comprar una casa bonita con piscina y darnos una vida de ensueño le cegó, tanto que mira cómo acabó. No te acerques a ese mundo, ni a esa gente, ¿queda claro? Si me quieres, prométeme que no lo harás.

Me recosté en el sillón al lado de ella, fijándome en la mujer que llevaba una hora en la teletienda, queriendo vender unos pedales para supuestamente «hacer deporte» mientras estabas sentado en el sofá. ¿Alguien compraba esas porquerías inútiles?

—¿Se puso en contacto contigo? ¿Quedaste con él? ¿Fuiste a verlo alguna vez?

Mi madre negó a todo y eso me dolió, sabía que era por protección, podrían haberla matado y ¿qué sería de nosotros entonces? No obstante, no dejaba de pensar en lo solo que se debió haberse sentido Paul.

—Bueno, voy a dormir un poco, en tres horas se supone que me tengo que levantar para ir a estudiar y esas cosas.

Eran casi las cuatro.

—Mañana deberías ir en el bus si tienes mucho sueño. Cualquier día te vas a matar con esa moto, Sean.

Sí, definitivamente, mamá estaba volviendo a ser ella misma.

—Me encantaría morir en mi moto, la verdad, es lo que más amo en el mundo. —Ella me miró con profundo horror—. Después de ti y de Lucy, claro.

Me llevé una colleja que casi me dejó idiota.

—¡Ni se te ocurra volver a decir algo así o te quemo la puta moto!

La mujer histérica que llevaba dentro escondida estaba saliendo a flote.

—Solo era una metáfora, Mary —repliqué, defendiéndome con el cojín hasta que logré escapar de sus garras.

Antes de entrar en la habitación, vi la foto de mi padre junto a una pequeña urna negra, el tío Vladimir nos lo trajo como prometió. No hicimos ningún funeral para no llamar la atención, pero le presentamos nuestros respetos aquí en casa.

Cogí la foto. Mirándola de cerca, realmente parecía que el de la fotografía era yo mismo. También se asemejaba mucho a mi tío.

No supe por qué hice aquello, pero atrapé bajo mi brazo la urna y la foto, me las llevé a mi cuarto y cerré la puerta para colocarlo todo en la mesita de noche.

—Esta noche no duermes solo, pá.

CAPÍTULO 22
BRITTANY



Claramente, no estaba preparada para lo que me esperaba aquel día en Hallow.

Cindy iba a mi lado en el autobús, ensimismada con sus auriculares. No hablaba demasiado, pero siempre intentaba estar cerca de mí. Tras lo sucedido con «doña Nadie», parecía que mi presencia le otorgaba algo de seguridad.

Yo solo miraba por la ventanilla, viendo los arbolitos pasar uno tras otro, pensando en todo lo sucedido ayer.

Todavía tenía su mensaje sin responder en el móvil, un cosquilleo intenso burbujeaba en mi zona baja cada vez que lo releía.

«¿A qué te refieres?».

«A que nadie te folle, nena».

De aquí sacaba dos cosas. La primera, por algún motivo seguía en su línea de no querer que ningún tío se me acercase; ¿por qué? A saber.

Y la siguiente, ¿era yo la segunda chica a la que llamaba «nena»?

Le oí por primera vez decirle esa palabra a la *putizorra* y noté fuegos artificiales en mi interior, aunque ni siquiera fuese dirigida a mí.

Que ahora se estuviese refiriendo a mi persona de esa forma, ¿significaba algo? ¿O tan solo era por el jueguecito que yo misma empecé llamándole «nene» a él?

Maldita sea, vaya lío.

Cuando el bus llegó a Hallow, Cindy me dio unas palmadas sobre el brazo, suaves y delicadas, como era ella, y le sonreí con gratitud por sacarme de mi embobamiento.

Bajamos del vehículo, rodeadas por toda la multitud de alumnos que llegaban junto a nosotras. Derek justo aparcaba su deportivo blanco, Naomi bajó de este y me echó una de sus típicas miraditas de odio. En la parte de atrás iba Nadia, que no volvió a subir al autobús, y junto a esta, otra chica más, Rachel.

Rachel era una zorra contenida. En su cara se percibía la maldad que la corroía, pero, como no tenía apoyo y las normas en Hallow eran estrictas, se controlaba.

Ahora las tres me miraban como si deseasen despellejarme viva. Arqueé una ceja, mostrando indiferencia y seguí mi camino, chocando de bruces con un torso jodidamente fuerte que olía de maravilla. Al levantar la cabeza y ver al tío más guapo de Hallow, la punzada que sentí en el pecho me hizo saber que algo saldría mal.

—Quiero hablar contigo, ahora.

Tragué saliva, tenía la sangre bombeando a toda leche. ¿Me hacía ilusión que Sean quisiese hablar conmigo? Por supuesto. ¿Me moría por saber qué me quería decir? Totalmente. ¿Iba a permitir que después de ignorarme un mes entero pudiese reclamar mi atención y tenerla como si nada? Ni de coña.

—Aparta de mi camino —grazné a regañadientes, dándole un codazo al pasar por su lado. Sabía que era de los que no se rendían y que cuando quería algo lo daba todo hasta el final, y al parecer, hoy me quería a mí.

—Me voy a convertir en tu puta pesadilla como no vengas a hablar conmigo, Britney.

—¡Que no es…! —Me detuve en el pasillo y lo miré de frente, tenía la cara algo pálida y unas ojeras pronunciadas bajo esos preciosos ojos azules. ¿Se encontraba bien?—. Mira, Sean, no sé a qué juegas, pero para de una vez.

—Para tú, joder —rugió, y sentí deseos de cruzarle la cara de un bofetón por atreverse a hablarme así—. Lo siento. —Se llevó una mano a la frente, frotándose el puente de la nariz—. Tienes razón, tengo que dejarte en paz, perdóname.

No, no, no.

Por ese camino, no.

Si se mostraba dócil y amable, ahí sí que mis armas se venían abajo.

—Sean, está bien. —Ahora era yo la que me recriminaba a mí misma, odiándome por ser tan débil cuando se trataba de él—. Hablemos.

Echó una ojeada rápida a nuestro alrededor, solo quedaba el trío de las furcias, arrinconadas contra las taquillas, haciendo como que no nos miraban, pero, obviamente, intentando enterarse de todo.

Me hizo una señal para que le siguiera y, sin pensarlo, lo hice.

—¿Tendremos problemas por llegar tarde a clase?

Tal vez no era una buena idea, yo no solía hacer este tipo de cosas.

—Diré que ha sido mi culpa: tenía que traerte en la moto y me quedé dormido. Yo daré la cara por ti ante tu tutor —dijo sin más, y agradecí que se ofreciese a ayudarme, porque, claramente, iba a llegar tarde por él.

Mientras mis piernas trataban de seguir el ritmo de sus largos pasos, teniendo como visión su ancha espalda y lo bien que le quedaba este jodido uniforme, no dejé de preguntarme de qué hablaríamos y qué quería de mí.

—Sé que lo correcto sería hablar en otro momento, pero en la hora de la comida es imposible tener intimidad, y esta tarde quizá

estés ocupada.

—Sí, lo estoy.

Y no era mentira, debía empezar mis clases de baile.

Llegamos a lo que eran los trasteros donde se guardaba todo el material de Educación Física, esa puerta siempre se encontraba cerrada con llave y me sorprendí al ver que Sean podía abrirla.

—Beneficios de ser el sobrino del director —soltó, y me guiñó un ojo, tirando del pomo para dejarme pasar—. Las pijas preciosas primero.

Preciosa.

Primero, me ignoraba y ahora, me llamaba preciosa.

Bufé, entrando de mala gana, él cerró y la sensación de aquella noche en la fiesta volvió a mí. Solo que esta vez no estaba fumado —o al menos eso parecía— y no se escuchaban gemidos de otras personas.

—No te asustes, nunca te haría nada malo —aseguró buscando el interruptor, escuché un clic. La luz era tenue, pero suficiente. Decidí sentarme sobre un puf enorme que parecía llevar mucho tiempo abandonado.

—No te tengo miedo, Sean. Ni un poquito. —Crucé las piernas, como toda una señorita, manteniendo la espalda erguida y el mentón alzado—. ¿Qué quieres?

Él se sentó frente a mí sobre unas cajas y se encorvó ligeramente hacia mi posición. No soportaba la profundidad de su mirada, dolía, dolía mucho verle y no tenerle.

—Darte explicaciones.

—No me las debes, como bien dijiste ayer…

—Ayer fui un idiota. —Vaya, no esperaba que dijese eso—. Te pido disculpas y también te felicito por lo bien que lo hiciste, no sabía que te gustase bailar.

Una sonrisita tonta se me pintó en la cara a pesar de mi esfuerzo por parecer seria y disgustada.

—¿Por qué desapareciste? No estabas obligado a nada conmigo, solo… solo quería ser tu amiga.

Él respiró profundamente, la vena de su cuello seguía ahí, hinchada, como de costumbre. ¿Era siempre así de nervioso? ¿O solo cuando estaba cerca de mí?

—Te lo dije claramente en la fiesta, me estoy encaprichando contigo, no es ninguna broma.

—¿Y qué hay de malo?

Sus iris se dilataron mientras su cara mostró una irremediable sorpresa.

—¿Cómo que qué hay de malo? No puedo pillarme de ti, Brit.

Maldita sea, ¿en serio? ¿Se estaba…?

—¿Te gusto, Sean?

—Ojalá solo fuera eso, ¿sabes? Sería mucho más fácil.

—¿A qué te refieres?

—Naomi me gustaba, y fue increíblemente sencillo sacármela de la cabeza. —Volvió a hacerme eso que hizo en la fiesta, follarme con la mirada. Mi cuerpo reaccionó humedeciéndome entre las piernas—. Mira, Brit, voy a ser muy franco contigo, para que tú solita elijas lo que te conviene y lo que no, que ya te digo yo que es salir cagando leches de mí.

—Adelante, te escucho —acepté, y me crucé también de brazos.

Si pensaba que podría asustarme con alguna historia de terror lo llevaba claro. Yo también estaba encaprichada de él, y también era cabezota a más no poder. Muchísimo.

—No soy un buen tío, ¿vale? Estoy metido en mierdas.

—Sí, eres un amargado gruñón que va peleándose por ahí con todo el mundo, ¿crees que voy a salir huyendo por eso, Kiev?

—Hago cosas ilegales por dinero.

Me callé, recordando el dinero que Derek le dio, y quise pensar que solo fue un favor, que era algo puntual.

Que a lo mejor Sean se lo prestó para algo y…

—¿Qué tipo de cosas? —Mi voz sonó tan débil que casi fue inaudible.

—Soy un puto camello, vendo droga, me mezclo con gente chunga de cojones y tengo que ir dando palizas a quien no me paga, porque, si no, mi jefe me las da a mí.

Sentí una profunda desilusión en mi interior, no por mí, sino por él. Me dolía que tuviese que estar metido en esa mierda, era un chico brillante, aprobaba todo con sobresaliente, tenía entendido que quería estudiar Medicina. De hecho, creo que todo el mundo lo sabía, todos esperaban grandes cosas de él.

Su familia era preciosa. Su madre. Su hermana.

—¿Por qué? —Fue todo lo que alcancé a decir.

—¿Por qué, qué?

—Que por qué lo haces, hostias.

—Porque de algo tenemos que comer, ¿no? Los muebles no se llenan solos de comida, ni la ropa viene sola a los armarios. Mi sueldo solo da para el alquiler y alguna factura. Es una puta mierda, no pienses que lo hago por gusto.

Negué, era injusto que un chico tan fuerte, dedicado, responsable e inteligente como Sean, se viese obligado a hacer esas mierdas por necesidad.

—Yo podría ayudarte, oye…

—No vayas por ahí, cierra la boca—me advirtió—. Brit, no te estoy pidiendo ayuda, ¿vale? Te estoy diciendo que soy una mierda de persona, que hago cosas malas y que es un error que te pilles por mí. —Sus palabras me ardían en el interior del corazón—. Nunca pensé que una chica como tú se fijase en alguien como yo, pero ayer volviste a provocarme y pensé que tal vez no era el único que

estaba sufriendo con esta mierda, así que he querido venir a hablar contigo y aclararte las cosas. Nada más.

Me di unos minutos para pensar, tampoco podía venir él a decirme lo que debía o no debía sentir; si yo quería pillarme era mi problema y si quería aceptarle estando en cosas chungas, también era mi problema.

—¿Y con tu ex? ¿No eras un mal chico para ella? A ella sí que le rogaste para que estuviese contigo y no te dejara.

—*Barbie*, no vayas por ahí… —Endureció el tono de voz.

—Sí, sí que voy a ir por ahí, Sean. Porque si para ella eras bueno, para mí también.

—Y una mierda, tía. Mira lo que me hizo, me dejó como a una basura, y eso que…

—Que ¿qué? Vamos, dilo.

Sin darnos cuenta, los dos estábamos de pie, en mitad del almacén, con los rostros a un solo centímetro el uno del otro.

—Que no valía tanto la pena como tú.

Mierda.

¿Y de verdad creía que le iba a dejar escapar?

—Tú tienes miedo —le reté, haciendo que sus cejas se alzaran a modo de sorpresa—. Sí, tienes miedo de enamorarte y que te deje, es eso.

—Y una polla. Lo que no quiero es…

Silencio.

Era eso. Tenía miedo de no volver a ser suficiente.

—Sean, yo no soy como ella.

—Ni yo soy un chico pijo con pasta que te pueda comprar el mundo.

Tú ya eres más que suficiente.

—No quiero el mundo. Ni a un tío con pasta.

—¿Entonces qué mierda quieres, Brit?

Seguíamos igual, a un centímetro del otro, sin apartarnos lo más mínimo.

—Que sigamos por donde lo dejamos, que te dejes llevar y dejarme llevar yo también, que permitamos que las cosas fluyan, Sean. Eso quiero.

Él se llevó la mano al pelo, despeinándose, estaba jodidamente atractivo. Tras resoplar, volvió a mirarme, caminando hacia mí, y yo retrocedí, hasta que mi espalda chocó contra las colchonetas sujetas a la pared.

—Si fluyen, van a fluir hasta que te haya comido entera, ¿es que no te das cuenta de lo que me haces? Si me dejo arrastrar, no sé a dónde puedo llegar contigo.

—Me da igual, no me asusta.

Sus manos estaban cada una a un lado de mi cabeza, con su cuerpo contra mí formando una especie de jaula.

Todo mi ser temblaba ante el impulso de la adrenalina, no podía dejar de admirar sus increíbles labios ni esa mandíbula cuadrada tan sexi.

—Vamos —añadí, queriendo romper la tensión del momento—, seamos amigos.

Amigos.

No quería ser su amiga, pero era mejor eso a que simplemente me ignorase.

Su cuello se tensó, girando la cabeza hacia un lado, como un felino que acaba de ver un ratoncito con el que le apetece jugar antes de cazar.

—¿Quieres ser mi amiga, nena?

—Sí—jadeé—. Quiero serlo.

—Genial, pero te aviso de algo. —Sus dedos acariciaron suavemente mi ombligo, palpando por encima de la tela de la

camisa el *piercing*. Noté cómo su expresión se endurecía, como si estuviese sufriendo dolor en alguna parte de su cuerpo—. Tratándose de ti, de «mi nena», creo que voy a ser un amigo bastante protector y algo posesivo. ¿Podrás soportarlo? ¿Seguirás queriendo ser «mi amiga»?

Él no lo sabía, tal vez pensaba que eso me echaría atrás e incluso parecía querer convencerme para que saliese corriendo. Pero lo que me ofrecía era exactamente lo que quería y necesitaba de él.

—Me gustan los amigos posesivos y protectores. —De nuevo, mi voz salió de pito, aguda y ridícula.

Su mano se detuvo momentáneamente sobre mi *piercing* por encima de la tela, yendo rápidamente a mi barbilla y alzándola para mirarme fijamente.

—Qué puto bonita eres, joder —siseó, con un tono tan ronco y grave que logró arrancarme un jadeo desprevenido. Su rostro se acercó al mío, cerré los ojos mientras el corazón estaba a punto de explotarme. Sentí sus deliciosos labios besar mi mejilla—. Volvamos a clases, no quiero meterte en un lío.

Tragué saliva, porque notaba que el aire volvía a mis pulmones en cuanto se separó de mí para abrir la puerta.

De nuevo, volvió a dejarme pasar.

—Las «amigas» primero —susurró cuando mi cuerpo rozó el suyo.

CAPÍTULO 23
SEAN



Tenía la cabeza dando vueltas como una peonza. Quedar como «amigos» no sabía si me iba a ayudar o si lo empeoraría todo.

Seguía pensando que ese afán por seguir conociéndome y llamar mi atención era superficial, sabía que mi físico gustaba a las chicas, pero eso no era suficiente para una relación; no lo fue con Naomi, mucho menos lo sería con Brittany.

Cuando terminásemos el instituto y ella fuese a la universidad, mientras yo tuviese que trabajar y seguir criando a una niña pequeña, cuando no pudiese regalarle cenas en restaurantes de lujo ni comprarle cosas caras, cuando tuviésemos que mudarnos —si lo nuestro duraba tanto como para llegar a ese punto— a vivir a un piso común en un barrio de clase obrera, cuando todo eso llegase, me odiaría y saldría corriendo.

Enamorarme de ella era un error, aunque intentar olvidarla no estaba dando resultado. No sabía qué cojones me pasaba, pero era incapaz de pasar de su culo. Me tenía ahí, como un perro, dispuesto a darle la patita, hacer la croqueta o ir a buscar la pelota; solo necesitaba que ella lo ordenase.

Después de hablar en el almacén, fuimos directamente a su aula, me disculpé con el profesor, diciéndole que era cosa mía. Cuando vio

el estado de mis ojeras y mi cara pálida no tuvo dudas de que decía la verdad.

Y ahora estaba aquí, esperando en la puerta del despacho de mi tío. Otra vez.

Era la hora de la comida, Josh salió a fumar en la zona trasera donde siempre nos escondíamos para ello, y le dije que, si esto no tardaba demasiado, iría a buscarle.

Cuando vi aparecer a la persona menos indicada, agaché la cabeza maldiciendo mi mala suerte, ¿es que nunca me dejaría en paz?

—Sean.

Naomi se sentó a mi lado, en el pasillo de espera del despacho de Vladimir.

—Pareces una acosadora —le respondí. Podía tomarlo como «saludo» o como un «vete a la mierda».

—Tenemos que hablar, no soporto que me sigas evitando.

El maquillaje de su cara seguía siendo excesivo, no sabía qué le pasaba ni por qué venía con esas pintas al instituto.

—No te evito, simplemente no hay nada interesante que puedas decirme, porque nada de lo que venga de ti me importa. Acéptalo de una vez.

Ella respiró profundo, deslizó su mano hacia la mía en un intento de cogerla y la esquivé, advirtiéndole con la mirada que no era una buena idea.

—¿Qué te pasa? Tú nunca has sido así.

—Ya no eres mi novia. Ahora eres lo mismo que todas las demás tías de este instituto —insté, pronunciando cada palabra lo suficientemente lento y lo suficientemente claro para que se le quedase grabado en esa cabecita que tenía—. Un cero a la izquierda.

El dolor se reflejó en sus ojos y no me importó lo más mínimo. Naomi era historia, y me sorprendía la facilidad con la que pude tirar

tres años de relación a la basura, como si nunca hubiesen sucedido, a la vez que me estaba muriendo por una chica con la que, en esos mismos tres años, solo nos cruzábamos por el pasillo y nos mirábamos de reojo.

Los sentimientos eran una cosa muy loca.

—Sean, te quiero. —Su voz sonó de lo más afligida. Sorbió por la nariz, tratando de ahogar un sollozo. Yo seguí frío como un iceberg. Ese «te quiero» no me hizo sentir absolutamente nada—. Por Dios, han sido tres años y no llevamos tanto separados. Tienes que sentir algo.

—Pues no lo siento —afirmé con total honestidad—. De hecho, creo que ya te olvidé estando contigo.

—Pero ¿qué coño dices?

—Sí, Naomi. Empecé a olvidarte cuando después de clases me iba a trabajar y al llegar a casa nunca estabas. Respetaba tu espacio, a tus amigas y tu entorno, pero nunca tenías una maldita noche para mí. Solo me llamabas cuando te metías en líos o necesitabas que te salvara el culo. También empecé a olvidarte cuando organicé una cena con mi madre y mi hermana para presentártelas y me dejaste tirado para salir de fiesta. Joder, ibas de fiesta todos los putos fines de semana, ¿no podías dedicarme uno? —Ella negaba ante todo lo que le decía, como si no fuese verdad—. También te empecé a olvidar cuando te dije que mi madre tenía cáncer en aquella llamada telefónica, y en ningún momento te dignaste a decirme: «¿Voy a verte? ¿Necesitas algo?». Y, por último, entre otras muchas cosas más, te olvidé del todo cuando tras llevarme la peor noticia de mi vida, quise quedar contigo y te inventaste que estabas castigada para irte a casa de Derek.

Una lágrima de cocodrilo le bajó por la mejilla, estaba conteniéndose la rabia de montarme un numerito. La conocía, ella no era de aguantar que le dijesen las cosas a la cara.

—Sean, dame otra oportunidad. Te juro que dejo a Derek ahora mismo y…

—No le dejes, es igual de superficial que tú. Hacéis una pareja increíble.

Cada dardo que le lanzaba se lo clavaba directo en el corazón, podía notarlo de sobra, y me daba totalmente igual. Si eso me convertía en un capullo pues entonces era un capullo de primera.

Un olorcito dulce, afrutado y femenino de la hostia, llegó con una brisa que recorrió el pasillo. Alcé la vista en dirección a las escaleras que subían a la primera planta y, por supuesto, se trataba de ella.

Brittany Saphire.

Nos miraba confusa, desilusionada y a la vez ¿preocupada?

Podía intuir celos en aquellos ojitos brillantes y apagados. No iba a permitirlo.

Lo cierto es que Brittany era la única mujer que nunca debería estar celosa de otra respecto a mí, porque yo estaba ciego por ella.

—¡Eh! ¿A dónde crees que vas? —le grité a la espalda en cuanto, al ver que la había pillado, se dispuso a irse—. Te hablo a ti, *barbie*. Ven aquí.

Me importaba un cojón y medio que Naomi estuviese a mi lado, si le incomodaba, que se fuera.

—¿Qué haces? —siseó mi ex en voz baja—. Estamos hablando, Sean. Esto es una falta de resp…

—¡¿Cómo que «ven aquí»?! ¿Te crees que soy un perro, Sean? ¡Ven tú, que es el mismo camino!

Sí, estaba celosa, muy celosa.

—Tú no eres ningún perro, pero yo sí, y como me hagas ir a por ti, te voy a morder. —Sonreí enseñándole los dientes. Tras pensarlo y debatirse contra ella misma, abrazó su carpeta y caminó con decisión hacia nosotros—. Buena chica.

—Vete a la mierda, ¿qué coño quieres?

Naomi se mantenía a mi lado, no se iba a ir para dejarme a solas con ella, aunque vernos hablar le diese arcadas.

—Saludar a mi amiguita, ¿no puedo?

Brittany puso los ojos en blanco, su cinturita de avispa estaba a la altura de mi cabeza y no pude evitar recordar de nuevo aquel *piercing*, tenía que conseguir que me lo enseñara algún día. A solas.

—Hola, amigo.

—Hola, amiga —repetí. Mi sonrisa lobuna la tenía de los nervios—. ¿Hoy vas a clases de baile?

—Sí, ¿por?

—Hoy es un buen día, entonces.

—¡Sean! ¡Que te den! —Sus mejillas estaban rojas a más no poder —. En serio, Cindy me espera en la cafetería y tengo tela de hambre, ¿quieres algo o no?

—Sí, que me digas a qué hora paso a recogerte para llevarte a las clases.

Las dos me miraron fijamente, una con más fastidio que la otra.

—No es necesario, en serio. —Ese color rosado se me antojaba de lo más adorable, colocó un mechón rubio tras su oreja y añadió—: No te quiero molestar.

—Para nada, me pilla de paso.

Mentira, pero me daba igual.

—No sé…

—No vas a ir sola por ese camino solitario hasta el tranvía, dime a qué hora y punto —exigí, con la misma voz que usaba para reñir a Lucy cuando se ponía cabezota. Se lo diría en ruso para parecer más serio, pero no me entendería—. ¿Cinco? ¿Cinco y media? ¿Seis?

—No vas a aceptar un no por respuesta, ¿verdad?

—Sabes que no, nena.

Que la llamase «nena» delante de mi ex despertó un brillo especial en su cara, los celos se acababan de dispersar por completo. Trabajo completado con éxito.

Ella suspiró.

—A las cinco y media.

—Genial, nos vemos luego.

Sacudió la mano, dejándonos a solas.

—¡Eres un cerdo! —Naomi mantenía el tono bajo, pero su voz salía más exaltada que de lo normal—. ¿Con ella? ¿Con Brittany? ¿En serio, Sean?

Oh, Dios, qué aburrimiento de pava.

—Con la que me dé la gana. No soy tu novio.

—Sabes todo el daño que me hizo. Me jodió la vida, tú mejor que nadie eres consciente de ello.

—Lo sé —reconocí. La vi llorar muchas veces contándome cosas que, según ella, Brit le hizo—. Y por eso es que, a pesar de verla el primer día y derretirme por ella, la he ignorado todo este tiempo, pero lo siento mucho, no puedo más, me flipa esa chica.

Mi mejilla recibió un bofetón que posiblemente dejó marca.

No hice lo más mínimo, solo me mantuve en mi postura, sin dejar de mirarla fijamente.

—¿Has terminado ya, niñata?

—No te hará feliz, te dejará tirado, es igual de puta que su madre, solo quiere hombres con dinero.

Fruncí el ceño, apretando la dentadura para contenerme.

—Desaparece de mi vista, Naomi, de una maldita vez.

—Te hará daño, te joderá y vendrás a mí, ya lo verás.

—Que te pires, joder.

La puerta del despacho de mi tío se abrió, este asomó la cabeza cuando un chico que al parecer era nuevo salió algo cabizbajo.

Me levanté, feliz por perder a esa sanguijuela de mi vista.

Nada más entrar, Vladimir cerró y fue a sentarse en su sillón. Tenía un café con leche humeante sobre el escritorio de madera en el que

empezó a dar leves golpecitos con la yema de los dedos.

—¿Qué tal todo por casa, Sean?

—Bien, tío. Gracias.

—¿Mary va mejor?

—Eso parece, aunque es pronto, solo se ha puesto una —afirmé con un tono más suave—. Gracias por salvarla, en serio.

—Gracias a ti por aparcar el orgullo a un lado y dejarme ayudar. —Inclinó la cabeza—. Hace más de un mes que quería tener esta conversación contigo. Lo he ido posponiendo porque tengo mil cosas en la cabeza, pero no debí hacerlo.

Sí, me dijo que quería hablar sobre Brittany, el día en el que nos dimos de hostias. Lo olvidé por completo.

—¿Qué pasa con ella? Si vas a darme una charla sobre que no soy bueno para una chica así, ahórratela, solo es mi amiga.

Ya estaba a la defensiva, odiaba que me repitiesen todo el tiempo lo que ya sabía y lo que, además, me jodía escuchar.

—No es por eso, como sabrás, hay cámaras en el pasillo. Cámaras que suelo vigilar, Sean —me recordó, y encendió la pantalla de su ordenador, mostrándome la imagen en la que ella me daba la sudadera, esta se me caía y salía un cuchillo del bolsillo y luego se me veía a mí pidiéndole explicaciones. Mierda…—. Fue el mismo día de la pelea con Nadia, necesito saber por qué vino con un arma blanca al instituto. Sé que si le pregunto a ella no me dirá la verdad y tampoco quiero meter a su familia en esto, así que solo me quedas tú. Confío en que mi sobrino me ayude a resolver este rompecabezas.

Negué con la cabeza. Maldita sea, esto era un engorro, podría meterse en un lío.

Podrían expulsarla.

—Era mío —respondí de forma automática.

—Por lo que se ve en las imágenes, parece que no.

—No, no, no— le contradije rápidamente—. Era mío, lo que creí haberlo sacado de ahí, se me olvidó, ¿vale? Siempre llevo algo para defenderme. Ya sabes, el barrio es jodido. Le estaba diciendo que tenía que mirar bien los bolsillos primero porque podría haberse hecho daño.

Mi tío no me creía una mierda, aunque decidió no discutir más sobre el tema.

—Mira, Sean, yo siento algo muy extraño por esa chica, es como un sentimiento de… ¿protección? Me da lástima.

—Lástima —repetí la palabra.

¿Por qué Brit le iba a dar lástima a mi tío?

—Cuando esa chica vino a Hallow y vi su expediente, me propuse ayudarla. Aun así, no me necesitó, ella misma consiguió superar sus traumas y el *bullying* que sufrió.

Espera, espera… Esto no cuadraba para nada con la versión que yo conocía.

—Tío Vladimir, Brit era una abusona en su otro instituto. Pegaba y hacía la vida imposible a otras chicas. O eso es lo que siempre me han contado de ella.

No la juzgaba, ahora que conocía lo dulce que era y después de escuchar lo que Charlie nos contó, pensé que, si había hecho algo malo, debería tener motivos.

Así como ella me aceptaba a mí siendo una desgracia con piernas, yo la aceptaba a ella con todo su pasado. Eso hacían los amigos, ¿no?

Vladimir negaba con la cabeza, con la barbilla apoyada en su mano.

—Es todo lo contrario, Sean. La que sufrió fuertes episodios de acoso fue ella. En primaria, unos chicos de sexto la acorralaban y la amenazaban para que les diese dinero; fueron expulsados. Y en el instituto…, joder.

¿Que unos tíos de sexto la acorralaban en primaria para que les diese dinero? ¿En serio? Pero qué cojones…

Necesitaba buscar a esos chavales y hacerles una visita. Estas cosas no se arreglaban con una expulsión, se arreglaban partiéndoles las piernas.

—¿Qué pasó en el instituto?

—Según tengo entendido, un grupo de chicas empezó a decir cosas sobre ella. Cosas como que se acostó con varios tipos. Esto la destrozó psicológicamente, comenzó a tener trastornos con la alimentación. Pasaba de pesar muy muy poco, a de repente recuperar muchísimo peso en poco tiempo. Siempre estaba débil y cansada, se caía al suelo en todas las clases de Educación Física, y, bueno…

«Bueno…».

¿Había más?

—Bueno, ¿qué?

—Le pegaban. A las afueras de Salduva. La retenían para que no pudiese coger el autobús de vuelta a casa, metían basura en su mochila y en una de esas agresiones le partieron una muñeca.

Me estaba volviendo loco, juraba por Dios que no sabía cómo lograba mantenerme sentado.

—Aun así, la fortaleza con la que llegó a Hallow me dejó pasmado, Sean. Estaba preparado para ponerle a una psicóloga que le ofreciese apoyo y hacer lo posible por su adaptación a este centro. No hizo falta, no le hicimos falta en absoluto. —Se llevó la mano cerrada en un puño a la boca y tosió—. Ha sido una chica de lo más tranquila, todo ha ido de maravilla, pero…

Tenía el corazón a mil, necesitaba salir corriendo de aquí y hablar con ella. No sabía qué decirle ni cómo, en plan: ¿me plantaba en su cara y le decía «oye, nena, dime quién te jodió la vida, que lo voy a enterrar»? ¿O había una mejor forma de afrontar esta puta mierda?

—¿Pero? —Necesitaba que fuese al grano antes de que me diese otro ataque de ira y le destruyese el despacho por segunda vez.

—Pero justamente, su principal acosadora ha ingresado en Hallow y da la casualidad de que la veo con un cuchillo. Tengo miedo de que de nuevo la esté acosando y ocurra una desgracia.

La mandíbula se me cayó al suelo.

¿La persona que la había acosado estaba aquí? Maldita sea, y yo pensando que el cuchillo era para hacerle daño a alguien, cuando, en realidad, solo quería defenderse.

—¿Has permitido que la tía que abusaba de ella entre en Hallow? ¿De verdad has hecho eso? —rugí, controlándome solo porque accedió a ayudar a mi madre, si no fuese por eso, ya le estaría estrangulando con la corbata.

—No me quedó otra, intervino la persona que menos esperaba: Derek Stephan, su hermano.

Esto no tenía puto sentido.

—¿Y por qué…?

—Dijo que eran cosas de niñas, que Naomi había cambiado, y claro, viendo que su propio hermanastro era su novio, pues pensé: bueno, son familia, quizá ahora incluso se lleven bien y merezca otra oportunidad.

Naomi.

Naomi.

Naomi…

—Tío Vladimir, ¿me estás diciendo que la que le pegaba, la que le partió la muñeca, la que difundió esos rumores sobre ella y todo lo demás, fue Naomi?

—Sí, la chica que estaba sentada contigo ahí fuera.

¡ME CAGO EN SU PUTA MADRE!

Como si un rayo me hubiera alcanzado, salí disparado de la silla, lo único que me impidió ir a por esa idiota fue que la puerta estaba

cerrada con pestillo.

Mi tío me conocía muy bien.

—No vas a meterte en problemas, Sean, déjate de estupideces.

—No voy a meterme en mierdas, solo quiero… solo quiero ver a Brit.

Traté de respirar hondo, conteniendo el pulso.

Contrólate, Sean, contrólate. No debes arruinar tu vida por esto, no merece la pena.

El tío Vladimir se levantó con su particular calma de siempre, bordeó el escritorio y abrió la puerta.

—Céntrate en cuidar de esa pobre chica y vigila que nada le pase, hazme ese favor.

Asentí.

Y tanto que lo iba a hacer.

—Quédate tranquilo, está a salvo conmigo.

Y sin saberlo, mi tío me acababa de dar lo único que necesitaba para no volver a alejarme de ella nunca más.

CAPÍTULO 24
BRITTANY



Los gritos de Derek y los lloriqueos de Naomi se escuchaban desde mi ducha. Parecía que la pareja del año atravesaba su primera crisis.

Cuando sequé mi cuerpo y elegí unas mallas blancas con un top celeste y, de nuevo, mi sudadera gris, dejé que el cabello húmedo se secase al aire libre. Me puse un poco de perfume en el cuello y, sin poder evitarlo, acaricié la zona en la que él me besó.

Me arrastré como una anguila hasta la cama y me dejé caer sobre ella, con los brazos y las piernas medio abiertas y el corazón golpeando de forma frenética.

«Sean… —musité su nombre, dejando que el cosquilleo del vientre se extendiese a cada extremo de mi cuerpo, llenándome de esa sensación maravillosa—. Quiero más de ti».

La puerta volvió a sonar, abriéndose antes de que diese permiso, era mi madre. Ya no se escuchaban gritos.

Su cara de incomodidad y súplica ya me dejaban claro que iba a pedirme algo que no quería hacer.

—Necesito que bajes un momento.

El móvil se encendió sobre la manta, ya eran las cinco y media, mierda.

Sean Kiev: *No tengas prisa, pero ya estoy por aquí.*

Resoplé, le contestaría en cuanto mi madre me dijese qué diablos quería.

—Mamá, tengo que ir a baile, es mi primer día, no quiero llegar tarde.

—Ahora te lleva tu hermano en un momento.

No.

Ni hablar.

Se me cerró el estómago, la expresión de Lois era cuanto menos inquietante, decidí meter el teléfono en la mochila y bajar las escaleras resoplando.

Maldita sea, si le dejaba plantado, después de haber venido hasta aquí por mí, me iba a matar. Sabía de sobra que no le pillaba de camino.

Naomi se encontraba abajo sentada en el comedor, junto a Derek, los dos con cara de funeral. Mi madre retiró una silla para que tomase asiento y ella se mantuvo de pie.

—Ella nos ha contado que se siente muy mal porque te estás liando con su antiguo novio. —Mi madre hablaba de forma despectiva, como si la culpa de todo fuese mía y no suya.

Levanté la cabeza para mirarla, esta lagartija era odiosa a más no poder.

—Sean solo es mi amigo, además, ¿ella no es novia de Derek? ¿De verdad va llorando por las esquinas por otro chico mientras se pasa el día en nuestra casa? ¿Viviendo bajo nuestro techo y comiéndose nuestra comida?

—Ni que la pagaras tú —bramó ella.

—Chicas. —Derek colocó las manos sobre la mesa, interponiéndose entre las dos—. Quiero pediros por favor que Sean

Kiev desparezca de nuestras vidas, y que no se vuelva a hablar de él en esta casa. Naomi solo se preocupa por ti, Brit, sabe que no es un buen chico.

—No vas a mandar sobre mis amigos, puedes mandar en tu novia, pero…

—¡BRITTANY SAPHIRE, TEN UN RESPETO! —alzó la voz mi madre —. Si tu hermano dice que ese chico no se vuelve a acercar a ti, es lo que hay. Se cumple y sin rechistar.

—Pero… ¡mamá! —No podía creerlo, mi madre siempre le daba la razón al cretino de Derek como si fuese su asqueroso marido, como si fuese Johan Stephan—. Vale, lo que digáis, me voy a baile.

—Hoy no vas a baile —rugió, y el alma se me hizo trizas—. Ve a estudiar a tu habitación.

—¿Qué? ¿Me estás castigando sin haber hecho absolutamente nada? ¿Para qué diablos me hiciste ilusiones entonces? ¿Para qué mierda fui ayer a apuntarme?

Me cruzó la cara de un guantazo. Sabía cuánto le cabreaba a Lois que le contestase con coraje, aunque yo ya no era la chica que se callaba las cosas. Y prefería llevarme mil golpes más antes que volver a agachar la cabeza.

—A tu cuarto, Brittany.

—¿Por qué? —Volví a mirarla a los ojos, su mirada se crispó y vi la culpabilidad en ella, sabía que lo estaba haciendo mal, sabía que era una madre de mierda—. Yo no he hecho nada.

—Brittany. —El idiota e imbécil de mi hermanastro tomó las riendas de la conversación—. Mañana irás a baile, es mejor que hoy te quedes en casa.

Lo estaba haciendo de nuevo, todo esto era por él, quería alejarme de Sean, estaba segura.

—Eres… —comencé, mordiendo mi labio inferior para no terminar la frase con: «una basura despreciable»— el peor hermano que podría tener.

Lois volvió a chillar mi nombre a modo de reprimenda, mientras a largas zancadas subí a mi habitación, cerré la puerta con pestillo, puse algo de música a un volumen medio y le escribí a Sean por Instagram.

Yo: *Necesito que me llames, este es mi número.*

No tardó ni dos minutos en los que un teléfono sin grabar en mi agenda hacía tono, acepté la llamada y sin poder evitarlo sollocé.

—A ver si lo adivino, ese jabón tan malo se te ha vuelto a meter en los ojos.

Hasta en los peores momentos, sabía hacerme reír el gilipollas.

—Me vas a odiar, Sean.

—Dudo que te odie, nena, no lo hice cuando me tiraste una monedita a la cara como si fuese un mendigo.

—Me han castigado, joder. No puedo ir a baile —le expliqué, y sorbí por la nariz. Mi madre comenzó a golpear la puerta, pidiéndome que abriese—. ¡Que me dejes! —chillé, sabiendo que contestar así solo empeoraría mi castigo.

Pero es que estaba tan… tan cabreada.

Era totalmente injusto.

Odiaba que todo el mundo siempre pagase los platos rotos conmigo. ¿Qué tenían que ver mis clases de baile con la enfermedad mental de Derek al fijarse en mí o en los estúpidos celos de Naomi? ¿Y por qué mi madre nunca podía defenderme aunque fuese un poquito?

—¿Acabas de gritarle a tu madre? —La voz de Sean sonó preocupada—. ¿Te ha pegado?

Sí.

—No —Volví a sollozar—. Es una mierda, me siento fatal por hacerte venir y ahora no poder salir de aquí, seguro que ya no vas a querer volver a quedar conmigo.

—Hace falta más que una madre pirada para separarme de ti, *barbie*.

Otra vez, esa sensación cosquillosa.

—Entonces, ¿no estás enfadado conmigo? ¿No me odias?

—Jamás me enfadaría contigo y mucho menos te odiaría, pero ahora lo importante es que tú estás llorando y eso me vuela la cabeza. ¿Cómo te ayudo?

—No hay nada que hacer, me pasaré el día aquí encerrada y mañana estaré mejor.

—El problema es que tú quieres ir a baile.

—Claro que quiero ir.

—¿Por qué te han castigado?

Si se lo decía, iba a alucinar en colores.

Tal vez, las cosas se pusiesen peor si me dignaba a soltar la lengua.

Bueno, ¿y qué más daba? Sean era mi amigo, ¿no? Y yo estaba harta de callarme las cosas y dejarme consumir por la maldita ansiedad.

—Le gusto a mi hermanastro —solté, dejándome resbalar por el colchón de la cama hasta apoyar el culo en el suelo.

Un silencio abrumador se hizo espeso entre nosotros. Tanto que me empezaron a sudar las manos.

—Le gustas a Derek.

Su voz. ¿Por qué sonaba como si estuviese planeando un crimen?

—Sí.

—¿Y él te gusta a ti?

—¡Por Dios! ¡No! Por eso es que me jode todo el tiempo, ha aprovechado el berrinche que ha montado Naomi en casa para ir a mi madre y decirle que no quiere que me acerque a ti.

—¿Eso ha hecho?

—Sí, eso ha hecho. Es un idiota, Sean, de verdad.

Le escuché gruñir al otro lado, puede que incluso romper o patear algo.

—Quiero que seas muy sincera conmigo, Brit. No haré nada malo, pero dime la verdad.

Asentí mientras le prometía honestidad. Entonces, con aquella voz de asesino en serie, dijo:

—¿Te ha tocado? ¿Te ha puesto las manos encima?

Y rompí mi promesa porque volví a mentir.

—No, no lo ha hecho, no ha pasado nada más de… palabras.

—Palabras.

—Sí, palabras.

—¿Qué tipo de palabras?

—Palabras, Sean, cosas… No quiero hablar de ello.

Noté mi pecho agitado, iba a volver a llorar, quería salir corriendo de esta maldita casa y desaparecer de una vez por todas.

—Entonces, ¿quieres ir a baile?

—Ya te lo he dicho. Quiero, pero no me dejan.

—En cinco minutos estoy ahí.

—¿Qué? ¡NO!

La llamada se colgó y me golpeé la frente. Maldita sea, no debía haberle contado nada, la iba a liar.

CAPÍTULO 25
SEAN



Siempre tuve miedo de que llegase este momento. Una voz en mi cabeza me decía que si en tres años Brittany no se lio con ningún tío ni tuvo novio, ¿por qué iba a tener la mala suerte de que se le acercase alguien antes de que acabase el curso en Hallow?

Mi triste y lamentable plan no era otro que conformarme con ser su amigo hasta que terminásemos el puñetero curso. Luego aceptaría mi vida de fracasado y la dejaría en paz. Con suerte, pasado el tiempo la iría olvidando, o al menos eso esperaba. Aunque una parte de mí sabía de sobra que no iba a poder cumplir con esto, me permitía engañarme a mí mismo para llevarlo de la mejor forma posible.

Nunca me alejaría si no fuese porque ella misma me lo pidiera.

Pero, parecía tratarse de una broma del destino, porque ahora tenía en mis narices a un tío que sí estaba interesado en ella. Uno con mucho más dinero que yo, que podía ofrecerle una vida mejor que yo, y que lo tenía absolutamente todo para ser un mejor candidato que yo.

Encima, vivía bajo su mismo techo.

Derek Stephan.

Ese hijo de la gran puta la quería para él, y ya me estaba arrepintiendo de no haberle pegado más fuerte cuando pude.

Entonces, ¿por eso fue que discutieron en su coche? ¿Por eso ella le pegó un bofetón? ¿Le estaba sugiriendo algo?

Me ardían los puños y tenía los nudillos blancos de tanto apretarlos. Aunque ella le dijese mil veces que no, la sola idea de pensar que él la veía de esa manera era suficiente para desear organizar su funeral.

Cuando saqué el teléfono móvil tras colgar la llamada con Brit y marqué el número de Derek, me di cuenta de que me estaba pillando por esta chica de una forma poco saludable.

Nada me iba a parar.

Nunca.

Iba en picado a por ella.

—¿Sean?

—Hola, cariño. —Me dejé caer contra el manillar de la moto, con un cigarro en la boca—. ¿Cómo te va la vida?

—Bien, ¿al final tendrás la droga que necesito para mañana?

—Mmm, me lo tengo que pensar.

—Tío, no me dejes tirado. Sabes que me hace falta, es la única forma de sobornar a estos cabrones.

Si Derek no hacía fiestas en uno de los casoplones de su padre, fiestas en las que la droga rulaba gratuitamente para todos, sus colegas del equipo de fútbol le hacían el vacío porque era un jodido inútil que no valía para nada.

—Cuando me pagues lo que me debes, Derek.

—Ya te pagué.

Sonreí malicioso.

—A mí no me consta.

—Sean —dijo. Le temblaba la voz—. ¿Qué cojones te pasa? No te voy a pagar dos veces.

—¿Sabes lo que me pide Anthony que le haga a los tíos que no me pagan? —Me saqué el cigarro de la boca, soltando el humo despacio—. Tengo permiso para muchas cosas, desde partirles las dos piernas o quemarles el coche, hasta matarlos. Sí, Derek, puedo matar personas y puedo hacer que parezca un accidente —suspiré —. Y ni se te ocurra grabar esta llamada para chantajearme, porque entonces te meteré en la cárcel de cabeza por comprar drogas y repartirlas en tus fiestas a las que acuden chicas menores.

Silencio.

La sonrisa macabra que tenía pintada en la boca, le haría tener pesadillas si pudiese verla.

—Sean, te lo pregunto de nuevo: ¿qué quieres?

Ya estaba, le tenía acorralado.

—Quiero recoger a mi preciosa novia para llevarla a clases de baile, y quiero que la dejes en paz, porque ella es mía.

Seguramente Brit me mataría si se enterase de esto, y, sin embargo, ahora mismo me daba totalmente igual, no me importaba en qué punto estuviésemos, amigos, algo más o nada. Me daba lo mismo, lo que sí sabía era que no quería que este imbécil se hiciese ilusiones con ella de ningún tipo.

Ni él ni nadie.

Me iban a tener que matar para poder acercarse a ella, lo tenía clarísimo.

—¿Brittany es tu novia? —El desasosiego en su voz áspera denotó cierto enfado.

Sí, le gustaba, y le gustaba mucho.

Y eso me cabreaba de una manera poco humana.

—Lo es, y tú te vas a encargar de que nuestra relación vaya bien y de que mi querida suegra me adore, o te destruiré la puta vida Derek, ¿lo tienes claro o te lo vuelvo a repetir?

—Dame diez minutos —accedió al final.

—Cinco.

La espera se me hizo larga de cojones, tanto que me vi a punto de bajar de la moto e ir a esa puta a casa a tocar en la puerta. Si se creían que iban a impedir que me la llevase, la llevaban clara. No sabían todavía de lo que era capaz.

Finalmente, Brit salió con la mochila puesta, llevaba unas mallas blancas pegadas a esas piernas de infarto, el cabello húmedo recogido en una trenza y los ojos algo llorosos.

Oh, nena.

Bajé de la moto, saqué el casco que guardaba en el sillín, se lo acerqué y sin quitarme el mío la examiné de cerca.

Era tan bonita que me desesperaba.

—¿Estás bien? ¿Tengo que matar a alguien?

Dios, me la quería comer, quería poner mis manos en su pequeña cintura, levantarla y probar esos labios.

—Estoy bien, aunque no sé qué ha pasado. De repente Derek me ha pedido perdón delante de mi madre y me han quitado el castigo. De hecho, mi madre quiere que vengas a casa a cenar algún día.

Eso es, Derek, buen perro.

—Si te contase lo que ha pasado, me odiarías, pero al menos podrás ir a baile. —No podía ver la sonrisa tontorrona pintada en la cara porque llevaba el casco. Ella curvó sus labios a través de esas preciosas mejillas. Era tan adorable…

—Yo solo podría odiarte si te liases con otra chica.

—¿Con otra chica? Lo dices como si ya me estuviese liando con alguna.

Su expresión se quedó seria, examinándome. Finalmente, tras mirar hacia todas partes menos a mí, decidió ponerse el casco.

—No te sientas mal por quererme solo para ti, *barbie* —afirmé antes de que subiese en la moto y acercase su delicioso piercing a

mi espalda—. Yo también te quiero solo para mí.

Ella rodeó mi cintura y la cabeza me dio vueltas. La hostia, el poder que tenía sobre mí no era normal. Joder, me ponía malísimo.

—Prométeme algo, Sean.

—Lo que quieras, nena.

—Prométeme que nunca vas a subir en tu moto a otra chica.

Y tú prométeme que no vas a abandonarme cuando me haya enamorado como un loco de ti.

—Te lo prometo.

Su pecho subió y bajó en un suspiro de alivio.

—Yo también te lo prometo.

—¿El qué?

—Que no me subiré nunca en la moto de otro chico.

—Cariño, ni aunque quisieras podrías hacerlo, le rajaría las ruedas primero.

CAPÍTULO 26
BRITTANY



El viaje en moto hacia el gimnasio fue de lo más placentero. Me hubiese gustado no llevar casco para poder poner mi mejilla en su espalda y disfrutar del calor de su cuerpo. Aunque el casco guardaba un profundo olor masculino a él. Era un olor a limpio, a deporte, a… ¿sexo?

Extendí las manos por aquel abdomen fuerte y duro, casi sin darme cuenta, dejándome llevar por la velocidad y su jodido olor. Noté cómo se le contraía el vientre al sentir la presencia de mis yemas palpándolos, subí un poco más hasta su pecho, tenía el corazón a mil por hora, y yo también.

Sin embargo, no dijo nada, solo siguió conduciendo con esa habilidad que tenía.

Su moto era un bicharraco, si se cayese al suelo yo no podría levantarla, pero él la hacía casi volar, domándola a su antojo.

¿Me domaría a mí de la misma forma?

Por ahora, había domado a Derek y a mi madre. Si no fuese por él, seguiría castigada.

Casi di un sobresalto al notar que algo tocaba mi pierna, estaba sujetando el manillar con una sola mano, íbamos despacio, en línea

recta. Sus dedos largos y venosos comenzaron a subir por mi muslo, sabía a lo que estaba jugando.

«Si tú me llamas nene, yo puedo llamarte nena».

«Si tú me tocas, yo puedo tocarte».

Mordí mi labio, arqueando la cabeza con el casco hacia atrás al notarle cerca del final del muslo, acercándose al glúteo.

Decidí meterle las manos por debajo de la sudadera, sintiendo el calor de su duro abdomen. Estaba ardiendo, tenía una piel demasiado suave, seguro que también olía de maravilla.

—Sigue así y me va a dar igual que seas menor que yo—rugió, y apretó mi culo con la mano, marcando sus dedos en mi carne, logrando con ello que mi sexo palpitase con ganas de más. No quería bajar de esa moto, y si bajaba, quería que fuese para irnos a un sitio privado.

—Es que debería darte igual, solo nos llevamos seis meses de diferencia de edad, Sean.

Su cabeza se inclinó un poco hacia mí, soltó mi pierna para agarrar el manillar con las dos manos y girar. Por desgracia, ya estábamos cerca de Hyde Park.

—¿Me estás pidiendo que te folle?

De nuevo, ese maldito calor. Joder, encima llevaba unas mallas blancas totalmente ceñidas al cuerpo, con la intención de provocarle.

Estaba malditamente húmeda, ¿se me notaría?

—Solo si me das exclusividad. —La moto se detuvo en un aparcamiento destinado a estos vehículos. Sean echó las dos manos hacia atrás, cada una en una de mis piernas, bajando con ellas lentamente hasta mis gemelos, no pude hacer otra cosa que cerrar los ojos e intentar no desmayarme.

Con un grácil movimiento, bajó del vehículo y me ayudó a hacer lo mismo.

Cuando nos quitamos el casco, mis mejillas estaban como dos semáforos en rojo, notaba mi piel quemándose igual que si me

estuviesen cocinando a fuego lento.

—Y tú ¿me vas a dar exclusividad a mí? —Sus brazos me acorralaron contra el sillín negro. Se veía jodidamente guapo, con el cabello despeinado y esos ojos tan siniestros, tan diabólicos, tan… sensuales.

—Sí —asentí rápidamente—. Yo quiero estar solo contigo, Sean.

—Es pronto para saber eso, casi no nos conocemos.

—Pues conozcámonos —respondí con firmeza—. Quiero saberlo todo de ti, y que tú también lo sepas todo de mí.

Su pecho se acercó a mi cara, pues a pesar de estar encorvado era mucho más alto que yo. Agachó el cuello en un intento de estar a mi altura.

—¿Eso es una invitación a ser algo más, *barbie*?

—No… no lo sé. —Tuve que desviar la mirada hacia otro lado. No podía aguantar tanta intensidad, me ponía a mil revoluciones, joder.

—Esto no acabará bien, Brit. Estoy en la mierda, mi vida no es fácil y unirte a mí hará que la tuya tampoco lo sea.

No, eso sí que no.

Alcé la mirada para atreverme a mostrarle coraje y decisión, arrepintiéndome en cuanto me crucé con aquellos vórtices azules absorbiéndolo todo de mí.

—No me juzgues sin conocerme, Sean. —Tragué saliva, sin poder apartar los ojos de aquellos deliciosos labios entreabiertos que esperaban tal vez… ¿probarme?—. Quizá mi vida sea peor que la tuya.

Su mano se deslizó rápidamente por mi espalda, subiéndome sin esfuerzo al sillín de la moto, ahora le tenía casi de frente.

—Pues muy bien, nena, conozcámonos. —Sus dos manos agarraron mis caderas, pegando un empujón hacia su cintura. Di gracias a Dios de que estuviésemos en un callejón solitario y sin salida, pues no pude evitar soltar un jadeo—. Pero te aviso de algo, no es fácil ser mía.

—¿Perdona? Si la idiota de Naomi pudo, yo también.

Sus labios se acercaron a mi mejilla, buscando mi oreja y atrapó con sus dedos uno de mis mechones rubios para ponerlo en su respectivo lugar.

—Naomi nunca fue mía, porque nunca la quise. Pero, de ti, pienso quedármelo todo.

El corazón me iba a explotar, latía tan fuerte que podía sentir cada pulsación en la garganta, impidiéndome pensar con claridad y mucho menos razonar o dar respuestas rápidas e inteligentes.

—Entonces —continuó sin dejar de tenerme aprisionada contra el sillín de su moto, sintiendo su respiración sobre el cuello—. ¿Somos exclusivos?

Hice acopio de toda mi valentía y voluntad para volver a mirarle.

—Sí, Sean. Somos exclusivos.

Me regaló una de sus características sonrisas, dejándome ver unos entrañables hoyuelos que eran lo único en él que no resultaba intimidante.

—Pues quiero un beso para inaugurar nuestra exclusividad, barbie.

Mierda, me iba a caer de la moto. ¿Sean Kiev me estaba pidiendo un beso?

Dios, ¿pero aquí? ¿Tan solitarios? Yo quería que nuestro beso saliese hasta por el telediario.

Maldita sea, el chico más guapo de Hallow me estaba pidiendo exclusividad. ¿Estaba soñando? ¿Estaba sobre una nube flotando? Porque si era así, me quería quedar aquí para siempre.

—¿Quieres un beso de amigos, Sean? ¿Cómo el que me diste en Hallow? —le piqué, disfrutando de la tensión que se formaba a nuestro alrededor. Ya ni siquiera me acordaba del baile, solo deseaba continuar con mis caderas totalmente pegadas a las suyas y sus labios a un centímetro de los míos.

—Si me pides exclusividad, no puedo ser tu amigo.

—Y si no soy tu amiga, ¿qué soy entonces?

—Ya te lo he dicho, eres mía.

Suya.

Por fin.

—¿Y qué tipo de beso quieres entonces?

Sus labios acortaron la distancia hasta los míos, quedando tan cerca que se rozaban entre sí, mientras sus manos recorrían mi espalda, pegándome completamente a él.

—Si quieres que pare, pégame una patada en los huevos, porque de otra forma, no voy pienso detenerme. —Su boca se hizo dueña de la mía al instante, el sabor del tabaco y de algún chicle de menta llegó rápidamente a mi paladar, no me gustaba fumar, pero ese toque era jodidamente ardiente y me dejaba claro que estaba con un chico malo, un chico dominante, un chico que me llevaría a explorar los lugares más oscuros de su alma.

Nuestras bocas se frotaban la una con la otra, haciendo obscenos sonidos entre los maullidos de algunos gatos que rondaban por los cubos de basura del callejón.

Sus dedos se colaron por debajo de mi sudadera, acariciándome el vientre.

—¿Sabes que al *piercing* de mi lengua le encantaría conocer el *piercing* de tu ombligo, nena? —susurró entre mis labios, y en ese instante, empujé mi lengua contra la suya, sintiendo esa bolita metálica, mojándome aún más al imaginarla en otras partes de mi cuerpo.

Pasó un brazo por debajo de mi pierna, haciendo que estuviese totalmente abierta sobre la moto, y que mi cintura encajara a la perfección con la suya.

Nuestras lenguas continuaban luchando por dominar la situación, sin dejar de lamerse dentro de nuestras bocas, haciéndonos jadear el uno contra el otro.

—Haz que pare —suplicó, mordiéndome el labio inferior—. Hazme parar Brit o te voy a follar aquí, en la puta calle.

Su lengua lamió la mía y sus labios me apresaron antes de que pudiese decir algo, mientras mis manos se apoyaban en el sillín para poder mover mi cintura contra la suya, me estaba frotando contra la polla de Sean Kiev.

Ay, madre mía.

Qué vergüenza.

Pero qué gustito.

—Brit… —advirtió—. Joder, deja de moverte así, me vas a matar. —Finalmente, fue él quien tuvo más fuerza de voluntad de los dos, mirándome con los labios hinchados y húmedos, yo debería estar igual—. Bonita bienvenida a la exclusividad, nena.

Una sonrisa tímida se me escapó. Acababa de tener mi primer beso con el mejor chico del mundo.

—¿Ya eres mío, Kiev? ¿No necesitamos un papel firmado ni nada?

—En unos años, pero si quieres te compro un anillo. —Su mano agarró con suavidad la mía, ayudándome de nuevo a bajar—. ¿Estás bien? ¿He sido muy brusco?

—Estoy estupenda.

—¿Seguro, nena?

—Sí.

Nos colocamos bien las mochilas deportivas, él guardó los cascos dentro del sillín de la moto y la aseguró con un candado en la rueda.

Me mantuve caminando a su lado, con la espalda erguida y la cabeza alta, pero sin mirarle demasiado.

Me moría de la vergüenza.

En cuanto llegamos a la puerta del gimnasio, su brazo se deslizó sobre mis hombros y besó mi frente.

—Voy a cambiarme rápido, no quiero perderme ni uno solo de tus bailes.

Su mano cayó por mi espalda y se perdió entre los chicos, los cuales le saludaban de forma animada, uno de ellos era Josh.

Anastasia apareció a mi lado como de la nada, vestida de deporte y con la frente sudada.

—¿No decías que estabas castigada, tía?

Me desinflé como un globo.

—Es una larga historia, tía.

—Tía, no me digas que…

—Tía, te lo juro, tía…

—Tíaaaa.

—Tía, es muy fuerte. —Volví a resoplar, viéndole salir con una camiseta sin mangas, ¿cada día estaba más fuerte o era mi vista que me jugaba malas pasadas? Los pantalones cortos —en este caso gris oscuro— le caían con demasiada gracia desde esas caderas estrechas. Aquellos guantes negros para agarrar las pesas me estaban haciendo pensar cosas muy sucias. Entreabrí los labios, dejando escapar un jadeo en el momento en que sus dedos se posicionaron en forma de uve alrededor de su boca y me enseñó la lengua—. Tía, no puedo más.

—Tía, normal. Es que vaya plan, tía.

—Tía, total.

—Te acaba de decir que te va a comer el coño. Delante de todos. Tía.

—Vaya tela, tía.

CAPÍTULO 27
BRITTANY



Aquella tarde, bailar fue más difícil que el resto de ocasiones en las que bailé en toda mi vida.

No solo tenía que esforzarme por seguir el ritmo y los pasos de seis chicas más, siendo yo la número siete, sino que, para mi mala suerte, la bailarina número uno —la principal— era Rachel. La incomodidad se adueñó de mi persona al verla allí. Quise renunciar, pero luego pensé que eso sería quedar como una cobarde, y yo no era nada de eso.

¿Me incomodaba la presencia de Rachel? Sí, como a ella también le incomodaría la mía, estábamos igual entonces.

Y ya, para terminar de adornar con el broche de oro, Sean y los chicos estaban al otro lado del cristal. Esta vez eran más cuidadosos de no mirar tan descaradamente, pero podía sentir cómo su mirada acariciaba mi piel en ciertas ocasiones.

«¿Quieres que seamos exclusivos?».

«Eres mía».

En ningún momento me preguntó si quería ser su novia, entendía que nos conocíamos poco y que esa palabra era fuerte aún. Suponía que ahora éramos como una especie de rollo, o amigos con derecho

a roce que no podían liarse con nadie más. Y eso ya era mejor que nada, ya era más que ir por los pasillos y mirarle de lejos, suspirando por tener algún día la suerte de que me diese alguna migaja de pan.

Ahora no solo le tenía cerca, también tenía su atención y sus besos. Cielos, nunca había besado a un chico, pero jamás pensé que podría sentirse tan… caliente.

Mientras movía la cintura al ritmo de la música y giraba sobre mis talones, sintiendo la coleta rubia balancearse de un lado para otro, de nuevo, mi estómago hizo el ademán de cerrarse en un puño.

Tal vez, Sean pensaba que yo era un buen partido. Tenía entendido que él quería estudiar Medicina y vaya que lo iba a lograr, era brillante.

Un chico tan dedicado, trabajador, deportista e inteligente querría a una buena chica.

¿Qué haría cuando a mis dieciocho años me fuese de casa y tirase todo por la borda incluso la posibilidad de ir a la universidad?

¿Vendría a recogerme cuando viviese en una habitación de alquiler en algún barrio de mala muerte en vez de una lujosa mansión?

¿Seguiría sintiéndose orgulloso de mí cuando trabajase de camarera en algún bar o de ayudante de cocina?

Brittany Saphire era un diamante que pronto dejaría de brillar, que en unos pocos meses se convertiría en cobre.

Alcé los brazos siguiendo el vaivén de las chicas, mientras notaba que una lágrima se me caía mejilla abajo, ¿de qué servía todo esto? ¿De qué servía si pronto se iba a terminar?

Giré un momento el cuello, viéndole ahí, sobre la banca con una pesa en la mano que parecía pesar más que todo mi cuerpo, levantándola mientras su bíceps se marcaba de forma increíble, me dedicó una sonrisa y yo se la devolví, pero la mía no fue tan radiante como la suya.

¿Y si abandonaba la idea de irme de casa a los dieciocho para seguir siendo la chica que era? Para seguir mereciendo la atención del increíble Sean Kiev.

¿Qué sería más doloroso para mí? ¿Soportar a Derek o perder a Sean?

Estaba hecha un lío y sentía que me iba a ahogar en un vaso de agua. Tal vez solo debería dejar que las cosas fluyesen por sí solas.

—Es que hay algo que no me convence. —Sophie detuvo la música, haciéndonos quedar estáticas, con las pulsaciones a tope y los cuerpos sudados—. Lo hacéis muy bien, pero veo un problema estético en el grupo.

Rachel soltó una carcajada, mirándome de reojo, como si ese problema estético fuese yo.

—Se trata de Brit —aclaró Sophie. La carcajada de Rachel se volvió a repetir y yo fruncí el ceño, dispuesta a arrancarle la cara a mordiscos a quien hiciese falta—. Es la única rubia del grupo, y es tan guapa, ¡no os enfadéis, chicas! Todas lo sois, pero Brit es como una superestrella, y tenerla ahí al fondo hace que la visión se desvíe a ese punto, rompiendo la estética del baile. —Su mirada se centró en mí y luego en Rachel—. Brit, ven tú al centro y Rachel, ponte en la esquina izquierda.

—¡¿QUÉ?! —chilló esta, con un tono de voz tan grave que se me hizo similar a la voz de un hombre—. ¡Pero yo soy la bailarina principal!

Sophie endureció la expresión, no parecía contenta con su respuesta.

—Ten deportividad, maldita sea —le recriminó—. Es por el bien del espectáculo, ¿vas a dejar que el esfuerzo de todo el equipo se vaya al traste por no querer cederle tu sitio a una compañera?

—No me parece justo —gruñó—. Joder, no es justo, ¿por qué no pones a Melany? ¿Por qué tiene que ser ella? Acaba de llegar.

—No se trata de quién llega antes o después, Rachel, se trata de estética. ES-TÉ-TI-CA. ¿Sabes lo que es? —Chasqueó los dedos frente a su nariz, en un intento de hacerla espabilar—. Es la única rubia, su piel es más clara que la de todas vosotras y su silueta es explosiva, tiene que estar al centro o esto será una mierda, ¿lo quieres entender o no?

—Estás siendo superficial, Sophie.

—Este mundo es superficial, Rachel. La gente que viene a ver un baile se deja llevar por la visión, no tiene rayos X para indagar en los corazones de las bailarinas. Es que… ¡hay que joderse!

Rachel agachó la cabeza, mirándome de reojo con odio y resignación, intenté bordearla para caminar hacia el centro, aun así, esta me clavó el codo, chocándolo con el mío.

—Mañana vienes teñida con el puto pelo negro o te reviento, zorra —masculló, yendo hacia mi antigua posición: fondo izquierda.

Sean se dio cuenta, porque ya no estaba en la banca haciendo pesas, sino frente al cristal de brazos cruzados, con los ojos puestos en ella, de forma feroz y amenazadora.

—Paso. Me rindo —dije sin más, y Sophie me miró desilusionada —. Estoy harta, lo dejo.

—Brit, ven aquí. Oye… —La profesora trató de seguirme para que no abandonase la clase, aunque fui más rápida y le cerré la puerta en las narices.

—Nena, eh.

—Necesito un minuto a solas, Sean, por favor —grazné, sintiéndome mal por hablarle en ese tono, pero es que estaba malditamente desbordada.

En cuanto abandoné la música y el bullicio de la sala de musculación y estuve sola en el vestuario de las chicas, me senté en un banco, apoyé la frente sobre mis manos tratando de mantener la calma. Me dolía el pecho tanto como si me estuviese dando un

jodido infarto, y sabía lo que era, era el cúmulo de tantas mierdas queriendo salir.

Quizá lo de Rachel fuera una tontería, pero esa tontería estaba siendo mi detonante en este momento.

La puerta del vestuario chirrió y pude ver a mi mejor amiga seguida de las chicas del baile, todas menos Rachel.

—Después le pegamos, no te preocupes. —Anastasia se sentó a mi lado, empapada en sudor porque había estado haciendo ejercicio también. Me dejé caer sobre su hombro.

Las demás chicas se encontraban a nuestro alrededor, en silencio.

—Es una tirana —habló una de ellas, Jessica, de cabello castaño claro y piel canela, ojos verdosos y buena altura, era bastante guapa —. No es la bailarina principal por ser mejor, sino porque es una insegura de mierda y si no ocupa siempre el centro del mundo, se cabrea.

Vaya, ¿de verdad estaban poniéndose de mi parte?

—Tía… —Melany, de melena caoba y piel pecosa se sentó junto a mí—. No le hagas caso, ¿vale? Es lo que hay, todas queremos subirnos a ese escenario, hemos trabajado duro todo el año por ese momento, nos faltaba una y has llegado tú. Eres jodidamente buena y eso le revienta, pero se tiene que aguantar.

—¡Debería alegrarse por que hayamos encontrado a una buena bailarina! —aclamó Jessica chasqueando la lengua con molestia—. Si se tiene que ir alguien, que se vaya Rachel. Es una tóxica.

Las demás permanecían en silencio, pero parecían estar de acuerdo con lo que Melany y Jessica decían.

—Yo no quiero quitaros el sitio a ninguna, solo quiero ser parte del grupo —susurré sin demasiado ánimo, pues nunca importaba lo que dijese, yo siempre era la zorra egoísta que lo quería todo para ella.

Aunque esta vez parecía ser distinto.

—Brittany, solo es una posición, que estés delante o detrás no te quita valor. En otros números quizá otra deba ser el centro, como

nos ha pasado muchas veces, y hemos perdido puntuación por culpa de Rachel. —Jessica parecía ser la más habladora de todas.

—¿En serio?

—Sí, joder —bufó—. Es un puto estorbo.

Anastasia seguía a mi lado, mirándolas como si fuese un halcón dispuesto a destriparlas. No confiaba en ellas.

—Bienvenida. —Melany tendió su mano hacia mí—. Vamos, eres nuestra centro, te necesitamos para brillar.

Vamos Brittany, tú puedes, sé fuerte.

Asentí y di un trago a la botella de agua de Anastasia, pues la mía seguía en el aula de baile.

Me levanté y las seguí, saliendo del aseo. Josh no tardó en acaparar de nuevo a mi amiga, parecía estar haciendo de su entrenador personal.

Sean me observó dudoso, sin saber si debía acercarse a mí. Se le veía preocupado. Y yo fui una gilipollas con él.

Su aroma masculino, deportivo y jodidamente fresco, acarició cada parte de mi ser, se dedicó a regalarme una media sonrisa a modo de saludo, y yo fui incapaz de resistirme. Mi mano rodeó su cuello, alcé los talones para ponerme de puntillas, sus manos fueron directas a mi cintura y nuestros labios volvieron a encontrarse por segunda vez en lo que iba de tarde.

Fue un beso corto, pero lo suficientemente intenso como para sentir esa electricidad vibrando en cada parte de mi cuerpo.

—Perdona por ser una borde —susurré.

—Tranquila, cómete a esa idiota. No tiene nada que hacer contigo.

Yo sí que no sé qué hacer contigo.

Asentí, girándome hacia la entrada del aula, las chicas me miraban atónitas, como si de repente, tras ese beso con Sean, me hubiese convertido en alguien superimportante y digna de admiración.

La puerta se cerró, ocupé mi lugar en el centro y Sophie asintió mostrando conformidad. Jessica estaba a mi izquierda y Melany a mi derecha.

La música empezó a sonar y lo dimos todo.

CAPÍTULO 28
SEAN



Poco quedaba ya por hacer, estaba loco por esa chica, del todo.

Durante la primera clase pude mirarla disimuladamente, en la segunda, no pude evitar quedarme embobado con ese cuerpazo, esa cara y ese pelo. Era una jodida estrella alumbrando en mi vasto universo de oscuridad.

Y mientras la contemplaba, no podía hacer más que preguntarme en qué momento decidí bajar tanto la guardia como para permitir que se colase en mi interior de esa manera.

—Vaya beso te ha plantado Brit en los morros, chaval —decía Josh mientras contaba los abdominales que iba haciendo. Anastasia ya estaba en las duchas, mi colega no se separó de ella ni para beber agua—. Es lanzada, ¿eh? Me gusta.

—Dios, me flipa —confesé, finalizando otra serie abdominal. Volví a verla, de espaldas, hablando con dos chicas. Cuando vi esa malla blanca ajustada a su precioso, redondo y bien definido culo, sentí un mareo que me hizo perder el equilibrio y sin querer, le pegué un cabezazo a Josh al subir con demasiada fuerza.

—¡Me cago en tus muelas, ruso de los huevos!

—¡Eh! ¡Que te pego otra! —Le agarré la cabeza para ver si le había hecho daño, estaba bien—. No ha sido nada, llorón. ¿Crees que debería invitarla a cenar?

—¿Eh? —Josh aún estaba aturdido—. ¿No puedes dejar de pensar en ella al menos un minuto para preocuparte por mi vida?

—No, ¿sabes de algún sitio que le pueda molar a una chica como ella?

—Tío… —Mi amigo se dejó recaer en el suelo—. La cabeza me da vueltas y no te importa.

Brit se giró, mirándome sonriente, me levanté del suelo como un perro adiestrado corriendo hacia ella.

—¡ESO ES, KIEV! ¡ABANDONA A TU AMIGO EN SU LECHO DE MUERTE! ¡ERES LO PEOR!

—¿Qué le pasa a Joshi? —preguntó ella. Esa dulce preocupación por el idiota de mi colega me robó el protagonismo, así que me puse en medio para ocultarle tras mi espalda.

—Tiene la regla. Oye, has bailado superbién.

Sus preciosas mejillas blancas como la nieve se enrojecieron, quería volver a tenerla como en aquel callejón y terminar lo que empezamos. Mis demonios me gritaban que tenía que hacerla mía cuanto antes a cualquier precio, pero el corazón me decía que esta chica valía demasiado la pena como para cagarla.

—Gracias, ¿crees…? —Inclinó la cabeza hacia un lado y toda su coleta rubia se movió hacia ese lugar—. ¿Crees que estoy a la altura del resto de las chicas?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, nena. Solo te he mirado a ti.

No me interesaba ninguna otra, y no me perdería ni uno solo de sus movimientos por ver si alguna lo hacía mejor o peor.

—Pero mi chica exclusiva es top, que lo sepas.

—Tu chica exclusiva —repitió, y su sonrisa se hizo todavía más amplia—. Me gusta cómo suena.

A mí me gustaba más.

—Me preguntaba si… —Me costaba, yo no era tímido en absoluto, ni de coña, pero con ella tenía un miedo al rechazo de la hostia—. ¿Querrías ir a cenar algo?

—¿El chico exclusivo quiere una cita con la chica exclusiva?

—El chico exclusivo quiere conocer mejor a su chica exclusiva.

Dios, como me siguiera sonriendo así, me iba a desmayar.

Necesitaba decir algo para calmarme los nervios. Hacer cualquier cosa. O al menos, que Josh se levantase del puto suelo y dijese alguna de sus gilipolleces.

—Sí, quiero —asintió casi eufórica. Vaya, ¿le apetecía estar conmigo tanto como a mí con ella?—. La verdad es que no me apetece volver a casa.

Oh, era por eso…

—Genial, pues voy a ducharme y nos vemos fuera. No te vayas sin mí, ¿eh?

—Tranqui, yo también voy a ducharme.

Dúchate conmigo, nena.

—Si necesitas que alguien te frote la espalda…—Sin darme cuenta, la estaba persiguiendo hasta los vestuarios.

Menudo perro baboso estaba hecho.

—De eso nada, puedo hacerlo solita.

—No lo dudo, pero aun así me ofrezco. Por cierto, hoy no me has enseñado el *piercing*, nena.

Bailó todo el rato con la sudadera puesta, estuve desesperado esperando a que se la quitara.

—Ni tú has entrenado sin camiseta. Los dos nos hemos quedado con las ganas por igual, nene.

No tuvo que decírmelo dos veces, me quité la camiseta sudada y se la lancé a la cara. Ella la atrapó al vuelo, dejándosela colgada al hombro. Y yo que pensaba que le daría asco y me soltaría alguna grosería.

—Vamos, ya me tienes sin camiseta, ahora quiero ver mi *piercing*.

La estaba acorralando contra la puerta del vestuario de las chicas, olvidándome del resto del mundo, como de costumbre.

—Cuando estemos a solas, señorito Kiev.

—¿A solas? ¿Tienes intención de estar a solas conmigo? ¿Después de que casi te coma viva en la moto?

No dijo nada, pero la forma en la que aquellos preciosos ojos brillaron y la manera en la que se mordió el labio, me dejó claro que sí.

Ya te morderé yo ese labio, muñequita.

La puerta del vestuario se cerró en mi cara, dejándome ahí plantado. Se había llevado mi camiseta y más me valía correr a las duchas porque se me estaba empezando a poner durísima.

Joder, lo que a mí me pasaba con esta chica no tenía ni pies ni cabeza.

Rachel salió del baño antes que las demás, iba cambiada, con la mochila al hombro y los ojos llenos de lágrimas.

Esto no quedaría así.

—Eh, eh, eh. Ven aquí, Ariel. —Yo siempre me refería a ella de esa forma por su cabello rojizo, no porque fuese guapa o me pareciese una princesa ni mucho menos—. ¿Le has dado un codazo antes a mi novia? ¿Mmm? —Ella soltó un bufido de molestia, parecía estar a punto de reventar—. Te estoy haciendo una pregunta.

—¿Qué os pasa a todos que de repente perdéis el culo por esa tía? Es una gilipollas de cuidado.

¿Todos? Brittany solo me gustaba a mí. Y punto.

—Gilipollas serás tú —repliqué, y la fui persiguiendo hasta la salida del gimnasio—. Es de mala educación dar la espalda a quien te habla, niñata.

—¡Oye, Sean! ¡Ya está bien! ¿Te la quieres follar para joder a Nai? Me parece genial, pero sabes tan bien como yo que es odiosa. Joder, tú también la odiabas.

No la odiaba, fingía que la odiaba, porque necesitaba no fijarme en ella para serle fiel a la imbécil con la que estaba saliendo.

—Te aseguro que Naomi no tiene nada que ver en lo que siento por Brit.

—Oh, «Brit». Ahora es «Brit». Antes era la «pija de mierda».

—No, ahora es mi nena, aunque eso a ti no te importa —señalé—. Escúchame bien, no sé qué le dijiste, pero si vuelves a hacerle sentir mal, vas a terminar debajo del mar, con los cangrejitos y los tiburones, ¿entendido?

—¿Eso es una amenaza, Sean? ¿Estás amenazando a una chica?

—Solo he dicho que, si mi novia vuelve a llorar por tu culpa, le vas a hacer honor a tu color de pelo.

Su cara era de puro desagrado, y ya sabía de sobra con lo que me iba a venir.

—Mark te va a fundir a hostias por esto, sabes que salgo con un chico mayor, tiene veintidós años y va a la uni. Imbécil, te reventará.

—Dale mi Instagram, le acepto cuando quiera y le mando las capturas de pantalla de tus mensajes. De paso también se las mando a Naomi, a ver si sigue siendo tan amiga tuya, te recuerdo que estábamos juntos cuando me preguntabas qué sujetador te quedaba mejor…

¡Plaf! Me cruzó la cara de un bofetón.

Ni siquiera tenía esas fotos, algunas veces pensé en contárselo a mi ex, aunque tampoco quería humillar a Rachel, ya que sabía que todo lo que hacía era por su enorme falta de confianza. Simplemente la ignoré hasta que un día decidí bloquearla.

—Cuando quieras. Que tu novio venga a verme, pero mi advertencia sigue en pie: acércate a Brit y te hago mierda.

—No puedes pegar a una chica.

—Yo no he dicho que vaya a pegarte, esas cosas son para las crías, te estás metiendo con los de mayor tamaño.

Su mirada se volvió más de cristal, estando jodidamente cabreada, y yo también lo estaba, Brit casi renuncia a su sueño por la culpa de esta idiota.

—Has cambiado mucho, Sean. No te reconozco.

—Pírate. —Fue todo lo que dije antes de volver al gimnasio e irme directo a la ducha.

CAPÍTULO 29
BRITTANY



Salí con la mochila colgada de un hombro, Anastasia esperó hasta que terminé de ducharme.

Josh y Sean esperaban sobre sus motos.

—¿Te llevo a casa, Cleopatra? —Josh se quitó el casco, dedicándole una sonrisa encantadora a Anastasia, que me miró como si necesitase que yo le dijese qué hacer.

Debería hacer lo que su corazón le pidiese, pero como yo lo sabía de sobra, la alenté a decir que sí.

—Está bien, aunque no pienso abrazarte.

—Ya veremos cuando acelere.

Josh solo tenía un casco, así que se lo colocó a ella.

—¡Nos van a multar! —chillaba Anastasia, agarrándose a la parte trasera de la moto.

—Tranqui, preciosa. Joshi controla.

Sean bajó de su moto y vino hacia mí para colocarme el casco, su dedo pegó un leve toquecito en mi mentón para que lo alzara. Abrochó la correa de seguridad y frotó la punta de su casco con la mía, como si fuese un «beso».

Dios, ¿cómo un chico con esas vibras de tío malote podía ser tan tierno?

—¿A dónde vamos a comer? —quise saber, agradecida de llevar bastante dinero en la cartera.

—Joshi me ha recomendado un sitio, iremos a ver qué tal.

—Genial.

Ignoré el reciente descubrimiento de que podía agarrarme a la parte trasera de la moto, abrazándome a él. Iba con un chándal azul oscuro y unas deportivas blancas; para mí, vestía bastante bien, tenía buen gusto el condenado.

¿Pensaría él lo mismo de mí?

La moto no tardó en arrancar, incorporándose a la carretera, traté de centrarme y no volver a ponerme totalmente roja por lo que hicimos al llegar al gimnasio. Todavía me parecía una jodida locura que nos hubiésemos liado.

Su lengua empujando contra la mía, sus labios, ese maldito sabor, ese calor, la jodida fuerza de sus caderas.

Cuando metió el brazo bajo mi pierna para subirla y abrirme por completo sobre la moto. Dios, ¿de dónde sacaba esas ideas? Sentía que Sean podría hacer auténticas fantasías con mi cuerpo y yo quería vivirlas todas.

Mis brazos se apretaron más sobre su cintura, le estaba muy agradecida porque, aunque no lo supiera, ya me había salvado un montón de veces. Como ahora, que podía llegar más tarde a casa gracias a que no le importase pasar un poco más de tiempo conmigo.

Tras conducir por toda la avenida, apreciando lo bonitas que se veían las luces y los preciosos árboles que la recorrían, paramos frente a un restaurante de apariencia jodidamente cara, con un montón de gente pija esperando a la entrada.

—¿Te gusta? —preguntó, antes de que bajásemos.

La verdad…

—No —respondí con timidez—. No te enfades, pero es que yo soy más…

—Oh, es demasiado simple para ti. Lo siento, Brit. No estoy acostumbrado a estas cosas, dime dónde quieres ir y te llevo.

¿Demasiado simple? ¡Este chico estaba superequivocado conmigo!

—Sean, yo quiero una hamburguesa.

—¡¿QUÉ?! —Su voz sonó como un gallo afónico que se me antojó de lo más gracioso. No pude evitar reírme.

—¡Mi comida favorita es la hamburguesa con queso, extra de mostaza dulce y patatas fritas!

—No me jodas, Brit.

—¿Qué hay de malo?

—Nada, que nunca te hubiese imaginado pisando una hamburguesería, ¿estás segura? No me mientes, ¿no? No pasa nada porque sea caro, lo va a pagar la droga que le vendí a tu hermanastro.

Rodé los ojos.

Qué capullo.

—Disculpe, señor camello, pero mis gustos son más simples. ¿Puede llevarme a comer carne caliente y sabrosa bañada en salsa por favor?

Sean se quedó inmóvil y en silencio, como si estuviese en una especie de letargo, volví a analizar mis palabras y me cagué en todo.

Bruta.

¡Descerebrada!

—Claro, nena. Yo te llevo.

La moto volvió a rugir y cambiamos de sentido.

—¿Tienes alguna hamburguesería favorita?

—¡Sí! Podemos ir a la que siempre voy con Anastasia.

—Genial, guíame.

Le fui dando indicaciones todo el camino, parecía que él también conocía el sitio, pues en cuanto estuvimos cerca ya se hizo a la idea.

—He venido con Josh alguna vez.

—¿Estáis muy unidos? —Le entregué mi casco en cuanto bajé de la moto, cada vez lo hacía de forma más ágil y menos torpe.

—Demasiado, mataría por ese tío.

Algo me dijo que lo estaba diciendo de forma totalmente literal.

—¿Y tú con Anastasia?

—También, ella es muy importante para mí.

—Se ve de lejos.

—Sí.

Me sentía un poco cohibida, Sean era el chico que solo podía mirar de lejos hasta hacía bastante poco, y ahora iba a cenar con él, nos habíamos morreado hacía unas horas y mis hormonas suplicaban por más.

¿Qué pasaría de aquí en adelante? ¿Volveríamos a besarnos así? ¿Volvería a suceder? ¿En qué momento? Dios, estaba jodida.

Nos pusimos a la cola en el pequeño local de forma cuadrada con unas seis mesas dentro y cuatro fuera. Sean me preguntó lo que quería y se pidió lo mismo que yo, con dos refrescos. Cuando extendí la mano para pagar, casi me asesinó con la mirada.

—Ni de coña, *barbie*.

—Sean, sé que tienes muchas responsabilidades.

—No metas mi vida en lo nuestro —advirtió, con un tono de disgusto—. No necesito tu ayuda, Brit. Ni tu caridad.

Lo nuestro.

—No es caridad…

—Pues aparta el dinero de mi vista, por favor.

Le noté bastante molesto los siguientes quince minutos que esperamos la comida, tanto que no quise ni hablar. Decidí

refugiarme en el móvil, mirando publicaciones de Instagram, mientras él solo permanecía serio, mirando cómo se hacía la carne sobre la plancha.

Cuando no lo soporté más, decidí romper el silencio.

—No puedes tomarlo todo como un ataque, Sean. Estamos en otra época, que las mujeres paguen no es nada malo.

—Brit, por favor, déjalo. —Su tono ahora fue mucho más tranquilo y suave, aprecié cierta tortura en su expresión, como si este tema fuese increíblemente delicado para él—. Necesito sentir que soy lo suficiente bueno para ti, solo es eso.

Tragué saliva, el señor que se encargaba de cocinar la comida, nos entregó las dos bandejas. Sean cogió ambas, yendo hacia la mesa que yo elegí al principio, y tomamos asiento.

Dejé que actuara a su manera, viendo cómo abría las dos latas de refresco, la mía antes que la suya, y después me servía el refresco en el vaso, luego colocó una servilleta a mi lado y prosiguió a echarse su bebida.

Era muy atento. Me encantaba.

—Gracias —dije dando un sorbo.

—No hay de qué, nena, buen provecho. —Chocó su vaso de tubo contra el mío y volvimos a beber—. ¿Por qué brindamos?

Mis ojos brillaron efusivos.

—Por la exclusividad.

Los suyos imitaron mi gesto, volvió a chocar el vaso y bebió de nuevo.

Empezamos a comer en silencio. Era extraño y un poco incómodo, a pesar de la atracción que sentíamos el uno por el otro, lo cual ya no era un misterio para ninguno, seguíamos siendo desconocidos, y él seguía construyendo muros de hielo a su alrededor.

—¿Vas a ir a la universidad después de Hallow? —pregunté, por decir algo.

Sabía que quería estudiar Medicina, pero por puro chisme, no porque él me lo contase en algún momento.

Noté como tragaba con incomodidad, frunciendo el ceño.

—No lo creo. —Mis alarmas se activaron. ¿No iría a la uni? ¿Por qué? —Mi vida es complicada, tengo que cuidar de una niña de ocho años y mi madre está en fase terminal de cáncer, le han dado unos meses de vida.

La hamburguesa se me cayó de las manos sobre la bandeja, quedándome congelada en esa misma postura, mirándole fijamente.

Sabía que la madre de Sean tenía cáncer, pero no esperaba que fuese tan grave, cada día más gente se salvaba.

—Sean, no me lo puedo creer…

—Me enteré el día que fui a tu casa y Naomi me dejó. —Sonrió con amargura, llevándose una patata frita a la boca—. La llamé para que viniese a quedarse conmigo esa noche y me dijo que estaba castigada.

Negué, muerta de la rabia.

¿Así que por eso estaba tan decaído esa noche?

—No te merece, Sean. De verdad.

—Ya no me importa. De hecho, nunca me importó. No sé ni por qué estaba con ella.

—¿En serio?

—En serio.

—Y aun así le fuiste fiel. Eso dice muchas cosas de ti, no quedan chicos como tú. —Intenté animarle un poco. No podía hacerme a la idea de lo fuerte que debía estar siendo. Me ponía en su lugar y no veía la forma de salir adelante.

—Sí, a pesar de que ella no era para mí, me resistí a ir a por ti.

La hamburguesa se me volvió a caer.

—¿Qué?

—Siempre me has gustado, Brit. Desde el primer día.

¡No podía ser!

—¿Qué? Joder…, tú a mí también.

Él arqueó una ceja, pegando un buen bocado y llenándose la boca de carne.

Oh, nene, llénatela de mí.

—Vaya, pues qué pérdida de tiempo —soltó antes de limpiarse los morros con una servilleta—. Aunque, bueno, sigo pensando que lo nuestro…

—¿Lo nuestro qué, Sean? —Me tenía harta con eso—. Somos jóvenes, buenos chicos, no me importa lo que haces para ganar dinero y sacar a tu familia adelante. Ya te lo he dicho, quiero seguir conociéndote —le aclaré, y di un par de golpecitos sobre la mesa, tratando de parecer más autoritaria—. Lo único que dirá si podemos ser novios o no será nuestra compatibilidad.

Él dio otro trago y sonrió con esos hoyuelos aniñados que tan adorable le hacían.

—Eras tan mona, tía.

—Qué tonto…

—El problema es cuando seamos adultos. No te voy a poder comprar un chalet con piscina ni un deportivo si trabajo como mecánico y además tengo una criatura a mi cargo.

Me pasé las manos por la cara con impaciencia.

—¿Y quién te ha dicho que yo quiera eso?

—Ah, ¿no?

—¡Pues no! Además, yo tampoco voy a ir a la uni, ya que hemos sacado el tema.

Ahora era él quien me miraba inquieto.

—Pero ¿qué me estás contando, Brit? Ni de coña, tienes que sacarte una carrera, nena.

—Ojalá, Sean. Es que no puedo, no soporto vivir con el dinero de un hombre que no es mi padre ni aguantar las humillaciones de Derek. Tendrías que ver cómo es vivir en esa casa, ¡es un dictador! Y cuando está Johan…, la tensión es insoportable.

Sean no dejaba de estudiarme, seguía devorando como un animal muerto de hambre, y era normal, con esa altura y esa masa muscular debería necesitar bastante alimento, pero tenía la vista fijada en mí, como si tratase de leerme.

—¿No son buenos contigo?

—No. Tampoco malos, aunque Derek está más estúpido de lo normal, por lo que te conté.

Quizá no debería haber sacado el tema, pues noté que le costaba tragarse lo que tenía en la boca, dejando lo que le quedaba a un lado con la intención de no comer más. ¿Le jodí el apetito? Ay, madre.

—Dime la verdad, Brit. ¿Ese hijo de puta te está acosando? ¿Te obliga a algo?

Las venas de sus manos y cuello de repente se notaban mucho más.

Tenía los labios apretados y la mandíbula tensa, tan tensa que notaba como algunos músculos de esa zona se le contraían.

—Solo palabras, ya te lo dije, pero eso no quita que me sienta insegura. —Seguí mordisqueando algunas patatas y dando ligeros sorbos al refresco—. Sean, ¿recuerdas el cuchillo? Era para defenderme de él —reconocí, notando que dos lágrimas se me caían mejillas abajo. No podía contenerlo más, hoy parecía ser el día de escupir toda la mierda—. Y no, acabo de mentirte, no fueron solo palabras, ¿vale? Cuando me viste bajar del coche delante de tu trabajo, me había pegado un bofetón, porque me dijo que tenía prohibido acercarme a otros chicos, que me quería para él y… y… —Me estaba costando respirar.

—Eh, eh, nena, espera, a ver… —Se levantó de su silla y se sentó a mi lado, deslizando su brazo sobre mis hombros, para apoyar su

frente en la mía. Gracias a Dios, el local estaba lleno y cada mesa iba a lo suyo—. Tranquila, respira y cuéntamelo todo, con calma.

Asentí, abriendo la boca para dar una profunda bocanada de aire.

—Él me dijo…

—¿Qué te dijo, nena?

—Que vivía en su casa, que comía su comida, que era su dinero y que entonces yo…

Noté cómo cada músculo del brazo que me rodeaba se tensaba, volviéndose de acero.

—Sean, no vayas a hacer ninguna locura. Te lo suplico. Mi madre no es nada sin Johan, no puedo liarla.

—Tranquila, estás totalmente segura conmigo.

—Le pregunté si me estaba llamando puta. —Por fin pude soltarlo —. Y me dijo que sí —continué, y Sean alzó la cabeza, su expresión furiosa era la de un puñetero diablo; debía parar y callarme, pero no podía, era imposible—. Y el día de la fiesta…

—Ah, que hay más.

—Sean, cuando me preguntaste por qué lloraba…

—Derek era el puto jabón —afirmó, encontrándole sentido a todo.

—Sí, salí de la ducha y estaba en mi habitación, entró sin mi permiso.

—¿Qué me estás contando, Brit?

—Me arrancó la toalla. Me dejó desnuda. —Sentía tanta vergüenza que no podía ni mirarle. Agradecía demasiado que alguien me estuviese escuchando, abrazándome, formando esa coraza a mi alrededor que me hacía sentir segura. Puede que la estuviese liando muchísimo, pero yo necesitaba esto—. Y me preguntó si me había duchado para quitarme tu semen de encima.

—¿Y qué hizo luego, Brit?

—Nada, se fue.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro, no tengo por qué mentirte.

Estaba agazapada contra su enorme cuerpo, con la mejilla pegada a su pecho, calmándome con el latido de su corazón. Mis lágrimas mojaban su sudadera, pero a él no parecía importarle.

Una de sus manos acariciaba mi cabello rubio mientras la otra permanecía apretada en un puño sobre su muslo izquierdo.

—Por eso no quiero ir a la uni. Mi plan es cumplir los dieciocho en seis meses y fugarme de casa. No tengo a donde ir, quizá termine debajo de un puente o como una vagabunda, siempre me da terror pensarlo, pero luego pienso en ti y…

—¿Y?

—Veo lo fuerte que eres y la capacidad que tienes para salir adelante, y creo que yo también puedo hacerlo. Encontraré trabajo de lo que sea, buscaré una habitación de alquiler, sobreviviré, ¿verdad? ¿Verdad que lo haré?

—Brit…

—Por favor, dime que podré hacerlo. Necesito que alguien crea en mí.

—Yo creo en ti. —Su mano se posicionó en mi mejilla, limpiándome una de las lágrimas—. Pero cuando cumplas dieciocho, no te vas a ir debajo de un puente ni vas a terminar en la puta calle, te vas a venir conmigo.

—¿Qué? ¿Hablas en serio? No puedo. No quiero darte pena. Tal y como dices, esto no es una obra de caridad, bastante tienes con lo tuyo… —intenté replicar, antes de que sus labios se estamparan contra los míos, callándome con un beso que llevaba deseando desde que salimos del maldito gimnasio.

—Sé que nos conocemos poco, y que a lo mejor no soy el amor de tu vida. Tal vez, en dos meses ya no me soportes, pero pase lo que pase con lo nuestro, siempre seré tu amigo y donde esté mi casa estará la tuya. Voy a ayudarte, nena. No voy a dejarte caer.

CAPÍTULO 30
SEAN



Me estaba volviendo loco de la azotea. Tenerla abrazada en una maldita hamburguesería, llorando, contándome lo que ese hijo de puta de Derek hacía con ella, era un cúmulo de mierda que no sabía cómo resolver.

Encima las horas pasaban y debía llevarla a casa. A esa casa. Con ese idiota allí.

El cabronazo no sabía lo que había hecho, me importaba un cojón todo lo sucedido con Naomi, pero a Brittany no me la iba a tocar ni Dios.

¿Que se atrevió a meterse en su habitación sin permiso? ¿Que le quitó la puta toalla? La cabeza me daba vueltas, como una puta noria, y si no iba a su casa a buscarlo era porque tenía una madre y una hermana de las que cuidar.

—Sean, ¿y tu madre? ¿No hay nada que hacer? —sollozó, levantando la cabeza de mi pecho. Ya casi no quedaba nadie y pronto empezarían a cerrar. Joder, quería quedarme más tiempo con ella.

—Pues hay unas inyecciones que valen mil y pico libras cada una. Quise vender la moto para pagarle la primera y el resto sacarlo de…, ya sabes, vender piruletas. —Le dediqué una bonita sonrisa y

coloqué uno de sus mechones tras la oreja, quería hacerla sentir un poco mejor—. Pero al final mi tío ha decidido ayudarnos.

—¡Oh, Dios mío! Qué bien. El señor Kiev es muy bueno, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. No digo que sea malo, pero… en fin.

Empecé a jugar con la lata vacía de refresco, bastante tenía ella con sus cosas como para aguantar mis mierdas.

—Cuéntamelo, Sean.

—No te preocupes, no quiero agobiarte.

—Nos estamos conociendo, ¿recuerdas? Debemos saberlo todo el uno del otro, solo así veremos si somos compatibles. Yo me he abierto y quiero que hagas lo mismo.

Buf, que chica tan perfecta. Joder.

Brittany no era en absoluto el tipo de tía que yo imaginaba, y sí era al cien por cien la chica que yo necesitaba. La que siempre busqué. La de mis sueños.

—¿Recuerdas el día que destrocé el despacho de mi tío? Cuando entraste a abrazarme.

—Sí.

—Me puse así porque me dijo que no debería odiar a mi padre; yo creía que se largó y nos abandonó. Hemos sufrido mucho, joder, así que terminé hecho un basilisco. —Ella permanecía callada, escuchándome, con esos enormes ojos abiertos de par en par—. Luego nos peleamos a puñetazos, porque yo no entraba en razón, soy un poco cabezota y, bueno, al final me dijo que él estaba muerto.

—Oh, cuánto lo siento, nene.

Nene.

Buuuf.

¿Me la podía comer?

—En fin, que al final mi padre no era malo, Brit. Estaba en la cárcel, y no me dijeron nada porque hubo movidas raras y querían protegernos, así que ahora mi tío se siente en deuda con él y por eso nos ayuda.

Aunque era cierto que el tío Vladimir siempre nos echó una mano, también era cierto que una parte de mí, egoístamente, siempre deseó que él ocupase el lugar de mi padre, comportándose como tal, y me decepcionó muchísimo el hecho de que no lo hiciese. Aunque no estuviese obligado a ello ni tuviese por qué hacerlo, yo quería que lo hiciera.

—¿Y te enteraste de todo ese mismo día? ¿Por eso estabas tan mal y te fuiste con Joshi en su coche?

—Sí.

—Joder —lamentó mordiéndose el labio inferior—. Ojalá me hubieses dejado estar a tu lado para cuidarte.

—¿Eso querías?

—¡Maldita sea! Claro. —Sus manos agarraron las mías, colocándolas sobre sus cálidas piernas—. Sean, sé que no es que llevemos mucho tratándonos, pero me importas, no preguntes por qué, solo sé que pienso mucho en ti, más de lo normal —confesó, y sus mejillas adoptaron un rubor más pronunciado—. ¿Sabes que ese día estuve un par de horas esperando al lado de tu moto? Pero, como no volvías, cogí el último bus para regresar a casa.

¡¡¿QUÉ?!!

—Tía, no me jodas. Tenías que haberme llamado o…

—Sí, claro, con la cara de asesino que llevabas. —Alzó las manos, sacudiéndolas—. No me malinterpretes, es normal en una situación así…, solo que…, en fin. Ya no importa.

Mierda. Imaginarla ahí sola, esperándome, me rompía el alma.

Suspiré.

—Quiero que sepas que yo también pienso mucho en ti, preciosa.

Sus ojos brillaron con una chispa malévola.

—¿Crees que soy preciosa?

¿Perdona?

—Creo que estás jodidamente buena.

Era la verdad, no iba a mentirle. Estaba tremenda, y lo mejor es que por dentro era igual de bonita que por fuera.

—Tú también estás muy bueno, Sean. —Que esa vocecilla tan dulce me dijese algo así, me ponía, cuanto menos, malísimo—. Vaya, parece que ya cierran.

—Sí, joder. —Maldije mi suerte, mirando el reloj. Eran casi las once de la noche—. ¿Tu madre no te ha mandado ningún mensaje para ver si estás bien? —Negó con la cabeza—. Vaya tela.

—Ella es así, solo le preocupa que Johan esté feliz. A veces pienso que, si me pasase algo, incluso se alegraría.

—Joder, no digas eso ni de puta coña, ¿eh?

Mejor que esa vieja no la quisiera, así no me sentiría culpable cuando me la llevase conmigo.

Si en estos meses nuestra relación funcionaba, lo iba a dar todo por esta chica, estaba seguro al cien por cien. Iría a la universidad, seguiría bailando, tendría todo lo que ella quisiese, aunque tuviese que hacer magia para duplicar los putos billetes.

Finalmente nos levantamos de la mesa y en cuanto salimos del local, el dueño echó la persiana metálica. Se notaba que deseaban que nos pirásemos.

—Oye, nena. Escúchame. —Le di la mano, caminando con ella hacia la moto—. Nos quedan cuatro meses y medio, ¿vale? Para terminar este curso y para que tú seas mayor de edad. Si nos va bien, si después de ese tiempo quieres seguir conmigo, te saco de esa casa, ¿sí?

Tal vez eran las hormonas adolescentes, tal vez estaba yendo muy rápido o tal vez me estaba flipando en colores, pero yo no creía en los putos flechazos hasta que la conocí a ella. Y de la misma forma

que sabía que Naomi no era la chica de mis sueños, sabía que Brit, sí.

Llamadlo corazonada.

O que estoy mal de la olla.

—A lo mejor eres tú quien no quiere seguir conmigo para ese entonces.

—Nada va a cambiar —le di mi palabra, totalmente seguro de lo que soltaba por la boca—. Pase lo que pase, seguiré obsesionado con tu *piercing* del ombligo.

Sus dedos seguían entrelazados a los míos, notaba su resistencia a soltarme y subirse en la moto. No quería volver, como yo tampoco quería llevarla.

Pero era bastante tarde, y aunque su madre no le mandase ningún mensaje, podría castigarla; tampoco quería eso.

—Bueno, vamos —la animé, estando yo totalmente desanimado.

Qué asco, joder.

Le puse el casco, abrochándole bien el seguro, luego me puse el mío y una vez sentí que estaba perfectamente subida y abrazada a mi cintura, arranqué.

Maldita sea, iba a ser un recorrido superagridulce, porque no quería dejarla.

Durante el trayecto estuvo en silencio, sin decir palabra, lo único que notaba de ella era su respiración agitada y su corazón lleno de adrenalina contra mi espalda.

Parecía nerviosa.

—Brit, ¿todo bien?

—No —aseguró, y se encogió aún más—. No quiero volver, Sean.

—Joder, ¿y qué hacemos? Habrá problemas si no vuelves, ¿no?

—No, mañana no hay clases. Tenía que haberle preguntado a Ana si podía quedarme en su casa, y ya es muy tarde para molestar a sus padres.

Espera.

Un momento.

¡Un puto momento!

—Brit, ¿me estás diciendo que si ahora mismo le mandas un mensaje a tu madre y le dices que te quedas con Ana, no pasa nada?

—Claro que no. ¿Qué iba a pasar? A mi madre le da igual, el problema es que no tengo dónde quedarme, Sean.

Que no tiene donde quedarse, mis cojones.

Giré el manillar de la moto, cambiando la dirección por completo.

—¡Sean! ¿Qué haces? Ya te he dicho que no puedo ir a casa de Ana.

—No vas a casa de Ana, nena.

—¿Entonces? ¿A dónde me llevas?

—¿Te apetece una maratón de pelis y leche caliente con galletas?

Silencio.

Su abrazo se volvió más fuerte, más cálido.

—¿Me estás invitando a quedarme en tu habitación?

—Claro, es uno de los derechos que tienes por ser mi chica exclusiva. —Aminoré un poco la velocidad, ahora que no íbamos a esa casa infernal, podíamos disfrutar del paseo—. ¿Qué me dices? Tendrás también el privilegio de elegir una de mis sudaderas para revolcar tu culo y tus tetas en ella mientras duermes.

Noté como su cuerpo se estremecía, ¿qué diablos? ¿Estaba llorando?

—¿Brit? ¿Estás bien? ¿He dicho algo malo?

—Estoy jodidamente feliz, Sean. Gracias por volver a salvarme.

—No hay de qué, *barbie*.

Tú también me estás salvando a mí.

CAPÍTULO 31
SEAN



Aunque me diese puta rabia, una parte de mí se alegraba de poder tenerla esta noche. Aun así, preferiría tener que currarme la confianza de su madre para que la dejase estar conmigo, que saber que esta chica no le importaba en absoluto.

Esa mujer parecía haberse olvidado de ella y entregado al cien por cien a la familia Stephan.

Brittany le mandó un mensaje. La respuesta fue un: «Ok, hasta mañana».

La miraba y me dolía, me daba pena pensar en lo sola que se debía sentir. Hasta mi madre, que era rusa —y los rusos no solían ser protectores con los hijos varones, más bien, se los tiraban a los osos para que aprendiesen a sobrevivir por sí mismos—, era más afectuosa que esa mujer.

Cuando bajamos de la moto y guardé los cascos en el sillín, poniéndole el candado a la llanta de la rueda —aunque igualmente todo el mundo sabía que la moto era mía y que el que la tocase estaba muerto—, le pasé el brazo por encima pegándola a mi cuerpo.

—¿Voy muy rápido? —pregunté, preocupado. No sabía si estaba bien ser tan intenso o si era lo normal. Llevaba tres años en una

relación y ahora parecía que nunca había tenido novia—. Si ves que me estoy pasando, dímelo.

—Tranquilo, me gusta tenerte cerca.

¿Me lo decía en serio o porque le daba cosa decir lo contrario?

Oh, venga, Sean, estás hablando con la chica que te tiró una moneda a la cara como si fueses un vagabundo, claro que te lo diría.

—Genial, cuidado de no cortarte —le advertí al pasar por la puerta del edificio.

Estaba de los nervios, pensando que esta chica iba a pasar toda una noche entera metida conmigo en la habitación. Necesitaba distraer la mente con algo que no fuese arrancarle la ropa y comérmela entera.

Después de todo lo que me contó de su hermano y por lo que estaba pasando, ni de coña me atrevería a dar ese paso. Quería hacerle sentir que mi mayor deseo era cuidarla, hacerla sentir protegida. Conmigo estaba segura.

—Vamos a entrar despacito para que mi madre no nos caiga como un torbellino encima. Mañana le daremos explicaciones —susurré en voz baja mientras ella me escuchaba atenta, asintiendo.

—¿No nos meteremos en problemas?

Abrí las dos cerraduras y empujé la puerta con precaución.

—Qué va, ella es muy abierta. Pero muy pesada.

—¡Sean Kiev Schneider!

Mierda.

—Sí, mamá, ese nombre me pusiste —solté, rodando los ojos y ocultando a Brit tras mi espalda.

—He encontrado esto en tu cuarto. —Me tiró una bolsa con *maría* a la cara—. ¿Se puede saber qué es?

—Orégano, para los espaguetis.

—¡ME CAGO EN TU SANGRE, SEAN! ¡NADA DE DROGAS EN ESTA CASA! ¡YA SABES CÓMO ACABÓ PAPÁ!

Mientras yo le hacía señales para que bajase el tono de voz, Brit salió de detrás de mí, con una sonrisa tímida y encantadora.

—Oh, madre mía. —Ella se llevó las manos a la cara—. Chica, aléjate de mi hijo. Es un maldito mariguanero. —La miré como si me estuviese matando y ella me fulminó con la mirada—. Es lo que hay, Sean. Mientras fumes estas mierdas, no puedes tener novia porque no eres un buen chico.

—Que es para los espaguetis te he dicho —rechisté—. Joder, mamá, se lo compré a Fátima, pregúntale a ella.

—¡Sean! —Puso los brazos en jarra, dando golpes con el pie en el suelo.

—Me ayuda a dormir, ¿vale? Ya sabes toda la mierda que aguanto, qué quieres que te diga. Además, mi habitación siempre huele a porros, ni que acabases de descubrir América, joder.

Mi madre fue corriendo a la cocina a prepararse una tila mientras murmuraba cosas para sí misma. Estaba volviendo a recuperar su nivel de dramatismo, eso significaba que las inyecciones hacían efecto.

—Dios mío, ¿qué voy a hacer con este hijo que me has dado? —imploraba, negando con la cabeza a la vez que removía la cucharilla dentro de su taza.

—Quererme, igual que yo te quiero a ti. —Cogí a Brit de la mano, arrastrándola conmigo.

—¡No quiero volver a encontrar más *maría* en tu habitación, Sean!

—¡Vale! ¡La guardaré en la tuya a partir de ahora!

Tuve que empujar a Brit hacia el interior de mi cuarto y cerrar la puerta rápidamente para que su zapatilla no nos golpease directamente en la cabeza.

Buf, por los pelos.

—Tu madre es muy divertida. —Brittany tenía una sonrisa resplandeciente. Bueno, toda ella era igual de brillante y bonita. No

podía hacer más que suspirar cuando me tomaba el tiempo suficiente para contemplarla.

—Esa no es mi madre, es un demonio que se me escapó de la ouija y ahora no sé cómo devolverlo.

Logré sacarle una carcajada, ahora se veía más relajada. Ya no estaba triste.

Bien, Sean, sí que eres un buen chico. Aunque te drogues. Mary no tiene ni idea.

—Mira, ven aquí. —La agarré de los hombros empujándola hacia mi ropero.

Mi habitación era normal, ni pequeña del todo ni tampoco grande. Tenía una cama individual pegada a la pared, con sábanas y colchas de color verde, mi favorito.

Frente a la cama, detrás de la puerta de entrada, tenía una estantería que en su día estuvo repleta de cómics de superhéroes y muñequitos con los que solía jugar, ahora ese espacio lo ocupaban videojuegos y poco más.

Luego, justo al lado de la estantería, estaba mi escritorio, bastante simple, con el espacio suficiente para el ordenador y poder jugar cómodamente. La silla *gaming* al frente, una ventana al lado que abría para fumar y, tras el respaldo de la silla, el ropero.

—¿Ves todas esas sudaderas? Puedes elegir la que más te guste.

—¿Para restregar mi culo y mis tetas?

—¡¿QUÉ ESTÁIS HABLANDO DE CULOS Y TETAS?!

No podía creerlo, tío.

—¡Má, deja de escuchar detrás de la puerta!

Me estaba poniendo de los nervios.

—Quizá deberíamos dejar la puerta abierta —sugirió Brittany.

—Claro que sí, ¿cómo no se me ha ocurrido? También podemos meternos en la cama con mi madre y con mi hermana a ver películas de Navidad. —Mi sarcasmo era aplastante—. Venga, elige la

sudadera que más te guste para dormir. Yo voy a ir a por unos vasos de leche caliente y galletas, ¿te apetece?

Asintió.

Era tan mona…

—Te daré tiempo suficiente para que te cambies. Llamaré a la puerta antes de entrar.

—Vale. Gracias, Sean.

—No hay de qué, *barbie*. Y si quieres usar el baño o lo que sea, estás en tu casa.

¿Estaba siendo muy intenso? Sentía que solo hablaba yo mientras ella afirmaba con la cabeza todo el tiempo.

Mejor me iba ya de una vez.

Salí del cuarto, encontrándome a mi madre con mi hermana comiendo bizcochos en la cocina. Lucy estaba toda despeinada y con cara de sueño, mi madre la había despertado con sus gritos. Ambas me miraban de forma acusatoria.

—Flipo —bufé—. Ya os podéis estar yendo a la cama, ¿eh? Dejad de espiarme.

—Es muy guapa, ¿ya estáis saliendo? ¿No decías que solo era una amiga?

—Mamá, no sé ni lo que somos, pero déjanos. —Saqué un brik de leche nuevo del armario, había uno abierto en la nevera, pero ¿y si por cualquier cosa le sentaba mal? Tenía pinta de ser algo delicada.

—Es la nueva tata, ¿verdad, tete? —Lucy balanceaba los pies, todavía le colgaban de la silla, sin llegarle al suelo—. Esta tata es más guapa que la antigua tata.

—Pero si ni la has visto.

—Sí que la vi, el otro día. Me dio galletas.

Ah, era cierto.

Mi madre se abrió otro bizcochito, iba ganando apetito. Joder, esto era muy bueno. Me sentía realmente feliz por ella. No quería que

nos dejase. Nunca.

—La verdad es que la chica es monísima. Se ve muy dulce, ¿se podrá quedar mañana a almorzar? Quiero hacer filetes rusos, tengo que celebrar una buena noticia.

Metí los dos vasos con leche dentro del microondas y me crucé de brazos, viendo cómo giraban en el interior.

—¿Qué noticia?

¿Buenas noticias? ¿En esta casa? ¿Estaba soñando?

—Bueno… —Mamá agachó la mirada con pena—. Le hubiese preferido a él, pero, en fin…, me han concedido la viudedad. El tío Vladimir ha arreglado todo el papeleo.

Oh, joder.

El pecho me dolió, pero al mismo tiempo respiré un poco más aliviado.

Mamá iba a tener una paga, aunque fuese por viudedad, porque ella nunca se divorció de mi padre, simplemente él desapareció.

Diablos.

—Así que ahora yo me encargaré de comprar la comida y tú estarás más aliviado, hijo mío. —Extendió sus brazos hacia mí y fui hasta ella para abrazarla, dándole un beso en la frente—. Nunca podré agradecerte todo lo que haces por nosotros.

—Somos una familia, má, tendremos momentos mejores y peores, pero saldremos adelante.

Lucy seguía balanceando los pies, con el bigote lleno de chocolate.

—Tete, ¿vas a follar con la tata?

A mi madre casi se le salieron los ojos de la cara y a mí también, esta me miró mientras empuñaba el cuchillo que usaba para cortar el bizcocho en pedazos pequeños.

—Esto es culpa de Josh, ella cree que eso es dar masajes en los pies.

—Entonces, ¿es otra cosa?

—¡*LYUSIYA*, A TU CUARTO A DORMIR! —instamos los dos al mismo tiempo.

Ella saltó de la silla al suelo con la cabeza agachada, llevándose su oso de peluche y su trozo de bizcocho.

—Jo, siempre os enfadáis.

Me dio pena ver cómo se alejaba arrastrando los pies. Mañana jugaría con ella un buen rato para recompensarla.

El microondas hizo «ding», saqué los vasos y le puse dos cucharadas de chocolate en polvo a cada uno. Me guardé un paquete de galletas bajo el brazo e intenté ser invisible, bajo la mirada de halcón de mi madre, porque quería desaparecer hasta llegar a mi habitación.

—Sean, tendrás condones, ¿no?

—Mamá, no vamos a darnos masajes en los pies, tranquila. —Rodé los ojos —. Y sí, tengo.

Cuando abrí la puerta, intentando que los vasos de leche no se me derramasen por encima, el terror volvió a mí al encontrarme a Brittany sentada en mi cama, con una de mis sudaderas —la de color rojo—, el pelo suelto, las piernas cruzadas y mi hermana al lado, siendo peinada por esta.

—¿Qué haces aquí, maldito insecto? —Me estaba empezando a dar un tic nervioso en el ojo—. Dije a tu cuarto, no al mío.

—La tata me está peinando, ¿puedo ver la peli con vosotros?

Me. Quiero. Morir.

CAPÍTULO 32
BRITTANY



Estábamos en su cama. En su habitación.

Sean no tenía televisión, pero usaba el monitor del ordenador para poner películas ahí. Veíamos una de dibujos, porque no pudimos negarnos a los encantos de Lucy.

Yo me encontraba de lado en la esquina de la cama contra la pared, y él junto a mí, boca arriba, con un brazo tras la nuca, dejándome ver esos imponentes músculos que se curraba en el gimnasio el muy cabrón, mientras Lucy seguía dormida sobre su pecho.

La paz que había en la cara de esa pequeña, al estar recostada sobre su hermano, siendo abrazada por él, era de otro mundo.

Ojalá yo hubiese tenido un lugar así de seguro cuando era pequeña.

—Hora de ir a tu cama, enana —dijo él cuando la película terminó. Se reincorporó con ella entre sus brazos.

—Tete, quiero parchís —murmuró, más dormida que despierta.

Era adorable.

—Que sí, que sí. —La aupó y se puso en pie, abriendo la puerta con cuidado—. Ya vengo, nena.

Sonreí y aproveché el momento para estirar un poco la columna y los brazos.

Cuando Sean regresó a la habitación, noté ese aleteo en el vientre y el corazón que últimamente me acompañaba más de lo debido.

—¿Te importa si me quito la camiseta? Soy caluroso.

Asentí avergonzada.

—¿Sí a que me la quite o sí a que te importa? —Otra vez esa sonrisa lobuna.

Dios.

—Sí a que te la quites.

—Genial, gracias.

Tiró de los bordes de la camiseta, haciendo que se me cayese la maldita baba. Era como verlo a cámara lenta. Ya le había visto sin ella en el gimnasio, pero tener a Sean con el torso totalmente desnudo, dentro de su habitación, con la puerta cerrada, de noche y a solas, era otro nivel.

—Si te parece, podemos ver una peli más de nuestra edad. —Se dejó caer sobre su silla *gaming*, dándome una visión de su perfil. Era guapísimo el hijo de su madre, no podía creer que este chico me estuviese pidiendo «exclusividad». Joder, yo era mona y no tenía complejos, pero Sean estaba muy por encima de cualquier chico de Hallow—. ¿O tienes sueño? Si prefieres dormir, no hay problema.

Eran las dos de la madrugada, pero dormir era lo último que quería hacer. No iba a desperdiciar un tiempo tan valioso con él. Pero, maldita sea, ¿por qué no venía a meterme mano y besarme? ¿No se suponía que teníamos algo?

Mi cabeza me gritaba que cualquier chico ya estaría haciendo lo posible por colarse en mis bragas. Y, sinceramente, era lo que esperaba de él.

—Sean, ¿yo te gusto?

Lo que sea que tenía entre las manos, se le cayó al suelo.

Era un mechero.

—Claro, joder. Eres la tía más cañón que he visto en mi vida.

Sus palabras nunca me defraudaban, siempre estaba a la altura de lo que necesitaba de él, pero yo quería más. Quería hechos.

—¿Y por qué quieres ver una película después de otra película?

Pareció responder a eso dentro de su cabeza, luego pensó unos segundos y dijo:

—¿Qué te gustaría hacer a ti, *barbie*?

Comerte. Y que me comas.

—Pues…, no sé, se supone que, bueno, a ver…

—Tranquila, estás conmigo. Puedes decirlo, lo que sea que pienses.

—No somos novios aún, pero, sí más que amigos, y… creo que, eh…

—¿Ajá?

—¿Besarnos al menos? No sé, ¿cómo vamos a saber si funcionamos como pareja si no hacemos cosas de pareja?

Su cuerpo entró en tensión, la nuez de su cuello subió y bajó, y casi pude escuchar como tragaba saliva.

—Quieres que nos besemos.

No era una pregunta.

—Sí, bueno, estaría bien empezar por ahí.

—Empezar.

—Sí, empezar.

¿Se estaba poniendo pálido?

—Sean, no me digas que eres…

—¡No! —gruñó casi más alto de lo normal—. No soy virgen, joder. Y claro que quiero, nena, me flipas. Pero ¿tú lo eres?

Respiré hondo, quizá ese era el problema. Tal vez, solo le gustaban las chicas con experiencia.

—Sí, lo soy, pero aprendo rápido. Si me enseñas…

Algo se movió en el centro de sus pantalones, le vi reincorporarse y llevarse las manos a esa zona.

—¿Enseñarte qué, Brit?

—A follar, a tener sexo. Joder, quiero… Para eso estamos juntos, ¿no? Esa es la diferencia entre amigos y lo que nosotros somos. El sexo.

Le vi analizar la situación. ¿Por qué tenía que pensárselo tanto?

—Mi madre y mi hermana están en casa.

—No gemiré, te lo prometo —dije de inmediato, y él se retorció en la silla como si estuviesen electrocutándole el pene—. Oye, ¿estás bien?

—No puedes ser tan sexi y soltar esas cosas por la boca. Me estás matando, maldita sea.

—Pero es la verdad, morderé la almohada. O lo que sea.

—¡Brit! Por lo que más quieras, para.

Sin darme cuenta, yo estaba ya de pie, frente a él, con las piernas desnudas y su sudadera colgando de mi cuerpo como si fuese un vestido.

—Sean, ya tengo casi dieciocho años. La mayoría de las chicas de mi edad saben lo que es el sexo. No quiero esperar más.

—Mierda. —Se llevó las manos a la cabeza, apoyó los codos sobre el escritorio, tratando de respirar profundo para calmarse. La erección que tenía bajo los pantalones me dejaba claro que sí me deseaba.

¿Entonces…?

—¿Cuál es el problema? —insistí.

Él se dejó caer en el respaldo de la silla, con la entrepierna durísima bajo los pantalones del chándal que llevaba y las piernas

ligeramente abiertas. Tendió su mano hacia mí.

—Ven aquí, princesa.

Princesa.

Oh, Dios mío.

Acepté su mano, él tiró con suavidad, sentándome sobre su muslo derecho. Me abrazó y me arropó contra aquel torso desnudo, cálido y perfecto.

—Voy a ser totalmente sincero contigo, nena. Porque, tal y como dices, si queremos funcionar tenemos que hacer cosas de parejas, y las parejas deben hablar y tener comunicación. Sí, me muero de ganas por follarte. Te pondría boca abajo en la cama, te levantaría ese culito tan rico y me enterraría en ti sin pensarlo dos veces.

No podía resistirme a acariciar sus abdominales mientras le escuchaba decirme todo eso, al igual que tampoco podía resistirme a imaginarlo. Mi sexo palpitaba reclamando atención, me moría de ganas por probar a este chico.

—¿Pero?

—No quiero ser el capullo que te quite la virginidad. El primero nunca se olvida, nena. ¿Y si no soy para ti? ¿Y si solo te gusto, pero no llegas a quererme? No tengo prisa contigo, he estado tres años deseándote de lejos, ahora puedo conformarme con tenerte cerca.

¿Así que ese era el problema? Genial.

—No soy virgen, te he mentido.

Su ceño se frunció y la cara de odio que me lanzó hizo que estallara en una carcajada.

—Deja de ser tan zorrita, ¿quieres?

—¿Soy una zorrita?

—Sí. —Su mano fue a mi cuello, obligándome a mirarle. El *piercing* de su lengua repasó mis labios, pidiéndome permiso para entrar—. Eres mi zorrita, una zorrita preciosa, demasiado.

La mano que me sujetaba por el cuello me seguía manteniendo firme, mientras nuestras lenguas se acariciaban por fuera de la boca, nos estábamos lamiendo y me estaba poniendo a mil.

La otra, se encontraba en mi culo, sujetando una de mis nalgas, logrando que la piel me quemase como si me estuviese pasando un mechero encendido por esa zona.

—Dios, Sean —gemí cuando sus dientes mordieron mi labio inferior y empezamos a morrearnos sin parar, besándonos aún con más intensidad que antes sobre su moto.

—Dijiste que no gemirías —gruñó, con sus labios sobre los míos—. Y eso que no te estoy haciendo nada, preciosa.

—Y tú dijiste que no ibas a follarme.

—Y no voy a hacerlo.

Eso estaba por ver. Me jodía tener que ser yo la que le buscase, a la que más le costase resistirse. Quería sentir que se moría por mí, que le enloquecía, que le hacía perder el control. Pero por ahora, a pesar del calor de su cuerpo y de la excitación en su miembro, Sean se contenía demasiado bien.

—No te gusto lo suficiente —rechisté con el ceño fruncido, y entonces él aumentó el ritmo de nuestros besos, metiéndome la lengua hasta el fondo, y luego colando una de sus manos por debajo de la sudadera para acariciar mis pechos sobre la ropa interior.

—Es imposible que me gustes más de lo que ya me gustas, *barbie*. Te lo juro, quítate eso de la puta cabeza.

Tal vez era una estúpida. Posiblemente, otra chica en mi lugar se sentiría completamente afortunada. Pero, en mí, todo era distinto.

Llevaba toda la vida sola, con carencias tan abismales que creía imposible de tapar. Vacíos que se lo llevaban todo por delante, y una necesidad de recibir «algo» que me nublaba la visión.

No supe reaccionar mejor, tan solo bajé de sus piernas, sentándome al borde de la cama, ocultando el rostro tras las palmas de las manos para que no viese el jodido cabreo que acababa de

pillar. Esto era vergonzoso. Le estaba suplicando a un chico que se acostase conmigo, y encima, me rechazaba. Por el motivo que fuese, pero lo hacía.

—Eh, princesa. —Di gracias por que se levantase y viniese a mi lado, rodeando mi cuerpo con sus brazos. Si me hubiese dejado aquí sola, con mi cabreo abismal, tal vez habría salido corriendo a causa de la humillación que sentía—. Nena, todo esto lo hago por ti, joder. A mí me encantaría desnudarte y hacértelo, maldita sea. Cualquier tío quisiera, pero tú eres más importante que mi polla.

Sus manos fueron a las mías, apartándome las muñecas con cuidado, mantuve la cabeza agachada todo el tiempo, sin querer mirarle.

—Tú eres más que sexo, Brittany. —Él seguía a mi lado, hablándome en voz baja—. Una relación no es echar un polvo y ya. Una relación es cuidarse mutuamente, apoyarse, dormir abrazados…

—Yo solo quiero que alguien me haga caso. —Sorbí por la nariz—. Estoy tan cansada, Sean.

—Suéltalo, ¿de qué estás cansada?

—De todos. Mi padre se fue de casa diciendo que era lo mejor, que su vida con mi madre era tóxica, que podría estar tiempo con él y con mamá, que así todos seríamos felices, pero desapareció y nunca más se hizo cargo de mí. —Las manos me temblaban un poco, él las sostenía entre sus largos dedos—. Mamá decía lo mismo, que estaríamos bien, y, en cambio, la única en estarlo es ella, y Derek… —Bajé los hombros, volviendo a suspirar.

—Derek, ¿qué? —Su postura se volvió más tensa.

—Quise que fuésemos como Lucy y tú. No te puedes ni imaginar la ilusión que me inundó al saber que iba a tener un hermano mayor. Me esforcé muchísimo, y no sirvió de nada. Todo lo contrario. Ha pasado de mí estos años y ahora, de repente, me viene con unos celos ilógicos y ridículos.

—Si te llega a tocar, tienes que contármelo. —Trataba de buscar mi mirada, al ver que no lograba encontrarse con mis ojos, sostuvo

mi mentón, alzándolo hacia su posición—. Cualquier chantaje, amenaza, falta de respeto…, cuéntamelo. Yo no te voy a decepcionar.

—¿Y cómo sé que no lo harás? ¿Cómo sé que no eres igual que ellos?

—Porque no intento aprovecharme de ti, porque prefiero que me duela la polla antes que hacer algo de lo que puedas arrepentirte, porque para mí con abrazarte es suficiente, porque me basta con tenerte cerca, Brit. No sé qué más decirte, solo sé que, si me das tiempo, te demostraré lo mucho que me importas. Aunque ni siquiera sepa todavía por qué lo haces.

—¿Es por eso que no quieres que nos acostemos? ¿Temes que tenga ese pensamiento de ti?

Él agachó la cabeza, no pude evitar dejar mi frente apoyarse en su hombro, odiaba ser tan intensa, no poder conformarme y tener que insistir una y otra vez.

Quizá no era tan segura de mí misma como pensaba.

—No me importa lo que pienses, nena. Me importa lo que pienso yo. —Aquellas palabras me dejaron convertida en cristal—. Y pienso que eres una chica preciosa, demasiado, por dentro y por fuera. Pero esos vacíos que arrastras te llevan a aceptar cualquier cosa con tal de sentirte un poco más llena. Pienso que la Brit de verdad, la que serías si hubieses tenido una madre cariñosa y un padre protector en vez de ausente, no querría acostarse conmigo tan pronto. Y valoraría el hecho de que no tenga prisa y prefiera cuidarla antes que tirármela. —Nos miramos en silencio unos segundos, sin dejar de jugar con nuestros dedos entrelazados. Me dolió saber que tenía razón—. Piénsalo. No soy un buen chico, no lo aparento al menos. Apenas nos conocemos. Podría follarte y mañana contárselo a todo el mundo. Podría romper el condón para preñarte y aprovecharme de ti, de tu familia. Podría también desaparecer y romperte el corazón. Brit, no me conoces, ¿quién te asegura que te estés entregando a la persona correcta? Tienes que cuidarte, tienes que darte más valor.

Negué una y otra vez, con la mirada acuosa de nuevo, que él tuviese que decirme estas cosas me hacía sentir de lo más idiota e inmadura.

—Lo siento, siento haber quedado como una tía fácil.

—No, no eres una tía fácil, maldita sea. Si ni siquiera has tenido novio nunca. Una tía fácil es lo último que eres, nena.

—Pues, entonces, ¿por qué no te alegras de que te haya elegido y me dejas en paz?

—Porque no puedes elegirme sin conocerme.

—¡Sí puedo hacerlo! —exclamé en un tono un pelín más alto del que me hubiese gustado usar con él—. No vas a hacer nada de eso que has dicho porque no eres así, y no me preguntes que por qué lo sé. Lo sé y punto. Eres distinto, llevo tres años deseando que me hagas puto caso y… y…

—Y ahora que lo has conseguido estás dispuesta a lo que sea por que no deje de hacerlo.

¡Bum!

Odiaba que tuviese la razón de esta manera.

—Sí.

—Pues lo siento mucho, Brit. Siento decepcionarte, pero no necesitas hacer nada para que te haga caso. Es precisamente lo que te quiero demostrar. Voy a estar aquí, follemos o no. Pase lo que pase, nada me va a mover de tu lado, siempre que así tú lo quieras.

El corazón me latía acelerado en el pecho, las mejillas se me encendieron estando calentitas, ¿de verdad iba a quedarse? ¿De verdad no se iría corriendo hacia otra chica con más experiencia en el sexo? ¿De verdad esto seguiría hacia delante y algún día seríamos novios?

—Sean, yo… —Me iba a derrumbar, entonces él me acurrucó en su pecho, se recostó en la cama conmigo encima de su torso y apagó la luz.

Noté sus labios apoyarse en mi coronilla mientras sus dedos hacían masajes entre mis cabellos.

—¿Sientes esto, Brit?

Sí, sentía la paz, el calor, la calma, la protección. Sentía como si todo él fuese mi hogar.

—Sí, Sean, lo siento.

Sus labios volvieron a besar mi coronilla, acariciándome de forma más intensa. Logró hacerme ronronear. Mi brazo recorrió su abdomen, echándole también una pierna por encima, era tan cálido. Olía tan bien.

—¿Va a ser la primera vez que duermas con un chico que te gusta?

Asentí, odiando ser tan primeriza y novata en todo.

—También lo es para mí.

Levanté la cabeza, mirándole confundida.

—¿No dormías con ella?

—Sí, ella en una esquina y yo en la otra. No estábamos tan unidos, Brit. Pero contigo es distinto. Sé que eres la indicada, por eso quiero hacerlo bien.

No pude evitar sentirme reconfortada, regalándole una sonrisa que por tener la luz apagada no llegaría a apreciar.

Volví a acurrucarme en su pecho, notando como subía la manta hasta cubrir mis hombros. Me gustaba muchísimo su habitación. Podría acostumbrarme a estar aquí para siempre, prefería muchísimo más este lugar que la casa de Johan Stephan.

Solo esperaba que, mañana, Derek me dejase en paz. No quería volver a tener otro encontronazo con él, deseaba que desapareciese de mi vida para siempre.

—Buenas noches, Sean. —Acomodé mi mejilla en el centro de sus fuertes pectorales, él seguía acariciando mi cabello.

—Buenas noches, nena. Ten dulces sueños.

Mi sonrisa quedó aún más pronunciada, era inevitable ser feliz a su lado.

—Tú también, nene.

CAPÍTULO 33
BRITTANY



El camión de la basura se escuchó pasar desde fuera, el sonido logró sacarme del sueño. Cuando abrí los ojos, todo era oscuridad. Y lo único que iluminaba la habitación mínimamente eran las luces verdes de la torre de su ordenador.

Intenté reincorporarme un poco, pero un pesado brazo, voluminoso y bien formado, atrapaba mi cadera.

Suponía que era un acto reflejo por la costumbre de dormir con su hermana, para que no se cayese del colchón abajo o algo. Pero, fuese como fuese, me estaba abrazando y eso me derretía el alma.

Traté de cerrar los ojos y disfrutar la sensación mientras el corazón aleteaba en mi pecho de forma descontrolada. Sentía tanta emoción que el subidón de adrenalina no me dejaría dormir lo que quedaba de noche. Debían ser solo las cinco de la mañana.

Quería relajarme, más los latidos intensos hacían que fuese imposible. De repente, era como si mi cuerpo fuese a toda velocidad, como si la adrenalina se estuviese disparando. Reconocía esta sensación, era un ataque de ansiedad.

Pero ¿por qué? Todo estaba bien, estaba a salvo, no tenía que sentirme así.

Su brazo sobre mi cuerpo pesaba tanto que era como si él también se aferrase a mí, su respiración tranquila sonaba como si me dijese que le importaba entre susurros.

Dos lágrimas salieron de mis ojos, manchándome las mejillas y cayendo sobre su almohada. Su aroma deportivo a limpio seguía acariciando cada poro de mi piel, recordándome que estaba a salvo.

Pero yo no me sentía así, porque sabía que pronto saldría el sol y debería volver a casa, volver a ser esa hija florero de Lois Saphire, y la hermanastra objeto de Derek Stephan. Volvería a estar en el punto de mira de Naomi, de Rachel y de Nadia.

Volvería a tener que seguir peleando, defendiéndome y tratando de ser fuerte cuando lo único que quería era existir y ser yo misma, como todas las chicas de mi edad.

Has comido muchísimo, vas a engordar.

Y como un detonante, aquella frase desquiciante resonó entre mis pensamientos.

Era mi mayor miedo, lo que más me aterraba, tanto que me hacía perder la jodida cabeza.

Brittany Saphire era socialmente aceptada por su físico, por ser una chica guapa. Si mi físico fuese distinto, ¿qué sería de mí? El *bullying* me arrastraría como un huracán y me haría pedazos.

Las únicas veces en las que Johan se refería a mí con algo de simpatía era para adular mi cara bonita y mi esbelta figura, al igual que todo el mundo. Nunca escuchaba un: «qué buena persona eres; qué talento tienes; qué inteligente, qué chica tan increíble».

No. Yo solo era la rubia guapa, alta y delgada.

Y si perdía eso, lo perdería todo.

Porque mi interior no valía nada, no le importaba a nadie. Tanto era así que ni mis propios padres me querían, y si no me querían ellos, ¿cómo podía esperar que otras personas lo hiciesen?

Me arrepentí enormemente de la hamburguesa, de las patatas fritas, de la leche con chocolate y de las galletas. Traté de contener

el llanto que amenazaba con interrumpir el sueño de Sean, me encogí todo lo que pude entre las sábanas, intenté apretar la cara contra la almohada, respirar profundo, suspirar…, nada.

Cuando esto sucedía, no terminaba hasta que iba al baño y…

Tenía que echarlo, tenía que echar toda esa comida para que mi cuerpo siguiese siendo delgado, para seguir siendo aceptada en casa, en Hallow, en las clases de baile.

Para seguir gustándole a Sean.

Me removí en la cama, tenía que llegar al baño como fuese, aunque me asustaba la idea de vomitar y despertarles. Que descubriesen mi secreto.

Me mordí el labio inferior, levantando su brazo para colar uno de los cojines debajo. Él solo gruñó y lo pegó más hacia su estómago. Suspiré de alivio, buscando el móvil. Estaba en la mesita de noche, junto al suyo.

Encendí la linterna y empecé a caminar de puntillas, notando el corazón a punto de explotar. Era consciente de que estaba en una casa extraña, y me sentía totalmente mal por invadir el aseo sin permiso, pero la cabeza me gritaba una y otra vez que, si no iba a vomitar, los problemas solo serían más grandes.

Lo perdería todo.

El respeto de mi padrastro, la escasa aprobación de mi madre, el baile, la popularidad en Hallow, y, por supuesto, la atención de Sean.

Cuando mi mano sudorosa agarró el pomo de la puerta, no pude creer que estuviese a punto de hacer lo que iba a hacer. Que mi débil mente no fuese capaz de resistirse a ir corriendo al baño para echarlo todo.

Miré hacia Sean dormido en la cama, con una expresión lastimosa, como si le estuviese fallando por hacer algo así, pues ¿quién querría ser el novio o el chico «exclusivo» de una loca? Porque así me consideraba a mí misma, consideraba que estaba mal de la cabeza, que algo no funcionaba del todo bien en mi interior.

Continué con los pies de puntillas, atravesando un salón pequeño y totalmente oscuro, la casa de Sean olía a hogar, a familia unida. No sabía cómo explicarlo, pero era tan reconfortante que daría lo que fuese por quedarme siempre aquí con ellos.

Tras dejar atrás la habitación de Lucy, la cual dormía con la puerta entreabierta, vi el baño y sentí que llegaba al cielo. Empujé con suavidad la puerta, cerrando hasta oír el «clic». Dejé el móvil sobre el lavabo y encendí la luz.

Suspiré al ver el váter frente a mí, tenía que hacerlo de la forma más silenciosa posible. En casa era más fácil, tenía un baño en *suite* y siempre ponía música, aunque fuese bajita. Ahora no era posible.

Dejé que mi cuerpo fuese bajando hasta que mis rodillas tocaron el suelo, me coloqué el pelo detrás de las orejas y con los ojos llenos de lágrimas introduje dos dedos dentro de mi boca.

La primera arcada fue suave, casi silenciosa. La segunda, no tanto.

Tuve que esperar unos segundos para cerciorarme de que todos seguían durmiendo.

Lo intenté una vez más.

Y otra.

Y otra más.

Finalmente, vomité. No tanto como quisiera, mi estómago ya había digerido parte de la cena. Pero al menos, toda esa comida no pasaría a ser parte de mí, no me destruiría.

Podría seguir viviendo en esa casa hasta cumplir los dieciocho.

Podría seguir yendo a baile.

Podría seguir siendo la chica exclusiva de Sean.

Una vez que aquel sabor amargo, ácido y asqueroso inundó mi paladar, fue un no parar.

Mi cuerpo se congeló y el corazón me empezó a latir más rápido de lo normal al escuchar unos rápidos pasos, una puerta abrirse y

un: «¡Tete, la tata está malita!».

¡Mierda! ¡No, joder!

No pasó ni un minuto, no pude terminar de soltar lo que quedaba en mi estómago, limpiarme la boca y recomponerme, cuando la puerta ya se estaba abriendo y aquellos casi dos metros de cuerpo musculoso se acercaban a mí.

Quise taparme con la mano para que no me viese, esconderme, ¡cualquier cosa! Casi me hubiese gustado ser capaz de decir: «por favor, déjame vomitar tranquila». No obstante, él tardó demasiado poco en encorvarse a mi lado para sujetarme el cabello.

—Nena, ¿estás bien? Joder, Lucy, ¡trae un vaso de agua!

—¡No llego! ¡Están muy alto!

—Pues… ven, sujétale el pelo tú.

—Estoy bien —logré decir, notando la saliva bajar por mi barbilla. Dios santo, esto era tan bochornoso y humillante—. Solo… me ha sentado mal la hamburguesa.

Sean tiró de mi cintura hacia arriba, levantándome como si fuese una bolsa de plástico vacía que pesaba menos de cien gramos. Me condujo sin soltarme hasta el lavabo y siguió sujetando mi cabello mientras acercaba su mano llena de agua a mi boca.

—¿Qué? ¿Intentas limpiarme las babas?

—Bah, como si no llevase años haciéndolo con mi hermana. Y también he cambiado pañales.

Me estampó la mano en la boca, frotando mi barbilla, mis labios, mi nariz, todo.

Traté de hacer algo por no seguir en aquella humillante situación, pero el gesto me dejó tan atónita que tan solo rechisté un poco y luché por no ahogarme.

—¡Pues no sé cómo Lucy sigue viva! —grazné. Ahora venía la «fase de secado». Agarró una toalla blanca y me la restregó por toda la cara antes de que siquiera pudiese defenderme.

—Voy a prepararte una manzanilla, vamos a la cama. —Sus grandes manos ásperas volvieron a tomarme de los brazos, pegándome a su torso. Lo cierto era que la ansiedad se había ido un poco. Ahora me sentía agotada.

Cuando salimos del baño, Sean apagó la luz y Lucy volvió a recostarse en su cama, hecha una bolita debajo de la manta.

Él me acompañó hasta la puerta de la habitación. Una vez allí, me dejó sentada en el colchón y salió a la cocina, traté de respirar calmada, controlando mis nervios y mi diálogo interno.

—Seguro que ha sido por culpa de la leche. Es de marca barata, maldita sea. Brit, te he fastidiado el estómago, perdóname.

Que se echase la culpa era algo que no pensaba permitir.

—En absoluto, ha sido la hamburguesa. Me sentó pesada, solo eso —mentí, seguía avergonzada. Él colocó una taza con manzanilla entre mis manos y cerró la puerta. Estaba adormilado, con los ojos achinados y todo el pelo revuelto.

—Te ofrecería mi cepillo de dientes para lavarte la boca mejor, pero creo que te daría asco. Si quieres, tengo chicles de menta.

¿De veras me acababa de ofrecer su cepillo de dientes?

Me ruboricé todavía más.

—Un chicle después de la manzanilla estará genial.

No me daba asco. Pero sí vergüenza.

Fui dando pequeños sorbos a la taza, envuelta en su sudadera, sentada con las piernas cruzadas sobre la cama.

—Sean, me siento increíblemente mal por despertaros a ti y a tu hermana.

Él arrugó el ceño.

—Joder, ni que te pusieses mala a propósito.

Uno de sus dedos acarició mi mejilla, la culpabilidad se adueñó de mi persona, pues sí que lo hacía a propósito. Lo que no estaba

hecho a posta era elegir acabar así, con esta obsesión con la maldita comida.

—Sean, no te merezco.

—¿Qué dices? Pero ¿qué mierda estás diciendo? ¿Por qué?

—Por lo que acaba de pasar. —La voz se me quebró en mil pedazos.

—¿No me mereces por vomitar porque una hamburguesa te ha sentado mal?

Negué y después asentí, su cara era un completo cuadro. No quería seguir estropeando las cosas, así que solo dejé la taza sobre la mesita de noche y con los ojos vidriosos, le pedí lo que más necesitaba:

—Abrázame.

Lo hizo, apretándome con la intensidad que necesitaba.

—*Barbie*, quiero que tengas una cosa clarísima.

—Te escucho.

—Desde este puto momento, eres mi novia. Y el que intente hacerte daño, va a terminar enterrado en el jardín de Josh.

Reí, arrugando mi ceño.

—¿Y por qué en el jardín de Josh?

—Porque yo no tengo jardín, hostias.

CAPÍTULO 34
SEAN



UNA SEMANA DESPUÉS

Después de la ansiedad que pasé este puto fin de semana, el cigarro que me estaba fumando me sabía a gloria bendita.

—Te lo dije, colega. Son una familia de enfermos.

Josh se encontraba a mi lado. Nos fuimos a la parte trasera del muro desde donde, de vez en cuando, iba echando vistazos hacia la parada de autobús por si la veía salir.

Quería mirar a esa preciosidad rubia todo lo que me fuese posible. Me la grabaría en las retinas si pudiese.

—Yo estoy más enfermo que todos ellos juntos —confesé—. No me voy a rendir, ¿sabes? Ni de coña.

Josh asintió, mirando su teléfono mientras dejaba salir el humo despacio.

—Como debe ser.

—Tengo miedo, tío —admití, dando otra calada más profunda—. Me estoy encariñando mucho de la pija, y me estoy haciendo ilusiones de mierda. Me ha dicho que cuando cumpla los dieciocho se pirará de esa casa, pero ¿y si se arrepiente? ¿Y si prefiere su vida

cómoda gracias al dinero? ¿Y si se da cuenta de que yo no soy lo que quiere?

—Sean. —Mi amigo empezó a chasquear los dedos delante de mi cara, como si intentase despertarme de una pesadilla—. ¿Tú te has visto? Eres guapo de cojones y un tío encantador.

—¿Encantador? —Enarqué una de mis cejas.

Mi carácter era como el de *Shrek*, joder.

—A Naomi la tratabas como si fuese la reina del mambo, colega. Y a Brit la vas a tratar igual de bien, o mejor. Esta chavala sabrá agradecer eso.

—Las mujeres no valoran esas cosas, Josh.

—Sí, sí que las valoran, no todas van de lo mismo. Además, y si no lo valora pues ¿qué? Las mandas a la mierda y te follas a veinte juntas en una misma noche. Que con esa cara y esos abdominales puedes hacerlo, tío. Y cuando te saques la puta carrera de Medicina, ya se darán de hostias por casarse contigo.

Reí para mis adentros, la vida desde la perspectiva de Josh era tan sencilla.

A veces, me gustaría vivir en su mente durante al menos veinticuatro horas para poder descansar de toda la mierda que había en la mía.

—¡Ahí está! —rugí casi con un aullido en cuanto la vi. Una sonrisa lobuna se me pintó en la cara y ya estaba a tope para trazar mi plan.

El imbécil de Derek se fue en su deportivo de mierda, al que a lo mejor le rajaba alguna rueda un día de estos. No sé, para quitarme un poco de estrés.

Estrés que pasaba por su culpa.

Mi promesa de destruirle si no se comportaba como debía seguía en pie, pero me dejaría las manitas en los bolsillos unos días por Brit. Quería que confiase en mí y que dejasen de castigarla. Ser consciente de lo mal que lo pasaba en esa casa me hacía tener los pies en la tierra.

Pero Derek estaba muertísimo.

Me escurrí tras el muro, Josh soltó una carcajada, caminando detrás de mí a un paso tranquilo mientras seguía fumándose el cigarro.

—Colega, yo me vuelvo a casa, ¿eh? —le oí decir a mi espalda, yo iba como un kamikaze a por ella.

No se iba a subir a ese autobús.

No se iba a ir a casa antes de que le comiese la puta boca.

—Nos vemos, tío. —Le hice un gesto alzando la cabeza, tiró la colilla y se subió a su moto. Atrapé al bellezón rubio que iba caminando cual princesita con la cabeza agachada como si tuviese miedo de mostrarle al mundo que era la tía más guapa del jodido universo—. Te cacé —susurré en su oído, agarrándola por la cintura desde atrás. Ella dio un grito.

—¡Sean! Mi hermanastro…

Ella ignoraba que le amenacé, y también que le dije que era mi novia.

—No está, ya se ha pirado.

—Pero hay mucha gente, se lo pueden contar…

—Bueno, si quieren morir. —Me encogí de hombros—. Ven conmigo —le pedí, y decidí soltarla al notar su incomodidad, dándole un poco de espacio.

—Se me escapará al autobús.

Estaba de lo más indecisa, mordiéndose ese jugoso y apetecible labio. No sabía cómo había aguantado toda aquella puñetera noche sin tocarla, teniéndola en mi cama, pero estaba jodidamente orgulloso de ello. Era una chica que merecía eso y más.

—Yo te llevo luego en la moto, llegarás a la vez que el autobús porque iremos más rápido. Nadie se dará cuenta de que te has escapado diez minutos para liarte con tu novio. —Le regalé una sonrisa socarrona, levantando y bajando las cejas.

Vi como sus mejillas se encendían, con un brillo travieso atravesando su mirada de muñequita.

—Vale, sí —dijo al fin, suspirando, mirando de un lado para otro—. ¿Dónde…?

—En el cuarto de los trastos de Educación Física, ve si quieres sola, yo cojo otro camino. —Asintió en señal de agradecimiento—. Hasta ahora, nena.

Me jodía tener que estar escondiéndome y no poder ir presumiendo de tener la novia más guapa del puto mundo, joder, pero lo hacía por ella. Aguantaría esta mierda hasta que las aguas estuviesen más tranquilas.

Evidentemente llegué primero, porque yo tenía más ansiedad que ella, ansiedad por comérmela.

Y no iba a parar hasta sentir en cada poro de mi piel que Brittany Saphire me pertenecía.

Me daba igual ser un camello de mierda, me importaba un cojón y medio todo lo que tuviese que hacer para darle la vida que se merecía. Si igualmente pensaba largarse de esa casa y empezar de cero sola, si no tenía la idea de liarse con un novio rico que la mantuviese e hiciese su vida fácil como hizo su madre, entonces yo estaría totalmente entregado a ella y besaría el suelo por donde esa chica pisara hasta que me diese una patada en la cara y me destrozase.

El estómago se me encogió ante esa posibilidad.

No lo pienses, solo disfruta el momento.

Dejé la puerta un poco abierta para que ella supiese que ya estaba dentro. Su silueta se dibujó en el cristal de color azul oscuro. Al tirar del pomo, su olor dulce y caro llenó todo el almacén.

Nada más entrar, me coloqué tras ella, todavía con la luz apagada. Puse una mano en su estómago y la pegué completamente a mi torso, sintiendo ese culazo casi a la altura de mi entrepierna.

—Hola, princesita, ¿te has perdido? —Mi rostro se hundió en su cuello tras apartar aquel precioso cabello rubio a un lado.

—Puede ser. —Dejó la nuca apoyarse en mi pecho, gimiendo de placer al notar como mi lengua saboreaba su piel. Mis dedos buscaban palpar aquel *piercing* en su ombligo, aunque prefería meterle las manos por debajo de la falda—. Estaba buscando a mi novio.

Poco a poco Sean, poco a poco.

Sonreí, acariciando su abdomen, bajando las manos lentamente por sus muslos hasta llegar al borde la minúscula falda.

—Creo que le he visto.

—Ah, ¿sí?

Joder, qué bien olía esta chica, qué bien sabía, qué bien ¡todo! Era una puta maravilla.

—Sí, creo que le he visto por… —susurré, no podía evitarlo, estaba ansioso de ella, tanto que se me iba la puta olla— aquí —terminé de decir cuando mis dedos se colaron por el interior de la corta prenda, acariciándole el interior de los muslos.

Mi polla reaccionó de inmediato, poniéndose dura de cojones.

¿Y ahora qué? ¿Iba a tener que conducir con una erección de la hostia? Esto me pasaba por imbécil.

—Joder, sí. Sean, por favor.

Esperaba cualquier cosa, menos eso.

—Sí, ¿qué? —repuse.

—Que sigas con lo que sea que piensas hacer.

Solo quería asustarla un poco. Meterle los dedos en el coño en un almacén no era lo más apropiado para la posible mujer de mi vida, eso podría hacerlo con una cualquiera, pero no con ella.

—Tú mereces algo mejor que esto, preciosa.

Seguía con la mano bajo su falda, con los dedos acariciando la parte interior de su muslo mientras ella temblaba entre mis brazos.

Traté de apartarme, y no me dejó, su mano rodeó mi muñeca para que continuase.

La polla me empezó a doler.

—Me da igual lo que merezca, tenemos diez minutos, no vamos a malgastarlos discutiendo. Haz que valga la vena perder el autobús.

Maldita sea, esta chica me hacía perder la cabeza.

—Nunca imaginé que fueses tan lanzada. —Le mordí el lóbulo de la oreja haciéndole soltar una carcajada y pegarme un manotazo. Se me escapó de entre los brazos, y podía ver que me miraba con ojos traviesos pese a la falta de luz; tenía cara de buena, pero era malvada, y yo adoraba que lo fuese—. ¿Quieres que valgan la pena? Ven aquí.

Tras perseguirla por todo el cuartillo mientras me iba tirando todo lo que pillaba de por medio y caerse encima de un puf polvoriento, la agarré de la cintura, sentándola sobre una antigua mesa de *ping-pong*. Metí mi rodilla rápidamente para impedir que cerrase las piernas, colándome entre ellas.

—¿Sigues queriendo que valga la pena? —Apoyé mi frente en la suya, no veía la hora de que saliese de esa casa, de que me dijese que esto era lo que realmente quería, de poder entregarme a ella y dejar que se entregase sin sentir miedo a lo que pudiese ser de nosotros en una semana o en un mes.

Porque esta chica me estaba haciendo perder la cabeza.

—Más te vale, o no volveré a perder el bus por ti, capullo. —Su cara era una odisea, tenía las mejillas rojas y los ojos brillantes como perlas, se sentía viva, llena, feliz. Estar conmigo le hacía bien, y que eso fuese así, también me hacía bien a mí.

—Genial, tú misma —afirmé, y volví a meter las manos bajo su falda, apartando a un lado el minúsculo tanga que llevaba, me moría de ganas por conocer el color—. Estás mojadísima, ¿eh?

Mi dedo recorrió su pequeño y suave coño, haciendo movimientos circulares mientras ella se mantenía quieta, con las piernas abiertas,

mirándome con deseo y preocupación.

—No te voy a hacer daño —prometí, adivinando sus pensamientos —. No me voy a ir, no te voy a dejar, no voy a desaparecer.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Sé dónde vives. Te mataré si me dejas tirada después de esto.

—Me encanta que sepas dónde vivo, así sabrás dónde buscarme siempre que me necesites. Y ya me matas con este cuerpo tan sexi, nena. —Aumenté el ritmo de mis movimientos y sus caderas se arquearon hacia mí. El aire se iba volviendo más pesado, denso, cargado y caliente. La polla me iba a estallar y sentía que podía correrme solo con verla así. Maldita sea.

Los gemidos de Brittany Saphire eran lo más porno que había vivido en mi vida.

—Sean. —Que jadease mi nombre con esa voz rota y llena de sensualidad iba a hacer que me diese algo—. ¿Tú no quieres…? Yo también puedo…

Mi polla saltó dentro del pantalón, notando una palpitación de lo más dolorosa.

Claro que quería que me tocase.

Pero se me ocurría algo mejor.

—Si no te da miedo, podemos probar algo —le respondí sacando mis dedos de debajo de su falda y llevándomelos a la boca; luego me pegó un manotazo en cuanto intenté pasarle la mano por la cara. Chilló—. Tu coño está riquísimo, no debería darte asco.

—No me gustan los coños, ¡imbécil!

—El tuyo, debería. —Sonreí, ladino, bajándome la cremallera del pantalón del uniforme—. No te asustes, no te la quiero meter. Bueno, sí que quiero, pero no voy a hacerlo.

—¿Por?

—Porque el cuartillo de Educación Física no es el mejor sitio para desvirgar a mi novia.

—Creo que hay novias que son desvirgadas en sitios peores.

—Tú no eres una novia cualquiera, nena —aseguré, y la agarré de los muslos tirando de ella hacia el borde, saqué mi polla dura como una roca de debajo del bóxer y acaricié su clítoris con la punta.

—¡Oh, Dios, Sean! Eso es…

—¿Te gusta?

Pegué mis caderas aún más, colocando mi polla en sus pliegues y comenzando a moverme como si me la estuviese follando, pero en realidad solo la masturbaba con la fricción de mi miembro, y así, a la vez, me daba placer a mí mismo.

—Sean, está superdura —susurró, lamiéndose los labios sin dejar de gemir, clavándome las uñas en los bíceps—. Y caliente, y, Dios, es enorme...

Sí, preciosa, tengo una polla de la hostia y es tuya, toda tuya. Igual que tu precioso conejito es mío.

—¿Voy más rápido?

Asintió, estaba empapada, me costaba la vida no metérsela.

—Vale, si en algún momento quieres que pare, dímelo. Si no, disfruta hasta correrte en mi polla, nena.

Alcé su culo con mis manos, agarrándola de esos preciosos glúteos, y comencé a moverme de forma rítmica, guiándome por sus jadeos y gemidos.

Mi lengua entró en su boca para embestir contra la suya, y ella no perdió el tiempo haciendo lo mismo. Sus dedos se enredaron en mi pelo, tirando cada vez que sus caderas se contraían, retorciéndose bajo mi cuerpo y estrangulando mis caderas con sus piernas.

—Sean… Creo que… ¡Sean! ¡JODER!

—Eso es nena, córrete para mí.

—Mierda. —Su último jadeo salió como un quejido de vergüenza, escondiendo su rostro en mi pecho.

A mí me quedaba un poco para terminar, pero con esto me daba por satisfecho. Tendría material para muchísimas pajas con lo que acababa de pasar en este cuartillo.

—¿Estás bien? —deseé saber después de subirme la cremallera y ayudarla a bajar de la mesa—. Eh, mírame.

—Estoy bien, pero tengo vergüenza. Me siento vulnerable.

Mierda.

La estreché entre mis brazos, alzándole el mentón para que me mirase a los ojos.

—Brit, estoy contigo a muerte. Todo irá bien.

CAPÍTULO 35
BRITTANY



UNA SEMANA DESPUÉS

Lo decía demasiado últimamente, pero yo estaba fatal de la cabeza, jamás imaginé que sería capaz de hacer algo así. Bueno, sí, porque siempre fui una adolescente de mente calenturienta, pero ya sabéis lo que se dice: perro ladrador, poco mordedor. Sin embargo, con Sean era imposible no dejarme llevar y poner algún tipo de barrera. Era simplemente adicta a este chico, igual que lo era con la maldita comida basura. La diferencia yacía en que la comida me hacía sentir sucia y débil, mientras que Sean me hacía sentir feliz y fuerte.

Fueron pasando los días, y Sean y yo no dejamos de vivir momentos juntos. Íbamos despacio, algo que me irritaba al principio, pero que agradecía en el fondo.

—Deja de temblar, Britney, no va a pasar nada malo. Confía en mí.

—¡Que no es Britney…! —resoplé, escondiendo la cara en su pecho a causa de la vergüenza. En esta situación, que no dijese mi nombre bien, era lo que menos importaba—. Te lo juro, no puedo creer que estemos haciendo esto, eres un capullo.

—Bueno, no te he puesto una pistola en la cabeza para que aceptes, nena. —Su sonrisa preciosa y lobuna, con esos hoyuelos de niño bueno, me hizo sentir al borde del maldito desmayo—. ¿Te gusta el agua así?

Antes de que fuese al vestuario de las chicas, Sean me atrapó en el pasillo, cargándome sobre su hombro como si fuese un maldito saco de patatas. Me secuestró llevándome al baño de los chicos, que estaba totalmente vacío. Josh fue a llevar a Ana a casa, ella vivía cerca, y aun así él se empeñaba en acompañarla. Y después, vendría con Sean y conmigo para acompañar a Cindy, la cual estaba fuera subida a una bicicleta, mirando vídeos con una expresión alegre.

Poco a poco, la fui integrando en el grupo, consiguiendo que entablase una amistad también con Anastasia.

Josh era un mamoncete, pero podía ver en él la lástima que sentía por Cindy y su afán por hacerla sentir bien, «a su manera».

—Sí, me gusta el agua así —repliqué, con la cara roja a más no poder.

Sean no solo me metió en una de las duchas, sino que también me convenció para que nos bañásemos juntos. Al principio, le dije que ni de coña, pero tras ver cómo se quitaba la camiseta delante de mí y me enseñaba aquellos magníficos abdominales acabados en una uve al final del elástico de su bóxer negro, me dije a mí misma que si perdía esa oportunidad, era idiota.

Y aquí estaba, con mis tetas aplastadas contra su férreo pecho y sus brazos rodeando mi cintura mientras los míos rodeaban a su cuello, tratando de fundirme con él para no verle la cara.

—Genial, pues deja de temblar —ordenó, con voz ronca y a la vez dulce—. Es nuestra primera ducha juntos, novia.

—Primera ducha en el vestíbulo de un maldito gimnasio, novio.

—Si tu madre no te castigase por todo, lo haríamos en mi casa, novia.

Auch.

Alcé la vista, atreviéndome a apreciar aquellos profundos ojos azules. El agua le pegaba aquel flequillo negro a la frente, era precioso, joder, no me cansaba de repetirlo. Nunca un chico me había gustado tanto como Sean Kiev. Bueno, de hecho, él era el único chico con el que soñaba en mi jodida adolescencia.

—Queda poco, Sean. —Sonreí, notando como ríos de gotitas de agua serpenteaban por mis mejillas—. Siendo exactos, cuatro meses y dos semanas. Además, ¡ya voy a tener trabajo! Podré ir ahorrando y el mismo día de mi cumpleaños buscaré una habitación de alquiler. —Le hice un puchero mientras él tan solo me miraba, escuchándome con plena atención, como si cada palabra que saliese de mi boca fuese lo más importante de su vida—. ¿Dormirás conmigo esa noche?

Sophie nos dio la noticia de estar embarazada, ofreciéndome que me hiciese cargo de las chicas del baile cuando ella se diese de baja en unos dos meses. Además, también comencé a dar clases para niñas pequeñas. Nunca sentí que mi talento fuese tan valorado. Tanto la casa de Sean, como este gimnasio, se estaban convirtiendo en mi refugio.

Sus labios se ensancharon dibujando aquel gesto que me dejaba hipnotizada.

—Por supuesto, no lo dudes. Aunque no tienes que ir a una habitación de alquiler, mi habitación también es tuya.

Y, de repente, fue como si nos hubiésemos quedado sin conversación. El silencio se hizo dueño de nosotros, dejando que solo el sonido del agua cayendo por nuestros cuerpos desnudos fuese nuestro acompañante acústico.

—Prométemelo —susurré en voz baja.

—Te lo prometo, preciosa.

—¿Soy preciosa?

—Eres mi preciosa.

Ay, que me muero.

—Sean —dije, tragué saliva y él hizo lo mismo. Aquella nuez de Adán se movió en su fuerte y venoso cuello—. Gracias por esperarme. Sé que tienes muchos problemas en tu vida y que podrías estar con una chica que te pusiese las cosas más fáciles.

—No quiero cosas fáciles, ya tuve eso por tres años y fue de lo más aburrido. —Sus dedos fueron a mi mentón, alzándomelo. Le gustaba mirarme, siempre se grababa cada uno de mis gestos. Sentía cómo analizaba mis labios, mis mejillas, mi nariz, mis ojos… —. Te quiero a ti. Quiero lo que me ha sido prohibido durante tanto tiempo, lo que me he negado un montón de veces. Joder, ¿sabes la de excusas ridículas que me ponía a mí mismo para no aceptar que estabas buenísima y que me moría por que me hicieses un poco de caso?

Mi pecho subió y bajó. Escuchar aquello resultaba satisfactorio, aun así, tenía algo de miedo.

¿Y si cuando me consiguiese por completo, yo también me volvía fácil y aburrida para él?

—Sean, no me hagas daño —le rogué, notando como sus dedos dejaban atrás mi mentón para bajar por mi cuello. La yema de uno de sus dedos acarició la línea que se dibujaba entre mis tetas, todavía aplastadas contra su torso. Sin que pudiese reaccionar, llevó las manos a mis muslos, tirando de ellos para subirme a sus caderas, apoyando mi espalda contra la pared de la ducha.

Mi sexo estaba totalmente abierto y desnudo, pegado a su ombligo.

—Solo se me ocurre una forma en la que podría hacerte daño, nena. Y creo que te haría disfrutar muchísimo. —Su mirada se tornó oscura, como aquel día en la fiesta cuando estaba fumado, solo que esta vez no iba puesto de nada, esta vez era real.

¿A qué se refería con hacerme daño y a la vez disfrutar? Fruncí el ceño, enfadada por no comprenderle, por no poder leer sus gustos sexuales y adivinarlo todo sobre él.

—Quiero que tengas un orgasmo conmigo.

Nos manteníamos en la misma postura, su pecho se apartó del mío para dejar que mis tetas cayesen por su propio peso. El agua bajaba acariciando mis pezones duros por la excitación del momento, la forma en la que los miraba y se mordía el labio me estaba haciendo sentir placer sin siquiera ser estimulada.

Suspiré profundamente, sin poder evitar mover un poco las caderas y eso hizo que mi clítoris se frotase contra su duro abdomen, arrancándome un pequeño gemido que me mató de vergüenza.

Sus cejas se alzaron ligeramente, soltando una risa fresca y gamberra.

—¿Quieres que me corra?

—Quiero hacer que te corras —recalqué mis palabras, pues seguía pensando que, si no espabilaba, otra no tardaría en quitarme mi lugar.

—Ahora mismo casi podría correrme solo con ver esas tetas y ese *piercing*, nena. —Sean me dejó resbalar un poco por su abdomen, haciéndome notar su sexo contra mi entrada—. Me tienes durísimo.

Volví a morderme el labio, sin dejar de mover mi cintura contra su cuerpo, sus manos apretaban mis glúteos y el agua seguía bañándonos, cálida y húmeda, acariciando nuestros cuerpos.

—Fóllame —le pedí, deseando que echásemos de una vez ese maldito primer polvo para sentir que ya éramos algo del todo.

—No, Brit. Aún no.

—Joder, deja esa mierda de la edad. Estoy lista, eres mi novio, ¿por qué no?

—Porque quiero estar enamorado de ti —dijo sin más—. Y que tú también lo estés de mí, ¿vale? Nos gustamos, sí. Nos atraemos muchísimo, por supuesto. Y no sé tú, pero yo al menos estoy loquísimo por ti, joder, pero es tu primera vez. El tío que te la meta tiene que quererte, querer de verdad, Brit. Y tú también tienes que quererle a él.

Tragué saliva de nuevo, notando una mezcla agridulce de sentimientos. Sabía que recién empezábamos, que era pronto para decirnos «te quiero» y que esto era pura atracción mezclada con cariño y afecto. Sin embargo, escuchar que no me quería, me hacía sentir frustrada.

—¿Y tú me vas a querer algún día, Sean?

Asintió, acercando su cuello para besar mis labios de forma dulce y cariñosa.

—Te voy a querer más que a mi vida, Brit. Lo sé.

Mierda.

Joder.

—¿Y tú a mí, nena? ¿Me vas a querer algún día?

El corazón me palpitaba tanto que se me iba a salir del puto pecho, maldita sea.

—Por supuesto que sí.

—Pues entonces, cuando nos queramos muchísimo, haremos el amor. —Su rostro se hundió en mi cuello, repartiendo pequeños besos que hicieron ponerse mi piel de gallina—. Y cuando te haya hecho el amor por primera vez, te follaré una y otra y otra vez. Te follaré aquí, en el insti, encima de la moto, en el cine, en el baño de la hamburguesería, en mi cama, en tu cama…, en todas partes, nena. Una y otra vez. Porque nunca me voy a cansar de ti, porque tu puto hermanastro tiene razón, soy un drogadicto, pero de ti. Tú eres mi droga, Brit. Y pienso esnifarte entera.

No lo soportaba, todo lo que me decía me ponía a cien, joder.

Estaba empapada, mi sexo palpitaba por la necesidad de su atención y mientras mis piernas estrangulaban sus caderas, él seguía besando mi cuello, clavándome los dientes de forma superficial mientras sus manos ya no estaban en mi culo, ahora acariciaban mis tetas, unas tetas tan grandes que se las llenaba por completo y él disfrutaba estrujándolas, poniéndose cada vez más duro, apretando su cintura contra la mía.

—Qué follada te metía, *barbie*. Te dejaba sin caminar, te lo juro. Cuando te coja… Dios, pobre de ti. —Su boca bajó por mis pechos, arañando con los dientes uno de mis pezones y haciéndome chillar por la sensación eléctrica que sacudía aquella zona sensible. Con cuidado de que no resbalase, me dejó estar de pie sobre la ducha, totalmente desnuda, mientras su boca iba bajando cada vez más.

El *piercing* de la lengua de Sean se unió al de mi ombligo, haciendo movimientos circulares con lentitud mientras lo bordeaba y después lo atrapaba con sus labios.

Sus dedos acariciaron el interior de mis muslos, dándome una palmada en uno de ellos para que abriese las piernas.

Obediente, deslicé un pie hacia la derecha, dejando que sus dedos llegasen a esa zona de mi cuerpo que palpitaba por su atención. En cuanto noté cómo me masturbaba, tuve que echar la cabeza hacia atrás, ahogando un gemido.

—Tienes un coño increíble, princesita.

—Lástima que no te lo quieras follar —jadeé, moviendo mis caderas contra sus dedos. Mis ojos se quedaron blancos cuando sentí que me metía la yema de uno de ellos mientras el pulgar continuaba estimulando mi clítoris.

—Te aseguro que casi no puedo pensar en otra cosa. —El ritmo de sus dedos fue aumentando, y se sumó su experimentada lengua haciendo maravillas con el *piercing*. Que fuese tan experto y tuviese tan claro lo que hacía me aterraba, haciéndome pensar: ¿Con cuántas chicas hizo esto? Estuvo con Naomi desde los quince hasta los dieciocho años, tuvieron tiempo para experimentar mucho juntos y eso me ponía jodidamente celosa, aunque algo me decía que ella no era la única que había pasado por las manos de Sean. Joder, no quería que esos pensamientos de mierda arruinasen este momento —. Nena, me estoy obsesionando con tus putos gemidos, ¿qué voy a hacer ahora? ¿Mmm? Ya no voy a poder dejar de pensar en este conejito.

—Sean…, por favor…

—¿Ah?

—Fólla… ¡MIERDA! —chillé al ver que su mano agarraba mi muslo, subiéndolo a su hombro para abrirme por completo. Su lengua se metió en el lugar que ocupaban sus dedos.

Cuando noté aquella parte caliente, blandita y húmeda, con esa bolita metálica en la punta, entrar en mi interior, sentí que iba a explotar y me iba a derretir en su cara.

Sin poder hacer otra cosa que aferrarme a su pelo, notando unos espasmos de lo más violentos azotar mi columna, empecé a moverme contra su boca, sin ser capaz de contener las ganas de correrme con él así.

—Muy bien, nena. Sigue follándote mi lengua. Me encanta, joder.

—Sean… Dios… esto es…

—Delicioso, como tu coño. No pares. Sigue.

—Córrete conmigo —supliqué, notando que ya estaba al borde de chillar y desmayarme de las malditas oleadas de cosquillas placenteras que sacudían aquella zona tan sensible.

—Tranquila, me estoy tocando mientras te lo como. —Su lengua salió de mi interior, pegando un lametón en mi clítoris, disfrutando cuando aquel *piercing* jugaba entre mis pliegues. Era una jodida locura, y yo solo me aferraba con las manos a sus hombros, tratando de no perder el equilibrio y acabar con la columna rota.

—Quiero… Qui…quiero tocarte yo. Quiero… —No podía ni hablar, pero lo que quería era provocarle el mismo placer que él me daba a mí.

—Tranquila, hay tiempo para todo.

¡Y una mierda!

Quería hacer algo, pero entonces mi sexo decidió que no podía más y noté como si me hiciese pis encima, siendo inundada por una humedad intensa, acompañando al agua caliente de la ducha que bajaba por mis muslos.

—Oh, Sean, mierda…

—Sí, nena, joder.

—Me voy a resbalar, hostias.

—Tranquila, te tengo —susurró contra mis labios inferiores, chupando sin darme un respiro mientras le clavaba las uñas en los hombros y me mordía el labio para no gritar como una jodida loca.

En cuanto me corrí con el orgasmo más intenso que he tenido en mi vida, él se puso de pie, con aquel pedazo de miembro duro como una piedra, siendo recorrido por dos gruesas venas de lo más sexis. Era delicioso ver como una fina capa de vello oscuro empezaba en la zona baja de su ombligo, recorriendo toda esa sensual uve marcada hasta llegar a su miembro.

—Estoy bien, tranquila —dijo, volviendo a desistir de correrse.

No, joder, ni de coña.

—Eh, esto no es así. —Le agarré de las mejillas, obligándole a mirarme—. Deja de pensar que el placer ajeno es más importante que tu propio placer. Somos novios, ¿no? Pues o nos corremos los dos, o nada.

Me miró perplejo, lo cual me provocó tal confusión que no fui capaz de decir nada más, aun así, pasaría a la acción.

Mi mano agarró su polla, esta se endureció todavía más al ser tocada por mí. Subí y bajé lentamente con miedo de hacerle daño. Nunca hice algo así, pero sí que vi vídeos. Solo tenía que recordar lo que las chicas hacían y tratar de satisfacerle.

—¿Voy bien? —susurré, muerta de la vergüenza por la forma intensa en la que esos ojos me analizaban.

—Vas de lujo.

—¿Quieres más rápido? —aumenté un poco el movimiento de mi mano y un gruñido gutural de lo más sexi hizo que sintiese deseos de volver a correrme—. Creo que eso es un sí.

—No sabía que hacías tan buenas pajas.

—Yo tampoco. —Mi sonrojo aumentó. No desistí, mantuve el puño firme alrededor de su miembro, deslizándolo hacia arriba y abajo.

Algunos suspiros se me escapaban cuando le sentía mover las caderas contra mí, pensando en cómo sería sentir toda esa dureza en mi interior. Sean era jodidamente grande ahí abajo, y grueso, y duro y… potente.

Ay, madre mía.

—¿Puedo chuparlo? Quiero saber cuál es su sabor.

Él soltó una carcajada ardiente que me hizo sentir un intenso cosquilleo.

—No me queda mucho, me pones demasiado. Quizá te pringue la cara, no creo que sea buena idea.

—No me importa, quiero probar…

Hice el intento de agacharme, mis tetas rozaron su miembro siendo sacudido por mi mano y, en ese instante, él me agarró del pelo y todo su semen pringó mis pezones mientras algunos gruñidos se le escapaban a pesar de intentar no hacerlo.

Aquello fue lo más caliente que viví en mi vida y, desde ese momento, tuve claro que Sean Kiev también era mi droga preferida.

CAPÍTULO 36
BRITTANY



DOS MESES DESPUÉS

Las cosas iban demasiado bien. No sé que fue lo que Sean le dijo a Derek aquella tarde en la que me castigaron, pero cada vez pasábamos más tiempo juntos y mi familia no ponía resistencia.

Mary seguía mejorando con el tratamiento, el cáncer no se curaba, pero tampoco ganaba terreno. Los médicos decían que se había congelado y ahora tocaba rezar para que su sistema inmune ganase esta batalla. Ella se veía fuerte y optimista, aunque aún no podía trabajar y pasaba la mayor parte del tiempo descansando en casa.

Sean y yo hablábamos sobre nuestros planes de futuro, sobre comprarnos una casita humilde y combinar el trabajo con los estudios. Él estaba emocionado por poder estudiar Medicina y deseando que yo tuviese claro qué quería hacer.

Me atraía mucho la idea de ser profesora de infantil. En las clases del gimnasio descubrí que adoraba a los niños y me gustaba mucho enseñarles cosas y darles el amor que mi niña interior nunca recibió. Pensaba en lo importante que era para un infante el ser querido y amado de alguna forma y me entregaba con total dedicación a ello.

Aun así, mi idea era seguir trabajando para pagar mis propios estudios, aunque fuese poco a poco y tuviese que recurrir a becas, pero Sean me advertía una y otra vez que en cuanto cumpliese los dieciocho, pasaría a ser totalmente suya y se haría cargo de mí en todo.

A veces, pensaba que me quería mucho, pero luego recordaba que nunca lo decía y que seguíamos sin acostarnos. Por supuesto, su boca y sus dedos hacían maravillas por mi cuerpo, igual que mi lengua en el suyo. Descubrí lo que era hacer una mamada y también cada una de las formas en las que le gustaba que le besara y tocase. A Sean cada vez le conocía un poco más. El chico al que solo podía mirar de lejos, ahora se sentía como mi hogar, como mi lugar seguro.

Pero seguíamos sin hacerlo.

Porque aún no me quería.

—Tía, deja de rayarte —comentó Anastasia, tras finalizar la clase. A veces se metía en el aula conmigo y las peques, cambiando las canciones y ayudándome con algunos juegos que hacíamos. En solo un mes, me tocaría subirme en un escenario para bailar junto a las chicas y yo sería el centro. Estaba muy nerviosa a la vez que entusiasmada. Por fin, los vacíos de mi vida empezaban a llenarse de cosas bonitas—. Sean está loco por ti. Si va dejando un charco de babas allá por donde pisas.

En cuanto cada madre se llevó a su pequeña, me deshice la coleta para sacudir mi cabello. Noté un escalofrío en la espalda y al girarme, efectivamente, estaba mirándome. Me guiñó el ojo y sentí mi mundo desmoronarse.

—Pero, Ana, Josh lleva queriendo meterte el pepino desde el minuto uno.

—Sí, y tampoco lo ha conseguido.

—¿Y por qué no lo ha hecho? Porque no te sientes segura con él, porque te asusta, dudas de que sea el adecuado. Quizá a Sean le

pase lo mismo conmigo. —Ella puso una enorme cara de asco—. Oh, venga. Ana, ayúdame.

—Lo hago, eres tú la que no se ayuda en absoluto pensando esas cosas. Por Dios, esos pensamientos son de chicas virginales como nosotras, ¡los tíos no son así!

—¡¿ENTONCES POR QUÉ MI NOVIO NO ME FOLLA DE UNA VEZ?!

Anastasia se aclaró la garganta, a lo que tuve que pegarme una bofetada a mí misma, pues justamente Cindy abrió la puerta que insonorizaba el aula y mi grito se escuchó por toda la sala de musculación.

Maldita mi suerte.

—Bueno, ya que estamos, mejor que te responda él. —Se encogió de hombros, haciéndome un gesto con los ojos que significaba: ahí viene.

Con puro terror dije:

—No, tía.

—Sí, tía.

—No, tía, en plan… no.

—Tía, en plan, sí, joder.

—Tíaaaaa.

—Es que no veas como te pones, tía.

—Estoy rayada, tía.

—Hola, tías. —La voz familiar de mi novio me hizo dar un respingo, como si acabase de meterme ese enorme pollón por el culo. Me giré sobre las zapatillas que usaba para bailar y le miré con mi mejor sonrisa.

—Hola, tío. —Sacudí la mano sobre su cara, a modo de saludo.

Lo sé, patética.

—¿Quieres que responda a tu pregunta?

El calor se me subió a la frente, mientras mis dos amigas se quedaban ahí pasmadas, expectantes ante la escena. Por supuesto que no iba a permitir que esto pasase delante de ellas. Humillada, sí. Pero en público, jamás.

—Mejor luego, te recuerdo que tenemos una fiesta a la que ir —hablé con voz cantarina y sonriendo para quitarle hierro al asunto—. Estás muy guapo.

—Estoy empapado en sudor y con un chándal viejo.

—Pues eso, superguapo.

¿Acaso necesitaba Sean Kiev algo más para verse jodidamente atractivo?

—Tú estás muy follable —afirmó, y me soltó una nalgada en el culo. Las dos gorrionas que tenía por amigas jadearon a la vez, empezando a chismosear—. Así que protege tu virginidad, porque corre peligro.

Mi sexo palpitó humedeciéndose de inmediato mientras las rodillas me temblaban y sentía que, si daba un solo paso, caería rodando por el suelo. JODER.

¿De verdad acababa de decirme eso? Era la primera vez que no evadía el tema o saltaba con otra cosa totalmente diferente a lo que me estaba refiriendo.

Tuve que abrir los labios para poder suspirar y tomar algo de aire. Y esta vez, no sabía si era por el acojonamiento de hacerlo de verdad o por la emoción, pero fui yo la que decidió evitar el tema.

—La fiesta, se hará tarde.

—Claro, ¿nos duchamos juntos o te asusta?

¿Ahora mismo? Me asustaba.

Me sentía como un gatito acorralado por un enorme y feroz lobo, y no lo entendía.

Me miraba distinto, era como si quisiese comerme entera, lo cual ya hizo en muchas ocasiones durante estos dos meses; había tenido

su lengua en cada parte de mi cuerpo, matándome de placer, pero juraba que esto era distinto.

—Por separado, así no te cansas de verme desnuda —zanjé, sacudiendo mi pelo y dándole un coletazo en la cara para picarle antes de disponerme a abandonar el aula mientras me abanicaba con la mano. Qué maldito calor.

Tras perderme en el interior del vestuario, empecé a deshacerme de la ropa sudada antes de llegar a la ducha. Algunas chicas me miraban de reojo, siempre lo hacían.

Totalmente desnuda, me metí bajo el chorro del agua y no pude evitar ahogar un gemido al acariciar mi sexo y pensar en él. Dios…

Su cuerpo era propio de una obra de arte: sus tatuajes, aquellos escorpiones oscuros y esas calaveras pintadas sobre una piel clara y suave, esos brazos enormes, esa uve al final de su vientre, su ombligo, su torso, su pecho…, todo él.

Ay, madre.

Mi chico malo.

Tuve que poner el agua un poco más fría para calmar mi mente calenturienta y mis hormonas, sintiéndome nerviosa por no saber qué tramaba Sean, ¿le hizo cambiar de opinión mi comentario? ¿Así, sin más? ¿De repente? ¿Pasaría algo esta noche en la fiesta?

Volví a tragar saliva, saliendo disparada de ahí. Sequé mi cuerpo con la toalla en menos de un periquete, y me puse un tanga rosa y un sujetador del mismo color. En cuanto estuve vestida con una muda de deporte limpia, até mi cabello en una trenza y me encontré con Anastasia esperándome al lado de los banquillos. Iríamos a su casa para prepararnos y luego ellos nos recogerían.

Tenía permiso para pasar toda la noche fuera, a pesar de que en casa sabían que era para estar con él, no les importaba.

De hecho, Johan me pidió que le invitase a cenar para conocerle, aunque yo estaba postergando ese incómodo momento todo lo posible. Es más, quería cumplir la mayoría de edad y largarme sin

tener que meter a Sean en casa y hacerle sufrir aguantando a mi madre y a Derek.

Agarrada del brazo de mi amiga, salimos fuera. Cindy conversaba alegremente con los chicos, ella parecía ser totalmente inmune a sus encantos, aunque con Derek siempre se ponía nerviosa. Que, por cierto, siguió viniendo a casa en algunas ocasiones, incluso se quedó a dormir aquella vez que mamá pasó una noche en un hotel con Johan y me negué a quedarme sola con Derek. No le conté nada a Sean porque él tenía ya bastante con su trabajo y su familia, debía empezar a ser fuerte y no convertirme en una novia mochila.

Ya hacía suficiente por mí.

—Nos vamos andando —dijimos Anastasia y yo al unísono. Ellos fruncieron el ceño, dolidos por no querer subirnos a sus preciosas motos—. Es que somos tres, y no podemos dejar a una atrás.

—Puedo hacer dos viajes. —Josh, que no quería perder la mínima oportunidad de tener a Anastasia pegada a su cuerpo, le hacía ojitos sin descanso—. Vamos, Cleopatra Es el único momento en el que no parece que me tengas asco.

—Pues te equivocas porque sí que lo tengo, así que me iré andando.

Josh rodó los ojos.

—Os recogeremos luego en mi coche, iremos los cinco.

—Genial —dijo Ana. Cindy solo sonreía y asentía como si diese su aprobación a todo lo que se hablaba.

—Nena, ¿no te subes? —La voz de Sean me hizo sufrir mareos. ¿Qué mierdas me pasaba? De repente, era como si todas mis hormonas quisieran tirarse encima de él y engullirle, pero, a la vez, mi sistema nervioso estuviese en alerta roja gritándome: «Cuidado porque si te entregas, no podrás olvidarle, jamás».

¿Y por qué iba a querer olvidarle? Yo quería estar con él, para siempre.

—Las acompaño, luego nos vemos. —Sonreí, pero su expresión de ruso cabreado se acentuó aún más.

—¿Estamos bien, cariño?

Cariño.

Ay, que me muero.

Sus apodos cariñosos habían ido aumentando en estos dos meses, y mi encoñamiento por él también.

—Estamos perfectos —confirmé, con las mejillas rojas como tomates.

—Estás rara.

—Lo dicho, nenes, luego os recojo en el *buga*. —Josh arrancó la moto, despidiéndose y pirándose. Sean le hizo un gesto con la frente y las chicas comenzaron a andar tranquilamente, dándonos espacio.

Su mano se deslizó por mi cintura, pegándome a su chándal negro que olía delicioso a suavizante y hogar cálido. Su mano, lejos de ir directa a mi espalda, como siempre iba, fue a mi culo, no cortándose en agarrarlo con bastante intensidad.

—Estabas muy mona bailando con esas niñas, eres adorable.

—Ah, ¿sí? —Yo pensaba que me veía como un pato mareado y bastante ridícula. A veces, me costaba mucho que me hiciesen caso —. Gracias por venir siempre a todas mis clases y mirarme de reojo mientras haces pesas. —Le guiñé un ojo—. Eres mi fan número uno.

—Soy tu único fan, nena. A todos los demás ya los he matado —bromeó, y con una sonrisa pecaminosa, me robó un beso de los labios mientras mi cuerpo se estremecía, haciéndome pensar que Sean estaba más cariñoso, posesivo y caliente que de costumbre—. ¿No quieres que te lleve entonces, mi vida?

Mi vida.

Hostias.

—Tranquilo, esas dos cotillas están ahí esperando a que les cuente si al final follaremos o no —solté, y rodé los ojos, diciéndolo con

toda la naturalidad con la que siempre solía decirlo.

Pero él esta vez no evitó el tema, me echó un vistazo de arriba abajo y todavía con su mano en mi trasero, me acercó aún más a su cuerpo para pegar los labios a mi oído y susurrar:

—Piénsatelo y avísame. Para comprar condones, ¿vale?

Joder.

Mierda.

¿Se suponía que después de tanto pedírselo ahora era yo la que tenía que decidir si esta noche iba a llegar ese ansiado momento que deseaba y a la vez me deba un miedo atroz?

—Va… vale —murmuré, con un hilo de voz agudo—. Pero ¿estás seguro? ¿Tú quieres…?

—Llevo queriendo follarte desde que te vi el primer día en Hallow, cariño. Eres tú la que tiene que estar lista.

Estaba aturdida.

—Pero dijiste que no lo haríamos hasta que me quisieras.

Él torció su sonrisa, viéndose más sexi de lo que era, hizo rugir el motor del bicharraco que llevaba entre las piernas.

—Que te lo esté ofreciendo ya, significa algo, ¿no crees?

Mierda, ¿me quería?

Estaba estallando en fuegos artificiales, pero no me haría falsas ilusiones.

—A ver, gilipollas, ¿me quieres o no?

—Más que a mi vida, Brit.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

Ay, madre.

Me quiere.

—Yo… Esto…

—Tranquila, no tienes que decírmelo de vuelta si no lo sientes.

¡No! ¡Joder! ¡Claro que lo sentía!

—¡Sean! ¡Espera!

—¡Nos vemos luego! —exclamó, bajándose la visera del casco—. Piénsate «eso». Espero tu mensaje.

CAPÍTULO 37
BRITTANY



—Tía… —Anastasia sacudía las manos en plan: Dios, la que se va a liar—. Flipa, el rojo es tu color.

—No sé yo… ¿No es demasiado?

Cindy levantó la vista del teléfono, ella iba con una falda de vuelo simple y una blusa, calzada con zapatos bajos y el pelo recogido en un coqueto moño, parecía una bailarina de ballet. Anastasia era más guerrillera, como yo, y llevaba un escote de infarto que dejaba lucir esas tetas con las que Dios la había bendecido y una coleta alta que caía sobre su espalda. Era una morenaza impresionante.

Yo llevaba el pelo suelto, con un vestido rojo de tirantes, totalmente ceñido a mi figura esbelta y la espalda al aire.

—Yo creo que, si vas a ir así vestida, deberías ir diciéndole ya que sí compre los condones, porque se te va a tirar encima como un león y tú no vas a ser capaz de resistirte a él. —Cindy dio su veredicto con aquella voz dulce y volvió a centrar la atención en el móvil.

¿Qué tenía que mirar ahí?

Mordiéndome el labio, mientras Anastasia repetía «hazlo» una y otra vez, me dejé caer sobre el puf violeta que tenía en una esquina de su habitación decorada al estilo gótico. No entendía cómo era

capaz de dormir aquí dentro sin tener pesadillas, ¡ni siquiera ella era gótica! Pero le gustaban las cosas retorcidas a más no poder.

—Está bien, le escribiré, maldita sea. —Arrugué el ceño, abriendo el chat enfadada, ¿por qué diablos estaba cabreada? Ay, las chicas éramos complicadas, al menos yo.

Yo: *Hola, nene.*

Sean: *Hola, nena.*

Bueno, mis manos ya estaban temblando. No era capaz de escribir una sola palabra, y él, como siempre, pareció darse cuenta.

Sean: *Sin presiones, ¿me has hablado por lo de antes? Si no estás lista, olvídalo, ¿vale? Solamente quería que supieses que a mí me apetece, mucho.*

Me dejé escurrir aún más en el puf, notando que mi sexo se iba a derretir.

¡Diosito, ayuda para estar mujer calenturienta de conejo alegre!

Yo: *¿Y si ya estabas «listo» por qué no me has dicho nada?*

Sean: *Esperaba el momento oportuno, pero creo que tras verte gritar aquello en el aula de baile, debía actuar.*

Me quedé en blanco, era una completa cobarde y me daba muchísima rabia comportarme así.

Sean: *Barbie, olvídalo, ¿vale? Cuando quieras, dímelo y ya está.*

No, joder, ¡que no!

Yo: *Sean, ¿tú me quieres?*

Sean: *Ya te lo dije antes.*

Yo: *Pues dímelo de nuevo.*

Sean: *Te quiero muchísimo, Brit. Pero no por ello tienes que ceder, puedo esperar lo que haga falta. Lo sabes.*

Me mordí el labio sin poder evitarlo, este chico me iba a volver loca.

Yo: *Compra los malditos condones, Sean.*

Sean: *¿Segura?*

Yo: *Al cien por cien.*

Sean: *Mira que no me gusta comprar cosas que no voy a usar…*

¡¡Idiota!!

Yo: *¡Cómpralos y ya está, joder!*

Sean: *Ya los había comprado, nena.*

¡Será cabronazo!

Yo: *¿Por qué? No sabías si iba a decir sí o no.*

Sean: *Ya, pero en algún momento iba a pasar, ¿no? Vamos a estar juntos toda la vida.*

Suspiré, relajándome de inmediato tras leer esas palabras.

Yo: *Promételo, promete que estaremos siempre juntos.*

Sean: *Siempre seré tuyo, Brittany.*

Un brillo especial iluminó mi mirada y traté de disimular la emoción que me invadía. Anastasia se encontraba entretenida tratando de maquillar a Cindy. Ya faltaba poco para que viniesen a recogernos; de hecho, Sean debería estar escribiéndome desde el coche con Josh.

Yo: *Sean.*

Sean: *Dime, nena.*

Yo: *Yo también te quiero*.

Sean: *No más que yo.*

CAPÍTULO 38
BRITTANY



En cuanto el móvil de Anastasia sonó avisando de que estaban abajo, noté como la boca del estómago se me cerraba a cal y canto.

¿Por qué estaba tan nerviosa? Nos habíamos visto desnudos, tuve a Sean ciento de veces entre mis piernas haciendo maldades con su lengua, no era la primera vez que me quedaba a dormir en su casa, en absoluto, pero algo en él se sentía distinto, me miraba de otra forma, me hablaba en otro tono. ¿Era porque estaba fumado? No, no olía a *maría* y no solía ir fumado a entrenar.

Cuando mi novio se colocaba con hierba se soltaba más de la lengua, aun así, esta vez seguía siendo distinto.

En cuanto salimos por la puerta del edificio, Josh y Sean me miraron de arriba abajo, el mejor amigo de mi novio le dio unos leves golpecitos sobre el hombro, diciendo en voz baja:

—Colega, has hecho bien en comprar esos condones. —Acto seguido, su boca se desfiguró al posarse en mi mejor amiga—. Y me vas a tener que prestar unos cuantos.

Él y Anastasia apenas se liaron una sola vez, en la que no hubo más que un par de morreos y tocamientos por encima de la ropa. Luego ella se sintió insegura y no volvió a dejarle traspasar su barrera.

Anastasia era una chica preciosa que no debía sentirse inferior a nadie, pero entendía que tratándose de un picaflor como Josh Halimton, no se fiase un pelo.

—Me cago en mi vida —balbuceó mi pobre novio, sin dejar de mirarme—. No la veo solamente yo, ¿verdad? También la ves tú.

—Sí, tío, la vemos todos.

—Qué puto problema.

No pude evitar reírme.

—¿Celoso, señorito Kiev? —Contoneé las caderas hacia él, pasándole la mano por la barbilla, fingiendo limpiarle la baba que se le caía.

—Celosísimo, señorita Saphire —confirmó, agarrando la mano con la que acababa de acariciar su mandíbula, para besarme los nudillos —. Estás increíble, nena.

—Tú también.

No mentía, iba guapísimo. Su estilo siempre era más casual y deportivo que el mío. Llevaba unos vaqueros oscuros ajustados a esas piernas que tenía, con una sudadera negra pegada a su torso bien formado, marcando la forma de sus increíbles hombros y brazos. Se había cortado el pelo antes de venir, seguramente en esa peluquería que hacía esquina por donde vivía Joshi, porque me habló varias veces de ella.

—Ana, ponte delante con Josh —pidió, abriendo la puerta para que mi mejor amiga se sentase donde previamente estuvo él.

Luego abrió la mía, subí al coche con cuidado de que no se me viese todo el culo o perder un tacón de aguja por el camino, y luego él empujó mis piernas intentando hacerse hueco.

—¡Para de empujarme, gilipollas! ¡Que me voy a quedar medio desnuda!

—Si no tuvieses esas piernas tan largas, no habría problema.

—Habló el que mide casi dos metros.

Mis tetas estaban sobre la cara de Cindy, a la que no parecía importarle, mientras trataba de sentarme en condiciones. El coche de Josh era estrecho a pesar de ser de cinco puertas.

Cuando finalmente logré sentarme en el centro, resoplé de la angustia, tirando de los bordes de mi vestido hacia abajo para no llevar el conejo al aire.

Anastasia conectó su móvil al *bluetooth* del coche de Josh eligiendo *Another Love* de Tom Odell.

Cindy cantaba en voz bajita mientras seguía mirando su teléfono, balanceando la cabeza de un lado para el otro.

Sean alzó su brazo, colocándolo detrás de mí, y dio un leve empujoncito que me hizo caer sobre su regazo.

—Ups, ha sido queriendo, no lo siento. —Esbozó una sonrisa socarrona, la cual se borró en cuanto sus ojos se encontraron con mi escote—. Madre mía, nena, te estoy viendo hasta el alma desde aquí.

—¿Y qué tal? ¿Iré al cielo o al infierno?

Se asomó un poco más, arqueando una ceja.

—Creo que vas a ir a mi cama.

Le di un codazo, tratando de apartarle de mí, por desgracia, el espacio reducido del coche lo hacía imposible.

—Vas de listillo, ¿eh?

Su boca se acercó al lóbulo de mi oreja. Nunca imaginé que podría ser tan placentero sentir una lengua húmeda y caliente en esa zona del cuerpo hasta que una noche, tras ver una peli de terror, Sean decidió experimentar y casi me corrí solo con eso.

Noté la bolita metálica del *piercing* de su lengua hacer jueguecitos en esa zona, y tuve que apretar los muslos para controlar el tremendo sofoco que me estaba dando.

—No voy de listillo, mi vida. —Sus labios se apoyaron un poco más arriba de mi oído, dejando un tierno beso sobre un mechón rubio de mi cabello—. Voy de que ya no puedo más.

Un jodido escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Si él no podía más, yo menos.

Pestañeé lentamente, sin dejar de mirarle. Mi estómago estaba lleno de mariposas que flotaban hacia todas las zonas mi cuerpo.

—Me gusta que me llames así —admití con una sonrisa de lo más tontorrona—. ¿Cómo se dice gilipollas en ruso?

Su mirada de desprecio logró hacerme reír de lo más divertida.

—No pienso decírtelo.

—Pues lo buscaré en *Google*.

—Jamás aprenderás a pronunciarlo bien.

—¡Ponme a prueba!

—Mientras me la chupas.

—Ya te gustaría.

Y a mí también.

—Por supuesto, me encantaría.

—Jamás tendrás esa suerte.

Esta noche, si quieres.

—Ya veremos, Britney.

—No me llamo…

Anastasia levantó su teléfono, rompiendo una de nuestras habituales disputas:

—¡Se dice «zasranet»!

Sean estalló en carcajadas por la pronunciación improvisada de mi pobre amiga. Esta infló los mofletes, quitándose el cinturón de seguridad para girarse sobre el asiento e intentar tirarle de los pelos.

—¡Eh! ¡Eh! —bramaba Josh—. Ponte el maldito cinturón que como me caiga una multa, la que me la vas a tener que chupar, vas a ser tú.

Anastasia se ruborizó tanto, con los ojos tan fuera de órbita, mientras Sean seguía cachondeándose de ella, que si no fuese porque Josh aparcó de inmediato y salió corriendo del coche como alma que lleva el diablo, lo hubiese matado en ese instante.

Mi mejor amiga bajó del auto persiguiéndole, mientras este se escabullía entre la multitud de la fiesta, a Sean le tocó quitar las llaves del contacto y echar el seguro.

Antes de que me diese cuenta, ya estaba siendo presa de todas las miradas y, por supuesto, las de las chicas que más me odiaban en el mundo. Aquella fiesta era importante, una fiesta que siempre se hacía casi a final de curso con todos los estudiantes de Hallow. Era el primer año que iba, porque Anastasia nunca me acompañaba y no tenía con quien ir.

La fiesta la organizaba Tony Claus, el chaval más adinerado de la escuela. Sus padres eran dueños de una sucursal de bancos y siempre alardeaba de ello, dando las fiestas más memorables y exclusivas en las que demostraba su poder y capital.

Nadia, Naomi y Rachel estaban en una esquina, con una copa en la mano, mirándome de reojo. Alcé el mentón, esperanzada con que Derek no estuviese aquí, él solía ser muy competitivo con Tony y nunca venía a sus fiestas, igual que Tony tampoco iba a las suyas.

La enorme mansión lucía rodeada de luces de colores y globos dorados, la piscina rebosaba de espuma y chicas en tetas con tíos en simples calzones. Sobre algunas hamacas, ya había gente besándose.

El brazo de mi novio volvió a rodearme, haciéndome sentir a salvo, caminamos juntos mientras Cindy no se separaba de mi lado, dando leves toques con su hombro al mío; ya no miraba el móvil, solo permanecía pasmada con la situación.

Encontramos a Josh de pie sobre una mesa, agitando y vaciando una botella de champán sobre un montón de chicas que se levantaban la camiseta para que les cayese todo sobre las tetas.

Noté cómo se me rompía el alma al pensar en Anastasia, a la que, por cierto, no encontraba por ningún sitio.

Sean percibió mi incomodidad, al mismo tiempo que apreció mi mirada rota, en busca de Ana.

—Eh, nena.

—Tengo que encontrarla, tu amigo es idiota.

—No son novios, Brit, tampoco son exclusivos.

—Pero ella siente algo por él —la defendí.

—Sí, pero no lo demuestra, sigue cerrada en banda y Josh no va a estar toda la vida detrás de ella esperando a que se decida.

Cindy se tapó los oídos con las manos.

—No discutáis, por favor, sois mis amigos.

Le di la mano para calmarla, ella era muy sensible a los conflictos.

—Tranquila, Cindy, solo estamos hablando.

—No veo a Ana por ninguna parte, joder. —Sean, que era el más alto, la iba buscando entre la multitud.

—¡Yo tampoco la encuentro! —gritó Cindy, tapándose los oídos, la música estaba demasiado alta y debía ser también su primera vez en una fiesta de este tipo, o de una fiesta en general—. ¿Se habrá ido a casa?

No, no se iba a ir sola, y menos sin avisarme.

—¡Vamos a las habitaciones de arriba! —chillé, ella asintió.

Si yo fuese Ana, buscaría aislarme y llorar a solas, eso es lo que haría.

Decidí seguir mi instinto mientras subía las escaleras a la planta superior, viendo como Josh bailaba moviendo la cintura y Sean trataba de bajarle de ahí, quitándose a las tías borrachas y casi desnudas de encima.

Me quemaba el ácido del estómago ver cómo se le ofrecían en bandeja, pero al menos me consolaba ver su evidente rechazo.

Tras abrir varias puertas y disculparnos bochornosamente al descubrir a algunas parejas follando como si no hubiese un mañana, llegamos a un cuarto de baño cerrado a cal y canto.

Toqué varias veces, escuchando una voz llorona que chilló un: «Dejadme sola, iros a mear a otro sitio».

Anastasia, sin duda.

—Ana, somos nosotras. Estamos aquí. Sal.

Unos segundos de silencio después, se escuchó cómo abría el pestillo y entré de inmediato, con Cindy detrás. Volvimos a echar el seguro y nos sentamos junto a ella, apoyando nuestros culos en un mueblecito blanco situado a un lateral del retrete.

—Tía, es un puto imbécil —hablé antes de que dijese nada—. Tú eres preciosa, vales mil veces más que él, no te atrevas a sentirte inferior.

—¿Sabes cuántas horas he tardado en esto, Brit? ¿Sabes a cuántas tiendas de ropa he ido para encontrar algo que ponerme para él? —Asentí una y otra vez, sintiendo su dolor en mi pecho. Lo sabía, sabía de sobra lo que esto significaba para Ana—. ¿Sabes la de noches que llevo sin dormir preguntándome si esta noche se lanzaría? Y joder…, claro que se ha lanzado, nada más entrar y perderme de vista, se ha subido a esa puta mesa a bailar con un montón de tías en tetas.

Anastasia dio una gran bocanada de aire y siguió desahogándose:

—Es mi culpa, Brit, por pensar que un chico como él se enamoraría de mí. —Sus pestañas se aguaron, las comisuras de los labios le temblaban a causa del enorme malestar que la rompía por dentro—. Tiene a un montón de tías guapísimas disponibles para él. ¿Por qué se iba a quedar con la gorda?

—Cállate, maldita sea —rugí, corriendo a abrazarla—. No te hables así, nunca más. Tú eres increíblemente guapa, y él se deshace por ti. Te adora, Ana, todos lo vemos.

—¿Y por qué en vez de bailar conmigo se ha ido con esas chicas? —preguntó entre sollozos—. Ni diez minutos ha tardado, Brit.

Me jodía decir esto, pero…

—Puede que Sean tenga razón —hablé con voz calmada, acariciando su preciosa coleta morena—. Quizá Josh piense que no te interesa y se haya cansado de esperar, ¿cuánto hace que os liasteis?

—Un mes.

—¿Y no ha pasado nada más?

—No.

—¿Por tu parte o por la suya?

—Por la mía. Lo ha intentado, y siempre le doy calabazas.

Inspiré profundo. Vale, esto pintaba mal.

—Y si tanto te gusta, ¿por qué no te abres y disfrutas?

—Porque me aterra pillarme por él y que haga exactamente lo que está haciendo ahora.

La puerta volvió a sonar, a lo que las tres gritamos a la vez un: «¡LÁRGATE, HOSTIAS!».

—No me voy a ir a ningún sitio, quiero hablar con mi amiga. —La voz de mi novio me hizo sentir escalofríos, Ana se señaló a sí misma a modo de pregunta.

—¿Quiere hablar conmigo? —musitó en un tono muy bajito.

—Parece ser que sí, ¿le dejamos entrar?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo.

CAPÍTULO 39
SEAN



Tuve que contar hasta diez, respirar hondo y controlar el impulso de ir a por esa maldita niñata pija que tenía una habilidad igual de desarrollada tanto para volverme loco de amor como para sacarme de puto quicio.

Después de escuchar los débiles sollozos que tenía tras mi espalda, agaché la cabeza y me di la vuelta, viendo a la única chica que siempre había sido un punto de apoyo para Brittany en su vacía y jodida vida. Por supuesto que movería el culo para ayudarla, aunque estuviese de parte de mi colega.

—Estás muy guapa —dije, acercándome al mueble blanco en el que estaba sentada mi novia hace dos minutos—. ¿Puedo sentarme aquí para charlar un rato contigo? —Ella me miró de reojo, encogiéndose de hombros y sorbiendo por la nariz—. A ver… ¿Por dónde empiezo, Ana?

—Por ningún sitio, Sean, está todo claro.

—Yo creo que es todo lo contrario, entre Josh y tú, las cosas están de muchas formas menos claras.

—No le intereso, ¿vale? Me he arreglado para él, he pasado todo el puto día pensando en este momento y no me ha hecho ni puto caso.

Agaché la cabeza, tratando de buscar las palabras correctas, las chicas eran complicadas para nosotros.

—¿Y cuánto llevas tú pasando de él, Ana? Estás enfadada porque él no te ha hecho caso esta noche, pero ¿cuánto hace que tú no le haces caso a él? —Enmudeció, sin saber qué responder—. ¿Lo ves? Él también hace cosas por ti: te lleva a casa, aunque no le pille de camino, solo para poder tenerte cerca. Va al gimnasio más para mirarte que para entrenar, cancela planes con sus colegas solo para poder compartir esos ratos contigo porque sabe que nunca le aceptarás una puta cita. Se lio contigo, no pasó más allá de besos y aun así siguió insistiendo. Josh nunca repite, Ana, y mucho menos si no se va a más en la primera cita. A él le gustan las cosas fáciles y directas.

Su cara de pocos amigos se centró en mí.

—Vaya, pues perdóname por no ser una tía fácil y directa.

—No es eso, entiende que él solo ha querido rollos porque nunca se ha pillado por nadie, ¿vale? Pero parece que contigo es distinto.

Sus cejas se alzaron hasta el nacimiento del pelo, soltando una carcajada cargada de rencor.

—Se nota muchísimo, Sean. Se nota un huevo que conmigo es distinto.

—Pues sí, porque si no lo fuese no te seguirías subiendo ni a su moto ni a su coche, ni te seguiría mirando en el gym. Pero, para él, ahora mismo solo eres eso, una chica con la que solo puede fantasear, porque le has cortado todas las ilusiones de cuajo.

Anastasia pareció relajar un poco su postura, abandonando ese estado defensivo que tenía cuando entré al baño.

—Sean, estoy gorda. —Finalmente soltó aquello que tanto la atormentaba—. Es normal que me sienta inferior a esas tías y que tenga miedo, miedo de que Josh me la juegue y se ría de mí.

Me saqué un papel de liar y empecé a hacerme un porro, Anastasia me miraba en silencio.

—Mira, tía, voy a ser sincero contigo. —En cuanto terminé de liarme el piti con una habilidad magistral, lo encendí y me lo dejé en la boca—. Yo también tengo inseguridades, ¿sabes? ¿Crees que fue fácil para mí siendo un puto muerto de hambre fijarme en alguien como Brit?

—Sean, es distinto.

—Es lo mismo, joder, son inseguridades de mierda. Y, ¿sabes qué? Sé que suena mal y tal vez te duela o me odies por esto, pero tus inseguridades no son problema de Josh, no es justo que las cargues en él, no tiene la culpa. —Sus ojos se abrieron mucho al escuchar lo que le decía, mirándome como si acabase de decirle una verdad de lo más hiriente—. No es a él a quien le molesta tu peso, es a ti misma a la que le molesta, porque en sus ojos eres puto perfecta, así que no es problema suyo, es problema tuyo, tía. —Di una calada más, dejando salir el humo despacio—. Y solo tienes dos opciones Ana: o te aceptas y te quieres de una vez y confías en él, o le dejas ir, porque Josh no merece que jueguen con sus sentimientos. No merece pensar que hoy puede llegar a algo contigo y mañana darse cuenta de que no tiene posibilidades. Es un buen chaval, ha pasado por mucha mierda, ha sufrido un huevo, y no voy a permitir que lo hundas. Ni tú ni nadie.

Estaba atónita, pensé que se pondría a pegarme gritos como una loca desquiciada, pero en vez de eso, solo asintió, soltando un profundo jadeo.

—Sean, sé que es como un hermano para ti, pero de verdad que esto es complicado. Tengo un problema de salud que me impide bajar de peso, ¿vale? Por mucho deporte que haga, por mucha hambre que pase, nunca seré como Brit o como Cindy, ni como ninguna de esas chicas. He llorado de hambre. ¿Sabes lo que es eso? Y no he bajado un puto gramo en la báscula. Es jodidamente desquiciante odiar quién eres y no poder cambiarlo. Es una maldita basura, porque por mucho que Josh diga que soy guapa, nunca estaré buena, nunca seré perfecta para él.

—Entiendo tu impotencia y lo que te duele, Ana. Y, sin embargo, vuelves a enfocarlo mal, nunca serás perfecta para ti misma mientras sigas con ese pensamiento. Pero, para él, ya lo eres. Él no quiere ni a una Brit ni a una Cindy. Le interesas tú. Aun así, hasta que no aprendas a quererte, no podrás apreciar ese sentimiento en las personas que te rodean. ¿Qué importa el peso, Ana? Eres una tía guapa, tienes un pelo increíble y todo lo que le gusta a cualquier tío: tetas, culo y conejo. Además, eres buena chica, solo tienes que darte un poco más de amor propio.

Tetas, culo y conejo.

Fumar hierba y darle consejos a una chica no era buena combinación.

Pero bueno, aquí estábamos.

Ella se dejó caer hacia atrás, mirándome en silencio, mientras la música retumbaba a toda pastilla desde la planta baja.

Otra lágrima le bajó de la mejilla, manchando la blusa color negro que llevaba puesta.

—¿Crees que soy suficiente para él, Sean?

—Esa no es la pregunta correcta, Ana.

—¿Y cuál es?

—¿Serás algún día suficiente para ti misma? Solo el día que lo seas, podrás serlo para todos los demás, incluido él. —Su mirada volvió a agacharse hasta el suelo, el pecho le subía y bajaba amenazando con explotar en lágrimas—. Pero —continué—. Conozco a mi colega mejor que nadie en este mundo, y si hay una chica capaz de enamorarle, eres tú. Ninguna de esas que baila abajo semidesnuda podría conseguir que Josh la acompañase a casa ni dejase de ir por ahí con sus colegas para estar como un bobo mirándola correr en una cinta.

Las lágrimas le bajaron con más ímpetu.

—¿Me lo prometes? —Casi no fue capaz de hacer esa pregunta.

—Nunca te mentiría en algo así, Anastasia. Déjale entrar, no te hará daño, en serio.

—No puedo, me da pánico.

—Entonces no le exijas que se quede, porque no es justo para él.

—Joder. —Se inclinó hacia mí, buscando un abrazo. Me sentía mal por ser tan duro con ella, pero así eran las cosas, ya teníamos una edad, empezábamos a ser adultos, y aunque los sentimientos fuesen un marrón de la hostia, era mejor ir siempre con las cosas claras por delante—. Quiero seguir conociéndole, aunque yo necesito ir despacio, Sean.

—Pues díselo, te escuchará, es idiota pero no inútil.

Nos reímos a la vez.

—Brit tiene mucha suerte de tenerte —murmuró, con la mejilla pegada a mi pecho, sorbiendo un moco que parecía estar a punto de caérsele—. Hacéis una pareja increíble.

—Brit —repetí su nombre, notando el corazón pegarme un fuerte golpe—. Tengo que ir a por ella antes de que se le ocurra ponerse a bailar en tetas.

Anastasia y yo rompimos el abrazo.

—Ella nunca haría eso, créeme.

—Nunca digas nunca.

Corté un pedacito de papel higiénico, ofreciéndoselo, ella se limpió las lágrimas y se sonó los mocos. Una vez se recompuso un poco, salimos del baño para regresar a la primera planta. Allí me encontré a una preciosa chica rubia con un vestido rojo de lo más sexi, moviendo los brazos de forma agitada mientras le echaba una bronca de mil demonios a Josh, el cual asentía sin decir ni palabra, rascándose la nuca, y Cindy los miraba atónita con las manos en los oídos.

Todos los tíos de alrededor ya la tenían en el punto de mira.

Ni de puta coña.

La pija era mía.
Jodidamente mía.

CAPÍTULO 40
BRITTANY



—¡¿Sabes lo mal que se ha sentido por tu culpa?! —grité en su cara, con las mejillas rojas y los puños apretados—. ¡No está bien lo que has hecho, Josh!

—No somos nada, Brit, y yo no le intereso. Nos liamos hace un mes y ya, no hay más.

—Pero… ¡¡le has tirado un montón de *champagne* en las tetas a esas chicas!!

—¿Y? Así son las fiestas, Brit. Joder, mira a tu alrededor, todo el mundo se lía y folla con todo el mundo, ¿crees que me voy a ir esta noche sin follar por una tía a la que le importo una mierda? Si no soy lo suficiente bueno para ella, pues que le jodan. Yo sigo a mi rollo.

—Oye, imbécil. —Le clavé la yema del dedo en el centro del pecho, el cabroncete también estaba fuerte—. ¡No hables así de Ana!

—¡Joder, es que no es justo! ¡Pasa de mi puta cara y cuando decido pasar yo, se pone a llorar!

—¡Ella necesita ir despacio!

—¡Despacio es una cosa e inamovible es otra, tía! ¡Que no avanzamos!

Quería agarrarlo del cuello y estrangularlo.

Alguien me pasó la entrepierna por el culo, me giré para escupirle en la maldita cara.

—Tú —rugí con el ceño fruncido.

—Sí. Yo. El amor de tu vida. —Sean se llevó su copa de *vodka* a los labios, me había traído un cóctel que sabía a piña.

Josh negó cabeceando, buscando a alguien entre la multitud y encontrando a mi amiga Ana sentada sola en una esquina, mirando su teléfono con cara de aburrimiento. Tragó saliva, le robó la copa a Sean y pegó un largo sorbo.

—Es la última vez que me acerco a ella, os lo juro. —Su tono de advertencia iba más por mí que por Sean—. Si me vuelve a dar calabazas, se acabó.

—Ánimo, fiera. — Le golpeó la espalda, este le miró con desánimo y fue cabizbajo hacia ella.

Sentí algo de lástima por los dos.

—Joshi no es mal tío, tu amiga está en buenas manos —aseguró Sean, que volvía a estar centrado en mí. Cuando nuestros ojos se encontraron, dio otro trago, bajando el alcohol por su nuez de Adán —. Y tú estás en buenas manos conmigo, *barbie*.

—Lo sé, confío plenamente en ti.

—Haces bien, porque te quiero, y mucho.

Y de nuevo, Sean Kiev me tenía flotando en esa nube que solo él conseguía crear bajo mis pies.

—¿Y por qué lo negabas?

—Porque yo también tengo mierdas, Brit. —Su mano libre, la que no sostenía la copa, rodeó mi cintura acercándome a él. Me dejé caer sobre su pecho y, sin pensarlo demasiado, empezamos a movernos de forma lenta, al ritmo de la música—. Siempre tengo esa sombra persiguiéndome, diciéndome que no soy lo suficiente bueno para ti.

—Somos perfectos el uno para el otro. Me niego a pensar algo distinto.

Continuamos meciéndonos con aquella música lenta y romántica. Josh parecía relajado, hablando con Ana, tenían las manos agarradas, y ella sonreía de vez en cuando. Sentí mariposas por ellos, se veían preciosos juntos.

¿Nos veríamos Sean y yo de la misma forma?

Sus dedos fueron a mi mejilla, acariciándola lentamente, mientras su cuello se inclinaba hacia mí y sus labios se fundían en los míos.

Mi lengua empujó en busca de la suya, la cual no tardó en aparecer, dándonos un increíble morreo allí en medio, delante de todos.

Sus manos bajaron de mi cintura a mi culo. Y en cuanto noté esos dedos tan expertos por mis glúteos, sentí el calor atravesar mi sexo e invadir la zona baja de mi vientre.

—Sean —gemí contra sus labios.

Seguimos besándonos, más y más, y mucho más, olvidándonos de todo lo que nos rodeaba, caminando totalmente abrazados, chocándonos con algunas parejas, sin pedir disculpas. Sean terminó dejando su copa por algún lugar y yo la mía. Su lengua entró hasta el fondo de mi boca mientras me cargaba sobre sus caderas, las cuales abracé con las piernas, echándole los brazos sobre los hombros en el momento en que él puso un pie en el primer peldaño de las escaleras

—Si subimos…

—Quiero subir —insté, sin dejar de lamer la comisura de sus deliciosos labios—. Te deseo, Sean. Ya no aguanto más.

—¿No prefieres que lo hagamos en nuestra cama? ¿En nuestra habitación?

Sean categorizaba su habitación y todo lo suyo como «nuestro», y no me podía parecer más adorable.

—Podemos hacerlo aquí y luego allí otra vez. Deja de planearlo todo.

Se detuvo, conmigo todavía rodeando sus caderas y sus manos sosteniéndome del culo.

—No sé, nena. Mereces un primer polvo en un sitio mejor.

Ni hablar, este sitio era perfecto. Prefería perder la virginidad en un lugar en el que era libre, antes que en su casa, con su madre y su hermana al otro lado, teniendo que morder la almohada.

Bajé las piernas de sus caderas, empujándole el pecho para alejarle de mí, bajé uno de los tirantes del vestido rojo, enseñándole carne de más.

—Voy a subir ahí arriba y de ti dependerá venir o no. —Y al decir aquello, desperté a la bestia dormida que mi novio llevaba dentro.

A pesar de echarme a correr escaleras arriba, él me alcanzó primero, cargándome sobre su hombro para llevarme a cuestas como si fuese un saco de patatas hasta una de las habitaciones.

En cuanto estuvimos a solas, me lanzó sobre la cama y cerró con pestillo, quitándose la sudadera, mostrándome toda esa musculatura propia de dioses griegos. No pude evitar gemir al fijarme en cómo se le marcaban los abdominales mientras caminaba hacia mí. El escorpión que tenía tatuado en el costado se movía al ritmo de sus gestos amenazantes, avanzando sobre mi cuerpo en la cama, como una bestia a punto de devorarme.

Mirándome fijamente, con algunos de sus cabellos negros resbalándole sobre la frente y esos profundos ojos azules atravesándome el alma, entreabrió los labios y susurró:

—No sabes lo que has hecho, nena.

CAPÍTULO 41
BRITTANY



Todo mi cuerpo temblaba, hasta mi alma se sacudía en el interior de mis huesos. Lo deseaba tanto como lo temía, era lo más extraño de mi vida.

Pero ¿qué podía hacer? ¿Salir corriendo? ¿Aplazar el momento? No, yo quería acostarme con Sean, confiaba en él, era el indicado.

—Estás muy tensa, relájate, nena. Soy yo, no un extraño.

Olvidé que ni siquiera estaba respirando mientras le tenía sobre mí, besándome por todas partes.

Asentí, tratando de darme valor y confianza, alcé mis manos hasta su cuello y tomé el control de mí misma, devolviéndole el beso.

—Eso es, nena. Así mejor —rugió contra mi boca, mientras hacía una exquisita presión con sus caderas sobre las mías. Notaba su enorme erección dura como una piedra bajo esos pantalones vaqueros haciendo presión por encima de mi minúsculo tanga negro. El vestido ya lo tenía subido hasta la cintura y mis piernas estaban tan abiertas que era incluso vergonzoso imaginarme así—. ¿Sabes una cosa, mi vida? Cuando salgamos de aquí, de esta habitación, habré estado dentro de ti. —Volvió a ejercer presión contra mi cuerpo, arrancándome un jadeo de desesperación. Lo necesitaba demasiado para seguir adelante con lo nuestro, quería saber lo que

era entregarse al chico por el que estaba perdiendo la cabeza—. Pero tú ya llevas mucho tiempo dentro de mí, nena, en mi corazón. Y en mi puta cabeza.

Oh, Dios mío.

Forever Young empezó a sonar a toda leche desde la planta baja, haciendo que mi corazón se acelerase. Nadie era joven para siempre, la vida pasaba demasiado rápido, y ya apenas me quedaban unos meses para tener dieciocho años. ¿Cuántas cosas divertidas hice en mi adolescencia? ¿Cuántas veces fui feliz? Creo que la respuesta a todo eso era nunca.

Nada.

Cero.

Vacío.

Ya era hora de empezar a vivir mi vida, y en estos momentos, mi vida era el chico que se peleaba con mi lengua y con mi ropa.

Su boca seguía unida a la mía, sin ninguna prisa por ir más allá de aquellos besos, nuestros labios se negaban a separarse, cobrando cada vez más intensidad, haciéndonos sentir húmedos de sudor y calientes. A veces, él tenía el control y luego me dejaba ganar, volviendo a la carga para enseñarme quién mandaba o cuánto le gustaba. Incluso las dos cosas a la vez.

—Sean —logré pronunciar su nombre, sintiendo sus besos descender por mi mejilla hasta llegar a mi oído izquierdo, metiéndome la lengua ahí para hacer que me retorciese de placer bajo su cuerpo. Mis piernas en enroscaron en su cintura y él seguía haciendo movimientos con sus caderas sobre mi sexo, avisándome de lo que venía, preparando el terreno—. Confío en ti.

—Haces bien, *barbie*, porque daría la puta vida por ti.

Con un hábil movimiento, Sean me colocó sobre sus caderas, mirándome desde abajo como si fuese lo más bonito que han visto sus ojos.

Tomó mis caderas con sus largos dedos, moviéndose debajo de mí, alzando la cintura hacia arriba para hacerme sentir todo su miembro, mientras no dejaba de mirarme directamente a los ojos de una forma diferente a todas las otras veces.

—Me miras distinto, Sean.

—Lo sé.

—¿Por qué me miras así?

—Porque te quiero, mucho. Y porque quiero follarte entera.

Las emociones se me atragantaron en la garganta. Sean tenía razón, tener sexo con sentimientos era como viajar a una galaxia diferente, y agradecía enormemente su empeño por llegar hasta aquí, juntos.

Sus dedos agarraron el borde de mi vestido, esperando a que alzara los brazos para quitármelo. Este salió despedido por mis hombros y me quedé desnuda sentada sobre sus caderas, solo con el pequeño tanga.

—Eres la tía más preciosísima del mundo, Brit. Lo tienes clarísimo, ¿verdad? ¿Tienes muy claro que para mí solo existes tú?

De nuevo, esas mariposas.

Sus manos acariciando mi abdomen, mi espalda, mi *piercing*, mis muslos...

—Lo tengo superclaro, Sean.

—Genial, porque eso significa que estamos listos.

—Lo estoy, estoy lista para que seas inolvidable. —Mis dedos se entrelazaron con los suyos, él se incorporó quedando sentado sobre el colchón, abrazándome, volviendo a besarme de esa manera insaciable que me hacía volar lejos, muy lejos del planeta Tierra—. No vas a abandonarme nunca, ¿verdad? —susurré entre sus labios, mientras volvía a recostarme debajo de él. El corazón me palpitaba ansioso, sabía que, en cuestión de minutos o segundos, ocurriría.

—¿Cómo se abandona el motivo por el que respiras?

Ay, madre mía.

El sonido metálico de su cremallera bajándose me hizo tragar saliva, sus besos descendieron por mi cuello, se quitó los pantalones y el bóxer, quedándose totalmente desnudo. Sacó un plastiquito de color rojo de uno de sus bolsillos para sostenerlo con la boca mientras tiraba de los hilos de mi tanga, alcé el culo para que pudiese sacarlo.

Íbamos a hacerlo. De verdad lo íbamos a hacer.

—Sean. —Estaba nerviosa, temblando, el corazón me iba a mil por hora, necesitaba hablarle para no pensar en el dolor que posiblemente sentiría, o en si seguiríamos siendo los mismos después de esto—. ¿Recuerdas el día que me puse tu sudadera para dormir desnuda? Te enfadaste y dijiste que revolqué mis tetas y mi culo en ella.

No pude evitar reírme al indagar en aquel recuerdo. Él ya iba por mi ombligo, repartiendo besos alrededor del *piercing*, mientras aquel plastiquito del mismo color de mi vestido, me miraba inocente a un lado del colchón.

—Sí, me enfadé muchísimo.

—¿Por qué?

—Porque la sudadera que menos me gustaba se convirtió en mi sudadera favorita por tu culpa.

Sus labios tibios y húmedos fueron bajando por mi vientre hasta llegar al comienzo de mi sexo, unos besos cálidos llenaron la zona de sensaciones increíbles, logrando que mis piernas se destensaran al instante.

Tenía una habilidad con la lengua que asustaba.

La bolita metálica de su *piercing* se frotaba contra mi clítoris logrando estremecerme, teniéndome con los ojos casi blancos mientras no podía dejar de repetir su nombre una y otra vez.

—Eso es, nena. Vamos bien.

—Sí. Vamos muy bien.

—Te encanta que tu novio te coma el coño, ¿verdad?

—Sí, sabes que sí.

—A mí me encanta comértelo.

Noté como un dedo se deslizaba entre mis pliegues, entrando de forma tímida y escueta, tratando de pasar desapercibido, pero ahí estaba, dilatando mi interior, preparándome.

—No te tenses, sigue disfrutando —me ordenó, aún con los labios pegados a mi sexo, sin dejar de usar la lengua para darme placer.

Asentí para mí misma, encogiéndome al sentir su dedo entrar hasta el fondo, solté un pequeño gemido agudo y él succionó más mi zona sensible, haciendo movimientos circulares con la lengua.

—Sean…

—Estás mojadísima, cariño.

—No es para menos, buuuf...

Dejé mi cabeza caer hacia atrás, recibiendo otro lametón que me hizo dar vueltas en la cabeza.

Madre mía.

El sonido del papelito rasgándose me sacó de aquella sensación flotante, cerré los ojos tratando de calmarme y luego pensé que no debería perderme este momento.

Los abrí de nuevo, viendo al chico del que estaba enamorada, con las piernas ligeramente abiertas sobre el colchón y totalmente desnudo.

—¿Te gusta la polla de tu novio? —preguntó con su particular expresión lobuna, meneándola delante de mi cara con descaro.

—Me encanta —admití, roja como un tomate.

—A ella también le encantas, está durísima por ti.

Volvió a recostarse sobre mí, acariciando mis muslos para amarrarse mis propias piernas a sus caderas.

—Sean —jadeé, aferrándome a su cuello, sin dejar de mirarle a los ojos—. Estoy asustada, pero quiero que lo hagas.

—Puedo esperar, nena, te lo prometo.

—Yo no quiero esperar, necesito que suceda.

—¿Qué es lo que te asusta?

—Que las cosas cambien entre nosotros.

—Cambiarán inevitablemente, Brit —dijo con total seguridad, dándome un pequeño y caluroso beso en los labios—. Porque después de esto, ninguno podrá dejar de pensar en el otro.

Sus ojos se dilataron sobre los míos, estaba desarmado, totalmente expuesto. Él también tenía miedo. Su corazón martilleaba en el centro de su pecho con tanta fuerza que podía sentirle como si fuese el mío propio.

Su mano descendió por nuestros cuerpos, colocando la punta de su miembro en mi entrada, inclinó las caderas lentamente, haciéndome sentir la presión.

—¿Me das permiso para entrar en tu cuerpo y cuidar de ti para siempre? —susurró, con su frente apoyada sobre la mía.

—Sí.

Se fue deslizando muy despacio a través de mi interior, era una sensación de lo más extraña. Dolía, muchísimo, tanto que se me saltaron algunas lágrimas y por momentos pensé en abandonar, aunque sus dedos haciendo suaves cosquillas en mi espalda y sus besos cálidos en mi cuello, me hacían sentir que podía con ello.

—¿Estás bien? ¿Paro? —iba preguntando cada vez que se deslizaba un poco más y yo gimoteaba entre sus brazos, enganchándome a sus hombros, clavándole las uñas de vez en cuando.

—Ni se te ocurra salir ahora que hemos avanzado tanto, ya casi estás, ¿no?

—Eh…

Solté un grito al sentir que una parte enorme de él me llenaba hasta el fondo, invadiéndome de un calor intenso tras sentir una fuerte oleada de placer y dolor mezclados.

Fue como notar un clic en mi interior y algo caliente derramarse entre mis muslos, dolió y desapareció, sin más.

No pude evitar reírme, se lo agradecía, porque ahora ya estaba, por completo, entero dentro de mí, y Dios, era increíble.

Le abracé muy fuerte, acurrucándome en el hueco que quedaba entre su hombro y su cuello. Podría quedarme así para siempre, con él en mi interior, llenando todos los vacíos de mi alma.

Su bonito culo se movió hacia fuera y noté como el vacío regresaba, luego inclinó la cintura hacia mí, volviendo a llenarme, haciéndome chillar por la sensación tan extraña de placer y un pequeño rastro de dolor.

—¿Estás bien, princesa?

—Sí.

—¿Sigo?

—Por favor, no pares.

Sean continuó moviéndose sobre mí, con movimientos suaves de cadera, como el vaivén de las olas del mar en un calmado día de verano. Mi sexo cada vez estaba más acostumbrado a él y la humedad que iba generando ayudaba a que doliese menos y disfrutase más.

—Oh, me encanta —aseguré al fin, sintiendo un profundo cosquilleo en una zona desconocida de mi cuerpo—. Mmm… Sean…

—Estás apretadísima, nena. Me cago en todo.

—¿Eso es malo?

—Me está costando la vida no correrme, joder. —Sus caderas aumentaron el ritmo y mis chillidos se intensificaron, gimiendo como si no hubiese un mañana, una de sus manos fue a mis tetas, apretándolas mientras chupaba mis pezones—. Estás buenísima, Brit. Qué locura, joder.

—¿Te gusta estar dentro de mí, Sean? —jadeé, con el corazón a mil.

—Joder, nena, no digas esas cosas.

—¿Por qué no? ¿Te pone?

—Me pone loquísimo, hostias. —Sus manos alzaron mis muslos para colocarme los gemelos sobre sus perfectos hombros de gladiador, volví a gritar cuando le noté entrar hasta el fondo en esta postura, teniendo que clavar las uñas en el colchón—. ¿Así te gusta? ¿Mmm? ¿Te gusta que te la meta entera?

Empezó a moverse con más velocidad, sus testículos chocaban con mi sexo mientras me la metía una y otra y otra vez.

Llegamos a un punto en el que el placer era tan intenso que no sabía cómo manejarlo, sensaciones totalmente desconocidas y nuevas para mí me invadían sin aviso. Era una locura, y me asustaba lo mucho que lo disfrutaba.

—Nene…, creo que voy a… ¡Sean!

Él aumentó la rudeza, apretando duro cada vez que se deslizaba hasta lo más hondo de mi cuerpo, mientras la mirada le brillaba de una forma pecaminosa y oscura.

—Córrete en mi polla, preciosa. Déjame hecho un desastre, por favor.

Sin demasiado esfuerzo, me agarró de la cintura, quedando él acostado y yo arriba sobre su arma letal. Con sus manos en mis caderas, me mantuvo en esa postura mientras alzaba el abdomen y el culo una y otra vez clavándomela sin piedad hasta el fondo, mirándome directamente a los ojos.

—¡Dios! ¡Dios, Sean! ¡Joder! ¡JO-DER!

—Chilla todo lo que quieras, no voy a parar, tienes un coño y un cuerpazo de la hostia. Eres mi droga, nena. Ya te lo dije una vez, te voy a esnifar entera, joder.

—¡Sean! —grité más fuerte, entre gemidos. Estar así, con las rodillas sobre el colchón, y mi sexo totalmente abierto, recibiendo

empellones desde abajo, era una maldita locura.

¿Cómo podía moverse con tanta intensidad? Dios, ¿no se le acababan pilas?

Su abdomen subía y bajaba a una velocidad de vértigo. Las tetas me rebotaban cada vez que su cadera chocaba con la mía de forma violenta y él no dejaba de mirarlas. Ni a mis tetas ni a mi *piercing* ni a mí, que estaba roja, con las lágrimas saltadas y hecha un desastre.

—Nene…, ¡AY! ¡Dios mío!

No pude más, mi cuerpo tembló desde los pies hasta la columna, notando un calor abrasador mezclado con un orgasmo que me hizo perder las fuerzas y escurrirme sobre él. Su sexo se endureció todavía más dentro de mí, escuchándole soltar un gruñido gutural de lo más sexi.

—Mierda… —jadeó, empapado en sudor, con mi cuerpo sobre el suyo.

Ambos nos tomamos unos segundos para calmar el corazón y volver a respirar con normalidad.

—¿Estás bien? —se interesó por saber, yo solo moví la cabeza de forma afirmativa sobre sus pectorales.

—¿Y ahora? —cuestioné, pues estábamos en el punto que más miedo me daba.

—Ahora, cuando estés recuperada, nos vestiremos, bajaremos a bailar un rato y, después, volveremos a casa para dormir abrazados.

Mi corazón latió pletórico al escuchar justamente lo que necesitaba.

—¿Me sigues queriendo, Sean?

—Más que a mi vida, nena.

CAPÍTULO 42
BRITTANY



Nunca olvidaría aquella noche. Definitivamente, se convertiría en el mejor recuerdo de mi vida.

Como tampoco se me iría de la cabeza la mirada rota de Naomi al abrir la puerta de aquella habitación, encontrándome refugiada bajo el brazo de Sean, quien justamente me decía lo increíble que había sido.

Sus ojos aún estaban grabados en mi mente. Era una mezcla de decepción y dolor a partes iguales, y tuve miedo, miedo de algún día sentirme igual que ella, porque sabía lo increíble que era Sean, y más después de compartir un momento tan íntimo con él en la cama. Era como si toda mi alma y todo mi cuerpo se hubiesen rendido a sus pies, y, ahora, él tenía el poder de destrozarme.

Como la estaba destrozando a ella.

Naomi tomó una mala decisión dejando a Sean por Derek, y yo no lograba entender sus motivos, pues ella parecía seguir sintiendo mucho, muchísimo, por él.

Esperaba que mi novio no sintiese nada por ella.

A Sean pareció darle igual encontrarla allí, con las lágrimas recorriéndole las mejillas y los ojos inyectados en sangre, a punto de

sufrir una parada cardiorrespiratoria.

Él me condujo bajo su agarre hasta la primera planta, en busca de Josh y las chicas, después nos abrazamos y bailamos, riéndonos, siendo felices, siendo nosotros.

Y el recuerdo del dolor de aquella chica se esfumó tras tomarnos algunas copas juntos, pero ahora volvía a estar presente. Sentía que me seguía mirando, y un escalofrío me recorría de pies a cabeza al pensar que algo malo iba a ocurrir. Lo que vi en sus ojos no fue un simple sentimiento de celos, rabia o ira, era algo más, ella quería destruirme.

Y pensar en todas estas mierdas mientras mi novio me empotraba contra su escritorio, era cuanto menos, anormal.

Tenía que dejar de preocuparme por las cosas, y empezar a disfrutar más.

Después de aquella noche, Sean pasó todo el domingo trabajando y yo en Hyde Park con las chicas, como hacía todos los domingos con Ana. Después, nos reunimos en la hamburguesería, cenamos todos juntos y volví a quedarme a dormir con él. A mi familia no parecía molestarle, tampoco agradarle, solo evitaban el tema.

Y ahora, estábamos aquí, un lunes por la mañana, conmigo totalmente desnuda sobre la mesa de su escritorio, abierta de piernas, mientras él tiraba de mis caderas para embestirme una y otra, y otra vez.

—Sean… ¡Sean! —El placer me nublaba la mente, aunque las preocupaciones y miedos seguían ahí—. Más duro, por favor.

Necesitaba que se llevase a todos mis demonios, ya no recordaba cuantas veces lo hicimos desde aquella primera vez. Volvimos a repetir en su casa aquella noche. Y otra vez más, antes de que se fuese al trabajo. Y ahora, estábamos aquí, de nuevo, enganchados como dos imanes.

—Joder, nena, dime que estás tan caliente como yo —rugió, hundiendo el rostro en mi cuello, dándome un tierno mordisco—. Dime que te gusta que te folle tanto como a mí follarte.

Buf, este chico me mataba.

Cada vez su ritmo era más violento, tenía que esforzarme demasiado por no chillar y que se enterase todo el vecindario. La madre de Sean fue a llevar a Lucy al colegio, nosotros teníamos la suerte de que Hallow estaba cerrado las dos primeras horas por una fumigación de orugas que tuvo lugar en este fin de semana y llegaban las personas que se encargaban de limpiar todo ese desastre de insectos muertos a primera hora.

—Me encanta, nene. —Mordí mi labio inferior, sintiendo como me clavaba algunas teclas de su teclado en las nalgas—. Sean, creo que estoy haciendo mecanografía con el culo.

—Mierda, ese teclado tiene mucha suerte —bromeó, y metió sus manos por debajo de los muslos, alzándome como si no pesase nada, mis piernas rodearon sus caderas y mi espalda se estampó contra la puerta de su habitación con un golpe sordo. Sin contemplación, me reventó contra la puerta.

No lograba entender cómo esas caderas podían alcanzar tanta velocidad y potencia, pero a mí me loca.

—Estás chorreando, mi vida —jadeó, lanzándome contra su cama, traté de gatear hasta la almohada para ponerme cómoda, pero me atrapó de un tobillo y tiró hacia el borde—. ¿A dónde crees que vas, *barbie*?

Separó mis piernas, hundiendo su cabeza entre ellas, me retorcí de inmediato aullando de placer, esto era el paraíso.

—Sean, es mejor que acabemos cuanto antes, puede venir tu ma… ¡Oh! —chillé, notando como su lengua lamía con ímpetu mi clítoris mientras dos de sus dedos me hacían estallar de golpe—. Nene…, por Dios… —Me retorcía desde la cabeza a los pies, sin ser capaz de controlar los espasmos de placer.

Se incorporó relamiéndose los labios, a la vez que se deshacía del condón para poder tocarse y correrse.

Yo quería darle el mismo placer.

Haciéndome una coleta rápida e improvisada con la goma del pelo que llevaba en la muñeca, gateé hasta el borde de la cama, él no dudó en agarrar mi cabello y empujar contra mi paladar, rugiendo mientras deslizaba su miembro alrededor de mi lengua.

—Estás mejorando muchísimo, nena —contempló—. Es increíble lo bien que has aprendido a chupármela en tan poco tiempo. —Su miembro se hundió todavía más e hice todo lo posible por ofrecerle una garganta profunda de calidad, notando como se me saltaban algunas lágrimas, pero sin desistir de mi empeño—. Mmm, joder. Quién nos lo iba a decir, ¿eh? Cuando nos odiábamos mutuamente y huíamos el uno del otro por los pasillos.

Cierto, la vida daba giros de lo más inesperados. Pero no me arrepentía de nada.

Mi lengua comenzó a jugar con su glande, era delicioso, con la forma de una fresa, suave y grueso, como todo su ancho miembro. Recorrí las venas marcadas en este con los dedos, masturbándole mientras seguía disfrutando de su sabor, como si fuese una piruleta.

—¿Y te gusta, Sean? ¿Es como lo imaginabas? ¿He cumplido las expectativas?

Sean llevó una de sus manos a mis tetas, agarrando una y después la otra.

—Es mil veces mejor, nena. No se puede comparar tenerte en sueños a tenerte en la vida real.

Sus ojos brillaron de nuevo, sin perderse ni un solo detalle de mis jueguecitos, su mano seguía con mis mechones rubios enrollados entre sus dedos mientras la otra me apretaba las tetas sin pudor alguno.

Mi boca volvió a envolver su glande y sus labios suspiraron soltando un corto gemido seguido de varios «joder, nena, me matas, sigue así» mientras mi boca subía y bajaba.

Esto sí que me gustaba, tanto que estaba empezando a mojarme con ganas de una segunda ronda.

—Preciosa, quítate, voy a…

Ni hablar, no iba a apartarme.

—¡Brit, nena! ¡Princesa! ¡Que me co…! ¡La hoooostia! —Sus ojos se pusieron blancos mientras dejaba caer la cabeza hacia atrás, las líneas de sus abdominales se marcaron muchísimo más a causa de la tensión de su cuerpo, y yo no pude evitar suspirar mientras me tragaba hasta el último de sus hijos. Ups.

Una vez ambos recuperamos un poco la cordura, decidimos darnos una ducha rápida juntos. A su madre le quedaría al menos media hora para llegar.

Corrimos en pelotas, con los uniformes entre los brazos y las toallas limpias hasta el baño, nos encerramos allí, llegando él primero para poner el agua caliente. Tiró de mi brazo en cuanto me acerqué, atrapándome contra su pecho. La ducha era pequeñita, individual, pero suficiente para nosotros.

—Algún día tendremos un baño que te cagas —murmuró, echándome una plasta de su champú sobre el pelo y empezando a masajearlo.

—¿Me estás lavando el pelo?

No podía creerlo.

—Ajá, ¿por qué no haces lo mismo conmigo?

La idea me pareció maravillosa.

Dejé que ese líquido azul con olor fresco y deportivo resbalase entre mis manos. Nunca había visto un pelo tan negro y tan bonito como el suyo.

Empecé a reírme, él me dio la espalda para que le frotase con el jabón en esa zona, la visión de varias cicatrices me hizo tragar saliva, las toqué con suavidad.

—¿Cómo te has hecho esto?

Él se quedó rígido, sin decir mucha cosa, solo me miró por encima del hombro con brevedad, quitándose la espuma del pelo bajo el chorro de la ducha.

—Ah, cosas del trabajo.

Hice una mueca.

—¿Del taller?

—No, de ser camello.

Mierda.

Aparté las manos rápidamente, mirándole con los ojos muy abiertos.

Él se giró hacia mí, obligándome a darme la vuelta para hacer lo mismo conmigo, enjabonar mis hombros y mi columna.

—Me pagaban por dar palizas a quien no cumplía los tiempos, eso ya lo sabías, me viste pegar a Derek.

—Sí, pero no sabía que te pegaban también a ti.

—Algunos se defienden, Brit, y otros muchos buscan vengarse, este mundo es complicado.

—¿Y por qué has seguido?

—Porque había que llenar la nevera, cariño. Ya sabes, el cáncer de mi madre, las facturas acumulándose…

Dolor, esto era demasiado doloroso.

—Sean, prométeme que lo vas a dejar.

—Hace tiempo que no vendo nada. Quiero ser un buen chico por ti.

—Todo irá bien, no necesitarás a Antonhy nunca más.

—Ojalá, *barbie*.

Asentí, todavía de espaldas a él. Su mano se colocó con delicadeza en mi coronilla, haciendo presión para que mirase hacia el techo, empezó a quitarme la espuma del cabello con el agua, mientras acariciaba mi melena con cuidado. Cerré los ojos, disfrutando de cómo me mimaba.

—¿Está bien la temperatura del agua así?

—Está perfecta.

CAPÍTULO 43
BRITTANY



UNA SEMANA DESPUÉS

Tenía un mal presentimiento.

Todo iba bien, pero la angustia se agarrotaba en mi pecho, con la promesa de que algo malo sucedería en cualquier momento.

Me atreví a cocinar para ellos, lo único que sabía hacer porque sabía hacer porque Lina, la criada de Lois, me enseñó. Un estofado de ternera.

Josh apareció por casa de Mary y se quedó a comer.

Lucy parloteaba conmigo sin cesar contándome todo lo que había hecho en clase y yo no podía sentirme más cómoda, plena y feliz. Lo cierto era que podría acostumbrarme a vivir con ellos, a vivir así.

Los quería, mucho.

Aquellos dos tiarrones de dos metros se comieron casi tres platos de estofado cada uno, de forma que no logré entender cómo fueron capaces de ir al gimnasio a levantar pesas después. A mí me costó la vida moverme y darlo todo en la clase de baile. Con las peques me iba bien, y pronto bailaría en aquel escenario delante de muchas

personas. Que Sean viniese a verme, era algo que me llenaba de ilusión y euforia.

Estaba ansiosa por la llegada del momento.

Pero, aun así, a pesar de tantas cosas buenas que se cernían sobre nosotros, el malestar continuaba incrustado en mi pecho, como una maldita espina imposible de sacar.

El teléfono comenzó a sonar mientras esperaba a las afueras del gimnasio a que Sean terminase de ducharse. Hablamos de ir a cenar todos juntos unos *fish and chips*. Cindy me miraba con ojos inquietos, como si ella también pudiese sentir mi malestar.

—Hola, mamá —contesté a la llamada, con un nudo formado en el estómago.

—¿Cómo estás? —Su voz no sonaba maternal, tampoco enfadada, así que era incapaz de descifrar si me caería una regañina al llegar a casa o no.

—Bien, acabo de terminar de dar las clases a las niñas. ¿Qué tal todo por casa? —A pesar de mis pulsaciones disparadas, traté de mantener la calma al menos en el tono de voz.

—Bien, pero tu padre está disgustado porque ha venido de viaje y no te ve el pelo, ¿no puedes hacer el esfuerzo un poco?

Suspiré.

Mi padre.

Johan Stephan no era mi padre.

Por suerte, ya quedaba poco para ser mayor de edad y poder irme de esa casa, y tras subir a aquel escenario a bailar, Sophie se daría de baja por maternidad, dejándome el trabajo a jornada completa, así que podría hacerme cargo de mí misma, todo iba a estar bien. Sí.

—Vale… Esta noche iba a ir a cenar con Ana, pero…

Mi madre siseó algo en voz baja.

—Brit, tu padre quiere que Sean y tú vengáis a cenar a casa, esta noche.

La mandíbula se me cayó al suelo.

—¿Llevar a Sean? ¿A cenar? ¿A casa? Mamá, no es buena idea, terminará apuñalándose con Derek.

—Creo que te hemos demostrado confianza, tanto en ti como en ese chico, es hora de que deis algo a cambio. No me hagas este feo, Brittany. Sabes que…

—… que todo lo que tengo es gracias a los Stephan: un techo, comida, educación, ropa, el aire que respiro… Sí, mamá, lo sé.

—No te pongas así. ¿Qué hay de malo en que vengáis a cenar una sola vez? Quiere conocer al tío que anda con su hija, nada más.

Dios, odiaba que hablase como si fuésemos una familia de verdad. Ellos eran su familia, no la mía.

Negando, de lo más agobiada, solo pude responder:

—Hablaré con él, pero no sé si tendrá algo que hacer. No prometo nada.

—Brit…

—Luego te mando un mensaje y te confirmo. Te quiero.

Colgué, dejando el teléfono en el interior de la mochila mientras me limpiaba las palmas sudadas en el pantalón de deporte.

—Joder, Cindy, vaya mierda.

—Sean no es ningún bruto, se comportará, confía en él.

No era Sean quien me preocupada.

—Lo sé, pero Derek sí que lo es, y estoy segura de que meterá la pata hasta el fondo.

Un olor familiar a deporte y a limpio inundó mi olfato, mientras un brazo fuerte, musculoso y cálido me pegaba a un regazo férreo.

—¿Por qué mi chica está hablando de ese mierda?

Oh, Dios.

¿Por dónde empezaba?

—Verás, es que… eeeh…

Sus cejas se alzaron a modo de cuestión.

—¿Sí?

—Te han invitado a cenar —susurré con un hilito de voz de lo más vulnerable y me encogí de hombros—. Y tengo miedo de que ese imbécil la cague —que lo hará—, y tú explotes delante de Johan y de mi madre —que también sucederá.

Pude ver como su rostro se descomponía por una fracción de segundo, Josh ya estaba colgado de su hombro, atento a nuestra conversación. Para ser un chico, le gustaba demasiado un chisme.

—¿Podéis empezar de nuevo? Es que me he perdido la mitad —dijo, mientras Cindy ocultaba una risilla—. ¡Eh, Cindy! Te vendrás esta noche al Hot pizza, ¿no? —Con una mirada llena de afecto, empezó a acariciarle el pelo rubio—. Hay una zona especial para mascotas, ya he reservado mesa. —Ella asintió alegre, sin molestarse lo más mínimo—. Miradla, es tan dócil.

—Josh —medio chillé, fulminándole con la mirada—. Es nuestra amiga, no tu perro.

—El perro es el amigo más fiel del hombre, no sé por qué te molestas.

Por Dios, no podía con él.

—Id vosotros —dijo Sean, manteniéndome contra su regazo—. Hoy toca comer con los suegros. —Esto le incomodaba tanto como a mí, así que agradecía muchísimo su esfuerzo.

—Sean, si no quieres no es…

—Iré, nena. No te voy a decepcionar lo más mínimo, así que relájate. —Sus labios se posaron en mi frente, y claro que no me iba a decepcionar, nunca pensaría eso de él.

No obstante, tanto mi madre como los Stephan sí que podrían decepcionarme. Y mucho.

CAPÍTULO 44
BRITTANY



Daba vueltas por mi habitación sin parar, de un lado para otro.

Quería llegar yo primero, para ver el ambiente y tantear el terreno, así que Sean me dejó en casa prometiendo estar aquí a las nueve.

Eran las nueve menos cuarto.

Uf.

Llevaba un vestido celeste con falda de vuelo y cuello blanco, el pelo suelto y un maquillaje tan sutil y natural que parecía casi inexistente. Esta era la apariencia que le gustaba a Johan y, hoy más que nunca, necesitaba que todo fuese de su agrado.

Respirando con profundidad, decidí abrir la puerta para bajar las escaleras, chocando con Derek de bruces.

—Eh, hola —saludó, con una sonrisa cargada de encanto, nada propia en él.

—Hola —devolví el saludo, sin saber si salir corriendo o ponerme de rodillas para suplicarle que se comportase—. Sabes que va a venir, ¿verdad?

—Ah, sí. —Se hizo el despreocupado, llevándose una mano tras la nuca—. La chacha lleva toda la tarde cocinando. — Odiaba que se

refiriese a Lina de esa manera—. Y mamá quiere que le digamos que lo hizo todo ella.

Rodé los ojos. Como siempre.

—Genial, ¿y tú?

Esta era la parte que más me aterraba.

—Yo ¿qué?

—¿Tú te vas a portar bien? ¿O vas a conseguir que se cabree y tengamos que llamar a la policía para que no te mate esta noche? —Tras decir aquello, repasé el borde reseco de mis labios.

Tenía el cortisol por las nubes.

—Sé que no hemos hablado en todo este tiempo, pero decidí alejarme de lo tuyo con Sean para no hacerte daño. Quiero ser el hermano que necesitas, voy a apoyarte a muerte.

Quedé estática en mitad del salón.

No podía creer que esas palabras saliesen de la boca de Derek. No podía fiarme de él y algo debería estar tramando.

Aun así, ¿qué podía hacer?

—Te lo agradezco. —Inclinando la cabeza, traté de esquivarle para bajar las escaleras. Él, sin embargo, rodeó mi codo con los dedos, tirando con suavidad y haciéndome caer sobre su pecho—. Derek…

—Solo es un abrazo, tonta, para que te relajes. Sé cómo torear a mi padre, ¿vale? Todo irá superbién, confía en mí.

Con la mejilla pegada a su pecho, sin devolverle el abrazo, asentí, pensando que ojalá pudiese ofrecerle una pizca de confianza.

Era imposible a estas alturas, aunque sabía jugar tan bien su papel que casi lograba convencerme.

Derek podría ser un magnífico actor.

Con el aire contenido en los pulmones y viendo como se iba al baño con algo de ropa bajo el brazo, bajé las escaleras, pensando que, en menos de diez minutos, Sean Kiev estaría en esta casa.

Como el día en que tuvimos nuestro primer acercamiento.

Ay.

No obstante, ahora no vendría para reclamarle nada a Naomi, no estaría aquí por ella, sino por mí.

—¡Pero qué princesa! —Johan Stephan, con su cabello color miel, en cuyo flequillo repeinado hacia atrás brillaban algunos mechones blanquecinos, con su piel morena, la barba perfectamente recortada y siempre trajeado, me sonrió esperando con los brazos abiertos al final de las escaleras—. Eres la chica más guapa del mundo.

Este momento siempre era incómodo para mí.

Johan y yo no habíamos compartido absolutamente nada como para poder sentir una especie de cariño o relación paternal hacia él, siempre estaba de viaje. Aun así, cuando nos veíamos, sus muestras afectivas eran llamativas, y yo no podía corresponderlas, porque me sentía incómoda.

No podía tirarme a los brazos de un señor de cuarenta y tantos fingiendo haberle echado de menos y quererle muchísimo cuando nada nos unía.

Mi madre se acostaba con él.

Y su hijo quería acostarse conmigo.

Eso era todo.

Esa era la cruda realidad de todo este circo.

Por suerte, ya quedaba poco, muy poco. Pronto saldría por la puerta y me iría de esta casa, de esta familia, para siempre.

—Cielo, ¿a Sean le gustará el cochinillo asado? —Mamá se acercó, con un traje de *tweed* azul marino y unos tacones negros. Llevaba el cabello suelto, con ondulaciones en las puntas, *eyeliner* y barra de labios entre un tono rosáceo y marrón.

Mi cuerpo no dejaba de temblar.

—Él no es nada delicado, suele comer de todo.

—¡Eso me encanta! —exclamó Johan, echándome el brazo por encima mientras me arrastraba hacia el salón—. Bueno, mi niña, cuéntame sobre ese nuevo trabajo que tienes y sobre las clases en Hallow. Ponme un poco al día de todo.

Miré el reloj.

Solo faltaban cinco minutos.

Tomé asiento junto a él en el enorme salón de la mansión, frente a una chimenea blanca en cuyo interior chisporroteaba la leña ardiendo en un fuego caliente y hogareño.

—Me va bien, papá. —Intenté mostrar algo de afecto al decir aquella palabra, preguntándome qué sería de mi verdadero padre—. Doy clases de baile a niñas pequeñas en el gimnasio nuevo de Hyde Park. En un mes pasaré a turno completo, y en dos meses, cuando me gradúe y cumpla la mayoría de edad, voy a irme a vivir de alquiler con Anastasia. Nos vamos a pillar un piso compartido entre las dos.

No quería que pensasen que mi decisión de irme de casa tenía algo que ver con mi novio, porque no era así. Yo siempre quise irme. Así que les oculté el detalle de hacer una vida juntos.

Johan se encogió de hombros, abriendo las palmas de las manos.

—¿No te gusta vivir aquí, cielo? ¿Necesitas que hagamos cambios en tu habitación?

Negué una y otra vez.

—Me gusta mucho mi habitación, pero… lo necesito. Necesito enfrentarme a la vida, hacerme cargo de mí misma, pagar mis cosas… No sé cómo explicarlo.

Necesito huir de vosotros y dejar de sentir que os debo la vida por vivir bajo vuestro techo y alimentarme con la comida que se compra con vuestro dinero.

Johan asintió, luego encendió un puro y se lo llevó a la boca.

—¿Y qué hay de la universidad, Brittany? Deberías sacarte una carrera. Ya tendrás tiempo de trabajar y llenarte de

responsabilidades por el resto de tu vida después.

Tenía razón, mucha razón, pero no quería aguantar más años viviendo en estas condiciones, sintiendo que era una carga y que debía besar el suelo que los Stephan pisaban.

—Ahorraré, miraré becas, me apañaré. Todavía no sé qué quiero estudiar siquiera. —Mi rama en bachiller fue la de Bellas Artes. No estaba nada segura de qué elegir así que me decanté por esa. Me gustaba la pintura, la fotografía, el diseño gráfico… y pensé que podría ofrecerme un mejor futuro que el dedicarme al baile en sí.

Johan dejó el puro sobre el cenicero al escuchar el rugido de una moto acercarse hasta detenerse frente a la casa. Mi corazón comenzó a palpitar frenético, como si supiese que su dueño se encontraba cerca.

—Bueno, tú haz lo que te haga feliz. Igualmente, te ingresaré el dinero de la universidad, ¿vale? Admiro lo valiente que eres al querer independizarte, pero con tener que pagar un alquiler, facturas y comida ya será suficiente agobio para ti. Yo me encargo de los estudios.

Mi padrastro podría parecer un hombre encantador, pero la forma en que hacía las proposiciones siempre sonaba como si las hiciese el mismo Derek, haciéndome sentir al instante que le debía algo costoso y que nunca podría darle.

Su fachada a mí no me engañaba.

Sin querer discutir, asentí, levantándome del sofá en cuanto escuché el timbre.

Alisándome de nuevo el vestido de forma inútil, acompañé a Johan hasta el recibidor. Derek iba bajando las escaleras con un pantalón de pinza gris oscuro y una camisa roja, recién duchado y con un fuerte olor a su perfume de siempre.

Mamá abrió la puerta, con una amplia sonrisa.

Sean se veía espectacular.

Pensaba que se presentaría con una simple sudadera y unos vaqueros desaliñados, pues solía ser su estilo —y amaba ese estilo macarra de chico malo—, no obstante, la mandíbula se me desajustó al verle también con pantalones de pinza negros y mocasines, una camisa azul eléctrico, una corbata también negra colgando de su cuello y una americana del mismo color. Era como Vladimir Kiev, solo que mucho más joven. Una copia. Idénticos.

—Buenas noches, muchas gracias por invitarme —saludó, inclinando la cabeza cuando mi madre se acercó—. He traído…

Mostró una botella de vino que conocía de sobra, era la favorita de Johan y valía alrededor de las mil libras. ¿De dónde la había sacado? ¿Y cómo sabía que…? Oh, Dios, estaba segura de que Vladimir tenía mucho que ver en esto, me jugaba el cuello a que sí.

—¡Pero qué detalle! —Mamá se la entregó a Lina para que la llevase a la mesa.

Derek le chocó el puño, con una sonrisa falsa que mi novio le devolvió de inmediato.

Johan fue el siguiente, acercándose a él y estrechándole la mano con firmeza mientras le miraba directamente a los ojos. Si su intención era intimidarle, estaba jodido, porque ni siquiera pestañeó.

—Muchas gracias por el vino, no era necesario.

—No hay de qué. —Cuando por fin se soltaron la mano, su atención se dirigió hacia mí—. Brittany. —Sean pronunció mi nombre y todo mi cuerpo sintió escalofríos, nos saludamos con una simple sonrisa.

—Sean.

—¡Bueno! —Lois dio una palmada—. ¡La comida se enfría! ¡Sean! ¿Te gusta el cochinillo asado?

Mi novio dejó que ella empezase a caminar primero, acompañándola hasta el amplio comedor.

—Soy de buen comer, señora Stephan.

—¡Eso es maravilloso! Brit es de lo más delicada. Siempre le ha hecho ascos a la comida, me ponía negra con ella cuando era pequeña.

Oh, no, ya iba a empezar.

—Cada uno tiene sus gustos.

—¡Por supuesto! Pero esta niña es un desastre, solo se alimenta de sándwiches de pavo y queso.

Johan retiró su silla, sentándose donde siempre, en el centro de la mesa cuadrada; mi madre, tras dejar el cochillo entre los platos, se sentó frente a él; Derek tomó asiento junto a su padre y a mí me tocó entre el propio Derek y mi madre, quedando Sean justo frente a mí, entre Lois y Johan.

Lina se acercó trayéndonos pan caliente con mantequilla y Johan abrió la botella de vino mientras Sean y yo solo nos mirábamos en silencio.

Mi pie trató de buscar el suyo bajo la mesa. Necesitaba estar cerca él.

Cuando su gesto me confirmó que aquello con lo que me estaba rozando era su pantorrilla, mostré una expresión de alivio, y entre sus labios pude leer un: «estás preciosa».

Nuestros platos pronto se empezaron a llenar de patatas asadas y trozos del cochinillo, que Lina nos iba sirviendo. Noté la incomodidad de Sean al ver que aquella mujer, uniformada de sirvienta, le ponía la comida en el plato, como si él mismo no pudiese hacerlo. Su expresión al observarla era prácticamente de terror.

Y yo solo podía quererle más por tener ese corazón tan noble, sintiéndome orgullosa del tipo de chico que era.

—Bueno, cuéntame, muchacho, ¿qué planes tienes con mi niña? —deseó saber mi padrastro, alzando su copa para hacer un brindis. Todos tenían vino menos Sean y yo, que elegimos agua—. ¿No bebes?

—No cuando conduzco —respondió—. Y mis planes son simplemente hacerla feliz, cuidar de ella y que esté bien, nada más que eso.

Johan asintió tras dar un trago, comenzando a cortar el cochinillo de su plato.

—¿Piensas estudiar alguna carrera?

—Medicina, señor.

—¡Vaya! ¿Qué rama?

—Laboratorio —contestó tras terminar de masticar un pedazo de patata—. Al principio, quería decantarme por la rama clínica, pero no me conformo con diagnosticar y recetar medicamentos, quiero hacer algo más, quiero salvar personas.

Derek le miró de reojo, comiendo en silencio y mamá sonrió satisfecha con la respuesta, hasta que Johan la cagó de la forma más amplia que se podría cagar una situación así.

—¡Vaya! ¡Quizá tengamos aquí al futuro médico que descubra la cura del cáncer!

Sean asintió.

—Sería estupendo —murmuró sin más, comiendo con calma.

—Bueno, en mi opinión, la cura del cáncer debería ser privada, ¿entiendes? Solo para gente de pasta, gente importante, porque, imagínate, es la principal causa de muerte en el mundo, si se solucionase, ¿cuántos seríamos? Nos multiplicaríamos como cucarachas, seríamos una jodida epidemia.

Mi mano temblaba tanto que no podía ni sostener el tenedor, Sean miraba a Johan en silencio, mientras la vena de su cuello se iba pronunciado cada vez más y sus nudillos se empalidecían alrededor del cuchillo de cortar carne.

—Papá. —Mi voz salió como un graznido—. Retira eso que has dicho, por favor.

Johan siguió con una sonrisa divertida pintada en la cara.

—¿Por qué? Es la verdad, cielo, la muerte es algo tan…

—La madre de Sean está enferma de cáncer. Por favor, retira eso que has dicho. —Me temblaba la puta voz, y si no se disculpaba, me levantaría de la mesa y nunca más volvería a dirigirles la palabra.

Sorprendentemente, se disculpó.

—Oh, vaya. Lo siento, chico, no lo sabía. —Gracias a los dioses, borró su estúpida expresión—. Mira, soy empresario, ¿vale? Desde que era un crío he estado en los negocios con mi padre, rodeado de peces gordos hambrientos de poder; esto me ha hecho frío, demasiado, y veo la muerte de otra manera. En definitiva, para mí nadie es imprescindible y todos vamos a irnos algún día, de una forma u otra.

Sean asintió, con la mandíbula apretada.

—No se preocupe, está bien.

«Está bien».

Su ceño fruncido mostraba todo lo contrario.

Estaba a un suspiro de levantarse de la mesa y estrangularle.

—Bueno, hablemos de temas más alegres. —Lois intentó suavizar el ambiente, algo que agradecí con sinceridad—. Sean, nuestra Brit pasa mucho tiempo contigo, se ve que estáis muy enamorados.

—Sí, lo estamos.

—¿Por dónde vives, cielo?

Mierda.

Si decía Camden, esto sería un auténtico desmadre. No me volverían a dejar pisar su casa hasta que cumpliese la mayoría de edad.

Sean se tensó y, entonces, quien menos esperaba nos echó un cable.

—Vive en Greenwich —intervino Derek—. Cerca de Hyde Park.

Confundido, mi novio asintió.

—¡Ay! En las Greenwich hay unos *chalets* preciosos. Son tan coloridos y divinos, parecen de película.

—¿De qué trabaja tu padre, chico? —Johan volvió a meter el dedo en la llaga.

Y mi corazón estaba a punto de sufrir un colapso.

—Mi padre ha fallecido, señor —respondió con total educación y sinceridad.

El silencio se hizo de nuevo presente en la mesa, tan espeso y cortante que podría usarse para trinchar otro pedazo de cerdo.

—Joder, qué mal. —Mi padrastro dio otro trago—. ¿Y estáis bien? ¿Tu madre y tú?

—Estamos estupendos, todo va bien.

Y como si Sean adivinase todas las preguntas que venían a continuación, mientras Lina se llevaba los platos y traía unos flanes con nata de postre, siguió hablando:

—Trabajo como mecánico en un taller, llevo desde que era un crío ahí metido, así que tengo recursos para salir adelante y nada de lo que preocuparme, salvo la salud de mi madre, por supuesto.

—Uau —admiró, despertando un destello de envidia en Derek—. Te felicito, chico. Hoy en día, los jóvenes solo quieren sacarle hasta la última gota de sangre a sus padres sin hacer ni el huevo. —Esa púa hizo que mi hermanastro se retorciese sobre la silla—. Como este que tengo aquí al lado. —No, maldita sea. Que le ridiculizase delante de Sean solo traería malas consecuencias—. Su madre lo crio entre algodones y después se largó con otro. Y ahora me como yo el muerto.

—Mamá no me crio entre algodones —rugió—. Me crio con amor y afecto, como hacen las madres de verdad. Eres tú el que no tiene ni puta idea de cómo hacer de padre.

—¿Te falta algo, quizá? Vives como un rey, ¿de qué te quejas?

—De ser un cero a la izquierda.

—Como si fuese culpa mía que seas un inútil.

Estaba a punto de abrir la boca cuando Sean carraspeó al aclararse la garganta.

—Señor Stephan, no estoy de acuerdo con usted. Derek saca notas brillantes y le espera un buen futuro, debería apreciar su esfuerzo.

Aunque la intención de mi novio fuese buena, a pesar del odio que se tenían mutuamente, para mi hermanastro ya era tarde.

Este se levantó de la mesa, con los puños cerrados y la cara de un demonio.

—No necesito tu ayuda, puto Kiev —escupió—. Y tú, adopta a este gilipollas si tanto lo admiras.

—Derek… —Mamá trató de decir algo, pero su reacción fue la de coger el plato y lanzarlo al suelo—. Dios santo.

—Tú, cállate también que eres la más inútil de esta casa. No sabes ni echar agua del grifo en un maldito vaso, pero nadie te critica, aquí solo se me juzga a mí, ¿eh? —Nos mostró los puños, haciéndonos la peineta con ambas manos—. Que os den, a todos.

Sean se levantó de la mesa, intentando calmarle, mientras Johan solo se llevaba otro sorbo de vino a la boca.

—Derek, tío, vamos fuera un rato.

—¡Que no necesito tu ayuda, cabronazo! ¡No somos amigos, joder!

—Claro que no, me cortaría la polla antes de ser tu amigo, pero creo que necesitas hablar.

—Habla con mis huevos, ruso de mierda.

La mano de Sean se apretó en un puño mientras hacía crujir el cuello, estaba al borde de tirarse sobre él como un oso colérico dispuesto a despedazarle. No obstante, podía notar en mi novio algo de lástima por Derek, lo cual le empujaba a contenerse.

Sin embargo, mi hermanastro se perdió de vista escaleras arriba, pegando un portazo en su habitación que retumbó en toda la casa.

Tras un incómodo silencio en el que entre Sean y yo recogimos la mesa ayudando a Lina, mamá y Johan empezaron a conversar de política en voz baja, como si nada de esto hubiese pasado.

—¿Son siempre así? —susurró mi novio, chocando su hombro con el mío, mientras tirábamos los desperdicios en el cubo de la basura.

Asentí.

—Lo siento mucho, Sean.

—No lo sientas, joder. Quiero sacarte de aquí, vente a dormir a casa, ¿sí?

—No es buena idea, no hoy al menos, mejor otro día.

Sus preciosos ojos me miraron con desesperación.

—Te quiero —dijo en voz baja, dejando el plato junto a Lina, que se lo agradeció mucho—. Te quiero muchísimo, nena, y estás la hostia de guapa.

—Tú también Sean, ¿de dónde has…?

—El tío Vladimir.

Lo sabía.

Los dos nos miramos y suspiramos a la vez.

—No quiero que te vayas —musité.

—Y yo no quiero dejarte aquí.

Menuda mierda.

Johan se levantó de la mesa, ofreciéndole la mano en un gesto de despedida, era una forma sutil de echarle de casa.

No tuve más remedio que agachar la cabeza y maldecir por no poder largarme con él hoy mismo.

—Gracias por todo, señor Stephan. La comida estaba deliciosa, señora. —Después de dedicarle algo de amabilidad a esos dos, sus ojos volvieron a posicionarse en mí—. Te veo mañana en Hallow, Brittany.

—Sí —dije, y agradecí poder volver a verle en unas horas, aunque fuese en clase—. Dale un beso a Lucy de mi parte y saluda a Mary.

—Lo haré.

—Y avísame cuando llegues.

Y ten cuidado con la moto.

Y piensa en mí.

Y no me olvides nunca.

Y quiéreme para siempre.

Porque te necesito.

Porque me haces falta.

—Siempre lo hago. —Sus dedos rozaron mis nudillos, viendo en su rostro cuánto se moría por darme un beso—. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Sean.

CAPÍTULO 45
BRITTANY



Lo primero que intenté fue irme a mi habitación, sin embargo, el destrozo que se escuchaba al lado de la otra pared me impedía olvidar lo sucedido.

Y aunque Derek fuese un capullo, destrozase mi confianza un sinfín de veces y su enemistad con Sean me hiciese daño, yo solo veía a un ser humano que en aquel momento estaba pidiendo a gritos que alguien le hiciese algo de caso.

Aparcando el orgullo a un lado y dignándome a ser esa hermana que tal vez él también necesitase, giré el pomo de la puerta de su habitación, sin lograr abrirla.

—¡Derek! —chillé desde el otro lado—. ¡Derek, abre! ¡Soy yo!

Lo que fuese que estaba haciendo, se terminó, escuchándose un ligero clic tras la puerta, giré el pomo y entré.

Sin pensarlo, vino hacia mí, dándome un fuerte abrazo.

Por primera vez, se lo devolví.

—Ya está, Derek, ya ha pasado.

—No, no ha pasado, Brit. —Su voz estaba rota, lloraba como un niño. Algo inusual en él—. ¡Nada ha pasado, Brit! ¡NO LO ENTIENDES! ¡NO LO ENTIENDES!

Cerré de golpe, agarrándole las manos para que dejase de pegarse a sí mismo, tenía la cara hinchada y algunos moratones.

—¡DEREK! ¡DEREK, JODER! ¿QUÉ PASA? ¿ES POR ÉL? ¿ES POR TU PADRE? —Suponía que estaba dolido, y aunque Johan siempre soltase comentarios así, que lo hiciese delante de Sean debió ser la gota que colmó el vaso—. ¡Oye, da igual! ¿Vale? Sean ni siquiera te cae bien, así que no importa lo que Johan haya dicho. Además, mi novio pasa de ti, igual que tú de él, seguro que ya ni se acuerda de esta mierda.

—¡PARA DE NOMBRARLE, JODER! ¡PARA! —me exigió. Sus ojos se salieron de órbita y si no fuese porque las piernas se me quedaron congeladas, habría salido corriendo—. Joder, Brit… Esto… esto es… Joder…

—¿Qué sucede?

Hablaba como si acabase de matar a una persona, estaba en pánico y comenzaba a asustarme a mí también.

—Esto acaba de empezar, Brit, acaba de empezar… —Su pecho subía y bajaba mientras sudaba a mares, ¿se había metido algo? Tenía los iris dilatados y la mirada perdida.

Luchando por quitarse la camisa, terminó rompiéndose algunos botones, y luego la lanzó sobre la cama.

—Me cuesta respirar…

—Derek, ¿qué dices? No me jodas, ¡voy a buscar ayuda!

—No, no, joder, no. —Su cuerpo cayó como una bola de demolición sobre la puerta, impidiéndome salir—. Brit… Brit… Brit… —repetía una y otra vez, dando grandes bocanadas de aire, luchando porque el aire llegase a sus pulmones mientras su cabello húmedo a causa del sudor se le pegaba a la frente—. Brit, he hecho cosas malas, muy malas, tienes que perdonarme.

—Olvídalo, está todo perdonado, Derek.

—Brit… Brit, yo… yo te quiero, tú me haces falta, ¿lo entiendes? Me haces mucha falta.

—Lo sé, Derek, tranquilo. —Mis manos se apoyaron sobre su pecho desnudo, buscando el latido de su corazón. Iba a un ritmo frenético, iba a darle un infarto—. Intenta dejar de pensar, respira hondo, cálmate o tendré que llamar a una ambulancia.

—No, no, no, no, una ambulancia no —Comenzó a pegarse de nuevo, cada vez con más fuerza—. ¡Esto acaba de empezar! ¡Brit! ¡Acaba de empezar! ¡Tengo miedo! ¡Las cosas se van a poner jodidas!

Dios santo, estaba alucinando.

—Derek, Derek, joder —insistí una y otra vez, forcejeando contra sus muñecas para que dejase de hacerse daño—. ¡¿Qué diablos te has metido?!

—Brit —continuó, y como si fuese su último momento de lucidez, su mirada perdida se encontró con la mía—. Lo he hecho por ti, porque es lo mejor para nosotros, ¿vale? Es lo mejor.

Divagaba. Seguro que se había drogado para calmarse por el enfado y ahora estaba perdido en una especie de limbo entre recuerdos tortuosos.

—Te perdono, Derek. Te perdono por todo, ¿vale? No pasa nada, estamos bien.

—No te vayas.

—No me iré.

—Duerme conmigo.

No, eso sí que no.

—Derek, no puedo.

—¿Por qué? Como hermanos, joder. No haré nada, dormiré en el suelo.

La puerta se abrió de par en par, los ojos hostiles de Johan nos fusilaban a los dos.

—Brittany, ve a tu cuarto.

Ya no podía hacer nada más por él. Solo me quedaba obedecer.

—Sí.

—Y tú, date una ducha de agua fría y acuéstate, mañana tienes clases. —Tras un portazo seco, Johan bajó las escaleras sin mirar atrás, mientras que yo me quedaba en mitad del pasillo y notaba escalofríos por todo el cuerpo.

Tenía que irme de allí, pero no solamente yo, Derek debería hacer lo mismo, por su bien.

Su padre solo le llevaría hacia un camino de autodestrucción.

CAPÍTULO 46
SEAN



Conduje casi en piloto automático todo el trayecto, pensando en esa casa de locos y en Brit.

Derek era un puto cretino de mierda, me caería como el culo hasta el último día de mi vida, aun así, tener ese padre daba algo de sentido a su personalidad podrida.

Se la tenía jurada, quería romperle los huesos y solo esperaba a que mi novia saliese de esa casa para hacerle pagar por todo.

Pero, no le entendía en absoluto.

¿Por qué diablos no se largaba? Ya era mayor de edad, ¿de verdad prefería tener pasta y aguantar esas humillaciones que irse y hacerse cargo de sí mismo?

Tras bajar de la moto y quitarme el casco, lo metí dentro del sillín, eché el seguro y le puse el candado.

Palmeándome los bolsillos en busca del teléfono para avisar a Brit, sentí como una barra de acero golpeaba mi espalda.

—¡¿QUÉ MIERDA?! —Encorvado, dejé el teléfono caer al suelo para ir a por el gilipollas que había hecho eso. Otro imbécil vino por la izquierda. Agarré la barra metálica, quitándosela para golpear en el costado al primero que me había dado.

Dos más se me echaron encima, a uno lo agarré del cuello mientras al segundo le soltaba un cabezazo que le partió la nariz, entonces, otro palo me golpeó las costillas, haciéndome doblarme en dos, soltando al que tenía atrapado.

—Seis tíos… para venir a por mí…, me siento halagado… —Escupí a los pies de uno, negándome a ponerme de rodillas, levantando la cabeza para verles la cara. No los conocía, pero no eran chavales, eran hombres, de entre treinta y cuarenta años.

—Sean Kiev, tenemos un mensaje que darte. —La boquilla de una pistola se apoyó contra mi frente—. Camina, sin gritar y sin decir nada.

Entre dos, me obligaron a ponerme recto y, notando el metal sobre la nuca, pensaba en qué coño querían estos gilipollas de mí y qué mierda hacían en mi barrio. Yo los conocía a todos, y sus caras no formaban parte de mis registros.

¿Era por mi padre? ¿Fueron los mismos que se lo cargaron a él?

—¿Es por él? —quise saber, andando a trompicones, tratando de zafarme. Me importaba una mierda la puta pistola—. ¿Es por mi padre? ¿Os seguimos debiendo algo? ¿Mmm?

Dios, quería matarlos.

—Ni idea de lo que me hablas —contestó el que parecía más joven de todos.

Debía tener unos veintiséis años.

Arrinconado en un callejón sin salida, con el arma de nuevo contra mi frente, me obligaron a ponerme de rodillas.

—Deja de resistirte, joder. Tienes agallas, ¿eh?

Me aclaré la garganta y le solté un escupitajo encima de las zapatillas.

Uno de ellos me agarró del pelo, me revolví y le solté una patada que lo tiró al suelo, mientras me enganchaba del otro clavándole varios rodillazos en el estómago.

Entonces, el sonido de un disparo y un fuerte ardor en el muslo me advirtieron de que esto iba en serio.

—No quiero matarte, Sean. —Aquel tío seguía hablando, y debería pertenecer a una banda bastante chunga para estar tan tranquilo y enseñando la cara, al igual que los demás.

Estos estaban por encima de la ley.

—Joder, pues no es lo que parece —rugí, llevándome la mano al disparo en mi muslo, la sangre me manchó los dedos—. ¿Qué mierda quieres?

—Cómo ya te he dicho, tengo un mensaje para ti.

—¿No podías mandarme un mensaje de WhatsApp?

—Vaya, tienes sentido del humor.

—Qué va, lo decía en serio. —Apreté los dientes al notar el intenso quemazón en la pierna, joder.

—El mensaje es de parte de Derek Stephan.

Al escuchar ese nombre, el dolor pasó a un segundo plano mientras mis ojos se abrían como platos. Volví a levantar la cabeza para mirar a la cara a ese cabrón, que ahora estaba arrodillado frente a mí.

—Tiene unas órdenes muy pero que muy claras y sencillas para ti. —Alzó un dedo—. La primera, llevarte lo sucedido esta noche a la tumba. —Alzó otro dedo—. Y la segunda, dejar a Brittany. Debes cortar con ella.

Y una polla.

Y una puñetera polla.

—Mátame, colega. —Me reí a carcajadas en su cara—. Prefiero morirme antes que hacer eso.

Aquel tipo negó con la cabeza, dándole la pistola a su compañero, el cual siguió apuntándome, y de debajo de su cazadora se sacó un cuchillo afilado.

—Creo que no lo has entendido bien.

—Lo he entendido perfectamente, y no voy a ceder por miedo a morir, si el precio a desobedecer esas dos órdenes de mierda es mi vida, entonces mátame ya. Aunque agradecería que lo intentaras como un puto hombre de verdad, sin armas, y enfrentándote tú solo contra mí. —Volví a escupirle, esta vez en la cara.

Este se pasó la manga de la cazadora por la mejilla, sonriendo con sadismo.

—Me gustas, eh. Si algún día te interesa, puedes unirte a nosotros.

—Si me comes la polla, me lo pienso.

La punta del cuchillo presionó sobre una parte de mi torso.

—Mira, tío, esto no es personal, pero Derek nos ha ofrecido quinientos de los grandes y como entenderás, el dinero manda, siempre.

—Deja de enrollarte, ve al puto grano.

—Si no haces lo que Derek ha ordenado, si te atreves a ir a por él, si le cuentas esto a Brittany, si no te alejas de ella…, no te vamos a matar. No a ti. Haremos algo peor, mataremos a tu madre y a tu hermanita Lucy

Escuchar aquello hizo que me volviese loco, no supe de dónde saqué las fuerzas para ponerme de pie e ir a por él, pero los cinco se me echaron encima golpeándome mientras yo les devolvía puñetazos y rodillazos, dispuesto a llevármelos conmigo al puto infierno.

Otro disparo en el muslo sano me hizo volver a perder el equilibro, no sabía cuánta sangre había perdido ya, pero empezaba a marearme.

—Escúchame bien, porque parece que tú no entiendes las cosas. —Sus asquerosas manos me agarraron de las mejillas, fijando su mirada en la mía—. Somos muchos, estamos en todas partes y lo sabemos todo sobre ti. Si no haces lo que se te dice, las mataremos, esto es así, no hay más que negociar. Pero es fácil, colega, solo

olvídate de esa niña, sal con otra unos meses, deja que se aburra de ti y sigue con tu vida, ¿de acuerdo?

—CÓ. ME. ME. LOS. CO. JO. NES.

—Colega… —La punta del cuchillo volvió a punzar en mi torso—. Imagina a tu hermana sintiendo este dolor. —La hoja se deslizó en el interior de mi cuerpo mientras gritos guturales rajaban mi garganta. Me había peleado un millón de veces, pero esta era la primera vez que me disparaban y me apuñalaban, y, joder, era mucho peor de lo que imaginaba—. Piensa en tu pobre madre enferma de cáncer sintiendo esto una y otra vez, por todo su cuerpo. Imagina a tu querida Lucy, con toda la cara y el cuerpo lleno de sangre, imagínalo… porque es lo que pasará si no te alejas de ella y haces lo que se te pide. ¿Y sabes qué, Sean? Cuando estés en el funeral de tu mamá y de tu hermanita, con esa chica al lado, sabiendo que todo esto podrías haberlo evitado, la odiarás. La odiarás tanto que desearás matarla tú mismo.

El cuchillo salió de mi cuerpo, dejándome tirado en la sucia acera llena de mierda y orina.

Aquel tipo se sacó una foto de mi hermana del bolsillo y pasó la hoja afilada llena de mi propia sangre por su cara.

—Voy a llamar a una ambulancia, y me voy a quedar aquí esperando a que llegue mientras llamas a tu novia y la dejas. Mis hombres irán a tu casa. Si no haces lo que se te pide, morirán. ¿Qué me dices? ¿Vale más la vida de tu familia que un coño?

Me llevé una última patada en el estómago que hizo que la herida del puñal sangrase todavía más. Aquellos tipos se alejaron de mí, dejándome con aquel hijo de puta, en postura fetal, con tanto dolor que no era capaz de hacer nada.

Pensé en arrastrarme hasta los contenedores de basura para que esa ambulancia no me encontrarse y morirme allí mismo.

Prefería eso a destrozar a Brit.

Pero entonces pensé en Lucy.

Y en mi madre.

En lo que supondría para ellas encontrarme muerto, de esta manera.

Y en la decepción que sentiría mi padre, si me estaba viendo desde algún lugar, al verme tomar una decisión tan cobarde.

Golpeando el suelo una y otra vez de rabia e ira, gritando a pleno pulmón, mientras las lágrimas saladas me corrían mejillas abajo, me juré a mí mismo tres cosas.

La primera, me vengaría de Derek en cuanto encontrase la oportunidad. Y ese día, desearía no haber nacido.

La segunda, amaría a Brit hasta el último suspiro de mi cuerpo, aunque tuviese que hacerle daño.

Y la tercera, la recuperaría, algún día.

Porque uno nunca puede olvidar algo que forma parte de sí mismo.

Ni vivir sin ello.

CONTINUARÁ.

CAPÍTULO ESPECIAL I:
RECUERDOS DEL PASADO

SEAN



El día que llegué a Hallow fue uno de los días más raros de mi vida. Yo, un niño salido del segundo peor barrio de Londres, rodeado de drogas, prostitución y delincuencia, en uno de los colegios más adinerados y pijos que existían en el mundo.

Para empezar, ni siquiera me reconocía a mí mismo con aquel uniforme, mi madre lloró al vérmelo puesto, y quise quitármelo en seguida porque estaba embarazada y no era bueno para el bebé, pero luego me explicó que era de felicidad y entonces me quedé más tranquilo.

Al parecer, mi padre tenía un hermano que quería ayudarnos.

Y ese señor me trajo hasta aquí, ya que el autobús no pasaba por nuestro barrio. Obviamente, Hallow no tenía intenciones de recoger a nadie en un lugar como Camden.

—¿Qué me dices pequeño Seany? ¿Te gusta?

Seany.

Odiaba que este cretino me llamase así.

—¿No dices nada? —insistió, yo solo levanté los ojos hacia él y me encogí de hombros.

A mis diez años no era el niño más hablador del mundo.

—Bueno, aquí estarás bien, colega. Vas a estudiar y podrás tener un título que te abra las puertas a hacer lo que quieras con tu vida. Cumplirás todos tus sueños.

Suspiré, con el peso de las correas de la mochila sobre los hombros.

—¿Podré llenar la nevera de comida y pagar un alquiler en un lugar mejor que Camden? —La culpabilidad arrasó en la mirada de mi tío, me preguntaba si verle a él sería como ver a mi padre. Vladimir se parecía mucho a mí, incluso la primera vez que le vi creí que era papá, que volvió a por nosotros. Me llevé el chasco más grande de mi vida.

—Seany. —Su mano se apoyó en mi cabeza, con una manaza tan grande que envolvió mi cráneo entero—. Escúchame, tu mamá ha perdido el trabajo por el embarazo, en ese restaurante son unos capullos, pero en unos meses nacerá tu hermanita y pronto ella podrá volver a trabajar. Todo estará bien, tendréis comida y os iréis a un barrio mejor.

Fruncí el ceño, entrecerrando los ojos.

Sabía que este señor le daba algo de dinero a mi madre para pagar el alquiler, el agua, la luz y alimentos hasta que pudiese trabajar, pero yo no quería eso, yo quería que fuésemos independientes, quería ocupar el lugar de mi padre y cuidar yo mismo de mi familia.

—No te estoy preguntado por mi madre —aseguré con una expresión aburrida—. Te estoy preguntando que, si me esfuerzo y estudio mucho, podremos tener una vida mejor y salir de ese agujero de mierda.

Vladimir encorvó su espalda para estar a mi altura.

—Podrás hacer todo lo que quieras, Seany, todo, te lo prometo.

—Genial, promete también que dejarás de llamarme Seany.

—Es un diminutivo cariñoso.

—No necesito tu cariño.

Sus cejas se alzaron hasta el nacimiento del pelo y tal vez, fui un desagradecido con ese comentario pues Vladimir era la única persona en el mundo prestada a ayudarnos. Pero yo estaba tan enfadado con la vida que me costaba controlar el temple.

—Se nota que eres un Kiev. —Lejos de enfadarse, con una expresión amable, me despeinó con los dedos y me pegó una cachetada suave en la mejilla—. Que orgulloso estoy de mi sobrino.

Sobrino.

¿Por qué tienes que ser mi tío?

¿Por qué no puedes ser mi padre?

—Por cierto, ¿sabías que tu abuelo era irlandés? Se llamaba como tú, por eso tienes ese nombre.

No lo sabía.

—¿También está desaparecido?

El tío Vladimir agachó la cabeza, negando, luego se puso en pie, echándome el brazo sobre el hombro para empezar a caminar conmigo.

—Mira al cielo, Sean.

Levanté la cabeza, viendo un día claro lleno de nubes blancas y esponjosas.

—Lo hago, ¿qué se supone que debo ver?

—Ahí está tu abuelo, y ahí es donde estaremos todos el día de mañana, juntos, bebiendo mucho vodka y hablando de chicas guapas.

El *vodka* era la bebida favorita de los rusos, escuché a mi madre hablar de ello hasta el cansancio.

Cuando yo tuviese la edad suficiente para ello, no bebería otra cosa que no fuese vodka. Nada me gustaba más que ser ruso.

Porque ser ruso significaba ser de lejos.

De muy lejos de toda esta mierda.

—¿Hay drogadictos y prostitutas ahí arriba? —Los dedos de mi tío se clavaron en mi hombro y no solo eso, también se le paralizaron las piernas—. Es que me tienen harto, los drogatas me piden dinero cada vez que me ven entrar en la tienda de Fátima. Y las prostitutas me dicen cosas asquerosas, joder, solo soy un niño.

Mi tío se ajustó la corbata, tragando saliva.

—Tendré que ir a hablar con esas mujeres.

—Con esa pinta de ricachón y guaperas que llevas, te secuestrarán para desplumarte.

Cuando el sistema locomotor de Vladimir volvió a funcionar, me dio unas palmaditas y entramos en aquel lujoso, limpio, luminiscente e increíble edificio.

—Bueno, Seany. —Le fulminé con la mirada—. Sean, disculpa —resopló—. Aquí ni hay ni prostitutas, ni drogadictos, ¿vale? Solo hay niños de tu edad con los que jugar. Puedes bajar la guardia y ser feliz, tienes mi palabra.

Si mi tío creía que ver niños ricos y felices durante ocho horas me iba a hacer feliz, la llevaba clara.

Pero má ya no tenía dinero para comprarme ropa ni libros, así que no podía seguir en mi otro colegio público, el que estaba a cuatro calles de Camden.

Hice amigos allí, aunque yo no era de echar de menos a nadie ni de encariñarme.

La mitad de mi corazón era de mi madre, y la otra mitad, estaba con mi padre, esperando que volviese.

Porque por mucho que dijese mamá, yo sentía que él algún día iba a volver. Que tocaría la puerta de casa y nos sacaría de ahí. No

quería que mi madre volviese a tener otro novio borracho, ni que se quedase embarazada de más extraños que luego desaparecían.

Mi padre tenía que regresar y arreglar todo esto, seguro que no le importaría que Lucy, mi futura hermanita, se quedase con nosotros, iba a ser una niña superguapa.

Cuando sonaron las sirenas después de las primeras clases, recogí mi libreta llena de apuntes, la profesora Margaret me miró en señal de felicitación, inclinando la cabeza.

Me había esforzado mucho, aunque no lo necesitaba, má decía que era el niño más listo del mundo y mi mente un prodigio, que salí a pá en eso.

Dejé todas mis cosas dentro de la mochila, colgándome esta a los hombros para ir a comer, la barriga me rugía con fuerza y estaba realmente ansioso. En mi antiguo colegio no teníamos comedor, cada uno llevaba lo que podía de casa.

¿De verdad iría a un lugar lleno de comida calentita y podría comer lo que quisiese? Estaba realmente impaciente.

—¿Por qué te llevas la mochila? —Margaret se acercó a mí, señalando a los demás pupitres, todas las mochilas estaban sobre el respaldar de los asientos, incluso las libretas y estuches seguían sobre la mesa.

Arrugué la frente.

—Para que no me roben mis cosas.

Ella empezó a reírse.

—Aquí nadie roba, Sean.

Se equivocaba, porque yo robaba, y estaba aquí.

Era un desastre con las gomas de borrar, y mamá me regañaba cuando las perdía, así que se las quitaba a otros niños.

—No me fío —aseguré, dispuesto a librar una batalla por llevarme mi mochila.

Margaret colocó sus manos sobre las correas de la maleta, haciendo un intento por bajarlas de mis hombros.

—Sé que vienes de un ambiente muy hostil, pero aquí puedes relajarte, cielo, confía en mí.

Era una profesora amable, joven, de unos treinta años, con una luz brillante en su mirada, cabello castaño y largo y figura esbelta. Muy distinta a las cigüeñas viejas que tenía en el otro colegio.

—Cómo quieras, pero cuando regrese haré inventario de mis cosas y lo que falte me lo comprarás tú.

Lejos de enfadarse, la hice reír.

—Por supuesto, jovencito, si desaparece un sacapuntas, te daré el mío.

Alcé mi puño hacia ella, esperando que lo chocase.

—¿Qué se supone que debo hacer? —cuestionó algo confusa.

—Chocar el puño conmigo, así me das tu palabra.

—Vale, chocaremos el puño y así podrás dejar tu mochila en clase sin preocuparte.

Me descolgué la mochila y la dejé sobre la silla que ahora supuestamente era mi lugar.

Con las tripas rugiendo a toda leche, salí corriendo del aula, caminando a pasos rápidos hasta el comedor.

No hacía falta preguntar o consultar los folletos, el delicioso olor me guiaba directamente sin posibilidad de pérdida.

Era como un perro hambriento siguiendo el rastro de una deliciosa hamburguesa.

Cuando pasé por las puertas, el golpe del barullo que formaban una oleada masiva de niños hambrientos me hizo querer renunciar a mi hambre y salir corriendo. Odiaba los sonidos estridentes y los sitios abarrotados, yo era más bien solitario, de ir a mi bola y de estar en ambientes tranquilos.

Pero quería comer.

No todos los días se accedía a un festín de comida gratis.

Deseando tener una de mis sudaderas para echarme la capucha por encima y aislarme un poco, fui a por una bandeja poniéndome a la cola justo detrás de unos chavales mayores. Estos hablaban de fiestas, porros y chicas.

Les fui siguiendo, echándome de cada cosa que encontraba en el plato, tanto que quien pasaba por mi alrededor me miraba como si estuviese loco.

—Chico. —La cocinera que estaba al otro lado de la bandeja de huevos fritos me agarró la mano—. No se juega con la comida, coge solo lo que vayas a comer, por favor.

—No estoy jugando, señora, es que quiero comer todo lo que pueda por si mañana no hay.

Y porque así esta noche no tendré que cenar, y lo que no coma hoy, seguirá en la nevera mañana, para mamá, que está embarazada y lo necesita más que yo.

El tío Vladimir le daba dinero para comida, pero má tenía deudas por culpa de ese novio alcohólico.

Solo esperaba que el hijo de puta no regresase nunca más porque entonces, lo mataría.

El agarre de la mujer se volvió cálido sobre mi muñeca.

—Ah, ya veo... pues puedes estar tranquilo, aquí siempre hay comida, muchísima.

Asentí, desistiendo de coger el quinto huevo frito.

—Genial, gracias. —Agaché la cabeza en señal de gratitud. Con la bandeja petada, tan petada que nadie podía evitar echar un vistazo y comentar algo sobre mi plato. Fui buscando un sitio donde sentarme.

Todas las mesas estaban llenas, a pesar de ser un comedor enorme.

Finalmente, mis ojos encontraron una mesa vacía y fui corriendo como si mi alma fuese perseguida por el diablo, decepcionándome

en el momento que encontré allí sentado a un chico, apoyado contra la pared, con la mirada perdida y los ojos rojos.

Parecía que le habían dado de hostias y revolcado por el suelo.

—¿Me puedo sentar aquí? —dije, pensando que era la única mesa en la que podría comer tranquilo.

Él me miró confuso, escudriñando mi rostro, como si tratase de ponerme nombre, después de unos largos segundos en silencio, asintió y siguió con la mirada perdida en la nada.

Que niño más raro.

Sentándome lo más lejos posible de él para no invadir su aura depresiva y terminar tan deprimido como él, empecé a zampar judías y salchichas como si no hubiese un mañana.

Él seguía en silencio, no obstante, de vez en cuando me miraba de reojo y suspiraba.

¿Tenía hambre?

—¿No comes? —Fui incapaz de no hacer la pregunta.

Negó con la cabeza.

—¿Por? Tío, estás muy pálido, es evidente que tienes hambre.

Me fijé en que llevaba el uniforme de deporte.

—Es que, he tenido educación física, y... estoy mareado.

—Pues con más razón, tienes que comer, hostias.

—¿Has dicho hostias? Los niños no podemos...

—Hostias, polla, culo, tetas, mierda, yo digo lo que quiero, me la suda ser un niño.

La mirada de ese chico cobró intensidad y algo de alegría.

—Me llamo Josh.

Incliné la cabeza tragando otra salchicha casi sin masticar.

—¿Qué hay, Josh? Yo soy Sean. —Llevé mi puño hacia él. Algo confuso, me lo chocó—. ¿Y por qué no comes?

Josh señaló hacia un grupo de chavales un año mayor que nosotros.

—Esos gilipollas de sexto, dicen que estoy gordo y que no puedo comer, si me ven coger algo, vendrán a amenazarme con pegarme a la salida de Hallow.

La salchicha se me quedó a media garganta, tuve que darme un golpe en el pecho y beber un largo trago de agua para no morir asfixiado.

Tras volver a respirar con normalidad, me levanté de la mesa, fui a por un cubierto y un plato vacío, coloqué la mitad de todo lo que pillé para mí y se lo puse delante de la cara.

—Come.

—¿Qué? —Aterrado, apartó el plato de él, con la vista puesta en la mesa de sexto, estos empezaron a mirarnos—. ¿Estás loco? Me darán una paliza.

—¿Por qué, joder?

—¡Por ser gordo! Dicen que doy asco y que es una vergüenza que un niño gordo y grasiento esté en este colegio.

Me estaba enfadando.

—Bueno, pero, ¿a ti te gusta ser gordo? Porque si te gusta ser gordo, entonces está bien, cada uno que sea como quiera, ¿no?

—No me gusta ser una puta albóndiga, pero tengo ansiedad.

—Ansiedad, eso es lo que tiene mi madre, ¿no eres muy joven para tener ansiedad?

Con las manos sobre la frente, negó.

—Soy un gordo y tengo ansiedad como si fuese una señora mayor, joder, mi vida solo empeora por segundos.

—Oye, ser gordo no tiene nada de malo, y mi madre no es mayor, es joven y guapa. — Mi tenedor dio varios golpes sobre su plato—. Come.

—No.

—Que comas.

—Que no, me dan miedo.

—Yo te daré más miedo que ellos si no comes.

—¿No puedes comer tú y dejarme en paz?

Mi puño golpeó la mesa y él dio un respingo sobre el banco en el que estaba sentado.

—¡Los rusos odiamos a los cobardes, Josh!

—¿Eres ruso? —cuestionó con la boca abierta—. Ahora lo entiendo, ¿naciste en mitad de un bosque rodeado de osos hambrientos?

—No, imbécil. Probablemente nací en el mismo hospital materno que tú —resoplé, agarrando una salchicha con mi tenedor para acercársela a la boca—. Come, hostias.

—¡Tío! ¡Esto empieza a ser raro! ¡No me des de comer delante de la gente o estaré muertísimo de verdad!

—Ya te he dicho que, si no obedeces, te mataré yo mismo.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué más te da?

Enfadado con la vida, volvió a apartar el plato de su cara, regresando a mirar a aquel grupo que cada vez nos prestaba más atención.

Le vigilaban.

—Digamos que... soy el abusón de los abusones —expliqué—. Y, además, parece que vas a ser mi compañero de almuerzo, porque pienso sentarme en esta mesa hasta que me gradúe.

—Ah ¿sí? ¿Y por qué te vas a sentar en esta mesa? Nadie quiere sentarse aquí, dicen que apesto.

Eso no era cierto, de hecho, su ropa olía muy bien a detergente caro.

—Hay buenas vistas por la ventana, se ve el cielo y el bosque, también es la mesa más apartada del bullicio, detesto el ruido y,

estamos justo al lado de la mesa de un grupo de matones, me divertiré provocándoles.

Josh se llevó las manos a la frente.

—Colega, eres un suicida, estos tíos no están bien de la cabeza.

Con otra salchicha más a medio masticar, alcé una de mis cejas.

—Yo no estoy bien de la cabeza, ellos solo son estúpidos.

—¿Tú no estás bien de la cabeza?

—No.

—¿Por qué dices eso? ¿Haces cosas raras?

—Come, deja que vengan a por ti, y verás por qué no estoy bien de la cabeza.

—Te expulsarán si te defiendes, Sean, estudiar aquí es muy caro, tu madre se cabreará. La mía me echaría a los leones, porque mis padres a diferencia de los otros niños, no son ricos, y se esfuerzan demasiado para que yo pueda tener un futuro. Pero, suspendo todo, porque soy tontísimo.

—Colega, hay que mejorar ese diálogo interno. Ponte a comer.

—Deja de decirme lo que tengo que hacer.

—Solo intento que recapacites y dejes de ser una nenaza, joder, ¿hasta cuándo vas a estar así? ¿Hasta que esos tíos tengan dieciocho y se gradúen? No soy yo el que te obliga a hacer algo que no quieres, porque claramente te mueres de hambre. Si tienes que enfadarte con alguien, enfádate con ellos.

De lo más indignado, Josh se levantó, con la mirada acuosa y los puños apretados, marchándose sin decir ni una sola palabra.

Dejé mi plato vacío en su lugar y empecé a comerme el suyo.

No podía.

Esto no estaba bien.

Cogí un bollo de pan, lo abrí con el cuchillo y le metí dos salchichas con un huevo frito dentro, lo envolví en una servilleta y lo

escondí debajo de la chaqueta, saliendo del comedor para buscar a ese niño idiota.

Porque yo sabía lo que era tener hambre y mirar la comida de lejos sin poder tocarla.

Y no soportaba que otras personas también tuviesen que pasar por eso.

Porque era una mierda.

Una mierda muy grande.

NOTA DE LA AUTORA:

El día que empecé a escribir este libro, nunca pensé en publicarlo. De hecho, fue como un ejercicio terapéutico para lidiar con mis propios demonios. Jamás imaginé que llegase a tener medio millón de lecturas en apenas tres meses y que Sean y Brit serían tan queridos.

No sé si he abordado bien todos los temas que se tratan en esta historia, no soy psicóloga ni experta en nada, pero lo que sí soy, es una mujer que lucha contra un TCA desde que tiene uso de razón y que cada día de su vida se pregunta cómo serían las cosas si todo se hubiese dado de manera distinta.

A veces, caemos en la trampa de refugiarnos en el pasado, de culparnos por las decisiones que tomamos o que tomaron otros e irremediablemente nos afectaron. Pero si algo he aprendido en mis treinta y tres años de vida, es que todo lo que sucede, tanto lo bueno como lo malo, es necesario para construir el camino que nos pertenece.

Así que desde hace unos meses es lo único que hago. Ya no peleo. No ofrezco resistencia. Solo avanzo por mi camino, el cual a veces es bonito y otras terrorífico, pero mío, al fin y al cabo.

Esto también me ha dejado una valiosa lección, y no es otra que la capacidad de perdonar.

Cuando alguien os haga daño, recordad que también es su primera vez viviendo en este mundo tan extraño y hostil. Eso no os obliga a mantenerle a vuestro lado, pero si aligerará el equipaje para que podáis llegar a vuestras metas sin tanto peso.

Al final, el odio también es un sentimiento pesado, que no solo ocupa espacio si no que contamina todo lo demás.

Ninguno de nosotros sabe de dónde venimos ni hacia dónde vamos, todos somos novatos en el arte de vivir.

Que tus amigos sean tu mayor tesoro y tus enemigos tu mejor maestro.

Sigue caminando, llegarás a donde te propongas.

Con amor.

Alba.

AGRADECIMIENTOS:

Quiero agradecer a todas las personas que llevan apoyándome desde que comencé a publicar mi primer libro. Sois demasiadas así que necesitaría un montón de páginas para nombraros a todas, pero quiero que tengáis en cuenta que tenéis un pedacito de mi corazón.

También hacer una especial mención a Nerea, Sara y Bárbara por todos sus consejos y la gran ayuda que me han aportado durante el transcurso de este libro.

Y por supuesto, a Rebeca y a Esther, por esos posts tan especiales que siempre me suben a redes y que consiguen sacarme una sonrisa.

También mencionar a Ainhoa y a Ari, por de nuevo querer trabajar conmigo y ofrecerme un poco de su arte, este libro no sería tan bonito sin ellas.

¡Chicas, sois increíbles!

Si te ha gustado esta primera parte de la bilogía: Límites prohibidos, sígueme en redes para estar al tanto de las novedades y de la publicación de Brit, el segundo libro.

También agradecería muchísimo que me dejases una reseña en Amazon, pues me ayuda a llegar a más personas para que puedan disfrutar de este romance.

Instagram: albabooks1322

Tik tok: albabooks1322

Wattpad: albiisgc